

# mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales  
N° 43 Primer Semestre de 1998

## HUMANIDADES

- Sobre poetas marginales, *Pedro Lastra S.* 9  
 Bárbara: la memoria es un cadáver que se incendia, *Mario Milanca Guzmán.* 27  
 Una lectura bien hecha, *George Steiner.* 37  
 Magia y estilo en la narrativa de Manuel Mujica Láinez, *Manuel Peña M.* 47  
 Crítica del canon, estudios culturales, estudios postcoloniales y estudios latinoamericanos: una convivencia difícil, *Grinor Rojo.* 73  
 Poder, resistencia y reacción en *Hechos consumados* de Juan Radrigán, *Enrique Luengo.* 85  
 Carlos Sepúlveda Leyton: nueva forma de novelar, *Jaime Valdivieso.* 101  
 La pieza poética de Oscar Hahn: ¿práctica de una estética (post) moderna?, *Malva Marina Vásquez.* 105

## CIENCIAS SOCIALES

- "Publicistas" y "modernistas". El diario *La Época* (1881-1892) y las crónicas, *Carlos Ossandón.* 115  
 Versos por rebeldía. La protesta social en la poesía popular (siglos XIX y XX), *Jorge Núñez Pinto.* 127  
 Los partidos políticos durante el gobierno de Salvador Allende: un intento introductorio de historización, *Luis Corvalán Márquez.* 145  
 Althusser y el marxismo latinoamericano. Notas para una genealogía del (Post) marxismo en América Latina, *Miguel Valderrama.* 167  
 Entre el espectáculo y el escarmiento: el presidio ambulante en Chile (1836-1847), *Marco Antonio León León.* 183  
 Del absurdo que todavía no somos; sólo seremos, *Enrique Arriagada-Keh.* 211  
 ¿Pueden los museos tener un papel pedagógico a través de la investigación histórica?, *Claudio Rolle C.* 217

## TESTIMONIOS

- Documentos  
 Impresiones de Estados Unidos, *Gabriela Mistral.* 227  
 Autobiografía, *Gabriela Mistral.* 229  
 Crónicas de Joaquín Edwards Bello:  
 Nuevos salones santiaguinos 237  
 Memorias 238  
 Carta de Benjamín Subercaseaux a Joaquín Edwards Bello. 243  
 Libros y cartas, *Volodia Teitelboim.* 245

## CREACIÓN

- Sombra inmortal. Cantata a la muerte de Federico García Lorca,* Oscar Castro. 253

## COMENTARIOS DE LIBROS

- Tomás Moulian, *Chile Actual. Anatomía de un mito,* *Carlos Ossandón.* 269  
 Edison Otero B., *Defensa del oficio intelectual,* *Frederic Smith.* 271  
 Carolina Barros, *Alberdi, periodista en Chile,* *Sergio Martínez Baeza.* 274  
 Rafael Sagredo B., *María Villa (a) La Chiquita, N 4002. Un parásito social del Porfiriato,* *María Luisa Tarrés.* 275  
 Luis Alberto Romero, *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile (1840-1895),* *Sergio Grez Toso.* 277  
 Alfredo Jocelyn-Holt L., *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica,* *Luis Moulian.* 281  
 Wilda Celia Western, *Alquimia de la nación. Nasserismo y poder,* *Maria Tawil Kuri.* 284

## REVISTA DE REVISTAS

- Revista Andina* 289



# mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales  
N° 43 Primer Semestre de 1998

## HUMANIDADES

Sobre poetas marginales, <i>Pedro Lastra S.</i>	9
Bárbara: la memoria es un cadáver que se incendia, <i>Mario Milanca Guzmán.</i>	27
Una lectura bien hecha, <i>George Steiner.</i>	37
Magia y estilo en la narrativa de Manuel Mujica Lainez, <i>Manuel Peña M</i>	47
Crítica del canon, estudios culturales, estudios postcoloniales y estudios latinoamericanos: una convivencia difícil, <i>Grinor Rojo.</i>	73
Poder, resistencia y reacción en <i>Hechos consumados</i> de Juan Radrigán, <i>Enrique Luengo.</i>	85
Carlos Sepúlveda Leyton: nueva forma de novelar, <i>Jaime Valdovinos.</i>	101
La pieza poética de Oscar Hahn: ¿práctica de una estética (post) moderna?, <i>Malva Marina Vásquez.</i>	105

## CIENCIAS SOCIALES

"Publicistas" y "modernistas". El diario <i>La Época</i> (1881-1892) y las crónicas, <i>Carlos Ossandón.</i>	115
Versos por rebeldía. La protesta social en la poesía popular (siglos XIX y XX), <i>Jorge Nuñez Pinto.</i>	127
Los partidos políticos durante el gobierno de Salvador Allende: un intento introductorio de historización, <i>Luis Corvalán Márquez.</i>	145
Althusser y el marxismo latinoamericano. Notas para una genealogía del (Post) marxismo en América Latina, <i>Miguel Valderrama.</i>	167
Entre el espectáculo y el escarmiento: el presidio ambulante en Chile (1836-1847), <i>Marco Antonio León León.</i>	183
Del absurdo que todavía no somos; sólo seremos, <i>Enrique Arriagada-Keh.</i>	211
¿Pueden los museos tener un papel pedagógico a través de la investigación histórica?, <i>Claudio Rolle C.</i>	217

## TESTIMONIOS

Documentos	
Impresiones de Estados Unidos, <i>Gabriela Mistral.</i>	227
Autobiografía, <i>Gabriela Mistral.</i>	229
Crónicas de Joaquín Edwards Bello:	
Nuevos salones santiaguinos	237
Memorias	238
Carta de Benjamín Subercaseaux a Joaquín Edwards Bello.	243
Libros y cartas, <i>Volodia Teitelboim.</i>	245

## CREACIÓN

<i>Sombra inmortal. Cantata a la muerte de Federico García Lorca.</i> , Oscar Castro.	253
---	-----

## COMENTARIOS DE LIBROS

Tomás Moulian, <i>Chile Actual. Anatomía de un mito</i> , <i>Carlos Ossandón.</i>	269
Edison Otero B., <i>Defensa del oficio intelectual</i> , <i>Frederic Smith.</i>	271
Carolina Barros, Alberdi, periodista en Chile, <i>Sergio Martínez Baeza.</i>	274
Rafael Sagredo B., <i>María Villa (a) La Chiquita, N 4002. Un parásito social del Porfiriato</i> , <i>Maria Luisa Tarrés.</i>	275
Luis Alberto Romero, <i>¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile (1840-1895)</i> , <i>Sergio Grez Toso.</i>	277
Alfredo Jocelyn-Holt L., <i>El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica</i> , <i>Luis Moulian.</i>	281
Wilda Celia Western, <i>Alquimia de la nación. Nasserismo y poder</i> , <i>Marta Tawil Kuri.</i>	284

## REVISTA DE REVISTAS

<i>Revista Andina</i>	289
-----------------------	-----



## AUTORIDADES

Ministro de Educación

*Sr. José Pablo Arellano*

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos y

Representante Legal

*Sra. Marta Cruz-Coke Madrid*

Director Responsable

*Sr. Alfonso Calderón Squadritto*

Secretarios de Redacción

*Sr. Pedro Pablo Zegers Blachet*

*Sr. Thomas Harris Espinosa*

## CONSEJO EDITORIAL

*Sr. Alfonso Calderón Squadritto*

*Sra. Sofía Correa Sutil*

*Sr. José Ricardo Morales Malva*

*Sr. Rafael Sagredo Baeza*

*Sr. Marcos García de la Huerta Izquierdo*

*Sr. Alfredo Jocelyn-Holt Lételier*

*Sr. Pedro Lastra Salazar*

*Sr. Sergio Grez Toso*

*Sra. Fernanda Falabella Gellona*

Ediciones de la Biblioteca Nacional de Chile

Avda. Libertador Bernardo O'Higgins 651. Teléfono: (56) (2) 3605233

Fax: (56) (2) 3605233

Santiago de Chile

# HUMANIDADES

## SOBRE POETAS MARGINALES<sup>1</sup>

Pedro Lastra S.

El concepto de marginalidad tiene una amplitud tan considerable, que debo empezar por deslindarlo para situar el tema de estas notas. Acudo a esa palabra o, más bien, la pido en préstamo a otras disciplinas, como la sociología, para llamar la atención sobre el caso de algunos poetas que han realizado su tarea al margen o en los bordes de la institución literaria, consagrada o consagratoria, a menudo por decisión propia o por una singularidad del carácter que los llevó al distanciamiento o al retiro. Por esas razones, aunque su obra haya sido apreciada por algunos lectores y estudiosos, figure incluso en antologías o sea mencionada en historias literarias, su importancia ha demorado en ser reconocida y aceptada más allá de esos círculos reducidos. En otras palabras, el pasaje desde esa frontera en la cual se situaron o fueron situados, hacia una relativa o notoria *desmarginalidad*, ha sido un proceso lento, cuyas oscilaciones suelen registrar los lectores devotos que han venido después.

En Hispanoamérica este fenómeno ha sido muy frecuente, y no sólo en relación con los poetas que han proyectado en su vida una "identidad velada" (esta expresión es de Juan Luis Martínez, uno de los que quiso irradiarla y sobre el cual volveré más adelante). En todos nuestros países podría hacerse la historia de estos autores marginales, que en algunos casos no decidieron serlo sino que lo padecieron. Narradores como Felisberto Hernández en Uruguay, Pablo Palacios en Ecuador, Juan Emar en Chile, Martín Adán, como autor de la novela *La casa de cartón*, en el Perú, son ejemplos conocidos por todos. Identidad velada, sí; pero también negada. En 1929, Carlos Vaz Ferreira le escribe a Felisberto Hernández: "Tal vez no haya en el mundo diez personas a las que les resulte interesante y yo me considero una de las diez". Once años más tarde, el mismo Felisberto Hernández empezaría sus "Noticias autobiográficas" con estas palabras: "Mi primer cartel -y casi el único, porque después que el mundo se hace una idea de una persona, le cuesta mucho hacerse una segunda o corregir la primera [...] mi primer cartel lo tuve en música". Juan Emar, cuyos libros fundadores de la década del treinta no tuvieron ningún eco, dejó su testimonio en un pasaje del extenso manuscrito de *Umbral*, finalmente editado en 1996: "Yo me evadí [...] escondiéndome como un delincuente, con mi gran Umbral [...] ese de los mil papeles y notas en archivadores y clasificadores [...]. Nadie iba a saber nada. Mi escondite consistía en 'no publicar, no, no publicar jamás hasta que otros, que yo no conociera, me publicaran sentados en las gradas de mi sepultura'". Esto escribió Juan Emar y cuando preparaba mi nota preliminar para esa edición diferida por más de treinta años, sentí que yo era uno de esos invocados...

<sup>1</sup> Conferencia leída en la Universidad Javeriana de Bogotá, el 7 de octubre de 1997.

Los casos, pues, podrían multiplicarse, citando no sólo a escritores todavía semi olvidados, sino a figuras que hoy reconocemos como relevantes en nuestro proceso literario. Por ejemplo, José Antonio Ramos Sucre cuyas obras –publicadas entre 1925 y 1929– fueron recibidas por la crítica oficial con un desconcierto e incompreensión que alcanzó niveles increíbles, según observa José Ramón Medina. Desde luego, y como también suele ocurrir, Ramos Sucre tuvo algunos lectores lúcidos y fieles entre sus coetáneos, lo que se comprueba en los artículos y notas aparecidos en 1930, por los días de su muerte y, quince años después, en el libro que le dedicó otro poeta: *Las piedras mágicas*, de Carlos Augusto León. Pero aun reconociendo las buenas excepciones, es posible afirmar que su trabajo empezó a influir de manera significativa en el orden y el sentido de la escritura poética en Venezuela, gracias, principalmente, al fervor de los jóvenes integrantes del grupo *Sardio*, y tal vez desde ahí. Dicen bien los editores de la *Antología de la poesía hispanoamericana moderna*, publicada por Monte Ávila en 1993: en su época, su poesía no fue ignorada ni rechazada del todo, pero tampoco apreciada en su verdadera dimensión.

Cambiando lo que hay que cambiar –lo que en algunas ocasiones es mucho– sospecho que Aurelio Arturo proyectó también en su tiempo una cierta identidad velada. Hoy se podría decir que su ausencia en una antología de la poesía colombiana o hispanoamericana es harto más notoria que otras presencias dispensables. Y lo mismo vale, sin duda, para la obra de Jaime Saenz en Bolivia.

Ocurrencias como las que se describen bajo la especie de la ausencia o del silenciamiento no siempre son imputables, sin embargo, a distracciones o mala voluntad de antólogos e historiadores. El fenómeno es más complejo y en los últimos años ha preocupado a estudiosos de la teoría de la recepción, como Hans Robert Jauss. Los postulados que se resumen en la distinción de lo que Jauss define como horizonte de expectativa, o código primario implicado por la obra, y horizonte de experiencia, o código secundario proporcionado por el receptor, nos ayudan a entender por qué algunos escritores –Juan Emar, Felisberto Hernández, Pablo Palacios, Ramos Sucre, José María Eguren, María Luisa Bombal, entre tantos otros– padecieron en nuestro medio, y a veces por décadas, semejante ostracismo: un determinado y rígido horizonte de experiencias estéticas, en este caso de lecturas, tiende a generar el rechazo de un código que lo excede. Cuando Juan Emar y María Luisa Bombal publicaron esas obras narrativas escritas, al decir del primero, “planeando sobre el suceder”, y que eran manifestaciones cabales de lo que Bachelard llamó “estados de imaginación abierta”, todavía imperaba sin contrapeso un sistema de preferencias de tipo naturalista, poco propicio a rupturas que más bien fueron vistas como amables o agresivos desvaríos. El rechazo a su vez intensifica la voluntad de auto marginación, que llegó a ser extremada en el caso de Emar. Fue más resignada y sabiamente escéptica en el de José María Eguren, ese disidente de la realidad, cuya situación inicial en el panorama de la poesía peruana describe Emilio Adolfo Westphalen en este párrafo de un ensayo imprescindible (“Eguren y Vallejo: dos casos ejemplares”): “Su primer libro de poemas, *Simbólicas*, apareció (...) en 1911, editado por él mismo. Uno que otro poema había sido acogido en alguna revista, pero a medida que se acentuaba su originalidad, Eguren sentía aumentar las resistencias. ‘Sólo hasta hace poco’, confiaba en 1918 a César Vallejo,

‘ningún periódico quiso publicar mis versos. Yo, desde luego, nunca me expuse a un rechazo. Pero ya sabe usted, nadie los aceptaba’.

Entre los escritores mencionados, unos pocos alcanzaron a ver las transformaciones ocurridas en el espacio que por tanto tiempo les fue hostil, indiferente o distante. Creo que eso se puede decir de Aurelio Arturo y de María Luisa Bombal; en buena medida, también de los poetas Gastón Baquero y Jaime Saenz.

En la literatura chilena esta situación se ha producido en diversos momentos y con una suerte de continuidad casi inquietante. Desde luego, inquietó a Jorge Teillier, quien por muchos años trabajó en un proyecto sobre un grupo de escritores de la década del veinte, cuya producción se anunció como promisorio y que por las más variadas circunstancias quedó interrumpida: algunos de ellos murieron muy jóvenes y no alcanzaron a publicar sus versos sino en periódicos o revistas. De esos personajes hay dos cuyos nombres resultan familiares, pero no por los poemas que escribieron sino por las elegías que se leen en las *Residencias* de Pablo Neruda: “Ausencia de Joaquín”, motivada por la muerte de Joaquín Cifuentes Sepúlveda (1900-1929, autor de *Noches*, *La torre* y *El adolescente sensual*), y “Alberto Rojas Jiménez viene volando”. Como se sabe por las memorias de Neruda, Rojas Jiménez (1900-1934) fue una figura legendaria de su generación, y lo es en la historia de las letras chilenas. De él quedó un breve y notable libro de crónicas, *Chilenos en París*, publicado en 1930; uno de sus escasos poemas, “Carta-océano”, pasa de antología en antología hasta hoy y no es raro que algunos versos suyos aparezcan de pronto en el diálogo de jóvenes lectores:

*Yo era el poeta vestido de niño,  
en el año triste en que los niños rompen las flores.  
Ningún hombre me dijo nunca que debía cantar.  
Corría la luna por detrás de las nubes.  
El sol quemaba los frutos y el lomo de los cerros.  
Mis manos buscaban luciérnagas  
en la sombría humedad del invierno.*

Aquí introduzco un paréntesis para señalar que esos versos suelen remitirme, de manera un tanto misteriosa y que tal vez no sabría razonar, a otros del poeta uruguayo Liber Falco (1906-1955), casi ignorado fuera de su país, y yo creo que con injusticia. No quiero agravarla omitiendo el nombre de un escritor cuya poesía me acompañó en mi juventud, *Días y noches*, como es el título de uno de sus libros, publicado en 1946. Leo que algunos críticos lo consideran un poeta menor; no lo fue para mí, recordador de versos como éstos:

*Cuando de allí se vuelve  
nada alcanza en la Tierra y todo es triste.  
Sin embargo, con urgencias de ahogado  
uno pregunta y llama, y otros nos oyen;  
porque es preciso juntos, enterrar la muerte.*

*Y aunque llueve también sobre la Tierra  
y sobre los campos y ciudades llueve,  
lejos quedó lo que no tiene nombre  
y alguien, con visceral memoria  
se rescata y vive.*

Advierto ahora que hablo de Líber Falco en una nota marginal, muy a tono con el tema de estas páginas. La biografía que nos han transmitido sus amigos más cercanos, como Mario Arregui, destaca rasgos de una personalidad solitaria, evanescente o huidiza, como en estas evocaciones: "... lleva como semidormidos los ojos celestes que no miran nada, o que miran, apenas, lo imprescindible. Durante el día generalmente anda solo; en los anocheceres y en las noches suele ir con amigos, y entonces va un poco más *en la tierra* y más *despierto*, aunque con frecuencia también se ensimisma y se pierde (...). La ciudad es íntima y suya como un recuerdo, y a la vez ajena como si ese recuerdo se refiriera a un ser querido que hubiese muerto". Después de estas palabras de Arregui, pienso que Falco no hubiera desaprobado mi ocurrencia de citarlo entre paréntesis.

Regreso entonces a las preocupaciones de Jorge Teillier, quien llegó a conocer como nadie entre nosotros cuanto era posible acerca de los poetas perdidos de Chile. Sobre Romeo Murga por ejemplo, otro de los compañeros próximos de Neruda, nacido en el mismo año que éste y muerto a los veintiuno de su edad, Teillier publicó en 1962 un buen estudio en la revista *Atenea*, de la Universidad de Concepción (Nº395). Allí relacionó con pertinencia esa voz poética interrumpida con la del argentino Francisco López Merino (1904-1928) y la del uruguayo Andrés Héctor Lerena Acevedo (1898-1922), no sin llamar igualmente la atención sobre el destino del joven poeta ecuatoriano Medardo Ángel Silva (1898-1919), autor del libro *El árbol del bien y del mal*, publicado un año antes de su suicidio.

Coetáneo de varios escritores del círculo de Neruda fue el enigmático y solitario poeta Omar Cáceres, que más que con ellos tuvo alguna relación (hasta esa palabra puede ser excesiva en este caso, como dice el narrador de un famoso cuento de Borges) con Vicente Huidobro y sus seguidores, que lo admiraron por buenas razones. Otros dos poetas chilenos que considero también marginales son Eduardo Anguita y Juan Luis Martínez.

He leído a estos poetas con fervor y en diversos lugares he escrito sobre ellos, no tanto guiado por un designio crítico como por aquella moción invitadora del ánimo que era también –según entiendo– la que mantenía tan vivos el interés y la curiosidad de Jorge Teillier.

No podré decir más de lo que ya he dicho sobre estos poetas, al presentar libros suyos o reeditarlos en Chile: en realidad diré menos, abreviando aquí y allá las páginas que les he dedicado: el epílogo a la reedición de *Defensa del idolo*, de Omar Cáceres; el prólogo a *Poesía entera*, de Eduardo Anguita; una lectura de Juan Luis Martínez, hecha en colaboración con Enrique Lihn. Agregaré, para ilustrar mis notas sobre estos escritores, algunos poemas que corroboren, espero, ese fervor.

"Lo veo avanzar con su elegancia de espectro", escribe Volodia Teitelboim al final de una nota sobre Omar Cáceres, autor de un único libro casi inhallable, publicado



en 1934 con un prólogo de Vicente Huidobro. Otro escritor, Andrés Sabella, cuenta ciertos encuentros con el poeta en una crónica que publicó pocos días después de su muerte, y sus palabras evocan asimismo el distanciamiento o la extrañeza: “Cáceres asistía, como entre brumas, a la conversación...”. “Creo haberlo entrevistado una o dos veces en Santiago”, me dijo una vez Gonzalo Rojas. Miguel Serrano, que lo conoció más de cerca, describe la impresión desolada que producía: “Tenía una manera extraña de recitar, de pronunciar las palabras, saboreándolas, paladeándolas casi. Y el aura angustiosa que lo rodeaba eran tan impenetrable e irrespirable como los espacios gélidos del cosmos. Estaba envuelto en una atmósfera de muerte y de soledad total. (...) Misterio y sombra fue su existencia”, dice en las intensas páginas que le dedica en *Ni por mar ni por tierra (Historia de una generación)*, uno de los libros reveladores con que nos encontramos en 1950, en nuestros comienzos literarios. Jorge Teillier –que por cierto no lo conoció– solía recordar que Omar Cáceres había sido violinista de una orquesta de ciegos, aunque él no lo era.

Todas esas menciones aluden a la condición sigilosa o espectral de la persona de Omar Cáceres, y a la que le conviene sugestivamente lo dicho por Gonzalo Rojas: “Creo haberlo entrevistado...”. Su muerte fue también misteriosa y ni siquiera se sabe con certeza en qué día ocurrió, porque el cadáver fue reconocido en el Instituto Médico Legal varios días después del homicidio nunca aclarado. Debió suceder a fines de agosto de 1943, ya que las crónicas sobre el hecho aparecieron a principios de septiembre. Un dato más: el diario que concedió mayor espacio a esas informaciones y a los comentarios de sus amigos Andrés Sabella y Antonio Acevedo Hernández se llama, emblemáticamente para el caso, *Las Últimas Noticias*.

De su libro habría que decir algo parecido. La circunstancia de su publicación y de su pérdida casi inmediata, en 1934, me fue relatado por Juan Loveluck, quien la conoció por un hermano del poeta, que fue su profesor de Castellano en el Liceo de Viña del Mar. Cuenta Loveluck, en la carta que me escribió a fines de 1995: “Unos pocos estudiantes éramos invitados a veces por el maestro (...) para conversar de temas literarios. (...) Un día me habló de un hermano poeta; de un libro, el único que publicó y que el profesor, entre las penas de sus salarios menguados, pagó para que el joven y extraordinario poeta Omar Cáceres no quedara en la anonimidad. Recuerdo haber hojeado, en 1946 o 1947, el breve volumen, pero no recuerdo si don Raúl tenía otros ejemplares.

El poeta era un poco extraño o más bien difícil. La modesta edición no salió libre de erratas. Tal vez eran muchas para él... Furioso, hizo una fogata en el patio y ahí terminó la corta vida del poemario. Pocos han visto un ejemplar que se salvó de la quema...”.

De esos ejemplares, hay dos en la Biblioteca Nacional de Santiago, y yo copié uno, página a página, en 1959, cuando aún no existían las fotocopadoras. No hay otros en ninguna biblioteca del país, ni en los Estados Unidos. Este año he sabido de la existencia de cinco, y yo tengo ahora uno de ellos, que perteneció a Eduardo Anguita. Como el autor, *Defensa del ídolo*, terminó siendo también casi fantasmal.

Algunas antologías retuvieron, sin embargo, al evasivo personaje, y gracias a ellas no desapareció del todo. Una que Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim publicaron en 1935 con el título de *Antología de poesía chilena nueva* le dio un sitio

merecido entre los diez autores que incluía. Hoy se puede afirmar que la presencia de Cáceres en ese libro fue un acierto mayor, porque abrió la puerta a sucesivos encuentros con su poesía. Los testimonios sobre tales encuentros no son raros, aunque para no desmentir la historia central del poeta corresponden más bien a las fugacidades de la oralidad. Junto a lecturas como el justiciero prólogo de Huidobro, y las referencias de Anguita, Teitelboim, Serrano y Sabella, ese carácter poseen para mí los regresos de Omar Cáceres. Porque este ausente, que tuvo escasos aunque excepcionales lectores en su tiempo, ha tenido después recordadores fervorosos: cuando le conté a Gonzalo Rojas que acababa de copiar *Defensa del ídolo*, me sorprendió con su recuento memorioso de muchos versos, empezando por los del poema "Insomnio junto al alba":

*En vano imploro al sueño el frescor de sus aguas.  
Auriga de la noche!... (¿Quién llora a los perdidos?)  
Vuelca la luna sobre su piel el viento, mientras  
que de la sombra emerge la claridad de un trino.*

*Tambalean las sombras como un carro mortuorio  
que desgaja a la ruta el collar de sus piedras;  
e inexplicablemente crujen todas las cosas,  
flexibles, como un arco palpitante de flechas.*

*Amor de cien mujeres no bastará a la angustia  
que destila en mi sangre su ardoroso zumbido;  
y si de hallar hubiera sostén a esa esperanza,  
piadosa me sería la voz de un precipicio.*

*Volcó la luna sobre su piel el viento. Suave  
fulguración de nieve resbala en los balcones;  
y al suplicarle al sueño me aniquile, los pájaros  
dispersan un manojo de luz en sus acordes.*

En el verano de 1995, en Nueva York, Cáceres revivió de manera parecida en un diálogo con el poeta venezolano Juan Sánchez Peláez. Él sabía de *Defensa del ídolo* desde sus años de residencia en Chile, entre 1939 y 1941. No había conocido al autor ni había visto nunca el libro, pero sí la *Antología de poesía chilena nueva* que he mencionado. Y desde ahí regresaron otra vez, en una reconstrucción concertada a dos voces, algunos poemas de Omar Cáceres, como éstos:

#### AZUL DESHABITADO

*Y, ahora, recordando mi antiguo ser, los lugares que yo he habitado,  
y que aún ostentan mis sagrados pensamientos,  
comprendo que el sentido, el ruego con que toda soledad extraña nos sorprende  
no es más que la evidencia que de la tristeza humana queda.*

*O, también, la luz de aquél que rompe su seguridad, su consecutivo 'atmósfera,  
para sentir cómo, al retornar, todo su ser estalla dentro un gran número,  
y saber que "aún" existe, que "aún" alienta y empobrece pasos en la tierra,  
pero que está ahí absorto, igual, sin dirección,  
solitario como una montaña diciendo la palabra entonces:  
de modo que ningún hombre puede consolar al que así sufre:  
lo que él busca, aquéllos por quienes él ahora llora,  
lo que ama, se ha ido también lejos, alcanzándose!*

## PALABRAS A UN ESPEJO

*Hermano, yo, jamás llegaré a comprenderte;  
veo en ti un tan profundo y extraño fatalismo,  
que bien puede que fueras un ojo del Abismo,  
o una lágrima muerta que llorara la Muerte.*

*En mis manos te adueñas del mundo sin moverte,  
con el mudo estupor de un hondo paroxismo;  
e impasible me dices: "conócete a ti mismo",  
como si alguna vez dejara de creerte!...*

*De hondo como el cielo, cuán dulce es tu sentido;  
nadie deja de amarte, todo rostro afligido  
derrama su amargura dentro tu fuente clara.*

*Dime, tú, que en constante desvelo permaneces:  
¿se ha acercado hasta ti, cuando el cuerpo perece,  
algún alma desnuda, a conocer su cara?*

Resumo finalmente ciertos datos, que podríamos llamar reales, aunque no ajenos a dudas y conjeturas, sobre la persona y la poesía de Cáceres: nació en 1904 (en publicaciones de su época se lee también 1905 o 1906) y murió en 1943. En 1934 publicó los quince poemas que constituyen toda su obra conocida, y que bastan para su memoria. Vicente Huidobro, con palabra anunciadora, prologó su libro. (Con alguna sorpresa, veo en las bibliografías que éste parece ser el único prólogo escrito por Huidobro para un poeta).

Las crónicas de sus amigos dan otras noticias más singulares: empleado municipal y "algo juez del Trabajo" (así se dice en un periódico) en el puerto de San Antonio; la preparación de un libro de cuentos y de una biografía de un crítico, Eliodoro Astorquiza, de quien fue secretario por algún tiempo. Hay acuerdo en que era un buen violinista y que sus conocimientos de teoría musical eran sólidos. Paradojas de Omar Cáceres, como la que sostuvo Teillier: un poeta vidente que fue violinista de una orquesta de ciegos...

Yo digo que su poesía ha hablado y nos seguirá hablando ella misma.

Podrá parecer un tanto extraña la inclusión de Eduardo Anguita entre los poetas marginales, porque más de alguien recordará que este escritor obtuvo en Chile, en 1988, el Premio Nacional de Literatura, un reconocimiento mayor y consagratorio en nuestro medio. Por otra parte, la existencia de un premio de Poesía que lleva su nombre, y que fue establecido poco después de su muerte, induciría más bien a verlo como un escritor ajeno a conflictos con la institución literaria, en la que participó de manera muy activa en sus comienzos. Vinculado al círculo de Huidobro desde la década del treinta (nació en 1914), ya en 1935 aparece en el centro de una polémica, cuando publicó junto con Volodia Teitelboim aquella *Antología de poesía chilena nueva*: entre los diez seleccionados se incluyeron ambos, aunque marginaron a Gabriela Mistral, cuya poesía juzgaron “animada de esencias retardatarias”, un rechazo algo atenuado por el desconocimiento de los poemas de *Tala*, que sólo aparecieron en 1938. Y el tiempo les ha dado en gran parte la razón: Pablo de Rokha, Huidobro, Neruda, Rosamel del Valle, Omar Cáceres, que estaban entre los diez, son nombres fundamentales de nuestra poesía.

Una década después de esa agitada iniciación en la vida literaria, la influyente Editorial Zig-Zag le encomendó la primera antología de Vicente Huidobro. La selección realizada por Anguita y su iluminador estudio preliminar orientaron por un buen tiempo, y no sólo en Chile, la lectura de la poesía y de la prosa huidobrianas.

Estos datos parecen contradecir la idea de marginalidad, y sin embargo yo me atrevo a afirmar que la persona y la obra de Anguita tuvieron y siguen teniendo ese signo. Desde luego, su obra poética no se difundió (ese verbo también es excesivo) sino a partir de 1971, cuando apareció su *Poesía entera* en la Colección “Letras de América” de la Editorial Universitaria, una serie que yo dirigía. La edición resultó muy desmedrada y sé que esto lo lastimó, porque su laconismo se acentuó en casuales encuentros posteriores. Alguna vez traté de llevar el diálogo a ese difícil terreno, pero me liberó gentilmente del esfuerzo: las erratas que había encontrado eran mínimas, y lo demás no tenía remedio.

Cuando escuché la noticia de su muerte, ocurrida el 12 de agosto de 1992, y me enteré de las causas que la precipitaron: las quemaduras que había sufrido dos días antes al caer sobre una estufa encendida. Recordé esas circunstancias editoriales y releí *Poesía entera*, con la sensación de que ese lejano empeño había valido la pena. Ahora comenzaban a desplegarse en la lectura los múltiples poetas que parecían circular por el libro, como rostros, o más bien figuraciones y voces distintas del escritor que fue Eduardo Anguita. Al día siguiente escribí una página, de la que tomo algunos fragmentos para situar al personaje:

“La muerte lo sorprendió en el aislamiento en que había vivido –no acudo a la palabra soledad para mencionar esa condición distanciada y hasta huraña de su existencia: para un creyente como él esa palabra tal vez no tendría el mismo sentido que para nosotros–, pero creo que no se sintió víctima de los demás. Al parecer, sus amigos fueron muy pocos, y su poesía suele registrar los nombres de esos pocos cuyo trato buscó: en primer lugar, Vicente Huidobro.

No figura, que yo sepa, en ninguna antología prestigiosa de poesía hispanoamericana del siglo xx, ni aun en las que prodigan los nombres por las

más diversas razones. Es seguro que Anguita desdeñaba toda causa de marginación que no fuera, para él, estrictamente literaria. Por eso, su ausencia de las listas consagratorias no logró distraerlo de sus preocupaciones mayores: *La belleza de pensar*, fue el título del libro en el que reunió sus estimables crónicas y notas”.

Al releer la obra poética de Anguita –uno de cuyos rasgos centrales es su dimensión metafísica– me ha impresionado profundamente la atracción multiplicada, constante, de una imagen que sólo ahora se me revela en su magnitud vaticinadora: la presencia del fuego, de lo ígneo, que lo esperaba al final de su vida.

No fue un epígono del creacionismo huidobriano, como alguna vez se ha insinuado. Ahora, a tantos años del nacimiento y desarrollo de aquel *ismo*, se puede ver que la poderosa y original personalidad de Anguita empezó a diferenciarse de Huidobro desde el primer momento, tanto en su práctica poética como en la reflexión sobre la teoría o doctrina que la sustentaba. Aunque simpatizara con la idea del “pequeño dios” o del “poeta mago” (y a menudo probó que sabía y podía jugar ese juego), su meta declarada fue llegar “a constituir la vida individual en una especie de *liturgia*, emanada directamente de la *videncia* (poesía escrita). El poeta no sólo *vería* de otro modo; *sería* de otro modo. De *poeta* habría pasado a *sacerdote*”, según sus palabras. Se inclinó, pues, desde una suerte de *religión del arte* a un arte religioso más y más ortodoxo. *Crear un mundo* significaba entonces derivar de él una conducta, responder a la necesidad de una poesía práctica, abrir esa puerta “donde la poesía es capaz de dar un sentido al mundo y, con ello, un sentido a la existencia. Allí, Poesía y Religión se darán la mano”, escribió en 1948.

Su voluntad diferenciadora lo llevó a escribir sonetos –en años poco propicios a eso rigores–, por oposición al exclusivismo y a los descuidos culpables del verso libre. Otra resistencia significativa pudo verse en 1948, cuando escribió su poema elegíaco como “Mester de Clerecía en memoria de Vicente Huidobro”. La situación que originaba ese poema y su fe religiosa explican la opción por la rigurosa forma del “mester de clerecía” en este homenaje, pero acaso inconscientemente (ahora pienso que no tanto) Anguita tenía en cuenta que el maestro se había inclinado por la actitud del juglar en su novela *Mío Cid Campeador*, publicada en 1929. La nota que sigue al título de la elegía –“Por encargo de Gonzalo de Berceo”– atrae algún eco de la alacridad huidobriana, pero luego contrasta con ella, desde la primera cuaderna vía, la gravedad intensa y desolada del poema:

MESTER DE CLERECÍA EN MEMORIA DE VICENTE HUIDOBRO  
(Por encargo de Gonzalo de Berceo)

*A muerto de los aires un fino emperador.  
Escuridad est tanta que non a alrededor.  
Los sones han callado ca murió el roseñor  
Que era entre todas aves el pájaro meior.*

*Alvar Yáñez e Hübner e Vargas el pintor,  
Arenas e Rodriguez, e io, que soi menor,  
Ioan Gris, Gerardo Diego e Lipschütz escultor,  
Ioan Larrea, que dobla eúscaro tambor.  
Hi vienen su Cagliostro e su Cid Campeador,  
La golonfina aúlla con tristura e pavor,  
E ploran muchos omnes por pena e por error.  
A todos los consuela el ángel Altazor.*

*Dispónense a enterralle en fossa de pastor,  
Mas su cuerpo non hallan en nengún rededor;  
Ansi facen un hueco con su forma e grossor  
E fincan en sepulcro esse hueco de amor.*

*Vincente de Huidobro, mi hermano e mi señor,  
Non fagas la faz mustia por plazer mi dolor,  
Nin compartas lazerio con el nuestro clamor,  
Si en grant gozo de música te metió el Salvador.*

*La alondra, la calandria e el chico roseñor  
En concierto de voces entonan su loor.  
Unos a otros traspásanse commo fructa e olor  
E nenguno se rompe nin fiere su pudor.*

*Non luce en todo el prado faisán de más color,  
Ni ángel de más frecuencia, ni aire de más rigor.  
Cada silbo amoroso vuela de alcor a alcor  
Llevado por la brisa del estío cantor.*

*Él le dize cantigas a la Virgo de amor,  
Sentada en una rosa como dixo Altazor;  
La nieve florecida al lado del calor  
Se amamantan en Ella sin miedo nin rencor.*

*Mi Señor Jesuchristo, mi Padre e Redemptor,  
Io ruego que me invites al concierto maior,  
Fagas en la mi carne plagas de grant dolor  
Ca non est instrument sin roturas de amor*

*Fagas en la mi carne plagas de grant dolor...* Ese verso nos dice algo más a sus lectores de hoy: no sólo el lamento sino también el presagio.

Otra verdad a medias en la escasa crítica sobre Anguita ha sido su adscripción al surrealismo. También en este caso hay razones para hablar de cercanías y resistencias. Ya se sabe que el surrealismo dejó una huella significativa en Hispanoamérica, que es muy fuerte en Chile, y hasta cierto Huidobro –el de *Temblor de cielo*– podría ser

releído desde ese mirador (aunque sin olvidar los versos famosos: “*el vigor verdadero / reside en la cabeza*”); conviene sin embargo señalar los límites de tales relaciones.

Anguita fue parco para referirse a ellas. En una de las pocas entrevistas que dio, apunta con brevedad, al hablar de los surrealistas del grupo *Mandrágora*: “... yo pensaba distinto que los surrealistas e incluso era contrario a varios de sus postulados”. Más reveladora es su respuesta sobre el papel que juega el inconsciente en el proceso creativo: “Tiene una función primordial, sobre todo en los poetas de vanguardia, sean o no surrealistas. En mi caso particular, he sostenido que mi Inconsciente es muy rico y mi Conciencia es muy hábil, porque exige explicaciones” (Juan Andrés Piña, *Conversaciones con la poesía chilena*).

Como expresión de autoconocimiento estas líneas son, más que suficientes, muy notables, y creo que su escritura poética lo corrobora casi siempre, porque en sus poemas la conciencia cumple, como se espera, el rol constructivo que le asigna Anguita y que con otras palabras definió –también memorablemente– Dylan Thomas al razonar en una entrevista su “profundo desacuerdo” con las pretensiones surrealistas:

“A mí no me importa de dónde salen las imágenes de mis poemas; que salgan, si usted quiere, del mar más hondo del escondido yo; pero antes de que lleguen al papel deberán atravesar todos los procesos racionales del intelecto. Los surrealistas, por otra parte, acomodan sus palabras sobre el papel, exactamente como emergen del caos; no trabajan esas palabras ni las ordenan; para ellos el caos “es” la forma y el orden. A mí, esto me parece excesivamente presuntuoso; los surrealistas imaginan que cualquier cosa que draguen de sus yo subconscientes y la plasmen en pintura o en palabras debe esencialmente ser de algún interés o valor. Yo niego eso. Una de las artes del poeta es hacer comprensible y articular lo que pueda emerger de las fuentes subconscientes; uno de los usos más importantes del intelecto es “seleccionar”, de la masa amorfa de las imágenes subconscientes, aquéllas que mejor logren su propósito imaginativo, que es escribir el mejor poema que se pueda”. (*Texas Quarterly*, Winter 1961. Cito la trad. de Gabriel Rodríguez, *Oráculo*, 2. Lima, 1979).

Es posible, igualmente, estar en desacuerdo total o parcial con tales afirmaciones, pero a condición de reconocerles la oportunidad de un llamado al orden contra los absolutismos de escuelas o tendencias: un mérito que debe concederse desde luego a la conducta poética de Eduardo Anguita.

Con la palabra “Liturgia”, Anguita tituló la sección que contenía sus últimos textos. Los diversos caminos que recorrió como si él fuera al mismo tiempo diversos poetas, confluyeron allí en un tipo de poemas que él definió como *católicos en su sentimiento primordial*. Será necesario retener esta idea para entender cabalmente su empeño.

En efecto, la dirección final de su escritura, así enunciada, parecería invocar la mayor gravedad, distanciada de las audacias e irreverencias que caracterizaron a la vanguardia literaria, de la cual se sintió siempre parte. Pero hay que agregar que en Anguita esas actitudes no fueron un gesto sino una manera realmente asumida de

vivir y escribir. Por eso es que algunos poemas de "Liturgia" plasman contenidos religiosos muy trascendentes acudiendo a una alianza entre la ortodoxia católica y la heterodoxia vanguardista. El resultado fue, una vez más, poéticamente feliz en la producción de un escritor que no se dejó tentar por la pura exterioridad de lo que Borges llamó "Novedades ruidosas"; en otras palabras: allí donde el vanguardismo exigía un vino nuevo en odres nuevos, Anguita reclamó para su uso el vino viejo en odres nuevos. Yo creo que el poema dramático "Única razón de la pasión de N. S. J. C." ilustra esta alianza con brillantez, ingenio e intensidad infrecuentes en nuestra poesía. Con él, Anguita demostró que podía ser también un humorista consumado si se lo proponía; pero sin duda contaba con que se entendería la seriedad profunda que subyacía a ese humor:

ÚNICA RAZÓN DE LA PASIÓN DE N.S.J.C.

Arlequín: *Nuestro Señor Jesucristo padeció únicamente por Jenaro Medina  
 Nuestro Señor Jesucristo subió al calvario por la señora Hortensia  
 Nuestro Señor Jesucristo murió exclusivamente por el Chipo Cruz  
 Nuestro Señor Jesucristo -Eli Eli lama sabajtani- por Alemparte por  
 Gaete por los hijos de Weir Scott  
 Por mí y por todos los chilenos todos los uruguayos los suramericanos  
 los norteamericanos los ingleses los franceses los alemanes los españoles  
 los italianos los ruso los ciegos los gordos los sabios los egipcios  
 los atletas los caldeos los militares los iraníes los liberales los lisboetas  
 los utopistas los explotados los condenados de la tierra los explotadores  
 los esclavos sin pan los mormones los vendedores los productores los  
 consumidores los suizos los músicos los gobernantes los sordos, ay*

*Sus llagas se hicieron por todos ellos por todos nosotros  
 Y todos cabemos en ellas y todos somos redimidos  
 Pero Jenaro Medina solo  
 O yo solo  
 O la simple señora Hortensia  
 Es la causa de toda la Pasión y la Muerte de Nuestro Señor Jesucristo*

Coro: *Nuestro Señor Jesucristo subió al Calvario por el Chico Molina  
 Murió exclusivamente por la señora Hortensia  
 Por los caldeos por los intermediarios los soberbios  
 los jordanos  
 los Meneses los ejecutivos...*

Arlequín: *No sigamos nombrando por qué única creatura padeció y murió  
 Nuestro Señor Jesucristo  
 Todos saben que fue por mí solamente por mí  
 Totalmente por mí.*



Coro hombres: *Miiiiiiiiiiiiiiiiii (cantando nota Mi)*

Coro mujeres: *Miiiiiiiiiiiiiiiiii (nota Mi una Octava más alta).*

Hay otro registro en los poemas de Anguita que se lee ahora en la dimensión del vaticinio o de las anticipaciones: es el que atrae las imágenes del fuego, de la llama, del incendio y la ceniza. Parecía natural que en los poemas de "Liturgia", y aun en los anteriores, esas imágenes propias del campo semántico de lo ígneo –y cuya vieja simbología religiosa es múltiple y rica– recurrieran hasta el punto de sobresalir en su escritura con el carácter de *signo valorizado*, en el sentido que Pierre Giraud le da a esa noción en su análisis de textos poéticos de Baudelaire. En *Poesía entera* se pueden señalar más de cincuenta menciones de tales imágenes, y a menudo en lugares muy centrales, estratégicos, del poema. Por su situación y su frecuencia resultan inquietantes para el relector de Anguita; pero tal vez ninguna lo sea más que éstas, en la cual otro y el mismo Arlequín de "Única razón de la pasión..." teje sus obsesiones al comienzo de "Misa breve":

*Doce palomas entran en Ti, seis de cada lado:*

*Seis de noche, seis de día. Palomas visuales,*

*Convergentes chispas de aires a perforar tu nido solar.*

*No temen:*

*Si algún rostro tiene el agua, aunque cambiante y lejos,*

*¿Qué rostro tiene el fuego?*

*El fuego tiene rostro sólo para el que arde.*

*De San Juan a Navidad, de Navidad a San Juan se suceden las aves.*

*Seis llamas escurren a reposar en el centro radiante de agua*

*Y seis ascuas de agua acuden al beso ígneo.*

*Medianoche arde en el canto de un solo gallo de oro*

*Llameando como un loco en el fulgor de la Venida.*

*El gallo se quema al instante, yace relámpago marchito*

*De donde brota un nuevo gallo como corona de agua viva.*

Después de un recorrido –aun fragmentario y parcial– por la poesía de Anguita, sorprende que una personalidad tan rica, variada y compleja haya sido casi ignorada en el espacio crítico de su país, y del todo fuera de él. Algunos artículos apreciativos y algunas entrevistas son excepciones valiosas que ponen a prueba una regla sombría del ocultamiento y la pereza. Esta nota negativa es la que hace de él un poeta marginal en nuestra literatura.

Con los escritores no le ocurrió lo mismo. Anguita fue leído y respetado por ellos, y yo creo que eso le bastaba; como buen lector de Conrad recordaría más de una vez este párrafo sobre la disciplina del escritor, y se le reconocería en él: "Debe hacer su trabajo lo mejor posible, ser exacto y cuidar sus frases como una tripulación lava su puente; no debe aguardar otra recompensa que el silencioso respeto de sus iguales; tal es su honra".

Al comienzo de estas reflexiones mencioné a Juan Luis Martínez, a cuya expresión "identidad velada" acudí para situar la obra de algunos poetas representativos de esa conducta. El mismo Juan Luis Martínez la ilustra inmejorablemente.

A pesar suyo fue una figura ejemplar para los jóvenes escritores chilenos, y lo sigue siendo todavía. En un trabajo que le dedicamos con Enrique Lihn en 1987 –*Señales de ruta de Juan Luis Martínez*– dijimos que una de sus singularidades era ésa: hacerse presente en su desaparición. Y es oportuno hablar aquí de *desaparición*, porque ése fue uno de los temas principales de su poesía.

Había nacido en 1942, y casi toda su vida transcurrió en Valparaíso y en pequeños pueblos aledaños, como Villa Alemana, donde solían visitarlo a menudo poetas de distintas generaciones (yo fui uno de eso peregrinos), atraídos por sus múltiples y sorprendentes saberes y por el encanto de una personalidad al mismo tiempo discreta, cálida y cortés. Sus libros fueron tan novedosos y desconcertantes que ninguna editorial los acogió (aunque la Editorial Universitaria consideró esa posibilidad en 1971), y terminó publicándolos él mismo en ciertas Ediciones Archivo que inventó para su uso particular. Fue en ellas que aparecieron las páginas que escribimos con Enrique Lihn.

Lo desconcertante de su trabajo era en realidad el despliegue feliz de una escritura liberada de convenciones formales o genéricas, y que provenía de su energía de *bricoleur*, “experto –como lo señalamos con Enrique– en el arte combinatoria y en la frecuentación submarina de las escrituras con-sagradas y de las literaturas sumergidas”. La extrañeza empezaba con los títulos: *La nueva novela* (1977 y 1985); *La poesía chilena* (1978), que contradicen toda definición genérica. *La poesía chilena* no es estudio ni antología: es un libro-objeto, precisamente una caja negra, que contiene reproducciones de los certificados de defunción de Gabriela Mistral, Pablo de Rokha, Vicente Huidobro, Pablo Neruda y Luis Guillermo Martínez Villablanca (el padre del autor), más un bolsito o sobre de plástico con tierra del mistraliano Valle Central, y pequeñas banderas chilenas de papel. Algunos crítico –no más de dos o tres, si acaso– tomaron en cuenta el momento de publicación, pero es evidente que la *lectura* de esa caja puede ir más allá del mensaje político implicado. Juan Luis Martínez prefería no referirse a su quehacer y no adelantó, que yo sepa, ninguna clave: esa caja sigue siendo, pues, un desafío y un estímulo.

*La nueva novela* es el trabajo de un *bricoleur*, en cuanto la gráfica y los materiales incorporados son centrales para seguir y entender el orden de sus procesos imaginarios; pero es también el libro en el que se encuentran los poemas que hacen de él un autor fundamental en la literatura chilena de este tiempo. Los críticos no suelen comprenderlo así, pero los escritores jóvenes y muchos de mi generación lo han reconocido plenamente. Y si hablo por mí, debo decir que hay poemas suyos, como “La desaparición de una familia”, que cuentan entre los más intensos de esta literatura en mi experiencia de lector. He aquí el poema:

#### LA DESAPARICIÓN DE UNA FAMILIA

- 1.– *Antes que su hija de 5 años  
se extraviara entre el comedor y la cocina,  
él le había advertido: “-Esta casa no es grande ni pequeña,  
pero al menor descuido se borrarán las señales de ruta  
y de esta vida al fin, habrás perdido toda esperanza”.*

- 2.- *Antes que su hijo de 10 años se extraviara  
entre la sala de baño y el cuarto de los juguetes,  
él le había advertido: “-Esta, la casa en que vives,  
no es ancha ni delgada: sólo delgada como un cabello  
y ancha tal vez como la aurora,  
pero al menor descuido olvidarás las señales de ruta  
y de esta vida al fin, habrás perdido toda esperanza”.*
- 3.- *Antes que “Musch” y “Gurba”, los gatos de la casa,  
desaparecieran en el living  
entre unos almohadones y un Buddha de porcelana,  
él les había advertido:  
“-Esta casa que hemos compartido durante tantos años  
es bajita como el suelo y tan alta o más que el cielo,  
pero, estad vigilantes  
porque al menor descuido confundiréis las señales de ruta  
y de esta vida al fin, habréis perdido toda esperanza”.*
- 4.- *Antes que “Sogol”, su pequeño fox-terrier, desapareciera  
en el séptimo peldaño de la escalera hacia el 2º piso,  
él le había dicho: -“Cuidado viejo camarada mío,  
por las ventanas de esta casa entra el tiempo,  
por las puertas sale el espacio;  
al menor descuido ya no escucharás las señales de ruta  
y de esta vida al fin, habrás perdido toda esperanza”.*
- 5.- *Ese último día, antes que él mismo se extraviara  
entre el desayuno y la hora del té,  
advirtió para sus adentros:  
“-Ahora que el tiempo se ha muerto  
y el espacio agoniza en la cama de mi mujer,  
desearía decir a los próximos que vienen,  
que en esta casa miserable  
nunca hubo ruta ni señal alguna  
y de esta vida al fin, he perdido toda esperanza”.*

Tan marginal fue Juan Luis Martínez que cuando publicamos con Enrique Lihn nuestras notas sobre su trabajo, algunos lectores creyeron que se trataba de una invención. Eso apareció en la página cultural del diario *El Mercurio*, en noviembre de 1988. Un crítico desinformado comentó que Enrique y yo habíamos logrado unos poemas luminosos que negábamos con una introducción culpable de excesiva densidad (y de alguna manera esto último era cierto). Terminaba sugiriendo que dado ese desacuerdo entre las dos partes, Juan Luis Martínez tenía “que ser de verdad” (sic).

En marzo de 1993 –mes de su muerte– se publicó en ese mismo periódico una de las poquísimas entrevistas que concedió. Hablando de marginalidad creo que vale la pena citar un pasaje de ese diálogo. Dice la periodista:

“—En una ocasión el crítico de *El Mercurio* Luis Vargas Saavedra creyó que usted era un invento de Enrique Lihn y Pedro Lastra, y escribió “acaso Juan Luis Martínez ni siquiera exista”. ¿Qué le parece?

Respuesta de J.L.M.: —Ese comentario me emocionó mucho. Me complace irradiar un identidad velada como poeta; esa noción de existir y no existir, de ser más literario que real. De joven leí un aforismo de Novalis: “La poesía es lo real absoluto”. Si entonces me sedujo esa afirmación, hoy estoy convencido de que es así.

Pregunta: —¿Y por eso quiere borrar su huella, llegando al extremo de tachar su firma?

Respuesta: —¿Sabe? los aspectos biográficos de un autor me parecen irrelevantes a la hora de enfrentarse a un texto. De ahí que no me parezcan adecuadas las entrevistas que buscan datos nuevos, como queriendo encontrarles un doble sentido a los poemas.

Identidad velada... Pero como la de los otros escritores señalados aquí, su poesía es un bien para todos y sólo eso debería importarnos. Y es otro poema de Juan Luis Martínez el que me invita a cerrar esta ya larga exposición:

Observaciones relacionadas con la exuberante actividad de la “confabulación fonética” o “lenguaje de los pájaros” en las obras de J.P. Brisset, R. Roussel, M. Duchamp y otros

*a. A través de su canto los pájaros  
comunican una comunicación  
en la que dicen que no dicen nada.*

*b. El lenguaje de los pájaros  
es un lenguaje de signos transparentes  
en busca de la transparencia dispersa de algún significado.*

*c. Los pájaros encierran el significado de su propio canto  
en la malla de un lenguaje vacío;  
malla que es a un tiempo transparente e irrompible.*

*d. Incluso el silencio que se produce entre cada canto  
es también un eslabón de esa malla, un signo, un momento  
del mensaje que la naturaleza se dice a sí misma.*

*e. Para la naturaleza no es el canto de los pájaros  
ni su equivalente, la palabra humana, sino el silencio,  
el que convertido en mensaje tiene por objeto  
establecer, prolongar o interrumpir la comunicación  
para verificar si el circuito funciona  
y si realmente los pájaros se comunican entre ellos  
a través de los oídos de los hombres  
y sin que éstos se den cuenta.*

**NOTA:**

*Los pájaros cantan en pajarístico,  
pero los escuchamos en español.  
(El español es una lengua opaca,  
con un gran número de palabras fantasmas;  
el pajarístico es una lengua transparente y sin palabras).*

BÁRBARA:  
LA MEMORIA ES UN CADÁVER QUE SE INCENDIA

Mario Milanca Guzmán

*"Oh Señor, da a cada uno su propia muerte, el morir que surja verdaderamente de esta vida, donde encontró amor, sentido y desamparo".*

Rainer María Rilke

Un vuelo de la empresa Aero-Perú que despegó de ciudad de México y cuyo destino era Santiago de Chile, hizo una escala técnica en Lima –aeropuerto Jorge Chávez– al emprender el vuelo hacia la capital chilena, las computadoras del avión “se volvieron locas”, dijo el piloto, y la nave cayó al mar frente a las costas del Callao. En ese vuelo iba la poetisa chilena Bárbara Délano, que con 34 años de edad allí se perdió.

Aquí se le responde el envío de un ejemplar de su libro *El rumor de la niebla* (1987) que su autora –Bárbara Délano– envió a su compatriota M.M.G. Éste una década después se detuvo en ese libro que ayer sólo hojeó, pero que hoy después de ese vuelo que naufragó. No en las estrellas, sino en las playas, en las aguas del mar océano, leyó M.M.G. el libro de Bárbara y descubre que, como toda lectura, esta es polisémica. Así él va leyendo la inmolación tal cual la describió Bárbara una década antes en *El rumor de la niebla*. Y de esa lectura y saludo se concluye que Bárbara quiso morir “yo”, es decir, el “yo” que quiere morir buscando inmortalidad.

Año –día– viejo... y recuerdo a una amiga que no conocí, pero que me envió uno de sus libros, en cuya dedicatoria escribí –mientras trazaba esos grafos era la sangre, sus humores, sus lágrimas, sus deseos, sus pasiones, sus recuerdos o sus dolores los que circulaban en esa mano que trazó estos signos: “A, es un grafo enorme, como ola, y este dato no es anodino. No; como ola, la que la llevaría años después –o segundos, todo es relativo– de este mundo. Escribió: A, como en esas montañas de aguas que usan los surfistas para navegar sobre una idea o una pasión. Decía: A Mario Milanca, estos rumores [los que somos de mar, de aguas, sabemos que el “mar” no es más que un continuo de *rumore*] paralelos... Bárbara Délano. M; sí, una M de México alta, como la más alta ola que cerraría sus ojos, su memoria. Y fue firmado en julio, un julio donde ese sueño se hundió para siempre. Trazo con un marcador azul –el azul, acaso, el azul del cielo que quiso ver o el azul de esa noche llena de estrellas fugaces– un círculo alrededor de su nombre. Sí, es la misma Bárbara Délano que se perdió una noche del mes de julio de 1987 en mis sueños, y que nueve años después se hundiría en los sueños de ese mar océano que fatigaron bucaneros, negreros y todas sus naos con oro y plata y sangre hurtadas a estas tierras... y Bárbara observándolo todo.

¿Quién dijo que los poetas no eran visionarios? Algunos lo dudan, pero Bárbara desde las aguas ha disuelto y estremecido a esos incrédulos. Hay que creer en la

letra y el espíritu de la palabra. Ella ayer no más dijo esto: este es el baile de los muertos / el inmenso territorio yerto de la muerte [digo: es el océano ese inmenso territorio de la muerte] /Círculo salvaje donde esperamos el sacrificio [digo o pregunto: ¿no es acaso el líquido amniótico donde uno puede naufragar antes de nacer y ver las primeras estrellas?]; /Aquí estamos tú y yo./Solos/ Mirando al vacío [pregunto ¿cuál es ese vacío sino el mar, el océano y esos rumores? Ella tituló su libro en francés: *le rumeur*, donde la aliteración es incisiva y preclara] /He dicho que esto ciega, /Atrás el mar es un espejo de dioses/olor de patio abandonados// El horror con que me miras no tiene límites [observo: quién mira? el padre, sus amigos, sus admiradores, sus envidiadoras del ayer: todos miran esa muerte sin límites] /Hoy ha llegado la maldita hora de la muerte/ mártires y verdugos/ héroes y patrañas/ escollos de una civilización perdida/ para enterrarte y desenterrarte del olvido [digo: aquí estamos desenterrándote de ese olvido líquido y submarino que quiso amarte demasiado cerca]. Tu cuerpo flota como un río/ donde pasó rápida la luz/ Tu cuerpo lleva mi estigma,/ el signo en que perpetúo nuestra muerte/ [glosa: su cuerpo flota como un río, imagen femenina, imagen de una poetisa como Bárbara; se ve flotando: ella es río, sobre las aguas o bajo las aguas del océano que la tragó; es una haz de luz, que algún día, siendo adolescente, soñó; se soñó como un estigma bajo las aguas]. Luego en el poema –poema de su muerte– ella –Bárbara– bajo esas aguas sigue su monólogo con su amado y hoy, después de los hechos, nos hacen estremecer esas palabras. Y dijo: “El día/ la tarde/ la noche asusta [la tarde de un día ella se subió a una nave –la nave que guiaba Caronte– ella vio la tarde, esa tarde diferente, la noche se aproximó y la asustó] / Todo asusta en este rincón enfermo/ donde se grabó para siempre el desamparo del tiempo [inaudito, estaba pensando en la muerte de Atahualpa, los jeroglíficos que hay en esas latitudes, donde esos signos –graznidos para siempre– del desamparo del tiempo hablan o murmuran viajes también naufragados. Cómo, me preguntó, un tal Borges –que se movía entre laberintos y sueños– no leyó esos jeroglíficos, allá en las alturas del altiplano; y sin embargo, Bárbara los leyó desde sus sueños]; dijo: “Cezanne” yo digo: “(Bárbara ) mira tristemente desde/ el otro lado del mundo”. Ella se sigue mirando, allá se ve flotando en esas frías aguas donde un día fondearon las naos que llevarían toda la muerte del mundo. Se mira, se ve y dice: “Allí estás tú (Bárbara)/ magia estática que congeló los cuerpos./ Este es el baile de los muertos [observo: acaso cuando la nave cayó de las estrellas todos esos cuerpos no se disolvieron en un baile; baile, como ella soñó, de los muertos?]

Y finaliza. “Aquí estamos tú y yo. Solos. Mirando al vacío”.

Hoy primero de enero de mil novecientos noventa y siete sigo leyendo a Bárbara, su libro que ayer, cuando me lo envió desde México, no tuve el cuidado de descifrar. No entendí los mensajes subyacentes. Anoche hubo fiestas ¿qué se celebraba? ¿Los días idos, los días por venir? Nosotros observábamos casi impávidos esos festejos. En nuestra soledad nos mirábamos en las estrellas que escasas dejaban ver unas espesas nubes nocturnas. Luego vino la bruma; la bruma de la noche, bruma de una neblina espesa, cayó sobre los hombres. Se bailaban los ritmos de la vida, para celebrar a la muerte, todas las muertes. Nos sorprendió la mañana espesa dialogando con la lluvia del ayer, con los árboles que verdes y terribles se erguían

frente a nuestra ventana; buena atmósfera para conversar, dialogar con nuestros queridos, venerados muertos ahí en el umbral de ese nuevo año, o evocar a los que lejanos amamos, digo mi hijo que está en la edad de la aventura y las pruebas profundas. Las voces salían del bosque próximo, de las aguas del río que ayer fue río, hoy es apenas una caricatura de sí mismo; salían voces del ayer para increparnos y decir-nos: insensatos sigan celebrando esos primeros de cada año, ya les tocará estar de este otro lado del bosque, para evocar antiguas canciones e iremos tras los ejércitos derrotados del ayer y sus tambores no convocarán muerte, sino espanto del hombre que llegó del cielo sobre una nao y dejó caer cuentas y piedras baratas, pero se cobró con la sangre y los huesos y los sueños de muchos pueblos que hoy están de este lado del bosque donde yacemos los muertos.

Nunca es tarde, Bárbara, para leerte, leer ese *rumor de la niebla* (éditions d'Orpfee, Québec, 1984, 65 págs.) Fíjate, fijémosnos: *Orfeo*, no fue gratuito el nombre de la editorial, después de la venganza de las Ménades –grupo de choque de Dionisio– la cabeza de Orfeo flotó hasta llegar al mar, pero siguió cantando; y eso es lo que hace ella ahora –flotando estará su alma– pero su hermosa cabeza sigue viéndonos y cantando, como ayer lo hizo Orfeo, bajo cuyo nombre jamás se perderá, sino que viajarán flotando unidos; unidos y cantando.

Nos detenemos en la portada. Es como entrar a un “campo santo”, y leer arriba –en el arco que da acceso al *otro mundo*– como una especie de epígrafe a todo lo que veremos: “muerte y transfiguración”. Y las palabras cargadas –como los dados– continúan: “demolición” donde “los cadáveres giran y zumban/ sobre una pila de/ desnudas calaveras”. Cadáveres giran y zumban, giran y zumban... nos hace ver, oír, ese zumbido de aguas profundas donde esos cadáveres –su cadáver– quedó girando y zumbando. El texto “el tambor de los muertos” la palabra preclara es más precisa, los dados siguen cargados, el Tarot sigue mostrando la carta sonriente de la muerte, arcano XIII puro icono al cual le sobran los significantes. Versos que son para balancearse en las conjeturas: “soledad en llamas/ páramos perdidos en la profundidad”, “¡Déjame caminar por el piso de vidrio/ para ver el fondo/ donde los cadáveres arden!”. Ella quiso, cómo no, salir, volar, caminar sobre esas ruinas de plástico, de vidrios; quiso ver el fondo... donde los cadáveres ardían ¿por qué? No puede ver a los compañeros circunstanciales que ardían, y ya resignada se dice: “Ya no espero nada/ todo ha pasado por un caleidoscopio antiguo/ en una terrible secuencia que se desmenuza”. Imágenes, imágenes –como un caleidoscopio antiguo, de su niñez, pasó todo, todo. Ella examina fotografías viejas fotografías– de familia. Y mirando acá y allá predice: “El día de los muertos no fue el primero de noviembre”. ¡Y cómo iba a serlo! No; ese día sería su día en que del cielo caería para marcar el día, la noche, la mañana de las muertes, su muerte. Y en ese lugar –dice– en ese bosque jamás podrán hallarla, allí ella no tiene espejo. Remata esta fotografía II: “Aquí nadie jamás podrá hallarme/ Aquí no hay ni un solo espejo” donde el adverbio refuerza la mirada visionaria: jamás nunca, nunca jamás podrán hallarme. En fotografías III se ve ella adolescente con minifalda de los años 60, ayer todo relucía; claro, la mini remite a juventud, despreocupación, en cambio –dice al final– hoy el polvo cubrió la hojas, es decir, su pasado. Ese daguerrotipo, lo dice ella ¿quién más que un visionario? se ha puesto sepia y se ha ido borrando el tiempo. Escribió en Fotografía IV “el tiempo es un reloj antiguo”.



Le faltó el segundo verso para que el distico superara a la ficción: “perdido bajo las aguas de la mar oceano y pacifico”.

Iniciaremos este párrafo comentando la foto v, cuyo primer verso decía “este es el baile de los muertos”. Ella emprendió un *viaje*, soñó ese viaje ¿y qué encontró? Fuego, nubes grises, rumores, neblina, fuego, astillas mojadas. Y ya resignada del fin de ese viaje exclama “hemos venido aquí para perdernos”. El *viaje* ha llegado a su fin: el fuego no prende [¿y cómo iba a prender entre las aguas?] llueve y estamos desnudos./ En la orilla/ un encaje de leños se balancea [leños, pedazos de una nave, balanceo de una estructura hecha para dialogar con las estrellas, no para ir a murmurar bajo las aguas] Hacia el abismo/ sobre el monte nubes grises/ El rumor de la niebla que se expande/ [hacia el abismo, sobre montes de arenas, sólo un rumor de niebla vio, vislumbró ella, y luego] /no veo nada ¿dónde estás (n)?/ ¿dónde están los otros? [pregunta al verse sola en ese mundo acuático donde sólo el rumor y la neblina son sus compañeras; ella, la solidaria, la visionaria se pregunta por los otros, casi con angustia reitera ¿dónde están? Y al verlos a todos ya cadáveres, extiende los brazos e inicia la búsqueda de un foso para su muerte:] “con los brazos extendidos yo también/ ando buscando un foso para morirme”./ Ella –viva aún ¿cuándo mueren los poetas?– observa el final de ese *viaje*: “Apenas arden minuciosamente algunas/ astillas sobre la tierra mojada/ toda la extensión/ es el último camino”. [Un adverbio largo, donde las consonantes se reúnen para describir mejor esas astillas, esos pedazos, esos restos de un viaje a la “tierra mojada”: Detengámonos en esta imagen, ella llamó a la “losa” del aeropuerto donde debía concluir el viaje, la llamó “tierra mojada”. ¿No es sorprendente? Y agrega que esa tierra mojada = losa aeropuerto, es “el último camino”. Arribó el *vuelo* –vuelo derribado– arribó a una tierra mojada ¿y qué ve?] “La niebla que nos cubre”/ [entre paréntesis acaso los signos son arbitrarios] dijo: “(no veo nada ¿dónde estás?/ ¿dónde están los otros?/ ¿Los ves?/ puedes verlos?/ [no ve a sus compañeros de ese viaje, viaje perdido, por ello exclamará ya resignada, sabiendo que ella lo pre-dijo, pre-soñó, pre-vislumbró: “hemos venido aquí para perdernos/ para cansarnos de no ver bajo la lluvia/ [¿serán los otros solos los sacrificados, los que perecieron en la primera impresión, en el primer encuentro de una nave con esa “tierra mojada”. No; ella solidaria– quiere unirse a ellos, por eso les dice: ¡Déjame cargar este madero! Yo también soy una cruz/ buscando el sacrificio”[si hubo una explosión y con ella fuego, esta se acabó pronto por el contacto de las profundidades de esa “tierra mojada”, por ello ella constata: “no hay fuego pues” [donde la conjunción causal denota el “tono” final de ese viaje: no hay fuego pues” [¿acaso ella asociaba la muerte al fuego, el espanto al calor? Su biografía lo afirma: a los doce años vio cómo ardía un símbolo republicano y allí comenzó una carnicería= la muerte. De ahí que le causa tanta extrañeza cómo todo se acaba y sin fuego] /“llueve y estamos desnudos. He aquí el paisaje/ en toda su extensión/ Hacia lo largo y ancho de las cruces./ Sobre el abismo./ Este inútil paseo de solitarios”. Desnudos llegamos al mundo, desnudos nos vamos; desnudos caminamos entre las cruces de los campos, sobre esos abismos. El *viaje* que iba a ser un *paseo* de la felicidad, que significaría la reunión con seres queridos, se transforma en un –lo dice ella– inútil paseo de solitarios... desnudos cargando con sus cruces sobre esos *abismos acuáticos*.

Me detengo para hacer una observación: ese viaje partió de una *losa* (aeropuerto), el destino era otra *losa* (otro aeropuerto), pero ya sabemos, la nave se perdió; luego, ella y demás pasajeros, jamás pisaron la *losa*, y jamás tendrán *losa*, pues los cuerpos no flotaron, se perdieron en un *lozadal* (*losa* destruida por efecto del agua) no en la *losa* esperada y soñada con cruces y flores.

No sólo le salió a lo largo de su vida, al consultar el Tarot, la carta con tambores de muerte, sino que también le salía ¡siempre! un *viaje* inolvidable. Y esa visión no es apocalíptica, sino surrealista. Así, en "Los viajeros", título de otro poema, pág. 48, se pregunta "qué es la memoria" y se responde: "es un cadáver que se incendia". Fue lo último que registró esa "memoria" un cadáver —muchos cadáveres— que se incendiaba... "para siempre en la llanura"; he aquí la imagen surrealista —¿hay algo más surrealista que la muerte?— Y no podemos dejar de evocar esa imagen surrealista *per se* de Lautréamont, que dice algo así como: "bella como el encuentro fortuito de una máquina de coser y un paraguas sobre una mesa de disección". (Cantos de Maldoror), podríamos decir encuentro fortuito de "un labio vaginal que palpita sobre la comisura de la boca de un bosque de plateados diamantinos". Labio vaginal perdiéndose en las "aguas infinitas", adiós al Eros que, se dice ella, nos hemos engañado tanto. El *viaje* a las profundidades de la memoria es inevitable y es por ello que se lleva, para siempre, sus sueños de juventud, le llegan terribles esos olores del mirto de la casa paterna, les llegan esas inconfundibles —dice— noches de Santiago. ¿Qué dejar grabado para siempre? Las noches vividas allá en Québec, en París, en México, en Moscú o esas noches —siempre inconfundibles— de la adolescencia. No hay duda: las noches de Santiago, dice resuelta.

En "Vidrio Púrpura" evoca a los feyadines que con un alfabeto de 22 letras "narraban el soplar de las velas": Ese último viaje —lo sabemos por la prensa y la televisión— lo hizo en compañía de algunos de esos feyadines que se llamaban Abdul, Jasser, Faruk. Esos, cuyos antepasados les transmitieron las palabras *partir* y *volver*. Desde Sidón partió la nave para ir a lamer las profundidades de esos abismos y para que los otros feyadines no naufraguen ella —lo dice— levantará este pañuelo sobre las alturas del Lubnam... y evoca: "desde Sidón partieron las naves hacia el mar".

¿Qué es la esfera mágica? Respondo: un sueño o la *nave* que la llevó a ese *viaje* absurdo. Lo que sea, pero allí "entre esos cuerpos reflatados en la noche/ Allí dejé mi pelo roto/ la piel vuelta para atrás/ allí roí hasta que pude alcanzar tu eco". Pegada a ese asiento, unido a ese paracaídas por un fuerte cinturón que el piloto le insistió no desprendérselo, allí dejó su pelo roto, la piel deshecha... y allí royó, escarbó con dientes y uñas el eco de la vida. Mientras roía entendió que ya la poesía no servía, no tenía ligazón con esa nueva realidad, que eran las puertas al sueño. Y royendo y sufriendo se decía: "nunca debimos salir a ver el color que dejaba/ la estela..." La estela, las olas, el mar... la estela que dejaba la noche, jamás debió haberla salido a conocer: "nuestros cuerpos resarcidos en el dolor/ huellas persiguiendo huellas./ Eco detrás de un eco, mil voces dentro de ese espejismo en ese vacío ¿A eso aluden las huellas sobre huellas? Habló antes de "tierra mojada" ahora dice "tierra seca" donde "perdimos los ojos en la esfera mágica/ donde nos sumergimos a perseguir nuestros fantasmas". Y con mayúscula para que no quede dudas,

o como un grito desde el fondo para que flote y alguien lo encuentre a la deriva dijo: "y los cuerpos se nos llenaron de hormigas/ La esfera mágica donde nos revolcamos". La esfera se revolcó, huyó de las estrellas para despertar entre peces que como hormigas se avalanzaron sobre los cuerpos aún tibios de desesperanza. Y todo elocutado por ella -título del poema- *In absentia*.

En este poema hay un "eco" -hay un otro con el cual se va dialogando. Ella evoca el color de los ojos del amado; evoca los besos "que despertó la furia". Así se unen Eros y Thanatos en un abrazo ¿inmortal?; en cada beso que despertó la furia... aguardaba la muerte. Y agrega "Mientras caigo contra el aire", ese caer la hace perderse en la erótica personal, en besos y cópulas de las cuales tanto esperó, pero acusa al amante de "embotarlo" todo; no se resigna en esa caída contra el aire -cuando la vida se va- no haber tenido *caídas* al vacío plenas; él las embotaba, enervándola a ella y a su placer. ¿Un placer *In absentia*?

En esa caída las imágenes se suceden, imágenes y sonidos -recuerdos-; evoca otros sacrificios -los hornos crematorios, deslices del amante que le hizo el amor a una muchacha, cuyo nombre le ocultó; voces que gritan ¡hasta siempre!; Schubert aullando en los ojos de los niños. Y ese "-vacío donde aúllo/ donde me quemó-".

"El anfitrión" es el poema de despedida, donde una voz "maldita" dice, le susurra o le grita "te has equivocado". ¿Cuál fue el equívoco, vivir, respirar, escribir o tal vez hacer el *viaje*? Esta despedida -poetisa finalmente- lo hace de la mano de T.S. Eliot y su *tierra baldía*: así las buenas noches, las muy buenas noches, buenas noches, buenas noches se suceden. Y fue en ese mar baldío donde se despidió de todos nosotros. Y nos dijo así, sin casi rencor, *buenas noches* a todos. Adiós. A ella no se le despidió. No; ella despide a los que se van, a los que la dejarán de ver. Y nosotros no lloraremos por ella. No; ella llorará por nosotros. Así lo dijo: "He venido aquí para llorar/ sobre este mantel blanco". ¿Qué es el "mantel blanco"? Acaso este libro cuya portada es blanca, alba, pura como un mantel de día domingo, y donde ella ha lanzado unas cuantas fotografías del viejo álbum familiar, y ha ido leyendo su propia muerte, su propio fin en los ojos de los otros. Allí vio "las cosas que pasaron". Y sobre ese mantel blanco llora esas cosas pasadas. Es espejo y reflejo de un pasado y de un porvenir; pues allí, no entre líneas, sino entre grumos, densidades del blanco y negro del sepia ya diluido por las manos del tiempo, ella vio lo que nadie, ni siquiera vislumbró: "Luzco una corona/ de flores difuntas/ aquí/ donde la memoria es un cadáver/ que se incendia para siempre.../ un espacio donde se consumen esas voces perdidas"/.

Y así fue Bárbara, el agua -como vislumbraste- fue tu espejo que te esconde del tiempo; ahora lucas una corona, esa que lanzaron tus deudos allá en ese mar frente a las costas del Callao, así no habrá memoria, no habrá pasado. Sólo tú y tu corona de flores difuntas nos saludarán y dirán, se acabó la comedia: buenas noches, buenas noches.

*Colofón*: contraportada del libro llamado muy visionariamente *El rumor de la niebla*: veo un fotografía. Ella -Bárbara- no mira a la cámara, está sonriente indicando algo a alguien. Mujer joven, bonita, pelo largo, aspecto juvenil y saludable y con toda la vida a sus pies [estoy consciente de este tremendo lugar común]. En nota al pie de la foto nos informan que ella "tiene" 22 años. Inevitable aquí las

restas y las sumas. Si ella –Bárbara– tenía 21 años el año 1984, quiere decir que nació el año 1961, es decir, y aquí nos estremecemos, falleció a los 34 años de edad. Siguen los datos: nació en Santiago, forma parte de una familia de escritores. Poetisa muy precoz; se nos informa que ella había publicado un libro en México, no se indica el título ni el año; también se nos dice que poemas de ella aparecen en diversas antologías de jóvenes poetas chilenos en Chile, Francia, y Estados Unidos.

Luego viene una apreciación crítica de su poesía. Leemos: “Sa poésie est l'impression d'une jeunesse pour laquelle la vie se présente avec des caractères durs et difficiles, à l'imagen de la jeunesse chilienne. Ses poèmes traduisent ces inquiétudes et ces anxiétés”. ¡Y cómo no! Si tenía tiernos 12 años cuando supo de Estado de Sitio, de Guerra Interna, de Campos de Concentración y de Dictadura.

Para saber algo más de ella, abrimos una antología de jóvenes poetas chilenos, publicada el año 1983; y allí es ella –Bárbara– quien nos habla directamente en prosa; nos cuenta de sus sueños y frustraciones. Nos dice que por aquella época –1980– ella vivía en Santiago. Ya para aquél tiempo reconoce haber viajado –algunas veces– a México donde, escribió, he encontrado una especie de “desabotonamiento” a mi incipiente concepto de la realidad. Sueños: ingresar –ese año– a la universidad, estudiar idiomas, montar un pequeño laboratorio fotográfico; pero el sueño mayor: la independencia. Pasiones declaradas a los 19 años: seguir escribiendo; pasión por Vallejo, Eliot, César Moro; pasión por el invierno en Santiago y sus muros que se descascaran... y por supuesto, dice, por los *sueños* que siempre han despertado en mí una extraña obsesión.

Y no podemos sino decir que ella murió aferrada con sus pasiones: escritura, allí vislumbró y estableció su corona; Vallejo, sí, pasión por Vallejo, y murió ¡Oh hados! en la “tierra mojada” del autor de los *Heraldos negros*. Y los *sueños*, declara tener obsesión por ese estado, y su muerte fue como un sueño excesivo, es decir, una pesadilla.

Bárbara aquí respondo tu carta firmada y fechada en Ciudad de México, julio 1987. Veo –releo– unos enormes trazos, nuevamente esa M... “m” de mar, “m” de muerte. Así decía: “Estimado Mario:/ Agradezco enormemente el envío de tu libro que, por cierto, he disfrutado mucho. Te envío, a su vez, este librito que seguramente no conoces. Me gustaría que me contestaras acusando recibo y, que si conoces a alguien más por esos rumbos que podría leerlo y comentarlo, me hicieras llegar su dirección./ Otra vez, gracias./ Espero que algún día nos conozcamos. A fin de año parto a Chile donde podrás escribirme. Abrazos Bárbara Délano”.

Pegué en el vértice superior izquierdo de su misiva [esto denota que tenía plena certeza de mi respuesta], un trozo del remitente, y leo: “Bárbara Délano/ Mazatlán 5, T-7 C.P. 06140-D.F.México”.

Querida Bárbara, una década después –inunca es tarde!– respondo tu carta; y tu deseo no se cumplió: no nos conocimos, no nos vimos; pero sí nos conocimos: en nuestra palabra recíproca. Es por ello que antes que todo se desvanezca iel tiempo, y tú lo sabes! este primer día del año noventa y siete, no sólo he querido releerte, sino que algo más, responder tu carta para dialogar contigo. Te cuento, anoche una neblina espesa cubrió este edificio donde habito y, fue inevitable no evocar ese rumor que me llegaba desde las páginas –tú escribiste “mantel blanco”– de tu libro

que lamento no haber leído con cierto cuidado en julio del año 87, cuando tuviste la gentileza de mandármelo desde México. Y jamás nos encontramos en la patria: tú me escribiste desde México, yo –hoy– te respondo desde Venezuela. Al parecer esa espesa neblina que te cubrió no permite que nos encontremos, pero este *rumor de la neblina* ha permitido el mejor de los encuentros... una década después.

El discurso anterior siguió una línea: muerte inesperada, no buscada, no soñada; creo que fue Carson Mac Culler quien dijo que la muerte siempre es la misma, pero que cada hombre o mujer muere a su modo. Luego, en los párrafos siguientes examinaremos el envés del discurso anterior. Es decir, esa muerte no fue fortuita, sino que habría sido estructurada –como un poema o una vasija de cobre– pacientemente por Bárbara. Luego, ella habría muerto a su modo. Y ese modo lo habría vislumbrado en medio de la neblina; allí los *rumores* de muerte le habrían llegado precisos, y ese “sueño” lo volcó en sus poemas. Allí proyectó y dibujó su fin, sin nostalgia, sin pena, sin autocompasión, sino con pura lucidez.

De la voz –de la mano– de Maurice Blanchot busquemos las razones de los “clarividentes”, los que, sin ser suicidas, van en busca de una muerte *justa*. Se quiere morir –escribió Blanchot–, pero a su manera. No se quiere morir de una muerte cualquiera. No se busca la muerte anónima; se huye del “se muere”. En definitiva, se quiere morir, esto es noble, pero no fallecer.

Todo artista –¿exageraría si afirmara que todos los artistas somos suicidas?– va en busca de una “obra”, pero no sólo sus trabajos llámense esculturas, pinturas, poemas, etc, son obras, sino que en esa búsqueda va más allá –en definitiva buscando llegar al “más allá”– y así hace de su muerte una obra de arte. Y ennoblecer la muerte no es esperar que el tiempo acabe con esta estructura de carne y huesos y humores. No; ennoblecerla es pensarla, meditarla, tratarla de tú a tú, sin necesidad de llegar a ser decrepito. No; eso es fácil, sencillo. Lo visionario es hacerlo cuando se respira en ese terrible lugar común: toda la vida por delante. Hacer de ese hecho inevitable, predecible una “elección”. Así es la muerte no es prestada ni casual.

Blanchot explica esa búsqueda de la muerte a través del examen del pronombre personal de primera persona “yo”. Nadie puede morir de “yo”... el yo que quiere morir “yo”, es decir, ese “yo” no busca la muerte sino la “inmortalidad”. Que mi muerte –sigue Blanchot– sea el momento de mi mayor autenticidad hacia lo que “yo” me lanzo como hacia la posibilidad que me es absolutamente propia, que sólo es apropiada para mí y que me mantiene en la dura soledad de ese “yo” puro.

Hacer de la muerte mi muerte, ya no es entonces mantenerme “yo” hasta en la muerte, es ampliar ese “yo” hasta la muerte, exponerme a ella, no excluirla, sino incluirla, mirarla como la mía, leerla como mi verdad secreta, lo espantoso donde reconozco lo que soy cuando soy más grande que “yo”, absolutamente “yo” mismo o lo absolutamente grande.

Bárbara jamás huyó de esa verdad. No; la buscó, intentó dialogar con ella, pues bien sabía que si negamos la muerte, es como –señala Blanchot– si negáramos los aspectos graves y difíciles de la vida, como si sólo tratásemos de acoger las partes mínimas de la vida; entonces, nuestros placeres también serán los mínimos. Sí, lo mínimo en la vida conduce a la muerte. Es por ello que la poetisa –la hembra– constató que en sus momentos eróticos, en los cuales cerraba los ojos para encon-

trarse por un instante con la pequeña muerte, esa se le negaba, lo cual le causaba hilaridad. No; ella deseaba en esa *caída* oler esa muerte, ese placer último.

¿Cuál fue el error Bárbara? ¿Acaso el *error* fue *errar*? No. El errante –sigue Blanchot– no tiene su *patria* en la verdad sino en el *exilio*, es decir en la obra, en el poema. Y allí nos extraviamos, allí nos escapamos, pero también nos reencontramos. Sí, nos encontramos errando de país en país, de noche en noche en búsqueda de qué Bárbara ¿de qué? Porque, por último, qué importa dónde queden nuestros huesos. Lo importante fue el haber respirado nuestra verdad en nosotros mismos. Y tú diste la lección: la residencia es la patria grande, las estrellas y aguas oceánicas que murmurando te recibieron y cobijaron.

George Steiner\*

La mochila del soldado de infantería no tiene mucho espacio. Un jabón, unas hojas de afeitar, unos calcetines de repuesto. Pero hay lugar para un libro: *El mundo como voluntad y representación* (*Die Welt als Wille und Vorstellung*), de Schopenhauer. Sólo ese libro. El soldado en cuestión es mensajero de las vanguardias en las trincheras, tarea peligrosa si las hubo. Hombre de valor excepcional, será promovido a cabo y recibirá tres heridas graves antes de noviembre de 1918. Habrá leído una y otra vez el texto de Schopenhauer, que ya no lo dejará a lo largo de una existencia agitada.

Su lectura se dirigirá ante todo hacia la doctrina schopenhaueriana del *Wille*, de la voluntad. El mundo es en primer lugar y a fin de cuentas voluntad. Todo movimiento orgánico, todo pensamiento, no son sino pulsiones fenoménicas surgidas de la voluntad. Impulso de ser, del que el mundo y la dinámica ontológica que llamamos "vida" sólo son una manifestación siempre parcial, siempre naciendo y desapareciendo, la voluntad, *der Wille*, es simplemente el ser como lo dice el verbo "ser". No puede haber límite para esta voluntad, ya que semejante límite sería él mismo la expresión de otra voluntad, incluso contraria, como la de la antimateria, a la vez simétrica y destructiva, en la física nuclear moderna. Punto capital —que nuestro lector, bajo los huracanes de fuego de los años 14-18, habrá anotado cuidadosamente—, el *Wille* trasciende, al englobarlo, a su objeto. En ese voluntarismo cósmico, el objeto no es sino un momento en la eterna pulsión de la voluntad, no es sino un grano de arena arrojado por el maremoto o el calmado sismo del ser. De ahí que las nociones éticas aplicadas a los objetos del acto voluntario sean triviales, comparadas con el acto mismo. De ahí también que, en una perspectiva como predarwiniana, el individuo sólo sea una pompa efímera, una parte casi insignificante de la espuma que surge y se apaga en la superficie existencial del diluvio creador del *Wille*. Consciente de la nulidad de su estado y de los sufrimientos e ilusiones que le proporciona esa nulidad, el individuo que reflexiona buscará la extinción, el retorno a la noche informe de lo universal. Aniquilar es devolver a la vida la lógica y la dignidad del trans, es decir, de lo inhumano.

Otro tema sin duda habrá llamado la atención del soldado-lector de Schopenhauer, una paradoja *in extremis* (que ya había marcado profundamente a Wagner). Aunque ya no hubiera universo, afirma Schopenhauer, subsistiría la música. La voluntad quiso, en el pleno sentido del término, al cosmos. Cansada de esta niñería, muy probablemente deseará su extinción (como la que presenciamos cada día, en las galaxias o las especies animales). Quedará, precisamente el *Wille ipso facto*. Pero esa voluntad devoradora de sus objetos, al volver eternamente sobre sí misma

\*Traducido por Aurelia Álvarez para *Vuelta*.

(este es el origen de la gran metáfora nietzscheana), tiene una forma estrictamente indecible. El querer tiene un “sonido”. Es, para Schopenhauer, después de Kierkegaard, el de la música. La cosmología actual dice haber descubierto los ecos del *big-bang*, las radiaciones de fondo que se propagan hacia el infinito desde el instante de la creación de nuestro universo. Y Schopenhauer anticipa exactamente esa constatación: después de que este universo se apague, la música seguirá produciendo el “ruido del ser”.

Un poco antes de 1914, *Die Welt als Wille und Vorstellung* encuentra otro lector atento. Gran burgués, escritor de genio, ese lector escapará a los sufrimientos de la guerra. Pero resiente su horror absurdo. Medita sobre Schopenhauer a la luz de las doctrinas del budismo indio, a las que el mismo Schopenhauer apela expresamente. La vida, todo lo que nuestra representación (la *Vorstellung*) es capaz de percibir y de sufrir de ella es sólo el “velo de Maya”, ilusorio y pasajero. No hay que exaltar ni deplorar la presión inhumana de la voluntad. Hay que intentar huir de su imperio. El sabio se retira todo el tiempo de su breve paso sobre esta tierra llena de estupidez y de sufrimiento. No entrega ningún rehén al deseo, a la ambición, a la mundanidad –en el sentido pascaliano de la palabras–. Se abstiene y desiste con el fin de alcanzar, aún antes de su muerte biológica, el *nirvana*, la beatitud y la ascesis del alma. Para este lector, la filosofía de Schopenhauer es la del Oriente. Traduce una sabiduría infinitamente superior a las del voluntarismo, las filosofías de la acción, el dominio sobre el mundo, tal como las practicamos desde Aristóteles hasta Descartes, desde Descartes hasta Hegel. Y cuyos frutos inevitables son la guerra mundial y la contaminación del planeta. A su vez, Schopenhauer, con su comprensión casi abismal del cansancio del ser –tema crucial en nuestro segundo lector–, se habrá adelantado a Freud. “La pulsión de muerte”, la búsqueda del *thanatos* en la última etapa del pensamiento freudiano, sería una recuperación del “budismo” de Schopenhauer. Es en cuanto aceptación razonada de la muerte, concebida como despertar de la pesadilla y de la obsesión demoníaca de la vida, como la metafísica y el arte –la música antes que nada– constituyen para el sabio entrenamiento para la negación, para ese aniquilamiento que, él sólo, le permite corregirse al gran error del ser.

De estas dos lecturas, ¿cuál es la mejor? ¿La del cabo Hitler, ebrio de voluntad, que recibe como suyos el implícito “más allá del bien y del mal” en la totalización del *Wille* en Schopenhauer y sus consecuencias relativas al aniquilamiento de lo individual? ¿O bien la de Thomas Mann, obsesionado con el llamado como gravitatorio (pensemos en *Muerte en Venecia*) de la disolución del ser, del adormecimiento de la voluntad y del largo murmullo del mar que refluye bajo el gran mediodía de un silencio final? ¿Quién, de nuestros dos lectores, supo leer mejor *El mundo como voluntad y representación*?

No hay ninguna respuesta objetiva o adecuada a semejante pregunta. Toda lectura es selectiva. Sigue siendo parcial y partidaria. Es encuentro en movimiento entre un texto y la neurofisiología de las estructuras de la conciencia receptiva, ahí donde la “neurofisiología” es sólo una clasificación pretenciosamente vaga para intentar aproximarse a los componentes estrictamente inconmensurables (formalmente y sustantivamente inconmensurables) del conjunto de las estructuras de la



conciencia humana. Toda lectura es el resultado de presupuestos personales, de contextos culturales, de circunstancias históricas y sociales, de instantáneos huidizos, de casualidades determinadas y determinantes, cuya interacción es de una pluralidad, de una complicación fenomenológica que resiste a todo análisis que no fuera él mismo una lectura. No hay momento o elemento inconsciente en la vida de un Hitler, desde el mundo de las trincheras hasta lo informe, tal vez alucinante, de sus ambiciones, que no se refieran a su elección de Schopenhauer como compañero de viaje en 14-18 y al diálogo que inicia y que desde entonces mantendrá con *Die Welt als Wille und Vorstellung*. Igualmente, no hay nada en el estatuto social, en los reflejos culturales, en el modo de vida patricio, en el teclado de neurosis sobre el que toca un maestro de la gran fatiga en Occidente, que no sea pertinente para la interpretación de Schopenhauer por Thomas Mann. Dos lecturas, entonces, verdaderas y falsas. Como lo es el libro leído, que, por su parte, no logra reconciliar (pero ¿ambicionaba tal reconciliación?) la concepción de la voluntad ciega y cósmica con la de lo ilusorio en la creación y de la fuga fuera del ser.

Lo que importa –volveré a ello– es lo “consecuencial” (palabra poco elegante) en esos dos actos de lectura, es la entrada en materia vital y existencial de los dos lectores. Hitler intentará encarnar la voluntad desnuda y rehacer el mundo bajo la luz negra de representaciones raciales. Enviará al descanso de la nada a millones de individuos. Thomas Mann compondrá una obra sutilmente nocturna, impregnada del pesimismo altanero de la filosofía de la renuncia en Schopenhauer (al que dedicará por cierto un ensayo importante). En varias ocasiones, asumirá el orientalismo del maestro. Él y Hitler situarán en la música (y no solamente la de Wagner, el schopenhaueriano) el hogar de otro modo inaccesible del misterio del ser y del destino. Uno de nuestros dos lectores escribirá libros que el otro quemará. Libresca es la lectura de un eminente texto filosófico, que sirve de fundamento a esos dos actos aparentemente contradictorios. Una ironía, si se quiere; pero ironía de lo serio.

La imposibilidad de legislar sobre estas dos lecturas, de declarar verídica a la una y falsa a la otra, ¿significa que *toda* lectura es igualmente buena o mala, que sólo hay “falsas lecturas” (Paul de Man), que toda interpretación es una ficción semántica, un juego de textualidades internas puesto que no hay extratextualidad?

De modo muy somero, pues, y con conocimiento de causa –causa perdida por el momento–, ¿cuál sería una “lectura bien hecha”? (la frase es de Péguy, lector eminentísimo). ¿Cuáles son las modalidades, humildemente prácticas, del compromiso entre el “yo” –concepto, lo sé, puesto él mismo en duda desde que Rimbaud nos hizo saber que es “otro”– y esa combinatoria de signos semánticos, siempre polivalentes, siempre subversivos de todo sentido posible que llamamos, en el umbral de la era electrónica y en el fin de la edad de Gutenberg, “un libro” o, para emplear la jerga actual, “un texto”, un “acontecimiento de textualidad”?

En la lógica y la lingüística moderna prevalece el axioma de Frege, según el cual no es la palabra sino la frase (*der Satz*) la unidad de sentido. Esto podría efectivamente definir las estructuras elementales del discurso cuyo primer eje es el del razonamiento, el del argumento, el de la transferencia informática. Pero este principio no se aplica a la poética. En el texto literario, en el poema muy particularmen-

te, la palabra es ya una forma compuesta y compleja. La letra es la fuente primera. Por su configuración visual, por el juego de sonoridad y de asociaciones nominales que esta configuración –manuscrita, impresa, iluminada, en grabado o en inscripción litográfica, sobre el pergamino o el momento– hace surgir. En las santas escrituras –matriz de toda teoría y práctica del entendimiento en Occidente–, es la consonante, sujeta a una verdadera polisemia de vocalizaciones diferentes, la que inicia y circunscribe el campo semántico (el *Sprachfeld*). La magia de la letra es vivida por los poetas desde los calígrafos de la Antigüedad y del Islam hasta el surrealismo y el letrismo del siglo xx. La poética de las vocales tal como la expresa Rimbaud es conocida por Píndaro y Virgilio, por los poetas floridos y los prosistas como Flaubert. Ya la sílaba, como todo el abanico de sus aperturas y de sus clausuras, de sus acentuadas y de sus menudas, es, en la música del sentido, un conjunto tan rico que escapa a todo análisis que quisiera ser exhaustivo. En el poema, la sílaba es a la vez recepción y resistencia a la soberanía demasiado perentoria de la palabra.

Una lectura bien hecha empieza por el léxico. Ahí reside y siempre vuelve a él. Un *Littré* total, en la biblioteca del sueño borgesiano, contendría toda la literatura y la aún por venir. Lo histórico de la palabra es la materia prima de su empleo. La alquimia del verbo practicada por el poeta invoca, turba, transmuta esta diacronía de la palabra. Por la vía del léxico, el escritor establece un diálogo y una rivalidad con sus predecesores. Al despertar esos temibles fantasmas, quisiera manifestar su muerte. Pero surgida del *Littré*, del Grimm, del *Oxford English Dictionary*, cada palabra, por innovadora, por esotérica que sea en su nuevo uso, lleva en sí una temporalidad casi arqueológica, el palimpsesto de cada empleo precedente. Este aporte es a la vez enriquecimiento infinito y amenaza. En el poema mediocre o rutinario, el peso del tiempo en el interior de la palabra puede aplastar. En algunos escritores, el léxico es el Ángel de Jacob. Rabelais, Flaubert, Joyce, Céline luchan cuerpo a cuerpo con su *Littré* y *Larousse universal*. Son capaces de hacer que se despliegue en la palabra la suma dinámica de su historia y de imponerle su sello. La palabra vuelve al léxico –precisamente después de esa lucha con el Ángel– marcada, renombrada. En adelante, gozará de su aura flaubertiana o joyceana. La palabra “sombra” ennegreció después de Hugo; la palabra “cosa” irradia obstinadamente desde Ponge. Amar la literatura es ser amante de léxicos.

Y de gramáticas. La sintaxis es la nervadura del sentido. Es lo que le da al pensamiento y a la intuición su canto. Nadie podría conocer “la gramática del poema”, es decir su estructura significante, sin conocer “la poesía de la gramática” (Roman Jakobson). Es absurdo querer hacer música sin aprender sus reglas, sin saber lo que es una escala o un acorde. Absurdo equivalente a querer hacer una buena lectura sin informarse sobre las estructuras sintácticas que le son orgánicas. No escuchar la coreografía –un paso de danza se escucha– del hablado absoluto en el verso de Horacio, del gerundio en Virgilio o La Fontaine, no querer saber en qué los pasados simples, los pasados compuestos o los pluscuamperfectos agencian la perfección, la inteligibilidad del mundo (el *Weltsinn* husserliano) en Flaubert o en Proust, que los analiza en su ensayo sobre Flaubert, es renunciar a la alegría de una lectura seria.

Sobre nuestra mesa de lectura, junto a una buena gramática histórica, otras herramientas de escucha. Un tratado, así sea rudimentario, de métrica. Explícita-

mente en toda poesía, implícitamente en toda prosa de calidad, es la medida, la cadencia, el ritmo, las breves y las largas, la puntuación: lo que "da sentido". El alejandrino incorpora una visión psicológica, social, política, tal como el verso llamado "libre". La imitación, la lucha contra el hexámetro clásico, determinará la evolución de nuestra poesía vernácula. Hay en Valéry como una puesta en música de una metafísica por el octosílabo. "Siento en mi alma el genio de esa sonata de Mozart, el soplido divino de esa balada de Chopin. No quiero saber lo que es una clave de sol, una cadencia, una medida en música". Singular y triste arrogancia, pero que practicamos cotidianamente en contra de la literatura. Al alcance de la mano, también, alguna instrucción a la retórica, a esa mecánica viviente de la elocuencia, a esa óptica del visionario, si se me permite la expresión, que de Platón y Cicerón a Hugo o Michelet construye códigos de las letras como en el de la política o el derecho. ¡Qué manual de las retóricas de la persuasión, de los adornos de la rabia, es el *Viaje al fin de la noche!* El aficionado a la danza intenta captar su coreografía, aunque sea en un nivel muy preliminar. El aficionado a la lectura intentará captar los instrumentos del decir, una vez más en un nivel que puede ser elemental.

Estas no son sino evidencias, trivialidades. Pero nuestra desherencia actual es tal que a veces parecen salir de una lengua muerta, de una condición del espíritu (*moto spirituale*) cuyos vestigios mismos invitan al ridículo.

El "buen lector" habrá probado estos medios de acceso. Habrá hecho o cantado sus escalas.

Ahora, nuestro lector está en posibilidad de emprender la lata aventura del "entender". Ahora, en el cruce de conocimientos adecuados, aunque siempre preliminares, y de una disponibilidad de percepción y de escucha siempre creciente, el lector compromete a la esfera semántica, es decir el universo del sentido. La lectura palabra por palabra, la lectura entre líneas, preparan el análisis gramatical, el de métrica y de la prosodia, el de las figuras retóricas, el de los tropos. A su vez, este análisis estilístico —sabemos en qué grado un estilo es una metafísica, una lectura del ser— prepara aquello que espera resultar, en el sentido propio del término, una *explicación del texto*.

Sólo después de esos ejercicios previos, pero ejercicios, lo repito, que ejercen una fascinación y tienen una capacidad de recompensa propia de ellos, sólo después de cierta adquisición de ese "alegre ser", se puede invocar a la hermenéutica y la eventualidad del sentido.

La afirmación de que no hay extratextualidad es un grafito infantil sobre los muros del sentido común. Sin embargo, por absurda que sea, esta idea borrosa es importante. Es sintomática de la trivialización, del nihilismo bizantino que quisieran reaccionar a la barbarie de nuestro siglo. Ironía iluminada: la afirmación de la autonomía, del autismo absoluto del texto, de su clausura sobre sí mismo, de su autorreferencia intratextual (afirmación que se remonta a la doctrina de la ausencia, de lo cancelado en Mallarmé) está ella misma sólidamente imbricada en el contexto —es decir la extratextual— política, social, epistemológicamente actual. Negación de la referencia, ella misma ultrarreferencial.

El simple sentido común del buen lector le dice en qué grado los datos históricos sociales, materiales en el seno de los cuales el texto en cuestión fue producido

forman parte integrante de la recepción de todo sistema de signos, de toda comunicación verbal o escrita. Pero tomadas todas las precauciones frente a los abusos de lo biográfico, de lo circunstancial, sigue siendo cierto que la vida de un autor, que las premisas temporales, socioeconómicas, ideológicas de su obra son instrumentales para su interpretación. El lenguaje mismo, la posibilidad ontológica del discurso ya son extratextuales, cargados de historia, de conciencia y de inconsciencia ideológica, de localidad. Como nos lo dice Shakespeare, la palabra, la frase, le dan a nuestra experiencia del mundo (así fuera intuición pura e inmanente) "su morada" (habitación) local y su nombre. A su vez, el mundo del otro, la negociación del sentido con el otro (la intersubjetividad) hacen posible la trama de comprensión y de equivocación, el proceso de "traducción" recíproca del acto de lenguaje (el *speech-act*) y de toda hermenéutica. Como lo enseña Wittgenstein, entender una palabra es hacer que el otro la entienda, es lograr un consenso con él —siempre provisional, siempre sujeto a revisión— sobre sus modos de empleo. Demostración analítica a la que se añade en un Levinas toda una ética de la partición del sentido.

Una lectura seria dará provecho al contexto, a las condiciones generadoras de la obra, con todas las precauciones y todas las sospechas que impone el estatuto incierto del documento histórico, incluso del testimonio del autor. Hay un sentido, y no trivial, en el cual un párrafo, una frase, incluso una palabra en, digamos, *Madame Bovary* suponen, requieren para ser bien leídos, cierto conocimiento de la historia de la lengua y de la sintaxis francesa, del estado de esta lengua y de esta sintaxis en la época de Flaubert; cierto conocimiento de la sociedad, de los conflictos ideológicos, de la política rural de ese medio punto del siglo XIX; y, si ha de creerse el furor de comprensión, la manía por la lectura (que no siempre es la correcta) en Sartre, cierto conocimiento de los resortes más íntimos del psiquismo flaubertino. En todo texto que solicita una relectura —con lo que yo quisiera definir lo que pertenece a la literatura—, un pasaje y que nos "informa", la totalidad del mundo histórico y fenomónico. De ahí la estricta imposibilidad en literatura de una lectura formalmente y sustantivamente completa, exhaustiva, final. Sólo a la hora mesiánica, que tendrá también sus tristezas, el poema se entenderá totalmente, ya no habrá nada más que decir, el texto se cancelará en la claridad final de su interpretación.

Hasta ahí, toda lectura bien hecha sigue siendo provisional y tangencial. En ese cálculo diferencial del "leer bien", nos acercamos cada vez más a las vidas del sentido del texto sin cercarlas por completo, sin poder sustituirlas nunca con la explicación de la paráfrasis, de lo preciso, de lo analítico. Esta aproximación, retomada con cada lectura o relectura, como nueva con cada intento por el simple hecho de los cambios en la vida, en la sensibilidad, en las condiciones materiales y psicológicas del lector, viene precisamente del mundo extratextual y hacia ese mundo se dirige ese texto si quiere comunicar, si quiere ser otra cosa que enigma o sinsentido. Vuelvo al tema husserliano: Welt y Sinn son inseparables. Se reúnen en la síntesis del historial del cual la historia misma del sentido (el proceso de la hermenéutica y la historia de este proceso) forma parte integrante. Me parece que estas son perogrulladas. Pero las acrobacias lúdicas de la desconstrucción y del pretendido "posmodernismo", así como el eclipse del pensamiento marxista sobre las funciones de la historia, de la ideología y de las condiciones de producción en la evolu-

ción de la literatura y de las artes, han acabado por volverlas sospechosas. Sentido y sentido común; el sentido común del sentido. Fundamentos obvios de toda buena lectura. Conceptos como destruidos en este fin de siglo en el país de Descartes y de Molière.

Una objeción: el esbozo que acabo de trazar del "buen lector" es puro cuento. ¿Quién tendría hoy el tiempo, la educación altamente privilegiada y los medios técnicos para hacer semejante lectura? ¿Quién dispondría de la indispensable reserva de silencio (el silencio se ha vuelto lo más costoso de nuestras ciudades gritonas, en el caos de los medios masivos electrónicos)? Antes que todo, ¿quién, salvo un talmudista de lo profano, un erudito o sabio de profesión, un bibliófilo o filólogo de una sensibilidad "anticuaria", tendría ganas de entregarse a semejante disciplina de la lectura y de la interpretación?

Primera respuesta: no exageremos. Los conocimientos lingüísticos, gramaticales, históricos que presume mi modelo del que lee no eran, hasta 1914 e incluso más tarde, ni elitistas ni esotéricos. Una sólida iniciación al latín, un contacto, aunque más escaso, con el griego; el análisis gramatical y métrico, una familiaridad con el trasfondo histórico, formaban parte natural del ciclo secundario en los liceos, los *Gymnasia*, las *public schools* de nuestra Europa. Lo más importante: aprender de memoria era, para el alumno, un ejercicio evidente y perenne. Este ejercicio implica toda una teoría de la historia, toda una filosofía de la cultura. Aprender un texto o parte de un texto de memoria es vivirlo en lo inmediato, es darle en nuestra existencia derecho de residencia y de presencia, siempre renovada, en la "casa de nuestro ser". Amar intensamente un poema es querer sabérselo de memoria, es querer abrigarlo contra toda censura, contra toda destrucción, sea política o material o sea la del olvido, más destructiva todavía (los poemas de Mandelstam, de Ajmátova, de Tsvetaieva sobrevivieron en la memoria). La posibilidad misma de una buena lectura se vincula con la de la memorización. Si todas esas prácticas y artes del entendimiento se apagaron en gran medida, si hoy resultan el atributo de una minoría siempre decreciente, este estado de cosas es sólo muy reciente. La amnesia programada de nuestra educación secundaria actual sólo se remonta a la catástrofe de las dos guerras mundiales y al imperio de la experiencia americana sobre la Europa agotada. Dejar a un niño en la ignorancia, robarle la gloria difícil de su lengua y de su herencia, no es una ley de la naturaleza.

Segunda respuesta: el orden de lectura tal como lo he evocado ha dado prueba de sus aptitudes. Tenemos varios testimonios. Sólo tengo que citar la exégesis del hallazgo hugoliano de la palabra Jerimadeth en la lectura que hace Péguy del Booz dormido. Exégesis fonética, gramatical, métrica y trascendental en el sentido kantiano de la palabra, que pasa a la evidencia al ir más allá de ella. Lectura en bajo continuo sobre la cual se elabora y se aclara la génesis significativa del poema, vuelto a sí mismo, a su misterio que resiste finalmente gracias a la penetración de Péguy. O bien los "leyendo a Balzac", "leyendo a Stendhal", y ante todo, los ejercicios de lectura de Valéry propuestos por Alain. Diálogos casi sobre un pie de igualdad entre el texto y aquel cuya lectura es, como diría Bergson, dato (yo diría "don") inmediato de la conciencia instruida. O también esa obra maestra tan poco leída, *Para un Malherbe* de Ponge. Acto formidablemente lúcido, erudito y alegre a la vez,

de reconocimiento, de conocimiento siempre en movimiento y que renace de un maestro hacia otro. Y si dejo el ámbito francés, la demostración hermenéutica tal vez más probatoria en nuestro siglo, la de la lectura de las parábolas de Kafka en la correspondencia de Walter Benjamin, con Gershom Scholem, lectura –con lo que todo está dicho– en el nivel de los textos leídos, y que desemboca, como es debido, en un poema notable (poema de la poética) de Scholem. Habría que citar muchos otros ejemplos de lecturas eminentemente bien hechas y que, si me atrevo a creerlo, le cantarán al alma falta de aire cuando queden olvidados la humillante jerga y los delirios de grandeza de “pretextualidad” que dominan en este momento.

“Me gustan los alfabetos, las declinaciones, los modos y los tiempos verbales, las sintaxis, los aspectos, todas las combinaciones con las cuales los hombres, en cualquier lugar de la tierra, se las ingenian para romper su soledad y tomar posesión del mundo”. Así escribía Brice Parain. Intenté señalar en qué ese gusto engendra toda lectura bien hecha y en qué le da al espíritu la libertad primera que es la del sentido –el “sentido común”–, término a la vez inconmensurablemente rico y problemático.

Ahora, después de la larga “temporada en el infierno”, de este siglo, esta profesión de fe en el lenguaje, en la realidad (siempre de modo provisional) inteligible de la intencionalidad y del sentido, sufre un asalto a la vez brutal y seductor. ¿De dónde surgió esta rebeldía contra el logos, este cuestionamiento fundamental del ideal, de la utopía concreta –porque es realizable, como acabamos de verlo–, de una hermenéutica de la razón, de un desciframiento, por tentativo, por vulnerable que sea (hay que mantener abiertas, dice Kierkegaard, las heridas de la posibilidad) de las relaciones entre la palabra y el mundo? ¿Cuáles fueron las raíces de la desconstrucción? Vasto tema del que no quisiera tocar sino, apenas y de paso, dos elementos.

La desconstrucción tiene como matrices a la historia, al contexto, a la extratextualidad seminal del judaísmo moderno, no sólo en la persona de su jefe de fila, sino también en los Estados Unidos, esfera superior de su brillo más evidente. La desconstrucción es la rebeldía edipiana de ese judaísmo contra casi tres milenios de autoridad (auctoritas) casi sagrada, casi totémica (Freud está en el juego, por supuesto) de la palabra y del verbo. Autoridad siempre imperiosa y reimpuesta por el comentario y el comentario del comentario. Esa eterna lectura que relee, esas interpretaciones de la interpretación fueron la patria del judío, su único e inalienable territorio en el exilio. Repudiar la presencia real del sentido en el mensaje, su inteligibilidad última –y así fuera, como dije, la del horizonte mesiánico–, repudiar la posibilidad de lecturas acumuladas y que concuerdan finalmente, de esas letras y sílabas de fuego que arden en cada escrito, es rechazar, en un acto de rebeldía principesca, la esencia histórica y pragmática del judaísmo, de esa religión y de esa identidad librescas entre todas. Como a su manera el psicoanálisis, la desconstrucción es un intento de asesinato desmistificador del patriarcado finalmente teológico u ontoteológico del texto y del contrato mosaico –la tautología fundadora de la zarza ardiente– en la base del judaísmo. Intento que, lógicamente, surge de ese mismo judaísmo.

Pero no es la lógica lo que está esencialmente en cuestión. Son las angustias que suscita el horror del destino judío en Europa. “El Holocausto, acontecimiento absoluto de la historia, fechado históricamente, esa quemadura entera en que toda la historia se abrasó, en que el movimiento del Sentido se abismó (...) En la intensidad

mortal, el silencio huidizo del grito innumerable". "Silencio", "grito", el "Sentido" que se abisma, que desaparece en el abismo. Esta definición del Holocausto, de la Shoah por Maurice Blanchot, me parece que define también la desconstrucción y lo que hay de negación del sentido en el posmodernismo. La insensatez de los campos de la muerte, el sinsentido del destino judío en Europa y en Europa Oriental, lo estrictamente indecible (transgresión de decirlo todo) de ese "acontecimiento absoluto", pero sin absolución posible, han quebrado el "movimiento del Sentido" como Occidente lo había vivido desde los presocráticos y el pacto con el Verbo en el Antiguo Testamento. Al proclamar esta ruina del sentido, la desconstrucción es una constatación profundamente judaica, en un contexto concretamente histórico, mucho más que un método sistemático. Es, después de la "quemadura entera" de esta tragedia humana, un juego satírico, él mismo tan triste, tan suicida.

Si el "movimiento del Sentido se abismó" de manera irreparable, entonces la evacuación de la memoria, la nivelación de toda pedagogía y de toda escolaridad clásica, la desconstrucción de la hermenéutica fundada en un postulado de lo inteligible se habrán salido con la suya. Estaremos en la era del "desastre" (M. Blanchot) o de lo que quisiera llamar la del "contrasentido" y de la cual la desconstrucción y ciertos aspectos del posmodernismo son el carnaval pasablemente siniestro (en donde "carnaval" quiere decir efectivamente el "adiós a la encarnación"). Entonces, una lectura bien hecha ya no tendrá sentido alguno, en la connotación a la vez epistemológica y psicológica del término. Pero, hacia y en contra de todo lo que vivimos en este siglo de medianoche, y que el encadenamiento de las masacres y las inhumanidades de un capitalismo tardío nos hace vivir todavía, ¿es seguro este apocalipsis?

La intuición de lo inteligible y la sed de entender están inscritas en el ser humano. Es finalmente absurda la hipótesis de la producción de un acto semiótico —el texto, el cuadro, el fragmento de música— que no quisiera ser entendido, que no quisiera comunicar, aunque le costara mucho trabajo, aunque fuera a través del tiempo y de las mutaciones de conciencia. Hay textos que juegan con una ambigüedad total, que quieren ser huidizos o carecer de sentido para siempre. Son muy escasos y pertenecen a los márgenes de lo esotérico o, precisamente, del juego. Por cierto, como los niños que juegan a las escondidas, semejantes virtuosismos o malabarismos se enmascaran con la esperanza de ser descubiertos y puestos a la luz (piénsese de Mallarmé, en Lewis Carroll o en el lenguaje órfico de un futurista como Khlebnikov). La noción de que todo es juego de palabras y remolino autista en torno a un vacío, a una ineluctable insignificancia, va en contra no sólo de toda experiencia histórica sino de las estructuras primordiales del psiquismo humano en cuanto individualidad e intersubjetividad comunicante. Justamente cuando busca fingirse loco, Hamlet quisiera hacerle creer a Polonio que lo que está leyendo no son sino "palabras, palabras, palabras". Pero aún ahí, el soberano sentido común de Shakespeare ironiza: en la obra resultará más adelante que no son sino palabras, ciertamente, ipso de Montaigne!

La afirmación de que el sentido tiene un sentido, de que el texto o la obra de arte quieren ser inteligibles, de que hay ciertos límites —es el punto clave— a la diversidad de las interpretaciones recibibles, de que los desacuerdos y subjetividades inevitables en una lectura tienden hacia la posibilidad de un consenso, de un *textus*

*receptus* como dicen los “amantes del Verbo” que son los filólogos, esa afirmación siempre ha sido y siempre será una apuesta. Una especie de apuesta pascaliana frente a lo que en definitiva –ahí es donde la desconstrucción es formalmente irrefutable– no se puede probar. Es posible, en efecto, que el demonio imaginado por Descartes sea dueño de un universo perfectamente absurdo, in-sensato, mentiroso. De un universo en que toda lectura (y percepción) no puede ser sino falsa lectura ya que no puede haber correspondencia, por polivalente, por momentáneamente opaca que fuera, entre las palabras y las cosas. Esta posibilidad subsiste como subsiste el mundo del alucinado, del esquizofrénico. Tiene el atractivo de un último vértigo. También tiene su irresponsabilidad política básica y las veleidades de lo inhumano. Por añadidura, no hay nada más apagado, más aburrido para el *zoon phonoun*, “el animal que habla”, el hombre, que un mundo con el sentido desconstruido. Es la pasión por lo inteligible –homo sapiens– lo que hace más o menos soportable nuestra condición biológica, que es la de la mortalidad y que constituye lo que nos queda de dignidad. Querer entender, hacer una buena lectura, ¿no es querer ser libre?

Sin embargo, repito que esta afirmación “constructiva” sólo es una apuesta, un salto “a lo pleno”. Hacer esta apuesta, y en este momento de nuestra historia europea, me parece absolutamente necesario. Sólo gracias a una “apuesta sobre el sentido”, a una resurrección de las artes de la memoria, a una tensión constante hacia el entendimiento, sólo gracias a la escucha del decir de libertad humana que murmura o proclama, que susurra o canta todo poema válido, sabríamos retirar del abismo, de la cenizas vivas de la quemadura entera, el sentido que queda en nuestra condición. Lo que está en juego, sin duda siempre epistemológica y técnicamente, es, en último análisis, la posibilidad de una ética. Las presiones y las aperturas sobre el ser que implica el frente a frente con el otro son igualmente las que implica el encuentro con el texto, la acogida, el alojamiento en nosotros que intentamos darle. Ahí donde acabaría semejante encuentro, se instalaría –¿acaso no está en camino de hacerlo?– esa barbarie particular que es la de la trivialidad.



MAGIA Y ESTILO EN LA NARRATIVA  
DE  
MANUEL MUJICA LAÍNEZ

*Manuel Peña Muñoz.*

Una nota de prensa aparecida en el periódico madrileño *El País* en el mes de mayo de 1997 llama poderosamente nuestra atención. La noticia nos informa que en diversas ciudades españolas, se están realizando seminarios y congresos para estudiar y redescubrir la narrativa hispanoamericana al cumplirse 30 años de lo que José Donoso llamó el *boom* de la literatura latinoamericana.

Efectivamente, hace 30 años, a fines de los años 60, los novelistas de América Latina que usualmente publicaban en sus respectivos países y que no se conocían entre sí, comenzaron a publicar sus libros en España y a trascender las fronteras. Comenzó en Barcelona un auge editorial increíble en editoriales como Seix Barral y Plaza Janés que se interesaron súbitamente en publicar para el mundo hispánico las novelas de Mario Vargas Llosa, de Carlos Fuentes, de Juan Carlos Onetti, de Guillermo Lezama Lima y de Gabriel García Márquez en altos tirajes.

Era una completa pléyade de escritores poco divulgados hasta entonces que crecieron notoriamente en prestigio al ser publicados en las editoriales catalanas y alcanzar altas ventas con sus novelas en las cuales se reflejaba el alma del ser latinoamericano.

Entre ellos estaba también José Donoso que se relacionó con estos escritores y publicó las novelas *Coronación* y *El obscuro pájaro de la noche* en España, a las que seguirían muchas otras en las que el autor plasma su cosmovisión y su estética de la decadencia. El detalle de todo este movimiento literario lo da el mismo José Donoso en su interesante libro *Historia personal del boom*.

También Julio Cortázar revolucionaba la literatura de habla castellana con unos cuentos sobresalientes en los que manejaba nuevas estructuras y proponía nuevos tratamientos del género. *Todos los fuegos, el fuego, La casa tomada, Final de juego* y tantos otros eran los libros que leyeron toda una generación de jóvenes universitarios de esos años, aunque en Europa no gustaron tanto. Encontraban que *Rayuela* era un libro demasiado intelectual, demasiado europeo y en este sentido, consideraban que ellos lo habían hecho mejor. Preferían temas y ambientes más criollos, más nuestros, por eso, el escritor de mayor auge fue Gabriel García Márquez con su realismo mágico y su universo maravilloso tan apegado a la raíz de nuestro continente.

Recuerdo en 1969 un gran Encuentro de Escritores Latinoamericanos que tuvo lugar en Valparaíso organizado por la Universidad Católica del puerto en donde yo estudiaba literatura. Al evento (aún no se usaba esta palabra) vinieron Mario Vargas Llosa; Leopoldo Marechall, el autor de *Adán Buenosayres*, un hombre alto, de pelo canoso; el mexicano Juan Rulfo, el autor de *Pedro Páramo*, muy bajito, risueño, de rostro español y muy tímido; y muchos otros con quienes los jóvenes estudiantes departamos familiarmente y hablábamos de sus novelas.

Curiosamente no había mujeres en ese *boom* de los años sesenta, quizás la mexicana Rosario Castellanos (que murió en un hotel de Tel Aviv electrocutada con una plancha), pero sin la relevancia internacional de las escritoras actuales. Hoy, treinta años más tarde, la situación se ha revertido completamente y son las escritoras de México, Cuba y Chile –Elena Poniatowska, Laura Esquivel, Angeles Mastreta, Zoé Valdés e Isabel Allende– quienes suscitan el interés de los lectores de habla hispana, a tal punto que los libros de estas autoras se publican en muchos idiomas y están en los escaparates de las principales librerías internacionales.

Entre todos esos libros que circulaban en ese tiempo, hace treinta años, puedo recordar algunos títulos: *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez; *La ciudad y los perros* y *La casa Verde* de Mario Vargas Llosa; *La muerte de Artemio Cruz* del mexicano Carlos Fuentes; *Boquitas pintadas* y *La traición de Rita Hayworth* del argentino Manuel Puig. De todos ellos, había uno que me atraía especialmente. Era *Bomarzo* y pertenecía a uno de los autores de aquel *boom* latinoamericano.

Su autor se llamaba Manuel Mujica Láinez y era quizás el escritor menos nombrado y divulgado, a pesar del prestigio y la admiración que suscitaba en ciertos grupos de escritores, profesores universitarios y personas de letras que conocían muy bien la literatura de Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges.

*Bomarzo* era un nombre que conmovía y llamaba a la lectura del libro. Desde luego, al empezar a leerlo, el lector se ponía una meta muy alta, porque era una novela de largo aliento, con más de setecientas apretadas páginas, de frases muy complejas. Enseguida, su lectura desconcertaba porque a diferencia de las otras novelas que planteaban problemas sociales en América Latina y rasgos propios de nuestra idiosincracia –como los libros del uruguayo Mario Benedetti– este libro, aunque era de un autor latinoamericano, se ambientaba en Europa, más precisamente en Italia, durante el majestuoso periodo del Renacimiento, con sus bailes, sus fiestas, sus anillos con pócimas de veneno y sus traiciones.

Era la crónica novelada de un príncipe jorobado que construye un extraordinario jardín poblado de unas extrañas estatuas de piedra. Su estilo, histórico, poético y detallista podría asimilarse –hoy– al de Antonio Gala, el escritor español, cordobés, que en su libro *El manuscrito carmesí* recrea el ambiente de Granada en el siglo xv cuando es expulsado el último sultán por los Reyes Católicos y en su huida, evoca y rememora –también a través de un manuscrito personal– el esplendor de un imperio desaparecido.

La complejidad del léxico de Manuel Mujica Láinez, el rebuscamiento barroco de la escritura y las brillantes imágenes que sugería la lectura me deslumbraron. Sólo que no sabía bien quién era este escritor que con el tiempo fui descubriendo.

#### AMBIENTE COSMOPOLITA DE BUENOS AIRES

Así supe que era argentino y que había nacido a comienzos de este siglo, más exactamente en Buenos Aires en 1910 y que pertenecía a una distinguida familia de la clase alta porteña. Al publicar pues, *Bomarzo*, en 1962, su autor tenía 52 años.

Sus antepasados provenían de España. Por el lado de los Mujica procedían del País Vasco de donde salieron para llegar al Río de la Plata en el siglo xviii. Y por el lado de los Láinez procedían de Andalucía.

De esta rama materna hereda el autor una cierta disposición artística, el carácter burlón que le acompañó siempre, el gusto por la gracia y la alegría del idioma, y una manera extravagante en el vestir, en el hablar y en el actuar. Es la época cuando los escritores son conocidas figuras públicas y se muestran socialmente con un vestuario distintivo de carácter teatral, como en Chile se presentaba Augusto D'Halmar en los salones literarios, luciendo una amplia capa.

Manuel Mujica Láinez fue en este sentido –con su estampa, sus bastones y sus trajes impecables– un completo caballero español trasplantado a tierras sudamericanas, más completamente a Buenos Aires, lo que resultaba por lo demás una figura natural en una ciudad en donde lo español y específicamente lo madrileño, aparece de manera tan presente en las costumbres, en el vestuario y hasta en la arquitectura.

“Comencé a escribir siendo un niño” declaró en una entrevista “y tengo la suerte de proceder, por el lado materno, de una familia en la cual brillaron los hombres de pensamiento”.

Efectivamente, en uno de sus primeros libros traza la biografía de uno de sus antepasados: el escritor argentino Miguel Cané (1851-1905), el autor de *Juvenilia*, una hermosa obra de la literatura argentina en la que el autor registra sus memorias de infancia y juventud ambientadas en Buenos Aires durante el siglo pasado.

Muy pronto Manuel Mujica Láinez empieza a frecuentar los ámbitos artísticos e intelectuales de Buenos Aires en una época en que la ciudad vive mirando hacia Europa, principalmente hacia París que encandilaba a los argentinos con más fulgor quizás que a otras ciudades latinoamericanas.

El porteño de las primeras décadas asiste elegantemente vestido a los estrenos del Teatro Colón como si se tratara de la Ópera de París. Va a aplaudir a las grandes compañías líricas italianas que vienen de la Scala de Milán. Acude a las suntuosas confiterías de lujo en una época en que reunían lo más selecto de la sociedad porteña: Café de la Victoria, Confitería Ideal, Las Violetas, llenas de espejos, columnas de jade, puertas giratorias y con vitrales *Art Nouveau*...verdaderos templos para practicar el perdido arte de la conversación.

Las modas llegan también de la Ciudad Luz. Mientras en Europa estalla la Primera Guerra Mundial, Buenos Aires conserva aquella Europa lujosa y mundana que se va. La conserva intacta, en estilo *Belle Époque*, sin siquiera ser tocada por los bombardeos, con sus grandes *boulevares* y sus hoteles de lujo, enriquecidos por el auge súbito de la ganadería.

Aún más, Buenos Aires es una ciudad que quiere ser más europea que Europa. Las construcciones, el mobiliario, los abrigos de pieles, los adornos de las casas son europeos, en un momento en que además, la inmigración que procede de Europa es muy fuerte. Hasta el lenguaje es afrancesado en Buenos Aires, particularmente en la clase alta.

También Manuel Mujica Láinez es un joven distinguido que en los locos años veinte de Buenos Aires desliza en sus conversaciones palabras en francés, como es de tono. Ya lo había registrado Alberto Blest Gana en su novela *Martin Rivas* cuando el personaje Agustín habla con galicismos en el criollo Santiago del siglo pasado.

Es tal el culto por este idioma que en la alta sociedad porteña se leen novelas en francés, como en nuestro país, en las haciendas, se leía también en este idioma. En

la hacienda El Huique, al interior de Santa Cruz –una de las casas patronales más bellas de Chile– se conserva intacta la biblioteca familiar repleta de viejos libros en francés, lo que era común en ese tiempo.

Inclusive en Buenos Aires muchas damas de la sociedad porteña –subscritas a la revista parisina *L'illustration*– prefieren leer a los clásicos castellanos en sus traducciones al francés en vez de leerlos en el idioma original en español. Tal es así que muchos autores porteños escriben incluso sus libros en francés, a tal punto que por recomendación del filósofo español Ortega y Gasset, la escritora Victoria Ocampo, la directora de la revista *Sur* y gran animadora cultural de Buenos Aires, decide escribir sus libros directamente en castellano.

En este ambiente *snob* de la ciudad, especialmente durante la década de los años 20 –el tiempo del charleston– se extiende al inglés el hábito de leer en lenguas extranjeras en detrimento de la propia. El italiano a consecuencia del teatro, la ópera, los viajes a Florencia y la fuerte inmigración era también una lengua familiar en las clases altas de Buenos Aires.

Todo esto incide desde luego en la formación cosmopolita del autor y en el conocimiento directo de la literatura europea que lee en sus lenguas originales. Esto influye notoriamente en su obra literaria, tanto en la riqueza cultural de los temas como en el tratamiento poco latinoamericano y más europeizante de sus argumentos.

Como todo buen porteño de esos años, Mujica Láinez domina a la perfección los idiomas, moviéndose con soltura en el francés y el inglés, ya que entre los 13 y los 16 años estudió en París y en Londres respectivamente. Ello le permitió traducir posteriormente los Sonetos de Shakespeare y las obras teatrales de Molière a quien admiraba por su capacidad de crítica y su aguda mordacidad para retratar costumbres, personajes y caracteres, lo que aplicó también a su propia novelística.

#### LA ÉPOCA DE LAS GRANDES CONFITERÍAS

Manuel Mujica Láinez fue un autor cuya obra literaria tiende un puente entre la cultura latinoamericana y la europea, como lo hizo también Jorge Luis Borges, un autor diez años mayor que él, a quien admiraba profundamente y con quien se tenían un aprecio y un respeto recíprocos. En este sentido, estos autores encarnan una postura menos comprometida y más universal de la literatura que se escribe en Hispanoamérica.

Como Borges, Manuel Mujica Láinez fue un hombre multifacético aunque cultivó fundamentalmente la prosa. Escribió novelas, cuentos, poesía, ensayos históricos, biografías y artículos periodísticos en los que fue maestro, escribiendo –durante más de treinta años– páginas punzantes en el diario *La Nación* de Buenos Aires, como en nuestro país lo hizo Joaquín Edwards Bello que también escribió crónicas muy amenas y agudas semanalmente en las que retrataba nuestros mitos y costumbres. En este sentido, son escritores de intereses afines, verdaderas almas gemelas en la literatura.

De regreso a Buenos Aires, después de diversos viajes por Europa, y siendo aún muy joven, frecuenta a las familias elegantes –como lo hizo Marcel Proust en París– con el fin de extraer de allí material literario para sus novelas.

Se le veía deambular por los salones literarios, vestido siempre como un dandy, muy alto y arrogante. Asistía a los cocteles importantes, a las reuniones sociales de las embajadas, a las exposiciones de tono y a los grandes estrenos del Teatro Colón, siempre con atuendos extravagantes, con bufandas de seda, guantes, bastón y sombrero, hablando en voz alta y saludando a todo el mundo. Así como Jacinto Benavente estudió a la alta burguesía madrileña en sus “comedias rosas” de salón, así también Mujica Láinez se complacía en estudiar a la sociedad porteña.

Su figura, por lo demás, era característica ya que siempre se le veía rodeado de las grandes personalidades de la ópera, del teatro y de la política, diciendo frases mordaces y dialogando con las grandes familias del gran mundo porteño, especialmente con señoras aristocráticas. Esta imagen le significó también que tuviera muchos detractores. Así como la burguesía culta e intelectual lo admiraba, hubo muchos críticos escépticos que no le perdonaron nunca su porte elegante y su falta de compromiso con la causa social.

El mismo confiesa que era muy frívolo:

“De una frivolidad increíble. Era la época de ir a los bailes, la época mundana de un Buenos Aires tan distinto. En ese momento había en Buenos Aires tres o cuatro señoras viejas, disparatadamente ricas y disparatadamente finas que eran disparatadamente viudas y sin hijos, pero con sobrinas a quienes tenían que casar. Entonces daban esos bailes monstruosos en noviembre y diciembre. Yo iba a esos bailes y todos me han acusado de perder el tiempo en vez de escribir novelas. Sin embargo, allí aprendí muchísimo y no hubiera escrito libros como *La casa* si no hubiera ido a esos lugares”.

Era la época de los grandes salones de té en Buenos Aires. Como en Europa, en la avenida de Mayo, en Florida y en Corrientes, las confiterías de prestigio reúnen a los intelectuales y a los escritores para el intercambio de ideas y también para leer y escribir libros y cartas en el agradable murmullo de un café. Es la época cuando Alfonsina Storni declama sus versos en las peñas literarias de las confiterías:

*No tienes tú la culpa  
si en tus manos  
mi amor se deshojó como una rosa.*

Mientras en Montevideo, Juana de Ibarbourou recita:

*¡Qué es esto! ¡milagro! ¡prodigio!  
¡mis dedos florecen!  
rosas, rosas, rosas  
en mis dedos crecen.*

Este es el Buenos Aires a donde llegó Pablo Neruda y María Luisa Bombal a comienzos de los años 30. Un Buenos Aires cosmopolita y elegante lleno de teatros,

librerías abiertas toda la noche y confiterías para escribir versos en el Café Tortoni o en la Confitería del Molino frente al Congreso.

En estos cafés, escuchando una orquesta de señoritas, como se usaba entonces, tomaron un café y conversaron de literatura Federico García Lorca y Manuel Mujica Láinez, cuando el poeta español visitó Argentina en 1934 para estrenar *Bodas de Sangre*.

Es el tiempo cuando la bohemia porteña se puebla de celebridades literarias que vienen de Europa. A los cafés acuden Jacinto Benavente, Luigi Pirandello que revoluciona el teatro, el músico Arthur Rubinstein, el dramaturgo Alejandro Casona y las declamadoras Berta Singerman y Emma Gramática que popularizan la poesía recitada en espectáculos de gran calidad y éxito.

La clase alta incluso apoya la cultura porque estaba de moda el ser culto. No era una clase alta vacía o pragmática sino interesada en el arte, en la poesía, en la filosofía, en la música, en el teatro y en la literatura. Por eso se fomentan las bibliotecas y surgen los espectáculos de teatro y de música culta en una ciudad que, por tradición, ha valorado siempre las expresiones del espíritu.

#### INFLUENCIAS LITERARIAS

Mujica Láinez tiene ya fama de hombre de mundo y cultiva una personalidad internacional a través de la vida social, lo que le vale —siendo muy joven— una serie de invitaciones para viajar a diversos países con el propósito de divulgar sus impresiones a través de la prensa. Su contacto con el mundo de la cultura y el refinamiento europeo enriquece su obra literaria al visitar y entrevistar a personajes literarios.

Es en esta época cuando regresa otra vez a Europa en visitas oficiales de interés cultural. Estando en Alemania, viaja en el dirigible Graf Zeppelin, ocasión que aprovechará para enviar artículos de prensa a *La Nación* de Buenos Aires retratando a las personalidades que viajaban allí.

Luego regresa a Buenos Aires y continúa escribiendo y viajando.

“He vivido alternadamente en Buenos Aires, en Córdoba y también en Europa, pero nunca he pertenecido a ninguna capilla literaria. He conservado siempre una postura independiente y he amado el arte por sobre todas las cosas. He leído mucho y en mis novelas se traslucen mis gustos literarios. Me dicen que me parezco al cubano Lezama Lima, pero me gustaría más que se me relacionara con Marcel Proust, con Henry James, con Virginia Woolf y también con Valle-Inclán y Gabriel Miró por mi amor al idioma”.

Aquí vemos ya, esbozadas, las influencias del autor. De Marcel Proust toma el constante y obstinado amor por recobrar el tiempo perdido. Un tiempo que en su obra se torna obsesivo ya que constantemente hay referencias a la historia pasada tanto de Buenos Aires, como de las familias aristócratas que provienen de Europa y se afincan en la ciudad en mansiones con historia. De Henry James toma también la elegancia estilística, la cuidada ambientación de los relatos y una marcada prefe-

rencia por las atmósferas cosmopolitas y refinadas. De Ortega y Gasset –que era un autor muy en boga en las clases cultas de Buenos Aires– toma cierta chispa madrileña para escribir sus crónicas ensayísticas.

Ha leído desde luego las *Crónicas Matritenses* de Mesonero Romanos y los artículos de Mariano de Larra de los que toma la precisión para captar usos y costumbres en una rápida crónica periodística. De los costumbristas españoles precisamente toma la agudeza del análisis y la capacidad para expresarse con holgura en un rico castellano.

*Manucho*, como le decían en los ámbitos familiares y literarios, se inicia con el pasado escribiendo su primer libro en 1936 titulado *Glosas castellanas* en el que rinde tributo estilístico al gran prosista y maestro del idioma escrito que fue Azorín. Aquí encontramos la recreación de la historia española a través de la crónica novelada de un bufón durante el reinado de Carlos V que es ya una visión satírica de la monarquía española de entonces. En este primer libro ya se esboza lo que va a ser su obra posterior: una combinación sabia entre la recreación histórica del pasado y el humor fino a través de un cuidado castellano.

Estos rasgos aparecerán también en forma constante en sus libros posteriores: *Don Galaz de Buenos Aires*, de 1938, en que registra un episodio de la época colonial; *Vida de Aniceto el Gallo*, de 1943, y *Vida de Anastasio el Pollo*, de 1948, llenas de imaginación poética. Son obras de iniciación, “ejercicios estilísticos” como los llama su autor, pero donde se ven ya sus coordenadas literarias y su interés por recobrar el tiempo perdido con una óptica proustiana.

Luego viene *Canto a Buenos Aires*, de 1943, en el que rastrea los viejos y nobles edificios de la capital argentina que se han mantenido a través del tiempo, siempre con un sentido de recreación poética y nostálgica del pasado histórico.

#### SU RELACIÓN CON GABRIELA MISTRAL

*La Nación* lo envía otra vez a Europa. Esta vez, viaja en grandes trasatlánticos y toma nota de los pasajeros de primera clase. Terminada la Segunda Guerra Mundial recorrerá Japón, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Suecia y Finlandia, lo que trae como resultado la escritura de un libro llamado *Placeres y fatigas de los viajes*, en dos tomos.

Es el año 1945 cuando, en ese periplo viajero, se encuentra en Estocolmo, en Suecia. Tiene 35 años y presencia la entrega del Premio Nobel a Gabriela Mistral. En una nota de prensa enviada al diario *La Nación*, escribe con su lenguaje elegante: “Desde la atalaya de un frac alquilado, he asistido en la tarde y en el comienzo de la noche de hoy a los ritos de entrega del Premio Nobel”. Más adelante dice: “¡Con qué señorío calmo bajó los escalones ella, a quien yo había visto poco antes tan inquieta! ¡Qué apropiada justeza hubo en su leve inclinación delante del rey y en el lento movimiento de la mano con que agradeció la ovación del público”.

Más adelante, agrega: “Vi que sus ojos brillaban de lágrimas detenidas y, con el sólo título, en este caso sobrado de ser un argentino que la conoció hace años y que volvía a encontrarla por gracia de la casualidad en este país hospitalario, pero

tan distinto, tan remoto de todo lo nuestro, la abracé y le dije: Señora, considere usted que es el abrazo de nuestra América”.

#### LA HISTORIA POETIZADA O LA MADUREZ DE UN SOÑADOR

Al regresar a Argentina publica el libro de cuentos *Aquí vivieron* o *Crónica de una quinta* que relata las historias de las personas que vivieron en una histórica quinta señorial de San Isidro. Los sucesivos relatos —o “episodios históricos” como los que escribía Benito Pérez Galdós— marcan la consagración definitiva del autor y se publican en 1949.

Estos cuentos representan una visión mágico realista del pasado e inician un ciclo de seis libros ambientados en espacios cerrados de Buenos Aires, principalmente casas, palacios y viejas estancias en los que se recapitulan episodios de viejos tiempos coloniales o del siglo diecinueve.

A este libro le siguió *Misteriosa Buenos Aires* publicado en 1950, uno de los más importantes, en el que traza la historia de su ciudad a través de diversos relatos ambientados en diferentes épocas, desde el siglo XVI hasta el siglo XIX.

El primer cuento se titula “El Hambre” y corresponde a un episodio porteño ocurrido en el año 1536. Se inicia con esta frase: “Alrededor de la empalizada desigual que corona la meseta frente al río, las hogueras de los indios chisporrotean día y noche”. El último de los relatos corresponde al año 1904 y se titula “El salón dorado”: “Hace cinco días que la niña Matildita dejó de existir y el salón dorado en el cual tan poco lugar ocupaba, trémula con su bordado eterno en el rincón de las vitrinas, parece aún más enorme, como si la ausencia frágil acentuara la soledad de los objetos allí reunidos, allí convocados misteriosamente por ese congreso de la fealdad lujosa que se realiza en las grandes salas viejas”.

En una entrevista, señaló el autor:

“Lo que quise hacer cuando escribí *Misteriosa Buenos Aires* es darle a esta ciudad mía, mitos que la comunicaran con las grandes ciudades del mundo, que la vincularan a las grandes civilizaciones, porque, no nos engañemos, era una aldea perdida en el extremo de América. Entonces fui inventando ciertos cuentos, como el de ese ingeniero francés que ha sido traído por Rivadavia y que, al final, se da cuenta de que es un descendiente de Luis XIV”.

Este libro tuvo grandes dificultades para publicarse porque los editores lo tildaban de inmoral. Cuando finalmente se publicó, el libro fue rápidamente un éxito de ventas y varios de los cuentos incluidos ingresaron a las antologías y se convirtieron en textos escolares, como “El Hombrecito del Azulejo” que es un cuento magistral y una verdadera joya de la que puede enorgullecerse la literatura escrita en lengua castellana.

¡Qué belleza de estilo! ¡Qué finura y perfección en el lenguaje! ¡Qué maestría en el relato! Aquí, el autor nos brinda la historia de un azulejo que nació en Francia



y llegó a Buenos Aires por equivocación en el año 1875. Sus manufactureros no lo destinaban allí, pero lo incluyeron por error dentro de uno de los cajones rotulados para la capital argentina e hizo el viaje, embalado prolijamente, el único distinto de los azulejos del lote.

Los demás son azules también, con dibujos geométricos, pero él representa:

“un hombrecito azul, barbudo, con calzas antiguas, gorro de duende y un bastón en la mano derecha. Cuando el obrero que ornamentaba el zaguán porteño topó con él, lo dejó aparte, porque su presencia intrusa interrumpía el friso; mas luego le hizo falta un azulejo para completar y lo colocó en un extremo, junto a la historiada cancela que separa zaguán y patio, pensando que nadie lo descubriría. Y el tiempo transcurrió sin que ninguno notara que entre los baldosines había uno, disimulado por la penumbra de la galería, tan diverso. Entraban los lecheros, los pescadores, los vendedores de escobas y plumeros hechos por los indios de las pampas; depositaban en el suelo sus hondos canastos y no se percataban del menudo extranjero del zócalo. Otras veces eran las señoronas de visita las que atravesaban el zaguán y tampoco lo veían; ni lo veían las chinas crinudas que pelaban la pava a la puerta aprovechando la hora en que el ama rezaba el rosario en la Iglesia de San Miguel. Hasta que un día la casa se vendió y entre sus nuevos habitantes hubo un niño, quien lo halló de inmediato”.

Manuel Mujica Láinez nos cuenta la historia de ese niño y de la relación que sostiene con el hombrecillo del azulejo. Cuando el niño enferma y está moribundo, el hombrecillo debe enfrentarse con la muerte, cara a cara, para que no se lleve al niño de la hacienda que es su querido compañero de juegos.

Cuenta el autor que este azulejo existe en la realidad y que se encuentra adosado en la pared en “El Paraíso”, la hacienda que poseía en la sierra de Córdoba, a setecientos kilómetros de Buenos Aires, en la localidad de Cruz Chica, en donde vivió y escribió sus libros.

Contemplando este azulejo distinto imaginó esta hermosa narración e hilvanó otras dotando de vida a otros objetos diversos que coleccionaba, entre ellos el caballo de un viejo carrusel. Tal vez atesoraba estas reliquias de la infancia como una manera de rescatar la niñez o quizás le daba siempre un lugar muy importante al niño que guardaba dentro.

#### PERSONAJES DE UN MUNDO ENRARECIDO

*Los ídolos* es su siguiente novela publicada en 1953. En este libro ya están fraguándose de manera más definitiva sus obsesiones: los palacios porteños y sus familias aristocráticas.

Como Borges, Mujica Láinez toma el tópico libresco y escribe un libro... basado en un libro. Se parece en este sentido a *Los papeles de Aspern* de Henry James, el autor norteamericano a quien Mujica Láinez tanto admiraba. En *Los Papeles de Aspern*,

un escritor viaja a Venecia a buscar el manuscrito de un escritor y entra a un viejo palacio a conocer a unos singulares personajes. Es la literatura dentro de la literatura.

En *Los ídolos* se describe la historia de un libro titulado *Los ídolos*. En 1937, una anciana rica y decrepita se lo regala a su sobrino nieto Gustavo, sin sospechar siquiera en las consecuencias, porque el joven lector de esos versos no se detendrá ni un solo segundo hasta conocer el paradero y la existencia del autor de ese libro enigmático que acaba de leer.

La primera parte de la novela se convierte así en la desesperada búsqueda por encontrar al autor de ese libro. Presumiblemente hay culpabilidad en ese misterioso poeta que se firmaba como Lucio Sansilvestre, porque al parecer, los versos no eran suyos, sino de un joven amigo prematuramente muerto. De este modo, la vida de Gustavo se ve marcada por la sospecha y por una extraña relación con su presunto autor predilecto.

La segunda parte del libro es la historia de Duma, un personaje recurrente en la obra del autor. Es la vieja tía que vive en otra época, en una gran casona, rodeada de recuerdos. Ella fue quien le regaló a Gustavo el libro *Los ídolos* sin pensar que iba a ser su obsesión durante toda su vida.

Y es que ella conoce el secreto del libro, quién lo escribió y de dónde sacó los versos. El espacio mágico de la casona, sus escaleras interminables, sus rincones atiborrados de muebles y los personajes enfermizos que moran en ella, conforman una atmósfera enrarecida donde es posible el nacimiento de una particular amistad en torno a un libro precioso.

Entre los extravagantes personajes hay una prima soltera que pinta miniaturas en esmalte sobre porcelana. Son los medallones del árbol genealógico de la familia. Conocedor del ambiente porteño de clase alta, el autor retrata a aquellos personajes, tan comunes en Latinoamérica, que siguen la pista de sus raíces heráldicas. Hay otras dos tías solteras que dedican su vida a bordar interminablemente una copia exacta de una famosa tapicería francesa que vieron una vez en un viaje. Y hay también un escritor solitario que se documenta en viejos libros para escribir una novela histórica sobre la vida de Juana de Arco.

La sensibilidad es muy española. Recuerdan estos personajes extravagantes a los que describía Valle Inclán en su teatro. Y a los que Eduardo Mendicutti, un escritor andaluz contemporáneo, describe en sus libros, principalmente en *El Palomo Cojo* en donde también un muchacho asiste al desfile ceremonial de personajes crepusculares en una casona de provincias, en Cádiz, similares también a los que retrata José Donoso en esta clave esperpéntica y española.

#### UNA VIEJA MANSIÓN DE BUENOS AIRES

*La Casa* es el siguiente libro de la serie porteña y la novela favorita de Manuel Mujica Láinez porque en ella describe muy de cerca la vida de la clase alta de su ciudad a lo largo de poco más de medio siglo. Se publica en 1954 y relata la historia de una vieja mansión de Buenos Aires que es la que cuenta su historia desde sus inicios, cuando la construyen, hasta su decadencia, cuando la demuelen.

Desde las primeras líneas, la novela nos atrapa:

“Soy vieja, revieja. Tengo 68 años. Pronto voy a morir. Me estoy muriendo ya. Me están matando día a día. Ahora mismo me arrancan los escalones de mármol, la gloria de los escalones de mármol, pulidos, que antes, al darle encima el sol de los cristales de la claraboya, se iluminaban como una boca joven que sonriera... ¡He cambiado tanto, tanto, Dios mío!... Sesenta y ocho años... En Europa sería joven. En Europa hay que tener doscientos o trescientos o quinientos años para que a una la consideren vieja. Y entonces acarrear gente en ómnibus especiales (lo he oído mencionar montones de veces) para mostrarles la casa antigua, y les explican que la casa es ojival o que en ella vivió un dramaturgo o un santo o un pirata o la favorita de un rey. Y hasta escriben un folleto contando su historia...”

La casa vive y observa. Es la única que conoce los sueños de sus moradores que va revelando uno a uno. Y en su lento memorial, va reconstruyendo la vida de la primera familia que llegó a habitarla. La casa recuerda las grandes recepciones en sus salones bajo las arañas de cristal, las cenas en el comedor de gala con candelabros a la mesa y presididas por un senador terrateniente.

Junto con describirlos, la casa conoce un terrible secreto. Fue Paco quien dio muerte a Fabián, su hermano menor, el más joven y el más hermoso, empujándolo desde un balcón en plena fiesta de carnaval. Nadie lo sabe porque se pensó en que fue un accidente, pero la casa fue testigo del crimen y del remordimiento del hermano encerrado en su cuarto. También la casa conoce las vidas de las criadas Rosa y Zulema, y por supuesto, sabe quiénes una noche entraron a robar.

Todo lo sabe la casa. Luego nos cuenta cómo la familia se fue arruinando. Cómo llegaron a vivir personas de más baja condición social, cómo arrendaron las habitaciones, una a una, a familias, a comerciantes. Varias personas de clase media baja viven en ella y son esas empleadas de tienda quienes rodean la gran estatua de una egipcia descubriendo a Moisés que está al pie de la escalinata. Arriba, en el techo, hay una gran pintura que desde el cielo esmaltado contempla la vida de los nuevos moradores y lamenta la decrepitud que ha envuelto a cuartos y salones.

La casa ve desfilar a estos personajes y los compara con los antiguos dueños. Luego recuerda y cuenta cómo atesora entre sus paredes a los fantasmas de quienes murieron en sus aposentos. No está sola la casa. Puede conversar con los espíritus que la pueblan.

Dicen que el palacio está embrujado. Que penan. Y es verdad porque el adolescente Tristán no se ha ido nunca de la casa y vive en ella en forma transparente, vigilando la vida de su madre enferma que no ha querido moverse más de su habitación.

De esta manera, la materia de la novela está constituida por personajes que surgen de la imaginación y de la fantasía de un autor. Manuel Mujica Láinez sabe penetrar en el secreto de lo invisible, en este caso, de la casa, de sus decorados, de sus muebles y de sus fantasmas. Sin embargo, aunque constituyan personajes fantásticos o irreales, describen muy bien la realidad de un ambiente concreto de Buenos Aires y su historia.

Las figuras y los objetos también tienen alma, parece decirnos el autor interesado en contarnos la vida de casas y de cosas. No todos lo saben. Una estatuilla, un libro querido, un pequeño estuche, un azulejo, una pintura, sienten y mucho más una casa. Esto lo saben muy bien los niños y según parece, ciertos poetas.

#### LA VIDA SECRETA DE LOS OBJETOS

Manuel Mujica Láinez es, en este sentido, un descubridor de la vida de los objetos, un poeta que sabe leer lo que dicen las vetas de la caoba en un mueble o lo que expresan los fulgores de una cubertería de plata en una mesa. Por eso, en sus memorias, de tono proustiano, confiesa:

“Quise el brillo de los grandes anillos de mi madre: es ese, quizás, el recuerdo más remoto que tengo de mi vida. De esta vida que comenzó en la esquina de Tagle y Libertador y donde más adelante, ustedes van a tener que colocar una placa. Allí, mi abuela Láinez tenía un chalet, casi una quinta. De esa época sólo recuerdo dos cosas: la luz lila de las glicinas que llegaban hasta el primer piso y los grandes anillos de mi madre, esos relámpagos que brillaban alrededor de mí con toda su belleza... Esos objetos han sido lo primero que amé. Siempre he querido mucho a los objetos. He creído más en ellos que en las personas... Desde chico, los objetos fueron mis amores. Recuerdo la primera vez que estuve tentado de comprar algo, pero ya con la mirada del coleccionista; fue en Europa, cuando tenía trece años: era una viejo plato francés, un plato de esos del sur de Francia, con un gallito en el medio”.

Desde entonces, Manuel Mujica Láinez ha reunido las más extravagantes colecciones en su enorme casa museo de “El Paraíso”, como en nuestro país lo hizo el poeta Pablo Neruda a quien Mujica Láinez confesaba gran admiración. También nuestro poeta sabía de la vida secreta de mascarones de proa, veleros encerrados en botellas, pergaminos, caracolas de mar, juguetes a cuerda y libros viejos. Ciertamente Neruda amó sus colecciones de objetos extravagantes y supo descubrir en ellos una historia. También él amó sus casas que eran refugio y santuario: la casa de Isla Negra, La Chascona, La Sebastiana en Valparaíso.

Tanto los objetos como las casas han tenido también especial significación en la vida y obra de Mujica Láinez y no sería nada difícil realizar un detallado estudio sobre esa relación íntima comenzando por sus primeras novelas y terminando por sus últimos trabajos. Casas y lugares con magia que en el universo de Manuel Mujica Láinez sirven como pretextos para evocar su propia vida y la vida de su entorno más inmediato: Buenos Aires.

Esta vinculación secreta del autor con los objetos de arte es una constante en su obra. Se asemeja en este aspecto también a Hans Christian Andersen cuyos cuentos para niños están poblados de objetos. Hablan los juguetes, los dedos, las tijeras, los soldaditos de plomo, las cajitas de música y las casas de muñecas. Inclusive en

uno de sus relatos toma de protagonista al cuello de una camisa que cuenta su vida. Andersen supo darle vida a los objetos y se extasiaba imaginando una historia ante cada objeto doméstico de la vida cotidiana.

Del mismo modo, Mujica Láinez siente una predilección por los pisapapeles, los jarrones, los retratos de viejo abolengo, los relojes de péndulo, los escudos de armas que decoran los pórticos de ciertos palacios y en general las curiosidades con historia que adornan las casas con tradición. En todos estos muebles, cuadros y adornos se esconde un secreto y una historia que merece ser contada. Tanta es la atracción por los objetos que ellos mismos hablan en uno de los cuentos de *Misteriosa Buenos Aires*:

“Nunca entenderé la actitud de los hombres frente a nosotros, los objetos. Proceden como si creyeran que la circunstancia de habernos dado vida les autorizara a tratarnos como a esclavos mudos. Jamás nos escuchan. Supongo que lo hacen por vanidad, por estúpido prejuicio de clase, pues consideran que un hombre es demasiada cosa para detenerse a departir con una alacena, o con una jofaina, o con un tintero. Eso menoscabaría su dignidad. ¡Qué tontos! No se dan cuenta de que quienes más aprovecharían del diálogo serían ellos, pues la condición de testigos inmóviles, sin cesar vigilantes, enriquece nuestra experiencia con garantías valiosas. Desde esa posición prescindente, que es un signo de flaqueza, los hombres se aíslan del mundo inmediato y se privan de las mejores amistades. Han decidido quedarse solos y que nosotros quedemos solos entre ellos. Es incomprensible. Y no hay manera de hacerles entrar en razón. Fingen continuamente no captar nuestros mensajes. O quizás la costra de orgullo empecinado haya endurecido su sensibilidad en tal forma, que ya no los captan. Lo compruebo día a día. Una puerta se esfuerza por transmitir a su amo cualquier idea: la idea de que no debe entrar en una sala, por ejemplo. Llama para ello su atención girando con leve chirrido, y el muy testarudo prefiere atribuir ese movimiento a una corriente de aire, y se mete en el cuarto con las desagradables consecuencias que ello implicaba. Parece imposible que el hombre sostenga con sinceridad que la tierra está poblada de corrientes de aire y que ellas son las únicas responsables de cuanto acontece en torno suyo. Y ¡qué decir de los nocturnos crujidos de los muebles! ¡qué decir del tableteo fugaz de las persianas; del rezongo de las chimeneas; del gemido de los viejos escalones; de la vocécita de la pluma sobre el papel, que va murmurando “no escribas eso, no escribas eso!”. ¡Qué decir de esa cortina trémula que de repente se echa a volar aleteando como un fantasma! Nada: todo son corrientes de aire, o ratas, o que si el calor produce esto y el frío produce aquello. Los hombres viven inventando leyes y coartadas para explicar lo más sencillo, lo que no ha menester de números ni axiomas: que estamos aquí, a su lado, que somos sus amigos, que ansiamos comunicarnos con ellos”.

Tan grande es esta fascinación por las cosas y adornos artísticos que muchas veces los mismos objetos son protagonistas, como en la novela *El escarabajo* en que

el narrador es un escarabajo de lapislázuli que ha pertenecido a la reina Nefertiti en tiempos de Ramsés II y que pasa de generación en generación a través de los tiempos hasta llegar a nuestros días. El impresionante acopio de datos históricos fascina al lector y no podemos detener la lectura siguiendo los avatares de esta joya de destino versátil que nos cuenta su propia historia a través de los siglos.

Otro ejemplo es un cuento de *Misteriosa Buenos Aires* titulado “Memorias de Pablo y Virginia” cuyo personaje principal es un ejemplar del libro *Pablo y Virginia* que cuenta su paso, de mano en mano, desde 1816, fecha de la proclamación de la independencia argentina, hasta 1852, fecha de la caída de Rosas con la batalla de Caseros. Al final, el libro, completamente ajado, se siente al borde de convertirse en polvo en un estante, sin que nadie lo haya leído en mucho tiempo. Con tristeza, el libro reflexiona:

“Los años en el curso de los cuales me he alojado en la biblioteca de don Pietro no pueden, ciertamente, calificarse de monótonos. En ellos he analizado muy de cerca la miseria humana. He atestiguado el desarrollo de la ambición reptando como una víbora. He tenido por espectáculo a la ingratitud y al temor que hacen mudar al hombre de piel. Nadie me leyó en el andar de tres lustros. ¿Se detendrán los presuntos dueños del globo terráqueo a reflexionar sobre este aspecto de la fatalidad libresca? Nos leen (cuando nos leen) en dos, tres, cinco días. Luego nos comprimen los unos contra los otros, sin que a menudo nada nos relacione con nuestros camaradas inmediatos. Y nos olvidan. ¿Qué representa esa veloz y excitante semana de comunicación, de intercambio, si se la compara con los meses, con los años, con los decenios de rígida expectativa, de esperanza y desencanto?”.

Los títulos de estos relatos hablan por sí mismos y nos sugieren el tema basado en un objeto con historia: “La pulsera de cascabeles”, “Los pelícanos de plata” o “La escalinata de mármol” en que la escalinata de un palacio de Buenos Aires cuenta la historia de quienes subieron y bajaron por ella.

Una escalinata de mármol, un azulejo, un caballo de carrusel, un espejo mágico, un brazalete, un escarabajo de lapislázuli, una pulsera de cascabeles, un libro viejo...

Junto a los objetos protagonistas figuran también los animales, como en la novela *Cecil*, uno de sus últimos trabajos, de 1972, en que el narrador es un perro apocado, un *whippet*, un pequeño galgo, que vive en la quinta cordobesa del novelista y desde su puesto de observación, describe a su amo. Es quizás el libro más decididamente autobiográfico del autor, pero su vida aparece contada desde el punto de vista de su perro.

El recurso, ciertamente no es nuevo. Ya lo había utilizado Anatole France en *Riquet*, un libro de 1902, y en los últimos años, la escritora mexicana María Luisa Puga en su novela *Las razones del lago*. En este libro, las vidas de los habitantes de un pequeño pueblo lacustre en México, aparecen relatadas por dos perros vagos que deambulan por las calles, una perra y un perro llamados Novela y Relato. La visión canina permite en todos estos casos, una mirada distanciada e irónica de la reali-

dad. En el caso de *Cecil* de Manuel Mujica Láinez, el perro observa a su amo y a sus visitantes, reflexionando en lo absurdo e incomprensibles que les resultan los seres humanos.

#### VIEJAS ESTANCIAS CON HISTORIA

*Los viajeros* es la siguiente novela de la saga porteña. Se publica en 1955 y narra la historia de un muchacho invitado a pasar las vacaciones a una estancia en las afueras de Buenos Aires. Allí conoce a los extraños habitantes de la casona, un poco estafalarios, viviendo en otro mundo y añorando Europa entre mapas, globos terráqueos y libros viejos. Europa continúa siendo la obsesión del novelista, una Europa encantada, lejana, misteriosa e inaccesible. Así, a través de apretadas páginas, va retratando con un tono permanentemente melancólico y añorante, los ensueños y delirios de grandeza de unos personajes que sólo son viajeros en su imaginación.

Le sigue a este libro *Invitados en el Paraíso* de 1957 en el que se dan cita personajes de la bohemia porteña a quienes Mujica Láinez conoce muy bien. Todos estos personajes sabiamente estudiados están vinculados con familias de sociedad y frecuentan el ballet, la ópera y las confiterías de moda. Siempre con sarcasmo y una permanente ironía, Mujica Láinez los observa y retrata, como si estuviera haciendo un boceto o registrándolos en una fotografía. Así describe a un personaje de la bohemia porteña de los años 50 en una de las páginas:

“María Lola estaba loca. Ahí no había vuelta. Loca, loca. ¿Cómo se explicaba sino, su comportamiento? Pertenece a una familia destacada, tradicional, de gran posición en la sociedad porteña y desde niña se había señalado por su preocupación por que la conceptuaran de original. No era bonita –más aún: era fea–, ni era muy inteligente. Abrumada de complejos, resolvió ser “personal” y responder así a uno de los aspectos que distinguían a su clan numeroso. Se dedicó al baile, a escribir versos, a la decoración. Se alejó de sus tres hermanas, hermosas como reinas, a quienes enviaba, detestaba y adoraba. Como carecía de talento, se estrelló una y otra vez. Le quedó una amargura que podía parecerse al ingenio y una inmensa necesidad de que la quisieran, de que la apreciaran. Vestida como una artista, con negros corbatones, fumando, fumando, hablando ligerito, contestando cosas que no correspondían a las preguntas que le formulaban y que pasaban por genialidades, se la vio en los bares donde escritores, actores y pintores jóvenes, provincianos, desesperados de gloria, barbudos, anteojudos, se roían las uñas y se burlaban de todo. Los halagó tenerla entre ellos, porque los seducía la importancia de su nombre, de sus parentescos, de sus vínculos y, aunque de repente soltaba una tontería, de repente, también, por el mero hecho de mencionar naturalmente una persona cualquiera –para ellos todavía inaccesible– era como si los elevara a otro plano, como si sobre su mediocridad proyectara un aura de resplandor. En ese medio María Lola proyectó su autoridad”.

Estas novelas de personajes recurrentes que aparecen siempre en esta saga porteña constituyen un friso irónico de la alta clase social de Buenos Aires a la que pertenecía el novelista.

Puede decirse que estas obras de ficción están impregnadas de la filosofía del libro *La poética del espacio* de Gastón Bachelard en el sentido de que el autor confiere gran importancia a la atmósfera de las casas que describe y a la repercusión que tienen los ambientes y sus objetos sobre sus habitantes.

#### *BOMARZO: CRÓNICA DE UN PRÍNCIPE RENACENTISTA*

Más tarde, cuando concluyó la saga porteña, Manuel Mujica Láinez dejó latemática argentina y la recreación del tiempo perdido en Buenos Aires para incursionar otros espacios y otros tiempos aún más remotos.

Tardó cinco años en preparar *Bomarzo* publicada en 1962, la primera novela de una trilogía histórica que también incluye *El unicornio* de 1965 y *El laberinto* de 1974.

*Bomarzo* sin lugar a dudas, es quizás su obra maestra o al menos, la gran obra con que todos recuerdan y asocian a Manuel Mujica Láinez. Su repercusión en las letras latinoamericanas de la década del sesenta fue enorme y se la asoció a *Rayuela* de Julio Cortázar que por esos años también estaba circulando, a tal punto que ambas novelas compartieron en 1964 el premio John Fitzgerald Kennedy.

Julio Cortázar, al enterarse del premio, escribió una carta a Manuel Mujica Láinez, proponiéndole que realizaran una edición conjunta de las dos voluminosas novelas, unas setecientas páginas cada una aproximadamente, a la que podría titularse indistintamente *Ramarzo* o *Boyuela*.

*Bomarzo* recibió también el Premio Nacional de Literatura Argentino por el bienio 1960-1962 y varias distinciones honoríficas del gobierno de la República de Italia que se sentía agradecido por el interés que un escritor argentino había depositado en el olvidado duque de Bomarzo.

Y es que Mujica Láinez, gran viajero por Europa y consciente de la influencia que Italia ha ejercido en Argentina, se sintió profundamente tocado cuando visitó brevemente, el 13 de julio de 1958, el bosque sagrado de Bomarzo que se encuentra muy cerca de Viterbo, a unos cuantos kilómetros de Roma.

Allí, el escritor viajero quedó sorprendido con lo que vio: un extraño conjunto escultórico construido en la segunda mitad del siglo XVI, rodeado de una naturaleza especialmente abandonada. No iba solo, sino acompañado de dos artistas amigos que se beneficiaron posteriormente con la dedicatoria del libro: el pintor Miguel Ocampo y el poeta Guillermo Whitelow.

Manuel Mujica Láinez pasea por el parque que perteneció al duque Pier Francesco Orsini, señor de Bomarzo, y observa las inquietantes figuras cubiertas por la maleza. Allá, un combate de gigantes, más allá, un dragón que lucha con unos perros, un elefante que asfixia con su trompa arrollada a un gladiador romano. Todo está pervertido en este jardín encantado, hasta la naturaleza misma. Leemos en la inscripciones que pueden descifrarse, que se quiso crear un bosque sagrado que no se pareciera a ningún otro, que no se pareciera más que a sí mismo.



Y de inmediato, la imaginación de Manuel Mujica Láinez comienza a fraguar la reconstrucción histórica de aquellos monstruos de piedra del Sacro Bosque de Bomarzo, a la manera de los grandes cineastas italianos, como Luchino Visconti, que recreaba artísticamente, con un gran esplendor visual, las épocas pasadas. Así también este autor conjura a ese maravilloso tiempo perdido que fue el Renacimiento italiano para resucitar, gracias al milagro de su pluma, aquel universo histórico.

De esta forma, la novela reconstruye la vida y la época del duque Pier Francisco Orsini basándose para ello en una gran cantidad de material documental sobre aquella época, recopilado por el autor. No es nuevo, desde luego, su recurso. Ya Flaubert había reconstruido Cartago en su novela *Salambó*. Pero aquí se trata de un latinoamericano que reconstruye novelísticamente un trozo de la historia de Europa con riquísima imaginación, fantasía y sugestivo poder de evocación.

Hay, desde luego, un refinamiento de técnica muy renacentista. Mujica Láinez ha elegido el periodo más prodigioso, más interesante, más deslumbrante y más refinado del mundo Occidental. Un periodo que nos dio a Shakespeare, a Leonardo da Vinci, a Miguel Ángel, a Cervantes y a Santa Teresa. Y de todo este periodo, escoge Italia en la que sitúa el mejor de los teatros por donde deambulan personajes fascinantes. ¡Qué cuadros, qué trajes, qué estatuas, qué palacios, qué danzas! De todo ello habla Mujica Láinez y ante esos terciopelos y decorados recorta también el drama y la tragedia: los envenenamientos y las cuchilladas.

Todo ese derroche de belleza y gracia se despliega al mismo tiempo y gira alrededor de un príncipe jorobado, de un contrahecho semiinvalído, excluido de las justas y de las fiestas por un capricho de la suerte que, por un lado le dio todo, y por el otro le impedía acercar los labios a la copa. Aborrecido por su padre, víctima de las crueles bromas de sus hermanos, si no hubiera tenido el amor de su abuela, Diana de Orsini, probablemente hubiera sucumbido. Pero ella lo protegió. Además, como se señala en el libro: "los monstruos no mueren".

Y fue el príncipe deforme quien ciñó la corona ducal y fue dueño del castillo, señor de muchos vasallos, pudiendo dedicar sus ocios a organizar un museo de sus colecciones, embellecer el parque poblándolo de caprichosas estatuas, templetes y laberintos para deslumbramiento de visitantes y maravilla de las futuras generaciones. Porque el afrentado duque esperaba inmortalizarse y vengar así los insultos de la suerte.

En una de sus brillantes páginas, el príncipe al escribir sus memorias, explica el origen del jardín de estatuas y el significado de cada una de esas extrañas figuras:

"La peña más alta se transmutó en un Neptuno desmesurado, que apoyaba el desnudo torso en un muro ciclópeo. Era, con sus barbas y su cabellera derramadas sobre los hombros y el pecho, la alegoría pujante del mar, del infinito oceánico, de la eternidad, de la inmortalidad, del gran sueño que nació cuando abrí los ojos a la vida".

La aparición de *Bomarzo* en 1962 significó en Buenos Aires y en Latinoamérica un gran acontecimiento literario. En Buenos Aires, en una comida de agasajo, Borges le agradeció a Mujica Láinez el bien que su libro hacía al género novelesco.

En Chile, el crítico Alone lo recibió en forma entusiasta en las páginas de *El Mercurio*, diciendo que el autor era uno de los más importantes de Hispanoamérica:

“No creemos que haya actualmente en América Latina, otro autor capaz de emprender y llevar a término una empresa como la realizada por Mujica Láinez en este libro. Tal vez, Alejo Carpentier, si se lo propusiera... Pero es dudoso. La sola masa de erudición histórica y arqueológica que exige, entre sus condiciones, supone, desde luego, un entusiasmo por el estudio y una capacidad de resistencia y de persistencia en la información que casi excluyen otras actividades literarias o extraliterarias”.

Las traducciones no se hicieron esperar, especialmente en lengua italiana, puesto que los italianos deseaban ver cómo un latinoamericano evocaba y reconstituía una figura histórica del Renacimiento italiano desde Buenos Aires.

Enseguida se hizo una curiosa adaptación al comic que circuló en diversos países latinoamericanos. Los artistas plásticos se sintieron tocados por esta obra literaria, a tal punto que existe una iconografía de los personajes de la novela debida a dos artistas: Norberto Villarreal, autor de veintidos dibujos surrealistas inspirados en la novela y el pintor sevillano Justo Girón, autor de los retratos de Maerbale Osini y de Pier Luigi Farnese, personajes del libro.

En nuestro país, incluso, el artista chileno Ernesto Barreda, que pinta jardines encantados, ha confesado recientemente su indiscutida admiración por Manuel Mujica Láinez a tal punto que algunos de sus cuadros se han inspirado en el libro *Bomarzo* precisamente por su fantasía exuberante de inspiración italiana.

Una vez más se ve cómo una obra literaria inspira a su vez a otros artistas, como en el siglo pasado, las grandes novelas inspiraban importantes suites sinfónicas. Rimsky Korsakoff, Moussorsky y Tchaikowsky, entre otros, compusieron música para el ballet y la ópera inspirada en las obras de los grandes novelistas rusos, en tanto que en Francia, Ravel y Debussy escribieron partituras basadas en la cuentística popular europea y asiática: *Contes de ma mère l'oise* de Ravel y *Sherezade* de Ravel, entre otras.

También *Bomarzo* inspira a los músicos. El compositor argentino Alberto Ginastera creó la cantata *Bomarzo* utilizando textos del libro y otros redactados especialmente por Manuel Mujica Láinez para ser interpretados en Washington en un Festival de Música de Cámara realizado en 1964. Posteriormente se completó la ópera en dos actos y quince cuadros, *Bomarzo*, con música del mismo Ginastera y libreto de Mujica Láinez, casi toda en verso. La ópera se estrenó en Washington en 1967.

Con motivo de ese estreno, el general Onganía, en ese entonces Presidente de la República de Argentina, firmó un decreto por el que se designaba a Manuel Mujica Láinez y a Alberto Ginastera ministros plenipotenciarios, debido a la importancia que revestía la ópera como difusión de la cultura argentina.

Mas, pese a los honores diplomáticos de entonces y a la triunfal presentación en el Lincoln Center de Nueva York, en 1968, otro decreto oficial prohibió simultáneamente su representación en el Teatro Colón de Buenos Aires considerándola una obra inmoral. Manuel Mujica Láinez estaba indignado y —siempre con sus

frases cáusticas y lapidarias— declaró que seguramente lo que los censores argentinos habían considerado inmoral había sido, sin duda, la música...

Una verdadera tormenta se desató en Buenos Aires contra la censura oficial. Las protestas de las Academias, instituciones culturales y personalidades del mundo intelectual se multiplicaron, aunque hubo también voces que aplaudieron la medida. Y *Bomarzo* tuvo que esperar la caída del general Onganía para poder ser estrenada en el Teatro Colón de Buenos Aires el 29 de abril de 1972, con el mismo elenco que la interpretó en Estados Unidos y bajo la dirección de Antonio Tauriello.

Como pequeño desquite a los años de persecución, los autores de la ópera asistieron al estreno sentados en el palco oficial. Con posterioridad, la ópera *Bomarzo* se representó sucesivamente en Alemania y Suiza. Existe una grabación completa realizada por la Casa Columbia y es la primera ópera hispanoamericana que ha sido grabada íntegramente.

#### EL MANUSCRITO DEL HADA MELUSINA

Con posterioridad a *Bomarzo*, Mujica Láinez publica *El unicornio* en 1965 en que continúa la saga histórica de tiempos pasados. Si *Bomarzo* representó el Renacimiento, *El unicornio* representa la Edad Media, sólo que aquí, el autor reafirma un recurso que venía apareciendo en las últimas novelas y que es el anacronismo, es decir, en forma intencionada aparecen mezclas en el tiempo de la narración.

Pareciera que el autor se divertiera mientras escribe, sabiendo que sostiene un diálogo cómplice con el lector. Si en otras ocasiones había escogido narradores insólitos como un libro, una casa o un broche de lapislázuli en forma de escarabajo, esta vez, el escritor se encarna nada menos que en un hada, el hada Melusina, una de sus creaciones más ingeniosas y ocurrentes.

A la manera modernista, esta Hada que parece extraída de la novela *Peter Pan* y *Wendy* de James Mathew Barrie —un autor al que Mujica Láinez admiraba— está inspirada en el arte o en la literatura. Es inmortal, pero muy humana. Se enamora de un lejano descendiente, le sigue al país de los trovadores y luego a Tierra Santa. Es convertida en hombre, lo cual permite al autor jugar con la ambigüedad sexual, un aspecto recurrente en su obra. Finalmente regresa, muerto su adorado Aiol, a su torre de Lusignan, convertida otra vez en hada. A través de esta narradora algo privilegiada y curiosa —un hada de los tiempos actuales que escribe su manuscrito, recordando su pasado— el novelista puede jugar con los anacronismos y demostrar su visión de que el ser humano es el mismo en todas las épocas.

Junto con el anacronismo, aparece en forma relevante en este libro mágico el marcado sentido del humor ya que el hada escribe en serio, pero no podemos dejar de divertirnos con un estilo permanentemente irónico. Examinemos un párrafo de este diario de vida de un hada escrito con el delicioso sentido del humor de Manuel Mujica Láinez:

“Es la historia de un hada, la vida de un hada; que quien no crea en las hadas, cierre este libro y lo arroje a un canasto o lo reduzca al papel suntuoso

rio de relleno de su biblioteca, lamentando el precio seguramente substancial que habrá pagado por su estructura. Lo siento de antemano por él: hay distintos modos de ser un pobre de espíritu; hay distintos modos de andar por la tierra tildándola de insípida, aburriéndose, dejándose morir de monotonía y de tedio; y uno de ellos –tal vez el más tonto– consiste en negarse a probar la sal y la pimienta ocultas que la sazonan de magia.

En cuanto a la idea de rechazar la existencia de las hadas, hadas malas y hadas buenas...es menester ser ciego para no verlas, para no reconocerlas, pues su enjambre pulula doquier. Por obvias razones, me unen a cada una de ellas lazos de afecto y aversión. Las hay ricas, extravagantes, que derrochan en Venecia, en Montecarlo. Son esas fabulosas, inmemoriales mujeres, cuyas edades, rentas y procedencias se ignoran, que les imponen a las ruletas malabarismos estupendos, como la sospechosa complacencia de reincidir en el mismo número más vueltas de lo previsible, mientras lo siguen cargando de fichas con ademanes indolentes y expelen el humo de sus largas boquillas. O esas otras que, de la noche a la mañana, decoran sus departamentos de París y Nueva York con tapices góticos desconocidos, soberbios, que ellas conservan de su propia *belle époque* medieval, en subterráneos arcones de abandonados castillos y abadías. O las que, fieles a su vocación primordial, se dedican a sacudir las mesas del espiritismo y a organizar el trajín de las casas embrujadas. O aquellas, caritativas, que ayudan a la gente, pero de una manera fantástica, a menudo arbitraria o completamente errónea. Y las zalameras que no renuncian a sus características de sempiternas enamoradas sensuales y siguen dándose maña, a pesar de su ancianidad evidente, para raptar jovencitos que ansían progresar económicamente, quienes luego desfilan de su brazo, bien vestidos y enjoyados, por los *halls* de los hoteles internacionales. O aquellas, más aplicadas, más respetables, que zumban y soplan sobre las cabezas fatigadas de los inventores y les sugieren ideas pasmosas, pero que ahora se van quedando atrás, sumergidas por el alud de las cifras, de las fórmulas y de las máquinas electrónicas, y miran multiplicarse en torno las expresiones que no entienden y que convulsionan a un mundo que se les desliza entre las manos aéreas y que no les pertenece ya. Y así sucesivamente. Hay hadas y hadas y hadas. Cuchichean, ronronean, como insectos impalpables, por los caminos de la Tierra estúpida. Yo soy una de ellas. Hay ángeles también. Que el sensible lector se convenza: hay, como en la Edad Media, hadas y ángeles, que eso fue la Edad Media: el Hada y el Ángel. Y el Demonio. Pero no me extenderé por el momento sobre el ángel. Aunque es justo que, al pensar fugazmente en ellos, copie aquí la frase que he murmurado en ocasiones innúmeras: itodo ha cambiado tanto!”.

En otro párrafo, escribe el Hada: “Yo, temblorosa de celos, con un breve golpe de alas, ascendí sobre sus cabezas y flotaba allí, como una gran lámpara colgada de las vigas por impalpables hilos, o más bien como un insecto gigantesco que se sostuviera en el aire”.

El tema de las hadas aparece en forma recurrente en varios de sus libros, especialmente en la novela *Invitados en El Paraíso*. Aquí, uno de los personajes cuenta que ha visto la fotografía de un hada en un libro abierto en el escaparate de una librería...

En *El Unicornio*, la historia y la magia, la minuciosa reconstrucción de ambientes remotísimos, el humor y una original fantasía que anima todas y cada de sus páginas, se conjugan en un relato inolvidable que constituye una de las obras maestras de Manuel Mujica Láinez.

#### DE LA CRÓNICA HISTÓRICA A LA DESBORDANTE FANTASÍA

El gusto por el anacronismo y la mezcla irónica de los planos temporales obsesiona al autor, de tal modo que su siguiente obra, titulada *El laberinto*, publicada en 1974, registra nada menos que la autobiografía novelada y ficticia, escrita en el siglo xx, de Ginés de Silva, que es el niño de la antorcha en la conocida pintura del Greco "El entierro del Conde de Orgaz", lo cual es ya es un anacronismo de sobra.

Incluso, en uno de sus últimos libros *Un novelista en el Museo del Prado*, el autor se da el trabajo de relacionar los personajes de los cuadros en una sala del famoso museo madrileño. Como en los cuentos de Hans Christian Andersen, en que a las doce de la noche salen a bailar los juguetes y cobran vida, aquí, a medianoche, bajan de los cuadros las figuras y conversan entre ellas, aunque no exista ninguna relación temporal. Así, conversan las Meninas con los reyes de otro cuadro y unos príncipes de un cuadro de Velázquez se van a conversar con la Maja de Goya. El resultado, desde luego, es de una exquisita y deslumbradora fantasía.

Es una nueva etapa para Manuel Mujica Láinez, quien ha derivado su literatura hacia la ficción histórica con matices fantásticos. Tal es así que uno de los libros escritos en esta época *De milagros y melancolías*, publicado en 1968, registra un imaginario fresco histórico de una república latinoamericana desde la época indígena hasta el año 3.000 ó 4.000. Como en *Crónicas reales* su obra inmediatamente anterior, Manuel Mujica Láinez nos brinda aquí, en todo su brillo, una de las facetas más características de su ingenio múltiple: la de la ironía aguda, sumada a la imaginación original.

El estilo es satírico y alegórico, llegando al esperpento burlesco. Los nombres de los personajes insinúan el tono del relato: Su Ilustrísima Don Arido Tristeseco de los Postines, Doña Estanislada Bergamota, General Azuceno Labestia del Campo, el doctor Aldebarán Piña de Toro, doña Misiamis Brabaverga, Don Oportuno Goliat Regodeo y Tinieblas, el Conde de la Buena Coca, Don Tarquino Little Mongo... Todos estos curiosos personajes se debaten en una continua lucha entre "rubios y morochos" en el extraño país de San Francisco Apricotina del Milagro donde "el Partido Rubio Azafranado, o sea la línea democrática, había adoptado los principios más antidemocráticos".

El voluminoso libro de más de 500 páginas se cierra con una completa bibliografía de cada una de las épocas de que trata la novela alegórica. Pero, muy en el estilo del autor, esta aparente erudita bibliografía oculta una completa burla al lec-

tor porque si nos ponemos a revisar los títulos consultados nos llevaremos más de una sorpresa, ya que así como Borges solía inventar ficciones librescas y aludía siempre a libros inventados, así también Manuel Mujica Láinez nos sorprende con su Bibliografía selecta:

“Instituto Apricotino de Estudios Históricos: “Correspondencia del Gobernador don Máximo Cochón con sor Casilda del Hambre, la Monja de la Pierna de Palo”; Lázaro de Tinieblas y Bracamonte: “Las personas de la Trinidad son cuatro”; Octaviano Panida, Sistro: “Oda al Liberador”, con música de María de la Contribución Moncil de Panida Sistro, Leona de la Independencia; Simón Nocturno de la Universidad de Plocoploco: “Vínculos entre el dialecto Jipi y el inglés del Sussex”; Martín Bartolomé Lindo Bambino de la Universidad de Plocoploco: “Sobre las estrellas Moncilia, Cagliostra y Piñatoruna”; Atanasio Setira y Cepeda: La tragedia “La Pobre Pava” y su influencia en la literatura universal”; Su Ilustrísima Fabián del Cepo y Bergamota. Obispo de San Francisco: “Pastoral sobre la Incorporación de la Cieguita de Sape Sape a la Iglesia Catedral de Nuestra Señora de las Cenizas”; Octaviano Panisa Sistro: “Saludo rimado a la señora Vizcondesa Casta Folia dos Assombros”...

La lista es larga. Manuel Mujica Láinez convierte en parodia el recurso de los textos imaginados con un sentido del humor delirante.

En sus últimos libros esta técnica de la aguda mordacidad se hace más evidente. Podemos decir que hay una evolución en el estilo y en la temática del autor, desde los primeros libros rigurosamente históricos dominados por un cierto realismo mágico y un suave humor sutil, escritos con una prosa poética, hasta las novelas de fantasía esperpéntica, en que el lenguaje se torna mucho más trabajado y el humor mucho más sarcástico y punzante.

#### EL DELIRANTE VIAJE DE LOS DEMONIOS

*El viaje de los siete demonios*, publicado en 1974, se basa en la idea de que en el infierno, el Diablo Mayor está cansado de la burocracia que existe en los antros infernales y desea un poco más de vida. Hay que poner fin a la demoníaca holganza y para ello, encarga a sus súbditos principales, que son los siete pecados capitales, que se animen un poco y vayan a perturbar, con tareas muy concretas, a la sociedad de los humanos. Así, los pecados, lujosamente ataviados, viajan por el mundo en busca de almas que tentar.

La idea sirve al autor para presentarnos a los siete demonios: Lucifer, la soberbia; Mammón, la avaricia; Leviatán, la envidia; Belcebú, la gula; Satanás, la ira; Asmoideo, la lujuria; y Belfevor, la pereza. Lo más difícil es movilizar a este último, que no está dispuesto a moverse ni siquiera para tentar a nadie. Pero al final, parten.

Las hazañas demoníacas ocurren en diferentes épocas y lugares: el castillo medieval de Gilles de Rais, Barba Azul; Pompeya antes de la erupción del Vesubio,

Siberia comunista del año 225, la corte Imperial de China; Tortuga, la Isla de los Bucaneros, Bolivia en tiempos de Melgarejo, etc. Todo en medio de los comentarios deliciosamente cínicos de los pecados, mezclando, como siempre, la ironía con la historia.

#### CARACTERÍSTICAS DE SU ESTILO

Hacia el final de su vida, Manuel Mujica Láinez recibió numerosos premios y condecoraciones por su profusa obra. Entre sus numerosas distinciones recibió la francesa Legión de Honor, la Medalla de Oro de la Institución Cultural Española, el Primer Premio Nacional de Literatura en 1963, por *Bomarzo*, la Medalla de oro del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, los Premios Kennedy, Forti Glori y Lorenzotti y muchos otros.

Fue además miembro de la Academia Argentina de Letras y Miembro de la Melville Society de Estados Unidos. Sus libros *Los cisnes*, *El gran teatro*, *Sergio* y tantos otros— siguen estando en las principales librerías argentinas, especialmente en El Ateneo de Buenos Aires. En todos ellos pueden verse las características claves de su obra y que vienen a ser sus verdaderas constantes y obsesiones, a saber, un periodo histórico determinado, muy preciso y descrito con mucho detalle, cuidando mucho la ambientación de vestuario, mobiliario, usos y costumbres, tal si se tratara de una verdadera puesta en escena. Otro rasgo común es el énfasis que pone en la vida de los objetos especialmente antiguos y de carácter artístico.

También es relevante el sentido del humor presente en toda su obra, especialmente cuando escribe textos que tienen una apariencia grandilocuente, pero que encierran un punto de vista irónico. Este humor va desde los matices más suaves y sutiles hasta la parodia. Sus frases a menudo son cáusticas y brillantes y recuerdan mucho al humor punzante que ejercía Oscar Wilde en sus conversaciones y en sus cuentos. De hecho, ambos autores comparten características comunes al deambular con vestimentas llamativas en escenarios burgueses y en saber retratar ese mundo al que pertenecían con una pluma fina manejada como un estilete.

Otra característica común es el consciente anacronismo presente especialmente en sus últimas novelas en las que hace alternar a personajes contemporáneos en vidas pasadas, jugando con el *non sense* o humor absurdo. Y finalmente, el uso clásico de un castellano impecable de tono permanentemente poético y elegante, por todo lo cual se le tildó de exquisito, decadente y rebuscado en su retórica. En este sentido, hay que decir que Manuel Mujica Láinez fue una personalidad controvertida en el Buenos Aires de mediados de siglo hasta principios de los años ochenta y que a menudo, su personalidad social, como en Oscar Wilde, opacó su obra literaria, paulatinamente revalorizándose.

En conjunto, y analizando su estilo, su obra se caracteriza por un lenguaje cuidadosamente trabajado, empleando para ello una gran riqueza de vocabulario y una sintaxis probablemente sin igual en la literatura argentina contemporánea.

Los párrafos son largos, a menudo con muchas frases subordinadas, lo que cansa muchas veces la lectura, si no se está iniciado en la literatura mayor. La adjetiva-

ción es selecta y sabe nombrar los objetos con una precisión que incluye el pormenor técnico y erudito, especialmente cuando se refiere a obras de arte.

Algunos libros incurren en una excesiva saturación estilística. Resultan demasiado trabajados y ello hace que la lectura sea dificultosa por el exagerado barroquismo de las frases. El virtuosismo verbal resulta un escollo para el común de los lectores que abandonan muchas veces los libros por pesados. No obstante, cuando se ha tomado el hilo narrativo, se disfruta plenamente la lectura, saboreando el idioma, el humor, la historia y apreciando la atmósfera artística de que están rodeadas las situaciones que plantea.

#### ÚLTIMAS DÍAS DEL AUTOR EN "EL PARAÍSO"

Como se ve, la obra de Manuel Mujica Láinez es extensísima. En la década de los ochenta, el autor aún firmaba sus libros en la famosa Feria del Libro de Buenos Aires. Me tocó verlo en tal circunstancia en abril de 1982, rodeado de damas de edad de la alta sociedad porteña a quienes firmaba sus libros, en especial *Vida y gloria del teatro Colón*, un libro de lujo, de gran formato, con impresionantes fotografías en el que el autor traza con su amenísima pluma la historia y la intrahistoria del gran teatro de la ópera porteño. Era ciertamente un autor mítico...

El 28 de marzo de 1984, en un acto que contó con la presencia de altas autoridades y de elevado número de representantes del quehacer cultural argentino, Manuel Mujica Láinez era declarado "ciudadano ilustre" de Buenos Aires. Cansado a los 73 años, pero sin perder su altivez, acudió a la ceremonia, sin saber que le quedaban pocos días de vida. Antes de un mes lo sorprendió la muerte de manera repentina en su quinta serrana de "El Paraíso", dando pie a los numerosos artículos en los que se ponía en evidencia la importancia de un autor injustamente postergado.

Sus funerales en un cementerio en las afueras de Córdoba fueron muy sobrios, como él lo deseó y sólo acudieron familiares y amigos cercanos. Sobre su escritorio, quedaron novelas inconclusas, porque hasta el último día estuvo escribiendo. Entre las obras sin terminar figuran los bocetos sobre una biografía novelada de Juana la Loca y su amor por Felipe el Hermoso. También proyectaba un libro sobre el emperador Heliogábalo y el rey Carlos II el Hechizado.

Al regreso del funeral, en la hacienda "El Paraíso" quedaba un vacío en medio de aquellos recuerdos, antigüedades, curiosidades y objetos que el autor atesoró a lo largo de su vida. Sobre el escritorio, esos grandes álbumes que el autor tenía para pegar fotografías dedicadas... Quizás, como en sus novelas, merodeaba también su fantasma.

Su hijo, Diego Mujica, declaró: "Mi padre fue una persona muy criolla, muy argentina, a pesar de su apariencia refinada. Sus estudios en Argentina que luego continuó en Francia e Inglaterra le dieron una comprensión universal de la cultura mucho más acabada que la de sus contemporáneos".

Ese mismo año se publicó póstumamente un volumen de *Cartas de Manuel Mujica Láinez* en Editorial Sudamericana que muestran la personalidad multifacética del



autor y su descripción de cómo trabajaba cada una de sus novelas, con un sentido de la búsqueda del material literario muy parecido al de Thomas Mann.

También muestra la relación con personajes conspicuos de la vida cultural y literaria de Buenos Aires, como lo son Jorge Luis Borges, Victoria Ocampo y muchos otros.

De todo ese mundo, me ha quedado el gusto por su literatura y el deseo compulsivo de coleccionar uno a uno sus libros. Entre ellos, hay uno particularmente especial que tiene una dedicatoria del autor. No sé cómo llegó a mis manos. Es *De milagros y melancolías* y en la primera página leemos de puño y letra del autor, "A Bernardo, escritor, con el cariño y la admiración de Manucho. El Paraíso. 1971". ¿Quién habrá sido este "Bernardo, escritor"? Parece un enigma literario propuesto por el autor para que hilvanemos una historia imaginándolo en la gran estancia, regalando su libro a un joven escritor desconocido de provincias...

Treinta años después de aparecer las novelas de Manuel Mujica Láinez nos queda intacta la frescura del idioma, la gracia de inventiva y la riqueza de la imaginación. Leer o releer sus libros es fuente innegable de placer a la vez que una permanente lección de fantasía y estilo.

CRÍTICA DEL CANON, ESTUDIOS CULTURALES,  
ESTUDIOS POSTCOLONIALES Y ESTUDIOS LATINOAMERICANOS:  
UNA CONVIVENCIA DIFÍCIL

Grinor Rojo\*

El presente artículo contiene una versión sumaria de algunas secciones de los capítulos ocho y nueve de un libro en preparación, que se titula, provisionalmente, *Diez tesis sobre la crítica*. El libro contiene, simultáneamente, una historia y un argumento, ambos relativos a los avatares de la crítica contemporánea. Esperamos que las páginas que siguen, pese a la desventaja que supone su carácter de entrega parcial, no traicionen el espíritu del proyecto mayor.

I

Vivimos en tiempos de cuestionamiento del canon, se dice. En pocas palabras, este cuestionamiento consiste en poner a los textos en los que hasta ahora depositábamos nuestra confianza en la parrilla y en reputar en cambio, como merecedores de la misma confianza que a ellos les estamos sustrayendo, a una multitud de otros textos a los que hasta ahora no se les había dado la oportunidad de presentar sus credenciales en la oficina de partes disciplinaria. En verdad, no sabemos qué, de todo lo anterior, continúa siendo válido, y se nos ocurre que más de algo de lo que ahora nos reclama admisión pudiera serlo. Todo ello porque hemos dado de baja los criterios que en el pasado nos sirvieron para atribuirle a los textos una dignidad estética que fuese un poco más allá de su clasificación como simples artefactos de lenguaje. Es decir que el nuevo evangelio crítico une a su magnitud a o anticientífica una magnitud a o antiestética, ahora en el alcance axiológico de este complejo vocablo<sup>1</sup>. En una serie de iluminadores trabajos, publicados todos ellos durante el

\*Universidad de Chile. Universidad de Santiago de Chile. Agosto de 1997.

<sup>1</sup> Sobre el particular, es ilustrativo el volumen *The Anti-Aesthetic. Essays on Postmodern Culture*, ed. Hal Foster. Seattle, Washington. Bay Press, 1983. Desde una (difícil, hay que decirlo) postura postmoderna de izquierda, afirma Foster en el Prefacio de este libro: "Estas preocupaciones caen aquí bajo el rótulo 'anti-estética', que no debe ser entendido como una corroboración más de la negación del arte o de la representación como tales. Fue el modernismo el que estuvo marcado por esas 'negaciones', las que se expusieron con la esperanza anárquica de un 'efecto emancipatorio' o con el sueño utópico de un tiempo de pura presencia, de un espacio más allá de la representación. No es el caso aquí: todos estos críticos dan por supuesto que jamás estamos fuera de la representación —o, más bien, que nunca estamos fuera de la política. Aquí, entonces, 'anti-estética' es el signo no de un moderno nihilismo —que tan a menudo transgrede la ley sólo para confirmarla—, sino más bien de una crítica que desconstruye el orden de las representaciones con el fin de reinscribirlo.// 'Anti-estética' indica también que la noción misma de lo estético, su red de ideas, se ha puesto en cuestión: la idea de que la experiencia estética existe aparte, sin 'propósito', por completo más allá de la historia, o de que el arte puede ahora constituir un mundo a la vez (inter)subjetivo, concreto y universal —una totalidad simbólica. Como el 'postmodernismo', entonces, la 'anti-estética' marca una posición cultural respecto del presente: ¿si-

curso de esta década, Walter Mignolo, además de pasar revista al proceso de desestabilización de las obras canónicas que ha tenido lugar en América Latina desde fines de los años setenta (Un libro de Carlos Rincón, de 1978, *El cambio de la noción de literatura*, podría ser el primero de una ya larga serie), insiste en la necesidad de diferenciar al *corpus* del *canon* y da a entender de que este último es bien poco lo que tiene que ver con nuestro oficio. Dice Mignolo:

“Me gustaría partir del ámbito del habla y de la diversidad de sistemas de escritura en los que se enmarcan expresiones humanas complejas y en los que se establecen las condiciones para la existencia misma de interacciones semióticas. Me gustaría, en suma, pensar en el campo de estudio como en un corpus de interacciones semióticas más que como en un canon de obras literarias y ver a este último no como una alternativa sino como una subclase del primero. El canon, en otras palabras, es una parte del corpus y no su antítesis”<sup>2</sup>.

Esto significa que, si nuestra orientación es epistémica y no “vocacional” (uso las palabras del propio Mignolo), nosotros, al asumir las consecuencias de semejante orientación, nos autodespojamos, *debemos autodespojarnos*, de cualquier prurito selectivo, estético o ético, permitiendo que nuestro objeto de conocimiento lo constituya el *corpus* de los textos en su integridad. Habrían pasado así los tiempos en que el oficio crítico pudo asumirse como si él nos proveyera con los medios para correr las alambradas del *canon*, moviendo hacia allá unos cuantos ítems desde el espacio del *corpus*. De lo que ahora se trataría es de prescindir, por lo menos para los efectos de un funcionamiento disciplinario de carácter cognoscitivo, de los servicios del *canon*. En el último de los textos de Mignolo que conozco acerca del tema, el veredicto fatídico es que “si se acepta que en el campo de los estudios literarios tiene cabida *Biografía de un cimarrón* y la subliteratura, se acepta que los estudios literarios no se definen por el contenido del campo de estudio sino por los principios metodológicos e ideológicos de la práctica disciplinaria”. “Hay”, sigue explicando Mignolo,

“una diferencia radical entre canonizar *Biografía de un cimarrón* (o ejemplo semejante) con la buena voluntad de hacerlo ingresar en el panteón de los estudios literarios, por un lado, y liberar los estudios literarios de las garras del canon para abrirlos a las incertidumbres del corpus (narrativa testimonial, subliteratura, cultura popular, etc.), por otro”<sup>3</sup>.

¿Cuáles son las repercusiones de esta posición de Mignolo? Pienso yo que ella representa con inmejorable exactitud la despedida a la que hace poco me referí. Ni

guen siendo todavía válidas las categorías que sostienen lo estético?”. “Postmodernism: A Preface”, pág. xv.

<sup>2</sup> Walter D. Mignolo, “Canon and Corpus An Alternative View of Comparative Literary Studies and Colonial Situations”. *Dedalus. Revista Portuguesa de Literatura Comparada*, 1 (Dezembro 1991), 223.

<sup>3</sup> Walter D. Mignolo. “Entre el canon y el corpus. Alternativas para los estudios literarios y culturales en y sobre América Latina”. *Nuevo Texto Crítico*, 14/15 (1994-1995), 24.

ciencia de la literatura ni estética literaria. En cambio, semiótica textual, interpretación de textos semióticos y con criterios de validación que estarían basados en “principios metodológicos e ideológicos de la práctica disciplinaria”.

Pero yo no puedo pasar por alto en esta última frase de Mignolo la insinuación de un repliegue. Porque, si entiendo bien sus palabras, lo que él me está proponiendo es que empujemos al *canon* fuera del juego (en todo caso, fuera del juego “epistémico”), es decir, que eliminemos la selección y la jerarquía para los efectos de nuestro funcionamiento como investigadores y críticos del discurso y del texto, no importa cuáles sean sus versiones concretas, y que por lo menos para ese tipo de trabajo, pues otra cosa sería la vigencia del *canon* dentro de un “contexto curricular (presumo que el de los profesores: ¿qué es lo que se debe enseñar y por qué?)”<sup>4</sup>, nos quedemos con el *corpus*. Pero he aquí que Mignolo le asigna luego a la disciplina la obligación de establecer ella (¿y con qué objeto?, es lo que yo me pregunto) ciertos misteriosos “principios metodológicos e ideológicos”. Parecido al trastabilleo de Catherine Belsey, quien, después de decir que la historia cultural que ella patrocina “no rehusa nada”, acaba abogando por el establecimiento de ciertos “principios de selección”<sup>5</sup>, yo tiendo a ver en el repliegue de Mignolo el indicio de que operar dentro de una textualidad sin limitaciones es o puede ser también una forma de limitación.

## II

¿Por qué sorprendernos entonces de que la clarinada del día sean los “estudios culturales”? Proliferan en los últimos años las publicaciones en las que se plasma esta nueva (y vieja: texto cultural es, dicho de una manera todavía inconsulta, todo lo que no es el texto literario, histórico, filosófico, etcétera, en el sentido que tradicionalmente se les daba a estas compartimentalizaciones) clase de estudios críticos, trabajos más y menos extensos y más y menos sesudos acerca de discursos de tanta trascendencia para la perduración de la especie humana sobre la tierra como son las bitácoras de los exploradores del Polo Norte o las películas de Rambo protagonizadas por Sylvester Stallone. No hay límites de contenidos ni de procedimiento. Materia de los estudios culturales son, según nos informan los editores de la más popular entre las varias antologías que ya circulan al respecto,

<sup>4</sup> Walter D. Mignolo. “Canons A(nd) Cross-Cultural Boundaries (Or, Whose Canon Are We Talking About?)”. *Poetics Today. International Journal for Theory and Analysis of Literature and Communication*, 1 (Spring, 1991), 6.

<sup>5</sup> “... no debemos abandonar la noción de rigor, el proyecto de fundamentar nuestras lecturas o el compromiso con la especificidad histórica. Necesitamos principios de selección”. Catherine Belsey. “Towards Cultural History” en *A Postmodern Reader*, eds. Joseph Natoli y Linda Hutcheon. Albany. State University of New York Press, 1993, pág. 561. Del otro lado: “Aunque por supuesto cualquier investigación específica encontrará un foco específico, cronológica y textualmente, ningún momento, ninguna época, ningún género y ninguna forma de practica significativa estará excluida a priori del campo de la investigación. No habrá lugar para el canon en la historia cultural, ni interés alguno en jerarquizar las obras por orden de mérito”. *Ibid.*, 553. Al final del mismo artículo, reitera, sin embargo, que “vamos a necesitar principios de selección, puesto que sin ellos ningún proyecto individual sería pensable”. *Ibid.*, 561. ¿En qué quedamos?

“la historia de los estudios culturales, el género y la sexualidad, la nacionalidad y la identidad nacional, el colonialismo y el postcolonialismo, la raza y la etnicidad, la cultura popular y sus públicos, la ciencia y la ecología, la política de la identidad, la pedagogía, la política de la estética, las instituciones culturales, la política de la disciplinabilidad, el discurso y la textualidad, la historia y la cultura global en una edad postmoderna”<sup>6</sup>.

En una palabra, *todo*, si acaso con una tendencia bastante notoria a dispensarle atención preferente a lo que hasta hace algunos años solía ser enviado al patio de atrás. Me replicarán mis colegas que se precian de su fidelidad para con los protocolos filosóficos del quehacer científico que no es sólo el objeto el que hace a la disciplina, que también la hacen sus procedimientos. Pero incluso respecto de los procedimientos, los antologadores mencionados se adelantan a dejar muy en claro que los estudios culturales “no tienen una metodología que les sea propia, ningún tipo de análisis estadístico, etnometodológico o textual del que puedan llamar suyo” y que ni siquiera “los estudios culturales pueden garantizar cuáles son las preguntas importantes en un contexto dado o cómo responderlas”<sup>7</sup>.

Por supuesto, esta indeterminación de los estudios culturales con respecto a sí mismos no es casual. No es que estos estudios (o estos estudiosos) no sean capaces de darse a sí mismos un objeto o unos procedimientos metodológicos, *lo que pasa es que no quieren hacerlo*. Porque los estudios culturales entran a hacer su trabajo en el vacío que deja la imposibilidad, cuando no la indisposición deliberada, por parte de las disciplinas del humanismo moderno, para dar cuenta de una agenda de asuntos que cada vez las presionan con mayor impaciencia. Es evidente que esas disciplinas tradicionales no han querido hasta ahora abrir los ojos a tales presiones. No sólo la crítica literaria, sino también la historia, la sociología, la antropología, la filosofía, la psicología, etcétera, son todos quehaceres especializados que trazan, cada uno con su propio sistema de pesos y medidas, el perímetro de su pertinencia o, para decirlo con más precisión aún, su política de inclusiones y exclusiones. En conjunto, esas políticas forman o formaron la política de inclusiones y exclusiones de las llamadas humanidades o ciencias humanas durante los últimos trescientos o más años de la historia de Occidente, *la que no era inmotivada*. Por detrás de ella, lo que se alzaba

<sup>6</sup> Cary Nelson, Paula A. Treichler y Laurence Grossberg. “Cultural Studies: An Introduction” en *Cultural Studies*, 1.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 2. Es curioso, pero también muy característico del mejor culturalismo, que, después de haber hecho estas declaraciones negativas, Grossberg, Nelson y Treichler elaboren *de todas maneras* una definición y que la verdad es que ni quita ni pone rey. Aquí va: “Los estudios culturales son un campo interdisciplinario, transdisciplinario y a veces contradisciplinario que opera en la tensión entre sus tendencias para abrazar tanto una concepción de la cultura amplia, antropológica, como una más ceñidamente humanista. Al revés de la antropología tradicional, sin embargo, ha surgido de los análisis de las sociedades industriales modernas. Es típicamente interpretativo y evaluativo en sus metodologías, pero al revés del humanismo tradicional rechaza la ecuación exclusiva de la cultura con la alta cultura y argumenta que todas las formas de producción cultural necesitan ser estudiadas en relación con otras prácticas culturales y con las estructuras sociales e históricas. Los estudios culturales están así comprometidos con el estudio de un espectro entero de artes, creencias, instituciones y prácticas comunicativas de la sociedad. *Ibid.*, 4.

era una cierta idea del hombre. Esa idea del hombre era la que autorizaba y desautorizaba, la que protegía y excomulgaba. En el último análisis, lo que los estudios culturales están combatiendo es la legitimidad (y, por lo tanto, la autoridad) de ese constructo ideológico básico, el mismo que respalda aún a las prácticas del humanismo contemporáneo.

Pero hay algo más. Como Mignolo y Belsey en el debate sobre el canon al que nosotros nos referimos previamente, los culturalistas de la nueva hora están convencidos de que su tarea no consiste en desconstruir el programa de las disciplinas cuyas respuestas ya no los satisfacen, para reconstruirlo poco después, rephraseando los estatutos exclusionistas que las constituyen de una manera "actualizada". No sólo sienten que habría en ello un proyecto de desenlace dudoso, sino que el intento mismo importaría, a juicio de sus más respetados portavoces, un cazabobos a carta cabal, cuyo fruto previsible no es otro que el reemplazo de un *set* de exclusiones insatisfactorio por otro *set* de exclusiones igualmente insatisfactorio o que, en el mejor de los casos, con algo de suerte, podría ser un tanto menos rígido que el anterior. Miradas desde el punto de vista del nihilismo epistemológico que orienta a este tipo de pensamiento, queda claro que las humanidades, en la forma que ellas tienen hoy día o en cualquiera otra, son irredimibles. No es de extrañar entonces que los prosélitos del culturalismo opten por refugiarse en los extramuros del juego intelectual, por establecer tienda aparte, por ponerse en una orilla de indeterminación apostada con respecto al objeto y los métodos del quehacer académico establecido, y que es una orilla desde la cual al investigador de la cultura le es posible continuar con su trabajo pero sin correr el riesgo de que el policía disciplinario venga y le diga que lo que está haciendo no tiene cabida dentro de los parámetros que autoriza la Ley.

Tampoco es incomprensible que a la mayoría de los teóricos que manifiestan interés en este tema la falta de objeto y de procedimiento no les preocupe seriamente. Menos aún les preocupa a aquéllos que, dentro del mismo sector, han sido llevados hacia él por un interés esencialmente político y que se concentra de preferencia en los grupos humanos a los cuales la legalidad filosófica anterior dejó, como dice Luce Irigaray respecto de las mujeres, sin representación o con una representación apropiada por los dueños del poder<sup>8</sup>. En efecto, los estudios culturales, cuya primera versión se remonta al segundo lustro de la década del cincuenta en Inglaterra, estuvieron ligados desde aquellos lejanos comienzos con necesidades de orden político y social. Más precisamente, ellos se ligaron con necesidades de las que el marxismo prometió hacerse cargo en algún momento de su trayectoria, pero a las que acabó renunciando para disolverlas dentro de una *praxis* en la que el factor económico y de clase se llevaba la parte del león. Raymond Williams, Richard Hoggart y E. P. Thompson, que se dieron cuenta de las consecuencias menoscabantes que la falta de una reflexión sobre la cultura tenía para los propósitos transformadores de la ciencia revolucionaria de Marx, fueron quienes en los años cincuenta pusieron en marcha el proyecto culturalista de izquierda. Williams sobre todo, a

<sup>8</sup> Vid.: "Any Theory of the 'Subject' Has Always Been appropriated by the 'Masculine'" en *Speculum of the Other Woman*, tr. Gilliam C. Gill. Ithaca, New York. Cornell University Press, 1985, pp. 133-146.

partir de su libro *Culture and Society*, de 1958, fue quien desarrolló la tesis del "materialismo cultural", basada en la premisa de que la cultura es "la totalidad de la vida" y que no constituye por eso la cara opuesta y desechable de la materia (de la economía para el reduccionismo, del que Williams tenía un ejemplo tan radical como heroico en el malogrado Christopher Caudwell).

Por el contrario, la cultura va a ser para Williams la materia misma de que la vida está hecha, el espacio donde *todo*, incluido el dato económico, se presenta inexorablemente. Escribió en 1958:

"Nunca observamos el cambio económico en condiciones neutrales, de la misma manera en que no podemos observar la influencia exacta de la herencia, la que sólo se halla disponible para su estudio cuando está ya incorporada en un ambiente. El capitalismo, y el capitalismo industrial, que Marx pudo describir en términos generales mediante el análisis histórico, aparece sólo dentro de una cultura existente. La sociedad inglesa y la sociedad francesa se encuentran ambas, hoy, en ciertos estadios del capitalismo, pero sus culturas son perceptiblemente diferentes y por razones históricas sólidas. El que ambas sean capitalistas puede ser determinante al fin, y ello puede constituirse en una guía para la acción social y política, pero es claro que, si lo que nos hemos propuesto es entender las culturas, nos debemos al modo de vida como un todo"<sup>9</sup>.

Hoy, aunque Williams sigue siendo objeto de veneración en diversas capillas teóricas, su trabajo ha sido revisado y vuelto a revisar varias veces. Su continuidad en Inglaterra, que se cumple a través del Centre for Contemporary Cultural Studies de Birmingham, pasó a manos de los culturalistas postestructuralistas, Stuart Hall, Dick Hebdige y otros, que como el iniciador de la tendencia están también interesados en la potencialidad transformadora que la cultura posee de suyo, pero sintiéndose cada vez más ajenos al objeto y los métodos de la ciencia marxista. Si Williams quiso reformar el marxismo desde adentro, sus sucesores prefieren instalarse en otro sitio.

Pero he aquí que de pronto, en lo que toca a esta manera de acercarse a la problemática político-social por parte de la familia culturalista, en el medio de su último libro, *The Location of Culture*, Homi K. Bhabha, uno de los nombres de más ancho cartel entre los varios que parecen disputarse el liderazgo de la corriente, escribe:

"La posición enunciativa de los estudios culturales contemporáneos es compleja y problemática. Pretende institucionalizar un espectro de discursos transgresores cuyas estrategias han sido elaboradas en torno a lugares no equivalentes de representación, donde una historia de discriminación y de falsa representación es común entre, digamos, mujeres, negros, homosexuales e inmigrantes del Tercer Mundo. Sin embargo, los 'signos' que constru-

<sup>9</sup> Raymond Williams. *Culture and Society 1780-1950*. New York. Columbia University Press, 1958, págs. 280-281.

yen tales historias e identidades, género, raza, homofobia, diáspora de post-guerra, refugiados, la división internacional del trabajo, etc., no sólo difieren en contenido sino que a menudo producen sistemas incompatibles de significación y se involucran en distintas formas de subjetividad social”<sup>10</sup>.

Bhabha escribe estas palabras desde su posición de culturalista postcolonial, una posición a la que nosotros nos referiremos dentro de algunos minutos específicamente. Pero lo que nos está descubriendo, aun en ese sector más acotado de la corriente culturalista *at large*, es que la reunión indiscriminada de “signos” disímiles dentro de un mismo receptáculo teórico obstaculiza un examen responsable de las diferencias. Si es efectivo que las antiguas disciplinas humanísticas bloquearon el conocimiento de tales o cuales regiones de la realidad (y, peor aún, de la humanidad), no es menos efectivo que la indiferenciación culturalista nos amenaza con devolver el conocimiento del hombre que hasta ahora habíamos logrado hacia etapas que son anteriores a la magna renovación que se inició los siglos xv y xvi que no somos pocos los que creemos que no está caducada de ninguna manera.

¿Cuál es, entonces, la sustancia del “texto cultural”, de ese texto que según hemos visto habría llegado hasta el antiguo recinto de las ciencias humanas para reemplazar con evidentes ventajas al texto literario, al filosófico, al antropológico, etcétera? De las frases de Bhabha yo colijo que la atribución de un “signo” homogéneo a todas las experiencias que tales textos nos están tratando de comunicar, si bien podría justificarse desde el punto de vista político, y aun eso es dudoso, no se puede justificar de ninguna manera si lo que deseamos es hacer abandono de una vez por todas (y es como si nunca lo hubiéramos hecho) de ciertas generalizaciones más bien burdas, como podrían ser las del tercermundismo sesentista de nuestros años mozos o las del liberalismo sensible de algunos intelectuales metropolitanos –transidos éstos de la más conmovedora benevolencia–, y dar cuenta en cambio, con precisión y finura, de las diferentes “formas de significación” y de las diferentes “subjetividades sociales” de los grupos postergados. ¿No estará esto anticipando la etapa que sigue, esa etapa con la cual Homi Bhabha no ha querido hasta ahora comprometerse?

### III

Ahora bien, yo siento que una versión en el límite del desempeño culturalista es la que en estos momentos nos están ofreciendo los críticos “postcoloniales”, de los que Bhabha es voz de mando y a cuya empresa cognoscitiva me parece que debo referirme en estas páginas. Mi sospecha es que lo que con esta etiqueta se nos ha puesto últimamente sobre la mesa es el resultado de una rebelión de los intelectuales *resident aliens* y, por extensión, de todos aquellos intelectuales subalternos (sub-alternos) que cumplen funciones dentro de los confines de la cultura metropolitana, *pero que no tienen ninguna gana de verse cooptados por esa cultura o por lo peor de esa cultura*. Trátase en efecto de un tipo de trabajo culturalista que se produce mayormente dentro de la

<sup>10</sup> Homi K. Bhabha. *The Location of Culture*. London y New York. Routledge, 1994, pág. 176.



*coterie* ghettificada hasta la asfixia de los intelectuales periféricos que residen en el centro del mundo. Como sabemos, la tarea que a esos intelectuales se les confió en el pasado fue la de servir de “informantes”, esto es, la de garantizar con su presencia y su palabra la verdad de los juicios que acerca del “otro” tercermundista emitían los intelectuales “ciudadanos” de esa misma región. Era cómico, desde luego, considerando que la mayoría de tales individuos había hecho su mutis de las junglas del Tercer Mundo años atrás y que la idea que de él conservaban era con frecuencia obsoleta. En nuestro campo, ellos eran los latinoamericanistas *latinoamericanos*, aquellos que validaban lo que los latinoamericanistas *no latinoamericanos* decían acerca de un paisaje natural y social que a estos últimos les quedaba un poco lejos, por el que no siempre les era cómodo movilizarse (demasiado desorden, sobre todo), pero cuyas complicaciones se les hacía necesario reducir y domesticar a corto plazo de conformidad con fórmulas de interpretación que aparecían y desaparecían con la rapidez con que suelen hacerlo las modas ideológicas del Primer Mundo.

Mi impresión es que lo que de un tiempo a esta parte está sucediendo entre esos antiguos informantes es un episodio de desobediencia protegida. Hartos de su papel de segunda fila y a la sombra de algunos cambios culturales y políticos que hacen su aparición en las sociedades del Primer Mundo a partir de los años sesenta, *v.gr.*: el advenimiento de la nueva antropología, el apogeo del “multiculturalismo” y la ideología de la “diversidad”, el reflujo marxista y las libertades filosóficas que son causa y consecuencia del postestructuralismo, sobre todo en sus versiones derridiana y foucaultiana, los informantes de otrora han empezado a construirse una posición discursiva propia cuya piedra de toque es la reivindicación a cualquier precio de su “diferencia” profesional y personal. Profesionalmente, lo que ellos buscan es un *locus* de enunciación que no sea asimilable al de los intelectuales del mundo que dejaron atrás hace tiempo ni tampoco al *locus* de enunciación de los intelectuales del mundo en el que ahora residen. Personalmente, reivindican su falta de apego para con cualquiera de esos dos sitios.

Desde aquí entonces, desde estas nuevas “posiciones”, lo que los críticos post-coloniales pretenden es producir una lectura “descolonizada” de unos cuantos textos que tienen su origen primordialmente entre los grupos marginales y/o subalternos, *tanto los de afuera como los de adentro del espacio geográfico ocupado por el establishment hegemónico*. El proyecto no empezó así, sin embargo. No era eso lo que se proponía Edward Said en *Orientalism*, su libro fundacional de 1978. Como es sabido, lo que Said intentó hacer en aquel libro fue sacar a luz los códigos de acuerdo con los cuales, en el marco del imperialismo, como su causa y su consecuencia, Occidente había leído a Oriente durante el siglo XIX. Hoy, ya no interesa tanto la lectura que Occidente ha hecho de Oriente, ni en el siglo XIX ni después, sino leer, con el mismo ojo descolonizador que usó Said en el 78, las lecturas que el Tercer Mundo ha hecho de sí mismo, y no tanto las que se mueven dentro de la órbita del discurso imperial como aquellas otras que, por pertenecer a sus sectores secundarios o secundarizados, se salvaron presumiblemente de toda contaminación.

Hemos pasado así desde *Orientalism*, de Said, a *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, de Mary Louise Pratt, y a *On Other Worlds: Essays in Cultural Politics*, de Gayatri Spivak. Y con un añadido: el Tercer Mundo del que ahora se habla es el

de afuera y también el de adentro del Primer Mundo. Esta segunda parte del proyecto postcolonial, que se refiere a los marginales y a los subalternos del interior del sistema hegemónico, es de máxima importancia, pues de ahí sale el dispositivo que permite la incorporación, en este selecto club de intelectuales tercermundistas que viven en el Primer Mundo, de algunos de sus colegas que nacieron y crecieron en ese mismo mundo, pero que viven o dicen vivir como en el Tercero. Es un Cornel West, que enseña en Harvard y que se dirige a las “masas negras” de los Estados Unidos con “narrativas e historias cristianas”, que les son “familiares”, aunque aprovechando al mismo tiempo para la confección de su discurso ensayístico los “desarrollos intelectuales que van de Tocqueville a Derrida”. O es un Stuart Hall, que investiga en Birmingham y escribe acerca de las miserias del subproletariado inglés bajo el gobierno de Margaret Thatcher desde una postura política de izquierda, aunque haciendo uso de un lenguaje que se sacude de la ortodoxia marxista y la reemplaza por la lógica “arbitraria” y “no natural” del signo lingüístico<sup>11</sup>.

De igual manera, definiéndose a sí mismos como “el otro” de la cultura postmoderna y poniéndose rápidamente por encima de la oposición centro/periferia, por lo menos en su significado geopolítico y geoeconómico, los culturalistas de la generación posterior a la de Said practican e incluso teorizan su condición de extranjeros en las academias metropolitanas. Hacen así de una circunstancia de menoscabo el *plus* que les estaría permitiendo decir lo que dicen desde una zona blanca, expresión rediviva del discurso del filósofo cuyo lenguaje se constituye al margen de toda compulsión. Esta sería la ventaja de la no pertenencia. La posición del intelectual postcolonial –*resident-alien* no es, en definitiva, para estos teóricos de la última vanguardia, ni la del “intelectual colonizado”, ideológica y técnicamente *backwards*, que tiene unos ideales y que habita en un territorio que en el mejor de los casos siguen siendo “modernos”, ni la del “intelectual colonizador”, asimismo contaminado ideológicamente, si bien por otras razones, pero técnicamente al día y por eso mismo ciudadano legítimo en el territorio de la postmodernidad. A contrapelo de todo eso, la posición del intelectual postcolonial–*resident-alien* es la del que está también al día, y *muy al día*, puesto que vive en el territorio de la postmodernidad indiscutible, pero sin que eso le signifique un compromiso con los supuestos ideológicos y técnicos que dominan en dicha cultura.

En cuanto a lo primero, como ellos se preocupan de hacérselo saber, a veces con demasiada insistencia, el intelectual postcolonial no es un ciudadano de la metrópoli. Es decir que es alguien que está en ella, pero que está ahí de prestado y que por consiguiente no tiene los mismos derechos (ni tampoco experimenta las mismas obligaciones, esto es lo mejor naturalmente) que tienen los intelectuales que son ciudadanos. En cuanto a lo segundo, el uso que el intelectual postcolonial–*resident-alien* hace del instrumental técnico postmoderno no es un uso ortodoxo sino heterodoxo, pues él/ella emplea ese instrumental cuando quiere, donde quiere y sobre todo como quiere.

En su último libro, *Outside in the Teaching Machine*, Gayatri Spivak nos entrega la versión que el postcolonialismo ha compuesto sobre la realidad de aquellas naciones que están viviendo la experiencia postcolonial. Escribe:

<sup>11</sup> Tomo estos dos ejemplos de Homi K. Bhabha. “Postcolonial Authority and Postmodern Guilt” en *Cultural Studies*, 58.

“las demandas que son más urgentes en el espacio descolonizado se reconocen tácitamente como codificadas dentro de la herencia del imperialismo: nacionalidad, constitucionalidad, ciudadanía, democracia, socialismo y aun culturalismo. En el marco histórico de la exploración, de la colonización, de la descolonización, lo que se demanda efectivamente es una serie de conceptos políticos reguladores, la narrativa supuestamente autorizada de la producción de lo que fue escrito en otra parte, en las formaciones sociales de Europa Occidental [...] la nación nueva se hará funcionar de acuerdo a una lógica reguladora que se deriva de una reversión de la antigua colonia dentro de la episteme del sujeto postcolonial: secularismo, democracia, socialismo, identidad nacional, desarrollo capitalista. Hay, sin embargo, un espacio que no comparte la energía de esta reversión, un espacio que no tuvo una agencia de tráfico firmemente establecida con la cultura del imperialismo. Paradojalmente, este espacio está también fuera del movimiento obrero organizado, debajo de las tentativas por revertir la lógica del capital. Convencionalmente, este espacio se describe como el habitat del *subproletario* o del *subalterno*”<sup>12</sup>.

Con esto, el objeto de los discursos críticos postcoloniales más recientes queda delimitado con perfecta nitidez. Los blancos de la actividad cognoscitiva del intelectual postcolonial de nuestros días son la marginalidad, por un lado, y la subalternidad, por el otro (es necesario mantener los dos términos, porque se subentiende que hay subalternos que no son marginales, *v.gr.*: las mujeres), principal aunque no exclusivamente en ese mundo que él/ella dejó atrás alguna vez, puesto que esa marginalidad y esa subalternidad se habrían librado de la mala influencia de la cultura ilustrada, europea, “reversionista”, en el sentido derridiano de una mala deconstrucción, del que padece el resto de la humanidad tercermundista e incluyéndose dentro de ella a un amplio sector de los explotados y los oprimidos de siempre. De otra parte, quien busca esa marginalidad y esa subalternidad y posee los instrumentos técnicos como para descodificar sus mensajes competentemente es el intelectual postcolonial que reside en la metrópoli, pues él/ella tiene la ilustración necesaria pero duda de ella, es dueño/a de una formación europea que no lo/la convence y no es “reversionista” sino desconstruccionista de veras.

A mí todo esto me produce, y soy muy franco al declararlo, una sensación de irrefrenable disgusto y hasta un poco de vergüenza ajena. No sólo porque la posición ideológica que acabo de documentar reinventa y lleva hasta sus últimas consecuencias la falacia de un hablar desideologizado (en las dos puntas del espectro: en los marginales y subalternos periféricos, que se presume que se salvaron de saber, y en los intelectuales postcoloniales, que de tanto saber estarían de vuelta de eso mismo que saben), sino, lo que es aún más inquietante, porque además hace del exilio, de la desposesión de la experiencia de la patria, que es en último término el origen de lo que Gayatri Spivak ha llamado la “condición diáporica del intelectual postcolonial”<sup>13</sup>, una situación de privilegio.

<sup>12</sup> Gayatri Chakravorty Spivak. *Outside in the Teaching Machine*. New York y London. Routledge, 1993, págs. 48-49.

<sup>13</sup> *Vid.*: Gayatri Chakravorty Spivak. *The Post-colonial Critic. Interviews, Strategies, Dialogues*, ed. Sarah Harasym. New York y London. Routledge, 1990. Interesan sobre todos las entrevistas cuarta a séptima:

A quienes hemos estado en el exilio *de verdad* y a quienes lo hemos vivido con el dolor y la ira de vernos despojados de un país que nos pertenece mucho más que a nuestros opresores, porque quienes lo hicieron fueron nuestros padres y nuestros abuelos con el sudor de sus espaldas, y el que como bien dice mi amigo Douglas Hübner no tenemos razón alguna para querer regalarles, esta "teoría" nos resulta inaceptable. Por consiguiente, el colmo del desatino (*¿o es otra cosa?*) nos/me parece que es aquél del que hacen gala nuestros propios intelectuales nativos, cuando ellos se declaran a su vez postcoloniales. Retoman entonces el viejo papel del informante, sólo que un informante que en las circunstancias actuales valida no a los colonizadores metropolitanos de antaño sino a los postcoloniales metropolitanos de hogaño. El mejor ejemplo en este caso es la escritora bengali Mahasweta Devi, en la descripción que de sus ficciones hace Spivak en el libro que más arriba mencioné, pero que como quiera que sea es una descripción respecto de cuya credibilidad yo no tengo los conocimientos necesarios como para dar un testimonio apto. Podría, en cambio, echar mano de los ejemplos latinoamericanos correspondientes, de los varios intentos que entre nosotros se han hecho, desde unos diez años a esta parte, para "hacer hablar a los que no tienen voz" y en los que han rivalizado profesores y periodistas de muy distinto calibre, pero voy a abstenerme de hacerlo porque no quiero herir susceptibilidades. Prefiero dejarle la palabra al crítico africano Anthony Appiah Kwame, cuyas expresiones coinciden con mi pensamiento:

"La postcolonialidad es la condición de lo que no muy generosamente podríamos llamar una inteligencia *compradora*: un grupo relativamente pequeño de escritores y pensadores, de estilo occidental y entrenados en Occidente, que son mediadores del comercio de mercancías culturales del capitalismo mundial en la periferia. En el Oeste, ellos son conocidos por el África que ofrecen; sus compatriotas los conocen en cambio por el Occidente que ellos le presentan al África, así como a través de un África que ellos han inventado para el mundo y para el África también"<sup>14</sup>.

No sólo se presumen de esta manera nuestros postcoloniales "de adentro" individuos incontaminados por la experiencia de la colonización sino que lo hacen desde el medio de los jugosos beneficios que esa misma colonización les depara.

"The Problem of Cultural Self-representation", "Questions of Multi-culturalism", "The Post-colonial Critic" y "Post Marked Calcutta, India", págs. 50-94.

<sup>14</sup> Anthony Appiah Kwame. "Is the Post- in Postmodernism the Post- in Postcolonial?". *Critical Inquiry*, 2 (Winter 1991), 348. El subrayado es suyo.

PODER, RESISTENCIA Y REACCIÓN  
EN *HECHOS CONSUMADOS* DE JUAN RADRIGÁN

Enrique Luengo\*

Let us ask... how things work at the level of ongoing subjugation,  
at the level of those continuous and uninterrupted processes  
which subject our bodies, govern our gesture, dictate our behaviors.

Foucault, *Power / knowledge* (1980:97)

Cualquier consideración valorativa sobre lo que entendemos como estéticamente aceptable está en directa relación con la forma en que nuestra posición política impregna nuestra vida privada y la manera como nuestra localización social moldea no solamente nuestros deseos sino que también nuestras preguntas. Por lo tanto, si entendemos la obra dramática como un producto cultural que deviene de un proceso que incluye creencias y conductas de sujetos humanos reales, el hacer de ella nuestro objeto de estudio es una tarea que nos envuelve de manera personal. En este caso, nuestro interés por la obra de Juan Radrigán es doble; se trata de señalar asunto relativos al clima político y social en que se genera la obra y, al mismo tiempo, cuestionar el autoritarismo de ciertas relaciones epistémicas entre sujeto y objeto. Esta meta tiene como objetivo definir una relación discursiva y epistémica que hace posible una exploración que, a partir de una localización social<sup>1</sup>, –mediatizada por el lenguaje, historia o ideología– otorga ciertos privilegios o genera ciertas carencias que afectan nuestras relaciones con el otro. Teniendo en cuenta la afirmación anterior, no es posible señalar que históricamente el discurso literario hegemónico, de manera sistemática, ha excluido toda expresión que no quepa dentro de los parámetros de un modelo cultural previamente canonizado e inscrito en la así denominada “tradición formativa” de una comunidad en particular. Como señala Hernán Vidal al comentar la obra dramática de Radrigán, “La jerarquización (económica y política) conforma un horizonte social aparentemente homogéneo mediante la articulación y limitación de los otros lenguajes por un discurso autoritativo que los penetra y traspasa con sus ideogramas” (43). Vidal, usando el concepto bajtiano de heteroglosia<sup>2</sup>, describe los mecanismos alternativos para

\*John Carrol University.

<sup>1</sup>Linda Hutcheon usa el término “positionality” para describir la localización como un elemento objetivo del mundo en que vivimos, en donde el mundo está constituido precisamente por varias “positions” de poder y carencia de poder.

<sup>2</sup>De acuerdo a Hernán Vidal, el concepto de *heteroglosia* de Bajtin está anclado en una concepción del fenómeno literario como una expresión de una conciencia social “originada en sociedades de clases diferenciadas... y constituidas por los diversos lenguajes surgidos de esas diferenciaciones”. Según Vidal la heteroglosia “es un esfuerzo por articular (orquestrar) una visión del mundo en una unidad textual a partir y a pesar de esa heteroglosia. Por ello, la diversidad lingüística de las diferentes clases sociales quedan relacionadas en una tensión de los diversos lenguajes sociales en un eje de estratificación jerárquica que reproduce en el mundo ficticio de la obra literaria las jerarquías sociales establecidas en la sociedad real por el poder económico y político.” (42-43)

confrontar la práctica hegemónica. “Las fuerzas centrífugas”, afirma Vidal, “tienen a una descentralización y desarticulación del eje del poder lingüístico, renovando la tensión dialógica con la proposición de visiones de mundo alternativas” (43). Frente a esta práctica conservadora, aparece la necesidad de articular una voz contestataria que reclama participar en el espacio estético de la colectividad a la cual pertenece. El lenguaje teatral se presenta de manera especial a este cometido, pues es capaz de recoger una variedad de claves expresivas que denotan y connotan pertenencias emotivas, afectivas, sociales, etcétera.

Juan Radrigán vierte en *Hechos consumados* las preocupaciones existenciales de sujetos que articulan sus angustias personales con un lenguaje que se resiste a caber dentro de un modelo valorativo acuñado en la tradición intelectual o versión oficial de lo que se considera lenguaje culto. Estamos frente a una expresión discursiva que reproduce o transcribe la sintaxis y léxico del lenguaje oral propio de un sector marginal de la población chilena de habla castellana. Los personajes expresan las preocupaciones existenciales que los acosan mediante un discurso particular que, al transformarse en objeto estético, reclama un espacio, en tanto sujeto que legitima su presencia en el espectro cultural del conglomerado social al cual está vinculado. El reclamar subjetividad se adquiere en la escritura de su propia historia. Los personajes de Radrigán se apropian e imponen una forma discursiva, transformando la escritura y poniéndola en un lugar que le otorga representación como una forma de resistencia que documenta un estilo de vida, una historia personal, una forma de existir particular antes no reconocida en el modelo cultural dominante.

En este contexto, la escritura aparece como una herramienta de resistencia que confrontar al modelo lingüístico dominante articulado por la cultura del poder, donde, como lo señala Vidal, “el lenguaje de la degradación desafía la inflexibilidad al cambio” (43). Desde esta perspectiva, *Hechos consumados* se constituye en un mecanismo expresivo que incorpora un experimentalismo radical, pues constituye innovaciones lingüísticas disruptivas que desarticulan los sistemas simbólicos autoritarios, en cuya heteroglosia<sup>3</sup> se articula la identidad cultural hegemónica. Esta nueva forma expresiva rehúsa caber dentro de las expectativas de inteligibilidad propias del discurso considerado culto y bien articulado. La confrontación o desafío al sistema de articulación “normal” tiene un propósito abiertamente contestatario, pues niega, desmiente y, por lo tanto, expone la arbitrariedad de la norma estética preponderante. Ahora, al recuperar las zonas o espacios considerados lingüísticamente marginales, Radrigán desafía y propone una estética que se expone como objeto de arte a la mirada de un espectador condicionado a recibir o procesar el objeto artístico dentro de los parámetros estéticos que ofrece la cultura dominante. Al hacer esto, violenta el mecanismo de recepción tradicional y pone el lenguaje popular, concebido de antemano como un medio no pertinente para expresar preocupaciones existenciales de carácter filosófico, dentro de un contexto significativo anteriormente redundante y unívoco, donde cualquier “riesgo”<sup>4</sup> había sido ya inventariado. Radrigán transgrede la convención literaria y desde allí se instala en un espacio cultural fértil e ingente, capaz de

<sup>3</sup> Ver nota 2.

<sup>4</sup> Ponemos la palabra riesgo entre comillas puesto que el término en nuestra exposición aparece en un contexto que suprime o cancela el significado original del vocablo.

incorporar en su dominio la voz del otro, ya no como una dócil cámara de eco, sino más bien como un modo expresivo desprendido de un sistema de presuposiciones y creencias sistemáticamente organizadas por el cuerpo social que le subyuga y le es ajeno. En el drama los personajes exhiben una concepción del mundo que propone una nueva manera de experimentar nuestra relación con la realidad y nuestra manera de conocerla.

El lenguaje en *Hechos consumados* ocupa un lugar central, pues sorprende e interrumpe el sentido de seguridad con que el espectador se enfrenta al mundo que exhibe el drama. El lenguaje ya no será unívoco, la ruptura de las convenciones léxicas y sintácticas propias del lenguaje oral de corte popular pone en el centro el espacio relegado a la periferia, haciendo gala de su propia heteroglosia en una suerte de "exceso lingüístico". A través de esta práctica representacional transgresiva, Radrigán concibe y fija un texto cultural de nuevo cuño; transformando, reimaginando, reiventando el universo del margen, para desde allí exponer una plataforma de resistencia que se opone a caber dentro del modelo ético y estético dominante. El drama de Radrigán se mueve entre dos esferas; por un lado, representa la tragedia de una clase social desposeída de toda pertenencia orgánica al sistema que los origina o del cual deriva; por otro, trae al frente de la escena cultural el tema de la negación del cuerpo social al que pertenece, denunciando los artificios utilizados por los medios de representación simbólica hegemónicos cuya historia está marcada por el ejercicio de la violencia represiva. Desde esta perspectiva, *Hechos consumados* re-articula lo marginal, re-presenta el cuerpo del reprimido y re-inventa la voz de un organismo social silenciado. Para que lo de afuera pueda hablar, Radrigán despliega la voz de un cuerpo que procesa y expone su historia y el sentido de su existencia a partir de una subjetividad transgresiva que reimagina y recrea el logos de la estructura simbólica dominante. Desde este punto de vista, el margen deviene una posición táctica desde la cual el oprimido se fortalece y formula una oposición consciente con el propósito de enfrentar las estrategias del centro, particularmente la noción de un valor estético preconcebido y de antemano verdadero. El texto de Radrigán responde al discurso oficial en varios niveles; transgrediendo sus límites lingüísticos, invadiendo los márgenes impuestos y, como consecuencia, rehusando aceptar el silencio. Para responder a la famosa pregunta de Gayatri Spivak "Can the subaltern Speak?" Radrigán argumenta que es posible, pero sólo subvirtiendo y repensando las bases de la estructura simbólica de la cultura dominante<sup>5</sup>.

*Hechos consumados* confronta las convenciones lingüísticas y políticas, para proponer un espacio escénico que incluye la subjetividad del otro marginal, intengrándolo como sujeto de una experiencia ligada a la estructura del sistema de dominación. La substancia social detentada en el texto incorpora la experiencia del sujeto marginal en un sistema intersubjetivo que contempla o abre nuevas posibilidades de concebir la realidad, donde lo antes entendido como accesorio o prescin-

<sup>5</sup> Spivak no encuentra la posibilidad de dar una respuesta positiva. Para ella el subalterno ha sido relegado y enmudecido al punto de que no le es posible hablar. Como veremos más adelante, nosotros proponemos una respuesta que se funda en la premisa nietzschiana del ejercicio del poder como una fuerza reactiva.

dible asume una entidad textual capaz de establecer una subjetividad social propia. Desde esta perspectiva, la rearticulación del espacio imaginario está al servicio de una reconceptualización del cuerpo social e individual, al mismo tiempo que reconstruye las relaciones jerárquicas del espacio social.

Esta práctica textual o representación se fundaría en lo que Said define como "contra práctica de la interferencia" (155-157), la cual en hacer evidente los complejos mecanismos que sustentan una visión única del mundo representado en la forma de un artefacto artístico en particular. Para Said, el resultado de esta práctica trae consigo la labor de enfrentarse metódicamente en la tarea de desconstrucción de la hegemonía cultural reproducida en lo que él llama "The Supreme Fictions". Consecuencialmente, de acuerdo a Said, la siguiente etapa consiste en integrar en este nuevo espacio cultural a aquellos sujetos históricamente excluidos o representados por el discurso oficial como sujetos exóticos o folklóricos. En *Hechos consumados*, Radrigán asume la tarea de "interferir" al reordenar o rearticular los modos de representación dominantes con el propósito de debilitar la densidad monolítica y los modos de representación de la cultura hegemónica. De esta manera, se autoriza un tipo de representación, a la vez que se exhibe los mecanismos represivos de la otra.

El espacio escénico en *Hechos consumados* se construye con objetos funcionales a la acción. La escena está montada con objetos mínimos y desprovistos de un valor pecuniario, son desechos culturales depreciados que se reciclan para asumir una nueva función práctica, o corresponden a elementos en su estado natural agreste, producto del abandono y olvido social. La acción toma lugar en "un sitio baldío en los extramuros de la ciudad" (1051)<sup>6</sup>. Los escasos elementos en escena son, "piedras, malezas, algunos papeles, etc... una pequeña fogata, un cordel improvisado en dos estacas, cuelga una blusa una falda, una chomba y un par de medias; también se ven dos sacos, uno quintalero y uno papero, ambos a medio llenar"(1051).

Los personajes habitan un lugar por el desamparo y abandono; aparecen aislado, desvinculados, al margen de un sistema de interacción social marcado por la posesión de objetos materiales fundado en el consumo y adquisición de bienes<sup>7</sup>. Los sujetos no son partícipes de un orden social basado en valores instrumentales o utilitarios determinados por la política del poder o atraídos por la economía del dinero. Más bien, éstos están conscientes del fracaso y la consecuente injusticia de un sistema social fundado en el intercambio y el consumo de bienes. Debido a su condición social frágil y frente a la precariedad material, los personajes son capaces de distanciarse y cuestionar la funcionalidad de las relaciones humanas fundadas en el ejercicio y control del poder.

Para Emilio el poder funciona como una amenaza siempre inminente e inevitable, como consecuencia, también lo es la dominación y la desigualdad. En este contexto, el poder es una relación social de asimetría y dominio, que excluye en su dinámica una matriz de fuerzas que estructure una operación social generadora de una estrategia de resistencia activa. La actitud de Emilio deviene de una suerte de

<sup>6</sup> Las citas del texto provienen de la edición de María de la Luz Hurtado, Juan Andrés Piña y Hernán Vidal, *Teatro de Juan Radrigán*. Minneapolis: CENCA, University of Minnesota, 1984. (1049-1097).

<sup>7</sup> De Acuerdo a María de la Luz Hurtado, los personajes "parecen... estar suspendidos en el tiempo y en el espacio, como tránsfugas de zonas indeterminadas". (14)



apatía y pasividad que, a primera vista, parece llevarle a concebir la vida como el resultado de un destino irrefutable e injusto. Por ejemplo, cuando Marta trata de averiguar el lugar donde se encuentra, éste le contesta aludiendo al carácter irremediabilmente marginal que ocupa su existencia:

Marta—... ya po, dime aónde ´stamos.

Emilio— Aónde te gusta a voh; en la vía. Pero no al medio, al lao. (1056)

En otra ocasión, refiriéndose al “hambre espiritual” de Aurelio, Emilio señala que “el único pan que cura toas las hambres, es la justicia, y esa cuestión anda más perdía que el teniente Bello” (1060). Con un tono amargo y desalentado, cuando se refiere a la dinámica que alimenta las relaciones conyugales, subraya el carácter pragmático de corte económico que define la afectividad humana:

Emilio— ¿Amor? Cuando la mujer no puede entrar al almacén, el hombre no puede entrar a la cama: ése es el amor. Lo que creíamos que existía no existía: lo que los mantenía juntos era el pan, la cama o la necesidad de compañía, pero éramos gente sin amor. (Marta va a protestar.) No, no me vengai na con gestos; anda pa'allá (Señala.), anda pa esa maldita ciudá y pregunta quienes son los que han seguío uníos: los únicos son los que todavía tienen la pega o los que siempre han tenío el billete largo. (1069)

La actitud de Emilio requiere de un análisis más detenido para entender la dinámica relacional que el ejercicio del poder implica. Primero, es necesario señalar que tradicionalmente se ha asumido que toda dominación tiene características estructurales similares. Cada una representa un arreglo institucionalizado para apropiarse de la mano de obra, bienes y servicios de un grupo subordinado. Los grupos subordinados no tienen derechos civiles y su estatuto social está fijado desde el momento de su concepción. En esta dinámica, el sujeto subordinado no tiene acceso a ningún tipo de movilidad social. El grupo dominante justifica la dominación asumiendo de forma abierta la inferioridad o superioridad, lo que encuentra expresión en ciertos rituales o etiquetas que regulan el contacto público entre sujetos pertenecientes a una comunidad. Sin embargo, en este modelo de dominación, el grupo dominado tiene una existencia fuera del control inmediato del grupo que ejerce el poder. En este espacio es donde germina y crece de manera productiva la resistencia ideológica. Desde esta perspectiva, es posible interpretar los gestos sociales del subordinado como un vehículo de denuncia y difusión de los mecanismos articulorios del poder, al mismo tiempo que pone en un marco de referencia diferente cualquier entendimiento inocuo de la conducta del sujeto subyugado.

De acuerdo con Foucault “In reality power means relations, a more-or-less organized, hierarchical coordinated cluster of relations” (1980:198). Esta aproximación relacional tiene como punto de partida la premisa de que las personas son desiguales, el poder entonces es concebido como una relación de dominación y subyugación. Desde este punto de vista, las prácticas de resistencia ocupan un lugar central para que el grupo subalterno pueda funcionar en el espacio público. De acuerdo a Foucault, “resistance plays the role of adversary, target, support, or handle in power relations” (1981:95). Toda resistencia implica el ejercicio del poder o dominación de un grupo sobre el conjunto que resiste, pero al mismo tiempo esta relación problematiza la noción de que existe un individuo o grupo desposeído de

poder, puesto que todo acto de resistencia requiere, si no de poder, de una cierta capacidad de impactar en tanto acción activamente contestataria. Por lo tanto, el pesimismo existencial de Emilio, vertido en una forma textual aceptada y canonizada por el modelo cultural dominante, se pone al servicio de una práctica discursiva que incorpora en el centro mismo del poder las preocupaciones existenciales de un conglomerado social anteriormente excluido. De esta manera, Radrigán está, en términos de Said, “interfiriendo”, ejerciendo el poder no necesariamente en una relación “dominador - subyugado”, sino como una práctica que denuncia los mecanismos empleados por el grupo dominante con el objetivo de producir un efecto deseado. Sin embargo, la mayoría de las aproximaciones teóricas influenciadas por la posición de Foucault resisten la idea de que los grupos subyugados pueden ejercer el poder. Su argumento parte de la premisa de que quienes ejercen el poder son aquellos que lo imponen sobre el sujeto subordinado, a quien sólo le queda una respuesta que es la antítesis del poder, a saber, la resistencia; por lo que si el discurso es poder, el sujeto subalterno no puede utilizarlo de manera cabal. Nuestra tesis es que el ejercicio del poder no está determinado por una jerarquía ontológica de origen, puesto que una comunidad humana no puede desplegar formas discretas de poder cuyo ejercicio no los afecte de manera consecucional. Más bien, el empleo del poder delinea los intereses, deseos y programas de las fuerzas subyugadas. Desde esta perspectiva el poder funciona como un mecanismo que facilita un proceso, una práctica y un resultado contestatario particular.

En *Hechos consumados*, Emilio reconoce su condición social de sujeto marginal, víctima de un sistema ideológico dominante generado, sostenido y suministrado por el imperio de ciertas relaciones sociales hegemónicas concebidas como naturales e inevitables. Cuando Marta quiere informarse de la identidad social de Emilio, este le responde con frases trucas que denotan su tribulación personal frente a la injusticia que experimenta como ineludible:

Emilio- Me llamo Emilio. ¿Y voh?

Marta- ¿y en qué trabajai?

Emilio- ¿Voh creís que aunque hubiera pega, alguien m'iba a dar con esta pinta?

Marta- ¿Y aónde vivís?

Emilio- Donde me dejan.

Marta- ¿Y qué erai antes?

Emilio- Creía que era persona. (1055)

A pesar de que su identidad ha sido relegada al margen del sistema ideológico dominante, Emilio, desde su territorio personal, puede emplazar el ideario opresivo, proponiendo un sistema de valores de fuerza contestataria que expone y revela la vacuidad y estrechez del razonamiento en que se sustenta el ejercicio del poder que lo aprisiona:

Marta- ... Pero debe ser encachao tener un hijo, ¿ah?... Yo he visto que ninguna vez se le pone la cara bonita a las mujeres que cuando aprietan así (Mima) a un hijo en los brazos.

Emilio- lindo es po... Sobre todo cuando te piden de comer y no tenís que darles. “Los hijos de pobres son sanos y robustos, porque se crían en la tierra y andan en pelota”: ¿Habís oído eso voh?

Marta— Claro, las ñoras de los futres siempre dicen así.

Emilio— Menos mal que tu mario sabía la papa.

Marta— (Altiva) El Mario no era mi mario, los habíamos juntao nomás. (Pausa). Pero aunque hubiera sío lo que hubiera sío, yo me había pegao la cachá de que no podía tener, porque no teníamos donde criarlo. Pucha, dios debiera...

Emilio— No lo metaí a él. Él no reparte las cosas, a lo sumo las hizo: son otros los que las reparten. (1064)

Puesto que sólo podemos experimentar el mundo como ideología o, siguiendo a Foucault, como discurso, de la cita anterior podemos derivar dos posiciones ideológicas. Primero, que toda ideología dominante o dominada parte siempre desde un marco de referencias interpretativos de la realidad que defiende los intereses del grupo que la propugna o adopta. En segundo lugar, el enunciado que Emilio pone en boca de “las ñoras de los futres”, quienes, de acuerdo a Emilio, afirman que “Los hijos de los pobres son sanos y robustos por que se crían en la tierra”, pone en evidencia la posición ideológica del conglomerado social que forman las ñoras de los futres y, en el contexto del discurso de Emilio, la denuncia de lo absurdo e insensato de tal disparate cuya trayectoria histórica justifica la carencia como un hecho positivo del que se benefician los individuos en función subalterna.

La precariedad de la existencia material de Emilio y Marta se hace más patente con la llegada de Miguel, quien vicariamente ostenta el poder del dueño del “sitio baldío” que ellos ocupan. Miguel viene a expulsar del lugar a Marta y Emilio, puesto que estos han invadido la propiedad de su patrón, y están usurpando de un espacio que, a pesar de que es un lugar abandonado sin ninguna funcionalidad aparente, no les pertenece y, por lo tanto, no pueden habilitar. El poder aquí deviene de la posesión de un espacio físico limitado al acceso público. La posesión implica el dominio y jurisdicción sobre el espacio y sobre los sujetos que lo transgredan. Para imponer el orden y expulsar a los invasores, Miguel empuña un palo con el cual amenaza y finalmente mata a Emilio<sup>8</sup>. En el discurso del acotador se describe a Miguel como un sujeto en el cual “hay algo de oscuramente amenazante en su cordialidad; algo que no se debe solamente al hecho de que lleve un palo” (1076:77). La presencia de Miguel en la escena perturba la relación afectiva que Marta y Emilio han desarrollado como consecuencia de una suerte de solidaridad recíproca frente a la escasez material que ambos sufren. Ante su falsa cordialidad, Emilio comenta: “No me gusta la gente que anda armá, ni la gente que llega de lao: siempre paren violencia” (1071). Miguel viene a ejercer el poder de manera violenta; primero sus amenazas son veladas, se dibujan de manera solapada en sus chascarrillos

<sup>8</sup>Julia Kristeva sugiere que el sacrificio en el orden social puede ser visto como una contrapartida al momento tético que instituye lo simbólico. La violencia del sacrificio *puts an end to previous (semiotic presymbolic) violence, and by focusing violence on a victim, displaces it onto the symbolic order at the very moment that order is being founded. Sacrifice sets up the symbol and the symbolic order at the same time, and this “firs” symbol, the victim of a murder, merely represents the estructural violence of language’s irruption as the murder of the soma, the transformation of the body, the captation of drives.* El sacrificio es al mismo tiempo violento y regulatorio, puesto que confina la violencia a un solo cuerpo y lo traduce en una representación. Representar la violencia del sacrificio es suficiente para detenerla, aunque cuando *it indicates date all order is based on representation: what is violent is the irruption of the symbol, killing substance to make it signifyfic.* (75)

inequívocamente provocativos. Cuando Marta, por ejemplo, asegura figurativamente que a Emilio no le gusta hablar pero cuando lo hace “después hay que hacerlo callar a palos”, Miguel sarcásticamente replica diciendo: “entonces yo‘stoy flor para hacerlo callar” (1076). Frente a la resistencia de Emilio, quien decide no moverse del lugar que ocupa, Miguel responderá ejerciendo el poder por medio de la fuerza.

Este modo de subyugación de la voluntad o del cuerpo del otro por medio de la coerción, la amenaza o la violencia, encuentra su correspondiente resistencia en el discurso de Emilio, quien, frente al intento de Miguel por imponer su voluntad, reaccionará haciendo explícita, su particular manera de concebir el problema. Su resistencia no radica en la imposición de un paradigma que se asienta en la negación, sino más bien en una concepción del poder como una fuerza productiva que emerge como una respuesta crítica a lo que Foucault define como “the repeated elision made between power and repression”. (1980: 119): El siguiente segmento del diálogo evidencia la dinámica argumentativa entre los dos polos presentes en conflicto. Por un lado está la necesidad física de ocupar un espacio y la libertad de elegir dónde; por otra parte, la obligación de detentar e imponer el poder como un absoluto que se justifica en y por sí mismo y que niega, prohíbe, suprime las garantías básicas del grupo social excluido:

Marta- (Pesa la situación.) Nosotros no tenemos pa donde ir (Comienza a hurgar en el saco).

Miguel- (Amenazante.)¿Así que se van a botar a Choros?

Marta- No tenemos pa donde ir.

Miguel- Esa es cosa de ustedes, yo no tengo na que ver con eso. (Blande el palo.) ¡Ya se corrieron de aquí!

Marta- (Asustada)¡No qué v‘hacer!

Miguel- Pero si no quieren entender por las güenas po. ¡Y yo tengo que cuidar mi pega!

Marta- ¡Mira pos, Emilio!

Emilio- El que tiene que mirar lo que va‘hacer es él. (A Miguel) Matar a una persona no cuesta na, amigo, es un minuto o dos. ¿Pero, y después? ¿Tiene casa? ¿Tiene familia? Saque la cuenta primero.

Miguel- Ustedes tan en propiedá ajena, no me sale ni por curao.

Emilio- No sea tonto, ñor, si los mata lo van a crucificar, ¿no ve que no pasa na entre los pobres la ley se muere dí‘hambre? La ley es un animal muy raro, amigo, no come carne fina, le gusta la carne flaca y transpira, como la suya y la mía.

Miguel- No me venga na con cuestiones raras, ya lo caché que es bueno pal chamullo; pero a mi no me va a embolinar la perdiz. El patrón siempre me ha mandado a decir que no le aguante leseras a nadie, porque yo‘stoy en mi puesto. (1078-79)

Emilio desafía el poder fundado en la simple represión, proponiendo un argumento que invita al diálogo al mismo tiempo que evidencia la fragilidad de aquella otra visión antagónica del poder. El poder, de acuerdo a Foucault, es más efectivo cuando dice “sí” que cuando dice “no”, es decir, *When it creates particular needs, pleasures and discourses rather than generating their prohibition or suppression.* (1980:119). Para foucault, el poder es una facultad frágil si sólo reprime, pues el poder no sólo

se origina en el tope de la jerarquías social y desde allí hacia abajo. Foucault propone que el poder *originates in many places including micro-interaction and relations*. (1980: 60). Desde este punto de vista, Emilio actúa y asume una posición frente al otro en la cual sus creencias, deseos y acciones son generados a partir de una reacción frente al mundo que lo acosa, al mismo tiempo que, como consecuencia de la reacción, construye una ideología que, de acuerdo a Foucault, circula *through a range of terrains and social relationships producing effects on the bodies, desires and knowledge of social subjects*. (1980: 60). Emilio reconviene y pone en tela de juicio la autoridad de Miguel proponiendo una conducta de poder productiva que emplaza y neutraliza el poder represivo. El poder de Emilio no implica dominación o control, es una suerte de fuerza colectiva constantemente abierta a fundar una respuesta frente a las arbitrariedades autocráticas de un grupo social, cuyo objetivo fundamental es asegurarse una posición privilegiada a expensas de otro.

De acuerdo con Foucault, el individuo no es un cuerpo dócil expuesto al aparentemente inevitable poder disciplinario. El sujeto es capaz de resistir y cuestionar la estructura de dominación imperante con el objetivo de facilitar procesos, resultados y prácticas particulares. Desde este punto de vista, el poder es un recurso normativo o aclaratorio que subraya y articula un nuevo conjunto de relaciones sociales “descentrando”, denunciando el carácter arbitrario e improcedente del modelo político-económico oficial.

Para Emilio, Miguel carece de un nivel de conciencia suficiente que le permita observar su cobardía para confrontar su condición marginal. Cuando Emilio lo emplaza a reconocer sus deberes éste sólo se limita a responder diciendo: “No sé, yo no me meto en eso, lo único que sé es que si no trabajo no como”. (1085). Como respuesta a la afirmación de Miguel, Emilio articula un argumento que enjuicia el concepto de bondad divina oficial para ponerlo en una dimensión contestataria impregnada de un escepticismo de naturaleza nihilista:

Emilio –Es que tendría que meterse, pos, compadre; porque esta cuestión significa dos cosas: o los están gueviando en patota, o el enemigo que tenemos es Dios.

Marta –chis, no te pasis po.

Emilio –Pero claro po; si no hay nadie en la tierra qu'esté contra nosotros, tiene que ser Él nomás el que no lo deje estudiar, el que lo echa de las pegas, el que los saca a bofetá de las casas y el que los hace las mil y una.

Marta –No, yo no creo que los estan gueviando en patota; porque Él no: Dios es lo único que tenemos, es el único que los escucha.

Emilio –No, si pa escuchar es como navaja, pa contestar es lo que cuesta. (1085-86)

El escepticismo de Emilio no implica una depreciación de la vida, sino más bien una denuncia a la ficción que envuelve la idea en otro mundo, en una substancia suprasensible en todas sus formas: Dios, lo bueno, la verdad; en suma, la idea de un valor superior a la vida concreta. Estos preceptos son, para Emilio, elementos constitutivos de una “verdad-ficción” que autoriza el control y ejercicio del poder de un grupo social sobre otro. En este contexto, para Emilio, aquellos valores presumiblemente superiores a la vida son inseparables de su efecto, a saber, la negación de la justicia, la depreciación de la vida, la desvalorización de este mun-

do. Si estos valores son inseparables de sus efectos es porque sus principios básicos han sido puestos al servicio de la voluntad de negar, reducir y moldear la realidad de acuerdo a los intereses particulares del grupo dominante.

De acuerdo con la formación ontogénica de Emilio, si Dios no contesta a las súplicas de los desposeídos, o si “el enemigo es Dios” la bondad divina es sólo ficción y, por lo tanto, Dios no existe o, citando a Nietzsche, Dios ha muerto. La sentencia “Dios ha muerto” en la genealogía nietzschiana está fundada en una concepción histórica de Dios. Para Nietzsche el nihilismo es la consecuencia del hecho de que Dios y todas las verdades y convicciones eternas son dudables, pues los “altos valores” se han devaluado por sí mismos. Para Nietzsche Dios ha muerto porque el hombre se convirtió en un sujeto extremadamente débil para sostenerlo, frágil para crear y recrear el Dios o la verdad necesaria que sustente el orden prevalente de manera justa, razonable y efectiva. En este lenguaje metafórico, Dios muere porque no puede soportar y se compadece de la fragilidad del hombre. “Dos mil años”, dice Nietzsche, “y aún no hay un nuevo Dios” (1968: 183). Emilio expresa esta decepción frente al absurdo que implica la desvalorización de la existencia de manera amarga y sarcástica:

Emilio –¿Crestón el mundo, no? (Va hacia el fondo) ¿Cuándo comenzaría esto y por qué? Claro, porque al principio partimos iguales, o sea, que no había un bacán y un torreja: éramos iguales y partimos pa onde mismos.

Miguel –¿Pa ónde?

Emilio –No sé po. Somos hechos consumandos, no tuvimos arte ni parte en nosotros mismos; los hicieron y los dijeron: “Aquí están, vayan pá allá”, pero no los dijeron por qué los habían hecho ni a qué teníamos que ir a ese lao que no conocíamos... A ese lao que lo único seguro que había, era que teníamos que morir... (1091)

Una manera de medir la decadencia de una cultura sería haciendo un diagnóstico comparativo entre el grado de propensión hacia el nihilismo y el nivel de arbitrariedad o violencia articulativa que organiza o funda su estructura. El espacio social en que el que se enclava la existencia de los personajes está marcado por la decadencia de un sistema de valores que sustente un modo de vida, una cultura capaz de resolver problemas de subsistencia del conjunto humano que alberga. Como John Foster señala:

A culture is decadent so long as it offers a system o values that can shape experience to some extent, event though its capacity to affirm life fully and directly has slipped to a marked degree or never existed. Of course Nietzsche sees all cultures as victories over chaos and hence has arbitrary. But a decadent culture represents a new level of the arbitrary, since its form giving impulse is capable of mastering only a part of the reality presented for assimilation; its operates only by virtue of a radical exclusion, and this exclusion is the measure of its decadence. The situation of nihilism arises when the shaping principle breaks down still further, to the point where no cultural form at all is produced. In that case, people confront the essential chaos of the universe from which all meaning has disappeared, and they experience a total loss of coherence. (86)

Las culturas decadentes gradualmente pierden su habilidad de establecer su sistema de valores, manipulando sólo parte de la realidad a través del uso de sus articulaciones exclusionarias. En *Hechos consumados*, los personajes, además de ser víctimas de la miseria material, experimentan un desamparo existencial que los impulsa responder desde una cosmovisión de la vida fundada en el desengaño, las frustraciones y falta de sentido de la existencia:

Emilio –Perseguíos sin enemigos, locos, maríos, conformándose con la muerte de la esposa, gente (Señala) perdía entre el cielo y la tierra, hambre, soledad, mío... ¿Sabe le que diría a Dios si lo encontrara por ahí? Le diría esta pura cuestioncita: “Eh, compadre; no le haga a otro lo que no le gustaría que le hicieran a usted, po”. Eso le diría.

Miguel –Es que usted es un resentío, po, usted no cree en ná.

Emilio –Ta equivoco: creo que hay que creer en algo, si la mala cueva es que no hay na en qué.

Los sujetos en una cultura nihilista, de acuerdo a John Foster, pierden la capacidad de *affirm life fully and completely*. Esta pulsión de muerte (*revenge against life*) es, según Nietzsche, una respuesta natural al desconcierto y caos del nihilismo (1969: 554-55). Desde esta persepctiva los personajes en *Hechos consumados* son al mismo tiempo el producto y la respuesta a una cultura, un documento del espacio social, político e ideológico propio de la crisis moderna, cuya aproximación a la vida está marcada por una suerte de desgaste e identificación con lo fragmentario y deficiente<sup>9</sup>.

Aunque los personajes son el “producto” de una cultura nihilista, el nihilismo en los personajes es una reacción en contra de los valores de esa cultura. Es decir, se rechaza la existencia y validez de aquellos valores. Esto no es ya la devolución de la vida en nombre de los valores supremos, sino que más bien es la depreciación de los valores mismos. Cuando Emilio dice que “si encontrara a Dios le diría que no haga con otro lo que no quiere que hagan con Él”, está cuestionando toda conducta humana que justifica la injusticia dentro de los parámetros de una concepción cristiana de la vida y la esencia divina y altruista de Dios. En este contexto, la devaluación de los valores supremos de Dios, Emilio niega la existencia de dios y de todas

<sup>9</sup>Para nuestro trabajo, el interés en el pensamiento de Nietzsche se centra en el hecho de que este es el primer filósofo de la modernidad que explora las complejas interconexiones entre los sistemas culturales y los mecanismos del poder. Influenciados por su pensamiento, los filósofos de la postmodernidad (Foucault, Lyotard, Deleuze, Baudrillard) han denunciado las metáforas totalizadoras de nuestras formas tradicionales de fijar lo que es la verdad u objetividad, proponiendo en su lugar modos de interacción semiótica que se vuelven sobre sí mismos para autocuestionarse. En el caso de Deleuze, *findign, encoutering, stealing instead of regulating, recognizing and judging*. (8-9) Para Lyotard, la realidad *is not wath is “given” to this or that subject*, sino que en un estado de *differend*, que sólo puede ser negociado a través de testimonios parciales y apropiaciones cognitivas cuestionables (4-9: 1988). De acuerdo con Lyotard, el sistema dominante siempre se sustenta en *totalizing methaphors*, las cuales necesitan ser examinadas de manera crítica. Desde esta perspectiva, el modo de articulación que él propone es autocontradictorio, pues combina la tarea de desprenderse de los artificios de representación con el propósito de reinventar las reglas y categorías de razonamiento familiares. *To speak is to fight* afirma Lyotard, *in the sense of playing* en contra de las connotaciones o el lenguaje aceptado, pues todo acto de significación nos pone en dominio de *general agonistics*. (10: 1984)

las formas de lo suprasensible: nada es verdad, nada es bueno, Dios ha muerto. Cuando lo preceptualmente aceptado se revela como irreal, la vida como una experiencia particular se transforma en una fuerza reactiva. La vida es simultáneamente ficticia como un todo y reactiva en particular. De allí nace la fuerza de Emilio, su fuerza es distintivamente reactiva y se manifiesta en la forma en particular como reacciona frente a la arbitrariedad del poder: Cuando se le niega a ocupar un espacio físico que lo albergue dirá: "¿No cree que si uno nació tiene que estar en alguna parte?". (1090) Cuando se trata de aclarar el sentido de la existencia en un espacio social que niega la vida, Emilio afirmará lo siguiente:

Emilio -No, si cada vez me pego más la cachá... claro po; morir no cuesta na, tamos hecho pa eso, lo que cuesta es nacer; porque uno no nace cuando lo paren, nace cuando es capaz de vivir... El que quiere vivir tiene que romper un mundo... ¿De aónde saqué eso? ¿Aónde lo oí? Pucha qu's cierto... (Ensimismado) Con la Yola no pudimos romper el mundo... Uno no nace cuando lo paren, nace cuando es capaz de vivir...

Marta -¿Quién es la Yola?

Emilio -¿La Yola? No sé: no quiso nacer. (1092)

La visión trágica de la vida en Emilio la podemos verificar en el precepto sartreano de que el destino del hombre radica en él mismo. Para Sartre *First of all, man exists, turns up, appears on the scene, and only afterward defines himself... Thus there is no human nature, since there is no God to conceive. Not only is man what he conceives himself to be, but he is also only what he wills himself to be after this thrust toward existence* (18). Para Sartre la existencia humana está vinculada a algo que la trasciende, que la precede; este algo, en el *pathos* filosófico sartreano, es la nada. Su propósito es describir al hombre como una entidad que no tiene nada que lo soporte, por lo que el hombre sabe que debe vivir sin Dios y reconoce el terror y la desesperación de tal destino. Como dice Emilio, "el que quiere vivir tiene que romper un mundo... uno no nace cuando lo paren, nace cuando es capaz de vivir", cuando es capaz de reconocer, en términos nietzschianos, *the will to nothingness*, cuando para vivir es absolutamente necesario asumir una forma de poder que nace del acto mismo de negar o refutar el poder. De esta manera, las fuerzas reactivas detentan el poder de negar lo que las hizo triunfar.

Dios ha muerto, pero ¿de qué ha muerto? Él ha muerto de dolor, de compasión, dice Nietzsche, *His pity knew no shame: he crept into my dirtiest corner. This most curious, most over importunate, over-compassionate god had die. He always saw me: Y desiderere to take revenge on such a witness -or cease to live myself. The god who saw everything, even man: this god had to die! Man could not endure that such a witness should live*" (1961:278-79) ¿Qué entendemos por dolor o compasión? Para Emilio, es deseo de vivir, es amor a la vida, a la vida reactiva. Es el dolor que anuncia la victoria del pobre, del que sufre, del impotente, de aquel que no puede tolerar la vida cuando no es reactiva. Es el poder del que rechaza todo aquello que es activo en la vida, es el poder del desposeído. El hombre reactivo ha matado a dios porque ya no puede soportar el ser testigo, ha decidido ponerse en el lugar de Dios ("si encontrara a dios le diría que le haga a otro lo que no quiere que hagan con él," dice Emilio), ya no reconoce ningún valor superior a la vida, sólo se identifica con la vida reactiva, cuyos valores



emanan de su propia fuente. Heidegger, comentando a Nietzsche, afirma que *if God has disappeared from this authoritative position in the suprasensory world, then this authoritative place itself is still always preserved, even though as that which has become empty. The now empty authoritative realm of the suprasensory and the ideal world can still be adhered to. What is more, the empty place demands to be occupied a new and to have the god now vanished from it replaced by something else*. (69) Ésta es la razón por la cual Nietzsche piensa que el nihilismo entendido de esta manera no es un evento en la historia, sino que el motor de la historia del hombre universal.

En *Hechos consumados*, los personajes son agentes de una orden social y cultural en el que no encuentran las más mínimas condiciones para subsistir de manera digna; dada esta condición, la ansiedad y desesperación inevitablemente crece y los recursos internos para manejar la angustia y el dolor se debilitan. Cuando esta situación no tiene una salida pragmática inmediata, la evacuación del dolor se hace indispensable para la supervivencia emocional. Ahora, si podemos concebir tal esquizoide discontinuidad de la experiencia existe en relación dialéctica al pensamiento reflexivo, entonces emerge una nueva posibilidad de estructuración de la subjetividad. Tal reconstitución del sujeto es factible puesto que, como lo señala Cornelius Castoriadis, el ser humano es fundamentalmente *imagination (non-functional imagination) that it can posit as an "entity" something that is not so: its own process of thought. It is because its imagination is unbridled that it can reflect; otherwise, it would be limited to calculating, to "reasoning". Reflectiveness presupposes that it is possible for the imagination posit as existing that which is not, to see Y and X specifically, to see double, to see oneself double, to see oneself while oneself as other* (27). La inteligibilidad del espacio social y cultural que propone la obra de Radrigán sólo es posible cuando el texto cultural propuesto se constituye en objeto de su propia reflexión, sembrando el germen que hace posible la transmutación o transvaluación de los mecanismos o tecnologías del poder coercitivo<sup>10</sup>. Si la naturaleza reflexiva del hombre le permite procesar su propia experiencia con el objetivo de dibujar un mapa cognitivo que reimagina y reespacializa las relaciones entre el sujeto y el poder, una teoría política del poder puede jugar un rol crucial en el examen y desmitificación de las variadas formas de dominación existentes. Pero esta es sólo la primera etapa de un proyecto emancipatorio real, puesto que igualmente es indispensable la dedicación práctica de todo un colectivo humano para facilitar el proyecto histórico que requiere la revitalización de las más diversas aproximaciones a la realidad.

<sup>10</sup> Usamos la expresión "tecnología del poder" de acuerdo a la genealogía de Foucault quien propone que las condiciones de las ciencias humanas modernas debe ser entendidas en relación con la elaboración de un conjunto de técnicas y prácticas envueltas en la formación, disciplina y administración del poder sobre el individuo. (1980: 110)

Burt Foster Jr. John. Heirs Dionysus: *A Nietzschean Current in Literary Modernism*. Princeton University Press, 1981.

Castoriaris, Cornelius. *Philosophy, Politics, Autonomy: Essays in Political Philosophy*. New York: Oxford University Press, 1992

Deleuze, Gilles and Claire Parnet. *Dialogues*. Trans. Hugh Tomlinson and Barbara Habberjam. New York: Columbia University Press. 1987.

Foucault, M. *The History of sexuality*. London: Pinguin. 1981.

Foucault, M. *Power Knowledge*. New York: Pantheon. 1980.

Heidegger Martin. "The word of Nietzsche: God is dead", en *The question concerning technology and other essays*. Trans. W. Lovitt. New York: Harper and Row, 1977.

Hurtado, María de la Luz. "Los niveles de marginalidad en Radrigán". *Teatro de Juan Radrigán*. Ed. María de la Luz Hurtado, Juan Andrés Piña y Hernán Vidal. Minneapolis: CENECA, University of Minnesota, 1984. 5-37.

Hutcheon, Linda. "Colonialism and post colonial contition". *PMLA*. 110:1 (Jan. 1995)

Kristeva, Julia. *Revolution in Poetic and Language*. Trans. Margaret Waller. New York: Columbia University Press, 1984.

Liotard, Jean François. *The Differend: Phrases in Dispute*. Trans. George Van Den Abbee. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1988.

Liotard, Jean François. *The Posmodern Condition: a Report on Knowledge*. Trans. Geoff Bennigton and Brian Massumi. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1984

Nietzsche, Friedrich. *Thus Spoke Zarathustra*. Trans. R. J. Hollingdale. New York: Penguins Books, 1961.

Nietzsche, F. *The Antichrist*. Trans. R.J. Hollingdale. Penguin, 1968.

Nietzsche, F. *The Twilight of the idols*, in *The Portable Nietzsche*. Selected and tras. W Kaufmann. New York: Viking Press, 1969.

Said, Edward. "Opponents, audiences, constituencies and community". En *The Anti-Aesthetic: Essays on Post Modern Culture*. Ed. Hal Foster. Seattle: Bay Press, 1989. 135-59.

Sartre, Jean Paul. *Existentialism and Humanism*. Trans. Philip Mairet. London: Methuen & Co., Ltd., 1948.

Spivak, Gayatri-Chakravorty. *In Other World: Essays in Culture Politics*. New York: Routledge, 1987.

Vidal, Hernán. "Juan Radrigán: Los límites de la imaginación dialógica". *Teatro de Juan Radrigán*. Ed. María de la Luz Hurtado, Juan Andrés Piña y Hernán Vidal. Minneapolis: CENCA, University of Minnesota, 1984. 39-61.

CARLOS SEPÚLVEDA LEYTON:  
NUEVA FORMA DE NOVELAR

*Jaime Valdivieso B.*

Siendo estudiante en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, me sorprendí, más de alguna vez, mientras preparaba un examen sobre *El Quijote*, interrogándome con cierta estupefacción por las razones últimas del atractivo de este libro, su inagotable vigencia. Desde aquella vez, fui sometiendo las obras más famosas a la misma pregunta. Y en cada caso, luego de pasar por esta mi horca caudina privada, desemboco en una conclusión similar: en todas ellas, más que su maestría artesanal o estética, descubro un atributo inalienable e intransferible: su grandeza de espíritu, el que se manifiesta incluso en los momentos de odio o de crueldad.

Años después, sorprendí una idea semejante en el poeta Max Jakob y, como era de esperar, me apropié rápidamente de ella. Dice aproximadamente: "Para ser un gran poeta, es necesario primero ser un 'gran hombre', luego 'hombre poeta', de lo contrario se es un pequeño pájaro mucho más ridículo que un cerdo".

En el caso de Sepúlveda Leyton, y ahora a los cien años de su nacimiento, las anteriores consideraciones adquieren especial actualidad y significado, ya que en su obra descubrí, precisamente, más allá de cualquier valoración artística, la densidad y universalidad de los grandes escritores.

En esa época yo vivía la alucinación de las técnicas vanguardistas de la narrativa, y mi interés por su obra que se había iniciado fundamentalmente por el uso que hacía de nuevos recursos novelísticos, terminó ganándome también por sus ricos valores humanos y espirituales, por su profundo conocimiento del pueblo visto con la inocencia y transparencia de ese niño, Juan de Dios, donde todo lo odioso e injusto de la vida quedaba de inmediato trasmutado en un realismo desprejuiciado y piadoso.

Nacido en 1895 en un suburbio de Santiago, el barrio de San Miguel, pasó su niñez y adolescencia conviviendo con la más variada gama de personajes populares; más tarde, fue estudiante en la Escuela Normal de Profesores en un período de enseñanza deshumanizada e implacable; luego luchador y dirigente gremial perseguido, exonerado de sus cargos y encarcelado. Como se ve más de agraz que de almíbar.

En 1934 aparece su primera novela *Hijuna* cuando ya había cumplido una rica trayectoria de experiencias sociales y humanas: "Material humano tengo: ilusiones, exoneraciones, miseria, prisiones, todo lo que se ve y se siente y, además, seis hijos, ¿qué más para una novela?", decía sin amargura en carta al poeta Préndez Saldías. Es decir, como pocos fue primero un hombre cabal, luego un "hombre escritor".

Adversidades que a otros habrían vuelto apesadumbrados y escépticos a él, por el contrario, hicieron más tolerante surgiendo de cada golpe con una sonrisa sabia y comprensiva. Sin ser católico fue amigo de curas y obispos; genuino representante del pueblo y decidido espíritu revolucionario, mantenía relaciones cordiales con burgueses de ideas conservadoras.

Desgraciadamente hoy día, luego de más de sesenta años de la aparición de su primera novela, muy pocos son los que han oído hablar de él. Y esto es grave si se considera que Sepúlveda Leyton es uno de los precursores en nuestra literatura en el manejo de las técnicas que modificaron el *status* novelístico tradicional: uso de símbolos, ruptura del tiempo cronológico, corriente del pensamiento, manejo simultáneo de varios planos narrativos, acción interior, *collages* con noticias y anuncios de los diarios, todo mucho antes de haberse traducido las obras europeas y norteamericanas de mayor influencia.

Con *Hijuna* comienza su gran ciclo biográfico a través de cuatro novelas que termina con su obra póstuma, *Una hora*. En ella describe su vida de niño huérfano en el conocido barrio de San Miguel en Santiago, durante la primera década del siglo. La novela revela algunas características que se irán acentuando y perfeccionando en las siguientes: humorismo, preocupación social, crítica a los valores establecidos y un agudo conocimiento del espíritu nacional, lo que suele llamarse "el alma de un pueblo".

Esta línea de humor y espíritu popular que inicia *Hijuna* se continúa en la obra de González Vera, de Manuel Rojas y Fernando Alegría. Se comprueba así, una vez más, cierta corriente de desarrollo y de perfeccionamiento en la novelística de Latinoamérica. Tal como existe una de la selva que inicia el regionalismo en Gallegos y Eustasio Rivera, la cual culmina en las obras de Carpentier, José María Arguedas y Guimaraes Rosas, también ocurre lo mismo con la novela proletaria.

Sin embargo, ya *Hijuna* dentro de una estructura narrativa aparentemente tradicional, descubre recursos desconocidos de entonces: uso sistemático de ritmos, símbolos, planos paralelos sin intervención del narrador influidos por el cine, nuevas posibilidades en el uso del paréntesis y empleo del *collage* a la manera de John Dos Passos en la trilogía *U.S.A.*

En 1935, aparece su segunda novela con un título simbólico *La fábrica*. Continuación de la primera, recogía otra etapa de su vida: la que corresponde a sus años como estudiante en la Escuela Normal de Profesores, de donde salían, como de una fábrica, maestros autómatas, hechos en serie.

La obra consta de 16 capítulos, divididos en la siguiente forma: los doce primeros describen las 24 horas iniciales, desde el momento en que llega al internado; el capítulo siguiente hace referencias al penúltimo día de clases y narra, por medio de reiterados *flash backs*, los momentos más significativos de los cinco años de estudios. Los tres restantes, cuentan los últimos acontecimientos (el almuerzo con los discursos de despedida), y algunas horas de aventuras del protagonista Juan de Dios en bares de la Estación Central, luego de dejar para siempre la escuela. Estas páginas pueden considerarse todavía como de la mejor ficción latinoamericana.

Unos párrafos del primer capítulo nos mostrarán la actualidad y modernidad de su visión del mundo:

"Como viniendo de muy lejos se extiende poco a poco un estremecimiento suave. El piso entablado parece encogerse, levemente rumoroso. El estremecimiento del piso se va acercando cautamente, como si un enorme oso felpudo de esos que se ven en las estampas nevadas avanzara agazapado.

En la penumbra alucinante de la puerta que se esfuma, en el extremo del largo salón, brillan rutilantes los cristales redondos en lo alto de un brochazo de sombras, y los cristales dividen en dos una cabezota esférica, y todo eso se asemeja a la inusitada aparición de un buzo. Emerge, poco a poco, desde el seno de las aguas sombrías, y, a la suave luz del gas, la pretensión del buzo —en maravillosa prestidigitación— se transforma en un anciano majestuoso”.

El sentido visual, cinematográfico de este trozo; la morosidad narrativa, la audacia de las figuras literarias: animismo, sinédoques, símiles; la repetición de vocablos, el lenguaje en su capacidad expresiva y poética, lo hacen sin duda un precursor de la actual narrativa, especialmente en lo que se refiere a la capacidad simbólica del lenguaje y la manera de estructurar la narración. Humberto Díaz Casanueva, con quien me encontré en la calle en los días en que escribía mi tesis sobre Sepúlveda Leyton, iba aún más lejos: la sentía emparentada con los novelistas franceses de la *nouvelle vague*, la nueva ola, Michell Butor, Allan Robe Grillet, Nathalie Sarraute, Marguerite Duras. Díaz Casanueva, junto con Gerardo Seguel y César Godoy Urrutia fueron igualmente profesores primarios y luchadores gremiales, compañeros de Sepúlveda Leyton.

Con respecto a la primera novela acentúa en ésta su espíritu crítico, su humor que se vuelve alegoría y caricatura. Se adentra en la conciencia del personaje empleando intuitivamente la *corriente del pensamiento*, y, sobre todo, abre las puertas, hasta allí completamente cerradas, a la experimentación y a una nueva visión del hombre y la realidad, rompiendo de esta manera con el realismo tradicional de toda la novelística latinoamericana en esos días.

Es pues, esta novela y no *Hijo de ladrón*, quince años después, la que rompe el estatus vigente en la narrativa.

La última novela editada, *Camarada*, aparece en 1938.

La obra prosigue el ciclo de recuerdos y experiencias personales iniciado con *Hijuna*, en ella el mismo personaje, Juan de Dios, es ya un profesor en un liceo de Quillota que actúa en las luchas y convenciones del magisterio. Tal como Eugenio González en la novela *Más afuera* y Diego Muñoz en la *Avalancha*, describe el período de las represiones en tiempos de Ibáñez y la segunda administración de Alessandri. Pero en *Camarada*, la política es sólo el trasfondo en que se despliegan situaciones y personajes que valen independientemente como ficción. La novela trasciende lo histórico inmediato y revela en las situaciones humanas símbolos universales: descubre los hilos que mueven el mundo absurdo de la burocracia, de los valores tradicionales y de los emblemas vacíos.

Constituía esta obra un nuevo experimento de lenguaje, sintaxis, planos narrativos.

Dos años antes, en septiembre del 1936, había aparecido en el diario *Ilustrado* un cuento titulado “Una carta”, el único que parece publicó en su vida, que por sus situaciones, por el espíritu del personaje, recuerda directamente a Kafka, y a Herman Melville en su cuento “Bartleby”.

Antes de morir en Linares el año 1941, escribía una novela que dejó inconclusa con el título de *Una hora* que gracias a su hijo tuvimos la oportunidad de leer. En

ella describe el conflicto de un hombre enamorado de una mujer que ha puesto el intelecto sobre la emoción. Todo pretende ocurrir en una hora, mientras el protagonista (Juan de Dios, otra vez) espera a esa mujer. Durante este lapso se van sucediendo los recuerdos de su vida. Aparecen personajes desconcertantes empujados por misteriosos designios, trozos de un lirismo impulsivo y conmovedor, escenas de la vida nacional en un café de la época, el *Iris*, inmersos en la historia de los años del Frente Popular.

Esta obra, como muchos compatriotas detenidos desaparecidos, sufrió la pena de la prestidigitación siniestra de las fuerzas de la anticultura: desapareció con innumerables otros libros de los anaqueles del Instituto de Literatura Chilena, donde para mayor seguridad lo entregué en esos años en que no había fotocopiadora. Esperamos que alguien un día dé noticias de su paradero.

En ella, nuevamente ensayaba otros procedimientos, otros lenguajes, otras situaciones.

Sólo por una capacidad intuitiva agudísima, se logra entender el hecho de que en un medio como el suyo, en el ambiente intelectual de su época, sin mayores lecturas extranjeras, sin haber salido nunca del país, hubiera empleado alguna de las formas más avanzadas de la literatura de vanguardia, y que toda su obra pareciera, tanto por su lenguaje, enfoque de la realidad, concepción tiempo-espacial, poder imaginativo, por su humor caricaturesco y sentido de lo absurdo, como algo enteramente nuevo en las letras hispanoamericanas.

Como pocos creadores, Sepúlveda Leyton muestra, en su conjunto, una obra más cerrada y orgánica, tanto en su desarrollo novelístico como en las ideas que configuran toda una cosmovisión crítica y personalísima de nuestra sociedad, de nuestra historia, de nuestras instituciones políticas y gremiales.

## LA PIEZA POÉTICA DE ÓSCAR HAHN: ¿PRÁCTICA DE UNA ESTÉTICA (POST)MODERNA?

*Malva Marina Vásquez*

La obra del poeta chileno Óscar Hahn<sup>1</sup> opera un continuo juego de desplazamientos en relación a su posible filiación a una estética moderna o posmoderna. Este rasgo se evidencia en la multifacética y copiosa crítica de que ha sido objeto su poesía. El rastreo tanto del imaginario poético del autor como de los procesos de textualización que inciden en este fenómeno estético es el pretexto de nuestra actual reflexión.

En una lectura panorámica de la producción hahniana el rasgo posmoderno más acusado es el desplazamiento de la figura del autor hacia su borrado o autotachadura. En su poesía la figura del "autor" se desdibuja ya que el trazado escritural recrea los grandes imaginarios epocales como productos ya cristalizados de la producción simbólica. De este modo, la marca registrada de los derechos de autor (individual o grupal) con respecto a la propiedad intelectual que encarnan en la figura máxima del manifiesto vanguardista se socavan mediante la autotachadura del carácter aurático del rol del poeta.

Las confesiones públicas hahnianas desacralizan "el mito de la originalidad"<sup>2</sup> creativa que respalda el pretendido carácter fundacional de las vanguardias. Así, frente a la "ideología del cambio" como movimiento progresista y rupturista de paradigmas y convenciones artísticas precedentes, su autoposicionamiento escritural está animado por la voluntad de inscribirse en una línea de continuidad con la tradición literaria.

### GENEALOGÍA ESCRITURAL

Pero esta búsqueda poética no se asume en la investidura de un cosmopolitismo escritural, sino a través de un diálogo con los orígenes, situándose el escritor como deudor de la gran tradición hispánica; la del Siglo de Oro y la del barroco español. Parte así, reconociendo el hecho de que como latinoamericanos nuestro derecho a cobrar conciencia de nuestra identidad se ejerce a través de hablar una lengua prestada, la de la Madre Patria. Y apropiarse de una lengua lleva aparejado el hacerse cargo de un imaginario, lo que en su poemario *Arte de morir* (1977) conlleva la asunción de la visión esperpéntica de la muerte del medioevo español barroco, reelaborada desde la mirada panóptica del desgarrado moderno existencialista. Considé-

<sup>1</sup> Obras del autor: *Arte de morir*, Ed. Nascimento, Santiago de Chile, 1979; *Mal de amor*, Ed. Ganymedes, 1981; *Flor de enamorados*, Francisco Zegers Editor, 1987, *Estrellas fijas en un cielo alto*, Ed. Universitaria, 1988 y *Versos robados*, Colección Visor de Poesía, Madrid, 1996.

<sup>2</sup> Pedro Lastra en "Notas sobre la poesía hispanoamericana actual", *Review*, 33 (Sept-Dic., 1984).



rese su posterior inspiración en los motivos del idealismo romántico de la literatura fantástica en su poemario *Mal de amor* (1981), y en algunos de sus sonetos de *Estrellas fijas en un cielo blanco* (1988).

Hahn realiza así, un viaje de ida y vuelta por el espejo que nos devuelve la imagen de esta identidad desplazada, dependiente que como alma en pena está condenada a desdoblarse, a verse reflejada; ya mediante la práctica fetichista de recreación de los grandes modelos clásicos; ya desde la rebelión al operar en ellos la "transvaluación verbal"<sup>3</sup> que resulta del diferente entramado con que se reactivan estos "modelos para armar".

#### EL POETA COMO BRICOLEUR

El vanguardismo se caracteriza por su carácter fundacional como comportamiento cultural que intenta operar un: "corte amnésico basado en la supresión de la historia". Por el contrario, "el postmodernismo exagera la recuperación del pasado y el juego -citacional y parodiante- de las rememoraciones críticas y de la mezcla de tradiciones"<sup>4</sup>. Esta recuperación de las tradiciones se lleva a efecto en la poesía de Hahn haciendo ostentación del gesto de apropiación y reelaboración de materiales textuales de las más diversas procedencias, entendiéndose al texto literario como zona de encuentro de todos los otros textos de la cultura. El lenguaje, este "hijo de la grandísima" (Invocación al lenguaje) impone su yugo al hablante, territorializando su conciencia, pues su devenir se realiza en el espacio cultural en el cual el hombre como creador se asemeja a un *bricoleur*, en tanto manipulador de los textos culturales que lo constituyen.

Hahn desprovisto de la mala conciencia que obsesiona al creador de estas latitudes a la hora de señalar los préstamos foráneos que acrecen la deuda externa nacional se asume como el agradecido acreedor de las técnicas *ad usum* de los grandes modelos hispánicos. Cabría preguntarse ¿dónde radica la postura crítica de su práctica estética o nos encontramos ante el gesto ya automatizado en la reproducción ciega de lo ya adquirido como patrimonio cultural literario?

Daremos un rodeo a esta cuestión mediante la demarcación del territorio por el cual Hahn transita. Su sistema de preferencias como sensibilidad "ageneracional", se delata a primera vista como anacrónica, si se la mira desde la inmediata contingencia política que aún hasta hoy nos arrasa. Rasgo que la diferencia de la de otros poetas de su generación, la llamada "promoción emergente" de los 60 -formada por Omar Lara, Floridor Pérez, Gonzalo Millán, Manuel Silva Acevedo, Jaime Quezada y Federico Shopft-, llamada también generación de la "diáspora"<sup>5</sup>. Si bien

<sup>3</sup> Entrevista realizada por Cecilia Valdés, en *El Mercurio*, Domingo 23 de Agosto de 1987, E pág. 8.

<sup>4</sup> Nelly Richard, "Modernidad / Postmodernismo: Un debate en curso", Revista *Estudios Públicos* (Cep), N. 27, Invierno 1987, Stgo., Chile, pág. 307.

<sup>5</sup> Acerca de la "promoción emergente" de los 60, ver: Waldo Rojas, "Los poetas del Sesenta: declaraciones en torno a una leyenda en vías de aparición", en Rev. de Literatura *LAR*, abril 1983, N° 2 y 3, págs. 46-54. Ver también: Miguel Vicuña Navarro, "Poesía Chilena 1982, una muestra", en Revista *Trilce*, N° 17, 1982, págs. 30-31.

ninguno de ellos se arroga la pretensión de constituirse en la imagen prototípica del poeta, leáse como vate o signado por su condición de marginalidad social, si hay sesgos de militancia partidista como huellas de inscripción en una u otra de las tradiciones de la poesía chilena. Así, tenemos el Lara "lárico", el Quezada "antipoeta-profeta", el Pérez "poeta testimonial", etcétera.

La disidencia hahniana actúa promoviendo una ruptura con los cultos atávicos profesados a los poetas que se mantienen en una de las líneas de combate o resistencia, demarcando zonas, y por lo mismo, fronteras culturales dentro del mosaico cultural nacional. Su renuencia a afiliarse a una de ellas le permite transitar por distintas vías practicando lo que él ha llamado una "estética pluralista", en la cual la amplitud de registros culturales van desde la recreación de la oralidad popular ya elaborada en las canciones del folclor popular chileno ("Correvidille del lustrabotas", "Velorio del Angelito"), pasando por poemas de corte onírico-surrealista, ("Tractatus de Sortilegio"), y por el remedo manierista de los tópicos de la literatura fantástica.

#### POSMODERNISMO LATINOAMERICANO

La comentada filiación literaria de esta poesía con el tronco hispánico se lleva a cabo mediante la apropiación de los lugares comunes poéticos como inserción en un espacio compartido, literariamente socializado. En "Misterio Gozoso" (*Mal de amor*), es el código de la modernidad el que es exhibido realizando el poema el gesto desacralizador del texto bíblico:

*Pongo la punta de mi lengua  
en el misterio gozoso que ocultas entre tus piernas  
tostadas por un sol calientísimo el muy cabrón ayúdame  
a ser mejor amor mío limpia mis lacras libérame  
de todas mis culpas  
arrásame de nuevo con puros pecados originales, ya?.*

Este poema promueve una inversión de valores simbólicos, al atraer a la relación erótico-comunicativa de los amantes, intertextos que consisten en códigos convencionales del ámbito religioso. El "Misterio Gozoso" como metáfora del sexo de la amada, se ve reforzado a partir del tercer verso por la realización del ruego amoroso a través de la fórmula convencional de la plegaria. La apelación a la amada como al cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, recibe una vuelta de tuerca con la petición del verso final. Así, frente al amor místico, al ascetismo exacerbado en que el entusiasmo del Eros divino llega al amor del amor, a un deseo vacío de objeto, hay en estos poemas una concepción del amor que exalta el contacto carnal.

Es a través de la instauración de este lugar de zona franca donde se convoca a desplazar las jerarquías o dicotomías del *sensus communis*, en relación a la topología de los códigos, donde nos hace sus señas esa diferencia que se puede pretender como latinoamericana. La integración de expresiones del lenguaje coloquial en

"Misterio Gozoso"; "el muy cabrón", y la muletilla "¿ya?", confirman las palabras de Enrique Lihn a propósito de *Arte de morir*, y que pueden aplicarse también a *Mal de amor*: "Lo notable es la integración a la vez que el choque de los distintos actos de lenguaje, una convivencia democrática de lo culto, lo popular, lo banal, lo religioso"<sup>6</sup>. Rasgo que apunta a eliminar la distancia que separa la cultura ilustrada de la popular, y que muestra la heterogeneidad cultural de nuestras sociedades mestizas.

Este entrecruce de códigos -*bricolage*- en base a préstamos de las más diversas índoles en el espacio de un sólo poema, lleva a efecto a nivel textual, lo que Jaime Giordano llama "la desenmarcación del discurso lírico", rasgo que caracteriza a gran parte de la poesía contemporánea, en la cual "el régimen del valor se ha desplazado desde el hablante lírico hasta la palabra lírica, desde la historia del que conversa, hasta la pura historia de la conversación"<sup>7</sup>.

### EROS/TÁNATOS

La poesía de Oscar Hahn escenifica la tensión irresuelta entre Eros y Tánatos, ya como destino natural o histórico-cultural. En el prefacio a *Arte de morir*, se invita al lector a asistir a este espectáculo de escandalosa promiscuidad, de contaminación mutua en que conviven la vida y la muerte: "Venir a la fiesta mortal los nacidos". Se recrean diversas actitudes en el trato con la muerte; una visión profética y apocalíptica ("Reencarnación de los carniceros", "Visión de Hiroshima", "Gladiolos junto al mar"); visión esperpéntica medieval con elementos de humor negro y popular: "La muerte está sentada a los pies de mi cama", personificándose a la muerte como a una mujer que "se calentó conmigo, y quiere dejarme más chupado que higo". En otros poemas es la conciencia existencialista en su devenir autorreflexivo mismo, el tema recurrente ("La caída", "Movimiento perpetuo", etcétera). A nivel discursivo este rasgo se acentúa mediante el uso recurrente de las formas "ser" y "estar"; marca idiomática que nos identifica como hispano-hablantes.

Para situarnos en la perspectiva adecuada diremos que estamos ante un "Arte de Morir", y no ante un *Diario de muerte*, (Lihn, 1986) puesto que en él no se recrea una experiencia individual autorreflexiva frente a la muerte, sino que se hallan los ecos de las visiones que de ella heredamos de la tradición de la poesía del Siglo de Oro y barroca españolas. El morir visto así, como un *ars* poética, imita esas obsesivas imágenes que conforman el imaginario del hombre del medioevo.

### POÉTICA DE LO FANTÁSTICO: FRAGMENTOS DE UN DISCURSO AMOROSO

*Mal de amor*, segundo poemario de Hahn, genera un espacio intertextual como lugar de reflexión sobre el quehacer literario, siendo la poética de lo fantástico la que

<sup>6</sup> Prólogo al Arte del "Arte de Morir", en Revista *Texto Crítico*, 4 (1976), págs. 47-53.

<sup>7</sup> Véase: "Integración de las formas escriturales", Jaime Giordano, en Revista *El Espíritu del Valle*, N° 1, Diciembre de 1985. 2

le permite establecer el estrecho lazo que anuda el impulso erótico y el proyecto utópico.

Es a la travesía crítica de la conciencia moderna que asistimos aquí como al tránsito desde la zona de arraigo de un imaginario compartido que se mantiene vivo mediante la recreación de los grandes modelos del proyecto utópico-literario, hacia la mutación postmodernista que a la vez que instalar al hablante en el espacio del exilio, del desarraigo, suspende la ya tensionada relación entre las cosas del mundo y la conciencia. “Aerolito”, poema inaugural de *Mal de amor*, nos sitúa en lo onírico; metamorfosis del mundo producida por los efectos del amor:

*La velocidad del amor rompe la barrera de lo real  
y el mundo estalla en astillas de sueño  
sin la menor consideración para los despiertos.*

Nutre al poema una concepción romántica del sueño, entendido como *ars* poética, en la cual coexisten como producción simbólica del imaginario tanto lo fantástico, lo alegórico, lo metafórico, lo paródico, etcétera. A este espacio de apertura – espacio del arte– puede aplicársele la misma definición que Hahn da de lo fantástico: “Se caracteriza no sólo por la presencia de lo inverosímil, sino por la yuxtaposición y contradicción de diversos verosímiles”<sup>8</sup>. La puesta en cuestionamiento del límite entre lo real y lo irreal, propio de toda literatura se reduplica como efecto estético en el género fantástico. Así, al decir el poema que “el mundo estalla en astillas de sueño”, estas astillas “suprareales”, resultado de la colisión cósmica, son los poemas diseminados a lo largo del texto, y en los cuales se da este juego de verosímiles que permiten la actualización de diversas lecturas interpretativas, lecturas que intentan armar un rompecabezas con estos fragmentos de un discurso amoroso.

Rememorando los juegos literarios, recordamos que las “reglas de juego” del género fantástico dicen relación con el uso que el lector debe hacer del lenguaje, (el significado es el uso, nos dice Wittgenstein). Dado que las “reglas de juego” del género fantástico nos obligan a tomar el discurso figurado en su sentido literal, se contraponen así, a la convención que cualifica al género poético como lenguaje figurado, potenciando el texto al menos dos lecturas posibles.

Desplazándonos desde los acontecimientos del mundo a la sede de la conciencia creativa misma, el poema “Ningún lugar esta aquí o está ahí”, también echa por tierra la consabida antinomia realidad-ficción que en líneas generales nos dice que el mundo real es el marco de los orbes ficticios y autónomos:

*Ningún lugar está aquí o está ahí  
Todo lugar es proyectado desde dentro  
Todo lugar es superpuesto en el espacio.*

La nota dominante de reflexividad se pone en marcha al referirse el hablante a una realidad que él mismo hace devenir a través del acto de escribir: “Ahora estoy

<sup>8</sup> Oscar Hahn, en *La literatura fantástica en el cuento hispanoamericano*, pág. 61. El autor ha dictado por muchos años tal cátedra en la Universidad de Iowa.(U.S.A)

echando un lugar para afuera/ estoy tratando de ponerlo encima de ahí". El discurso deviene en reflexión metapoética que señala que el lugar-mundo, se construye y se instaure por medio del lenguaje que lo nombra. No habría así, un estado de cosas del mundo ya dado, sino un estado "posible" del mundo; provisional e indeterminado, los espacios posibles de ser habilitados por la subjetividad humana.

El poema juega con dos "yo textuales" (Goffman): uno es el sujeto de la escritura que aquí podemos identificar con el rol social del poeta, el otro "yo textual" es el personaje de la historia contada; el amante que intenta generar el lugar de encuentro con la amada: "Aparécete ahí aparécete sin miedo/ y desde afuera avanza hacia aquí/...a ver si reaparecemos los dos tomados de la mano". Se enfatiza la necesidad de realizar una acción conjunta con la amada para que gracias a la fuerza del deseo amoroso se cree el lugar común de encuentro, espacio utópico de la página en blanco.

Pero en este "espacio literario", el lenguaje sólo constata su fracaso, la amada sólo aparece en tanto cuerpo ausente, bajo la condición fantasmática del lenguaje que sólo hace aparecer las cosas en tanto desaparecidas (Blanchot). *Mal de amor*, variante popular del tópico Eros/Tánatos deviene así en el relato de un amor que es pasión, y que se padece como una enfermedad, tópico que se inicia ya en la novela griega *Dafne y Cloe*, pasando por las distintas reelaboraciones epocales. En "Nacimiento del fantasma", este proceso alcanza su clímax, la pérdida del objeto amoroso, el "Cuerpo de todas mis sombras", transforma al sujeto en la sombra de sí mismo. De este modo, lo que en una lectura poética funcionaba como metáfora de la amada, en otra de corte fantástico funciona como la instauración del acontecimiento sobrenatural mismo: "y soy la sábana ambulante/ que te busca de cama en cama". La dependencia amorosa es tal que la constatación de la pérdida definitiva del ser amado provoca la pérdida del instinto libidinal castrando el proyecto vital del sujeto.

#### ESTADIO DEL ESPEJO: EL TELEVIDENTE

El itinerario del mutante se constituye como el intento frustrado de generar el lugar de encuentro con el otro, la amada, a través de producciones simbólicas que son formas de proyección de su interioridad, de su imaginario: proliferación de imágenes de corte surrealista que evidencian la obsesiva pulsión inconsciente: "Algo por todas partes deja imágenes tuyas a medio roer" ("Hombre con cajones"). El recurso a la fantasía, en los poemas que constituyen la serie del fantasma con sus continuas metamorfosis al servicio del contacto erótico con la amada. Por último, está el intento de crear el espacio utópico a través del arte: "Te estoy haciendo un destino aquí mismo/ lo estoy dibujando en las alas de un pájaro". ("Eso sería todo").

El poema de cierre "Televidente", quiebra este continuum, en él el yo del hablante se halla completamente enajenado en lo otro, en la realidad exterior, como un estado de cosas ya dado:

*"Aquí estoy de nuevo  
en mi cuarto de Iowa City*

*Tomo a sorbos mi plato de Sopa Campbell  
frente al televisor apagado*

*La pantalla refleja la imagen  
de la cuchara entrando a mi boca*

*Y soy el aviso comercial de mí mismo  
que anuncia nada a nadie”*

¿Poema, antipoema? En otra forma de ausencia el amante se halla reducido ahora a la inercia de lo cotidiano; es la realidad exterior la que le devuelve su imagen, quedando a merced de lo otro, enajenado en la omnipotencia del reflejo. Despojándose de su identidad individual, adquiere de esta manera, la nueva condición de lo masificado.

El efecto final de *boomerang* del “Mal de amor” que padece el amante es de este modo, su cosificación en lo real, que aquí no ingenuamente, es su imagen proyectada por la pantalla televisiva. Así, en una lectura prospectiva y retrospectiva del acontecer narrativo, desprendemos que lo que quiere comunicar su autor implícito, es que el sentido de la literatura como apertura a mundos posibles, tanto “como el sentido de la cultura, es precisamente, la suspensión de la cosificación”<sup>9</sup>. Ese estado de iconolatría, que Win Wenders, otro cronista de la sociedad contemporánea espacializa en su filme “Hasta el fin del mundo”, en *Mal de amor*, mediante los lugares comunes visuales; “Sopa Campbell”, “televisor apagado”, que representan el *non plus ultra* de lo cotidiano, de lo trivial en una cultura sobresaturada de bienes de consumo, se sitúa en la ciudad de Iowa (exilio biográfico del poeta) caracterizándose a la sociedad postindustrial estadounidense como un universo de percepción cerrado.

Texto de corte apocalíptico, a través de sus imágenes poéticas ilustra en forma cabal la paradójica función del arte en la cultura. Es bajo la “ironía de la realidad” (Baudrillard) que viene a cumplirse la profecía de que sin proyecto utópico el hombre queda sometido a constituirse en mero reflejo de las cosas. Así, si bien la práctica escritural de Hahn se puede connotar como postmoderna, su concepción del arte como construcción de espacios que deben poseer “autonomía cultural” (Bourdieu) se inscribe en el marco de una de las utopías más frecuentes de la cultura moderna<sup>10</sup>.

Este paradigma estético-utópico señala que ante el hecho de la convención, que es lo que posibilita lo verosímil, “restricción arbitraria y alienante de los posibles” (Barthes), la obra literaria, como creación de un mundo autónomo, creado en, y por el lenguaje, nos comunica que la realidad es una realidad posible. De ahí que el texto se clausure como espacio poético, al constituirse en una mera crónica de la escena doméstico-cotidiana (poema “Televidente”), acaso remedando reflexivamente

<sup>9</sup>Theodor Adorno, “Apuntes sobre Kafka”, en *Prismas*, Edit. Ariel, Barcelona, 1962.

<sup>10</sup> Para un acabado panorama crítico sobre la obra de Hahn, *Asedios a Oscar Hahn*, compilación de artículos críticos realizada por E. Lihn y Pedro Lastra.

con su gesto final, el otro gesto cultural del antiarte de Andy Warhol ("Sopa Campbell"), quien es acusado, entre otros, -Dada, Duchamp-, de promover la muerte de la utopía moderna al poner en circulación artística la banalidad de las imágenes de la vida cotidiana.

# CIENCIAS SOCIALES



“PUBLICISTAS” Y “MODERNISTAS”.  
EL DIARIO *LA ÉPOCA* (1881-1892) Y LAS CRÓNICAS\*

Carlos Ossandón B.\*\*

I

El agotamiento de un dispositivo que, bajo una gama muy amplia de recursos discursivos, había articulado una relación compleja (de inspiración, sustento, creación y legitimidad) con el poder político-estatal, permitió —en conjunción con una serie de factores histórico-sociales propios de la segunda mitad del siglo XIX— la emergencia de mundos culturales y subjetivos ya no directamente dependientes de las tareas inaugurales propias de un Estado-nación que había que construir. Estos mundos, liberados de esa tremenda “carga” histórica y política, problematizarán aquellos vínculos o tejidos comunicacionales “clásicos” entre el ámbito de la cultura y el del poder. Nuevas formas de validación y modernización del discurso se reconocerán a partir de la crisis que experimenta un engranaje que había establecido una intrincada relación entre las letras y la construcción u organización del Estado.

En otra parte (*Mapocho*, N° 41, 1997) hemos señalado que, con la prensa de los hermanos Justo y Domingo Arteaga Alemparte, se dan las condiciones para que ésta tome “consciencia de sí” y de su propio poder de creación de sentidos, estableciendo nuevos plexos estructurales entre prensa y poder político, a partir precisamente de esta (su) capacidad “autónoma” de producción o distribución de “significaciones”. En efecto, el nuevo tejido comunicacional se identifica sobre todo con un tipo de prensa independiente y racionante, literaria o informativa (v.gr. *La Semana*, 1859-1860; *La Libertad*, 1866-1871; *Los Tiempos*, 1877-1882), que da cuenta de un posicionamiento que supone la distinción hegeliana entre la esfera estatal y la de la sociedad, la activación y el afincamiento en esta última, y el esfuerzo de constitución o desarrollo de una “publicidad” política y crítica capaz de mediar entre estas dos esferas y de conectar argumental y “libremente” a las voluntades<sup>1</sup>.

Este nuevo escenario, que se confunde con un tipo de prensa privada aunque definida por su propia capacidad de “significación” e intervención en el ámbito público, tiene como característica básica la sustitución, o al menos la pérdida de vigor, de aquellas funciones que legitimaban otras publicaciones periódicas. En particular, la proclama o el llamamiento (v.gr. *La Asamblea Constituyente*, 1858), la

\* El presente artículo forma parte del proyecto Fondecyt N° 1970206. Agradezco la colaboración de los investigadores Luis Moulian, Andrés Ossandón y Carlos Sanhueza. Una pequeña parte de este artículo se publicó en Temas del diario *La Época* (7 septiembre 1997).

\*\* Prof. U. Arcis y U. de Chile.

<sup>1</sup> Cfr. J. Habermas: *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Ediciones G. Gili, 4ª edición, Barcelona, 1994.

exposición doctrinaria (v. gr. *El Valdiviano Federal*, 1827-1844; *La Revista Católica*, 1843-1874), la defensa o el ataque *ad hominem* de las posiciones políticas (v. gr. *El Hambriento*, 1827 y *El Canalla*, 1828), la constitución adánica de referentes literarios (v. gr. la "Sociedad Literaria" de 1842 y *El Semanario de Santiago* del mismo año), la necesidad de ilustrar o propagar conocimientos nuevos (v. gr. esa suerte de "journal des savants" que fue *El Mercurio Chileno* de 1828 o el *Museo de Ambas Américas* de 1842) y el desarrollo de una perspectiva preferentemente estatal-fundacional (v. gr. *El Araucano*, 1830-1877).

En vez de estas funciones, y a partir de su propia disposición u organización textual, la nueva prensa hará valer unos artefactos (el raciocinio, la información, la discusión y la capacidad comunicativa) y unos objetivos (la autonomía de la esfera social y la regulación de la sociedad civil y política) que buscan fracturar una relación "simbiótica", ya sea con intereses circunstanciales o particulares (vinculados con partidos o grupos políticos, por ejemplo), ya sea con los más "universales" de un Estado que había que construir o consolidar. Aun cuando los artefactos y objetivos indicados aparecen muchas veces enredados con algunas de las funciones señaladas más arriba, los nuevos elementos son suficientemente visibles o centrales como para dar cuerpo a un emplazamiento comunicacional distinto, que expresa una nueva hegemonía o distribución de sus factores, cuestión que lo hace no reductible a los emplazamientos que lo preceden.

La nueva prensa, emancipada de su "culpable incapacidad" (Kant) y también del "aura" estatal, fabulando *ad libitum* su propia autonomía, buscará contribuir a la constitución y ampliación de una esfera crítica, raciocinante e independiente de la autoridad política, tendente a regular o supervisar las cuestiones de interés o carácter público. Esta prensa se concibe como una importante o consustancial competidora en el nuevo juego social que ella misma pretende impulsar. A diferencia de otras formas o unidades del discurso, tales como el libro y el folleto, ella advierte, además, la especificidad de su rol en este juego, autocomprendiéndose como el reflejo en el día a día del pensamiento de la sociedad (Justo Arteaga Alemparte, *La Semana*, n. 35, 3 marzo 1860).

Agregemos que *La Libertad* y *Los Tiempos*, que incorporan los nuevos elementos comerciales y noticiosos que habían inaugurado periódicos tales como *El Mercurio de Valparaíso* (1827) o *El Ferrocarril* de Santiago (1855-1911), tienen como correlato la emergencia de un público más amplio y heterogéneo que el público "ilustrado" o "literario" de *La Semana*; público que hará intervenir distintas o plurales voces en los asuntos generales, corporizando una cierta (o restringida) "opinión pública", en sentido moderno. Mientras *La Semana* (74 números publicados) habla de "nuestros ilustrados lectores" y decide suspender temporalmente su publicación entre el 7 de enero y el 3 de marzo de 1860, aduciendo "la emigración al campo de la mayor parte de nuestra sociedad" (n. 34, 7 enero 1860), los diarios *La Libertad* y *Los Tiempos* (1581 números publicados el primero, y 1318 el segundo) con una cobertura a la vez noticiosa, política, de servicios y comercial, responden ciertamente a un público nuevo. Este público, incluyendo aquel que "emigra" al campo en el período de la canícula, se compone también —en principio— de todos aquellos que saben leer y que desean estar informados o participar en las distintas modulaciones de la vida pública.

La inicial ampliación de un público básicamente elitista-ilustrado o la configuración de un público "moderno" (aunque no todavía de "masas") que se reconoce precisamente en su calidad de tal, son las nuevas condiciones dentro de las cuales se desenvuelve la prensa que estamos destacando. Ella se constituye "ante" o "frente" la esfera gubernamental y estatal (cuestión que, a pesar de dirigirse a un público restringido, capta auroralmente *La Semana*). Desde este posicionamiento —afectado por impregnaciones de distinta naturaleza y peso— da cuenta de unas realidades (propias de una sociedad civil en desarrollo) y expresa unas opiniones que buscan incidir en cuestiones relativas a la administración o reforma de la sociedad. Este nuevo espacio comunicacional es impulsado por, y define a, un sujeto que ya poco tiene que ver con la figura del "déspota ilustrado" o, más precisamente, con la del "sabio" (Juan Egaña, José Joaquín de Mora, Andrés Bello), característica de la primera mitad del siglo XIX.

Podemos sostener que, más allá de la figura "universal" y "fundadora" que encarnó Andrés Bello principalmente, en el nuevo espacio comunicacional descrito se abre paso la del "publicista". Esta se construye en la peculiar relación que establece entre unos productos escriturales que reconoce como propios y el espacio público en formación donde simultáneamente los hace circular. No es ésta una figura interesante por sus ribetes "psíquicos" o trágicos. En esta función aparecen "autores" y periódicos distintos, en particular periodistas-escritores como Justo Arteaga Alemparte, Zorobabel Rodríguez y Manuel Blanco Cuartín.

Al igual que Arteaga, los dos últimos citados poseen una personalidad intelectual que exhibe constelaciones o templos propios. Blanco Cuartín un conservador laico, independiente, en quien no prevalecen, según Pedro Pablo Figueroa, "las gazmoñerías del fanatismo ni los escrúpulos del creyente de fe"<sup>2</sup>. Zorobabel Rodríguez un católico liberal, discípulo de Courcelle Seneuil, que realiza un serio y extraño esfuerzo de reelaboración y armonía entre Adam Smith, John Stuart Mill, Herbert Spencer y el dogma católico<sup>3</sup>. Estos "publicistas" intervienen en la arena pública desde un "otro" lugar, privado y construido por ellos mismos. Este otro lugar evita su disolución sin más en lo público o en la política<sup>4</sup>. A los nombres arriba destacados se pueden sumar los de Fanor Velasco, Manuel Rodríguez Mendoza, Julio Bañados Espinoza y Carlos Silva Vildósola, entre otros<sup>5</sup>.

El desarrollo, desde la esfera privada, de una red de periódicos más vasta, diversa e interconectada (también de tiradas más masivas) que la que se dió en la primera mitad del siglo XIX<sup>6</sup>; la instalación entre 1840 y 1880 del ciclo completo de

<sup>2</sup> Pedro Pablo Figueroa: *Diccionario biográfico de Chile*, Santiago, 1897, pág. 258.

<sup>3</sup> Sofía Correa S.: "El Partido Conservador ante las leyes laicas. 1881-1884", en *Catolicismo y laicismo*, Ricardo Krebs *et aliter*, Ediciones Nueva Universidad, Universidad Católica de Chile, 1981, págs. 75 a 118.

<sup>4</sup> Para una caracterización de las fisonomías de estos dos "diaristas políticos", conservadores-libre pensadores, consultar B. Vicuña Subercaseaux: *Gobernantes y literatos*, Sociedad "Imprenta y Litografía Universo", Santiago, 1907.

<sup>5</sup> Cfr. Raúl Silva Castro: *Prensa y periodismo en Chile (1812-1956)*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1958.

<sup>6</sup> Cfr. Ramón Briseño: *Cuadro sinóptico periodístico completo de los diarios y periódicos en Chile publicados desde 1812 hasta el año de 1884*. Reedición computarizada en nuevas tablas y con gráficos agregados por Guillermo Martínez y Raymond Colle, Centro de Estudios de la Prensa, Universidad Católica de Chile, 1987.

la "industria impresora": producción, circulación, comercio y lectura<sup>7</sup>; el acrecentamiento y diversificación de los lectores o la paulatina incorporación de nuevos sectores sociales a la producción y al consumo cultural (es ilustrativa en esta dirección la prensa de artesanos que se aprecia desde la década de 1840, la prensa satírica de Juan Rafael Allende, los periódicos obreros o los vinculados al Partido Democrático, la prensa de provincias, etc.), así como la inicial constitución de un mercado de bienes culturales y de la información, que comienza a ser capaz de hacer sus propias demandas, constituyen el entramado comunicativo dentro del cual se desenvuelve, estimula o posibilita la figura que aquí estamos destacando.

Ésta se reconoce en vínculo precisamente con las nuevas demandas de la sociedad civil y simultáneamente con la necesidad de crear "opinión pública": esa voz de los privados en los asuntos de incumbencia pública. La prensa que da origen al "publicista" rompe los distintos cercos que sobre ella habían caído, reconstituyéndose a partir de estas nuevas demandas: desde los avisos de empleos dirigidos al servicio doméstico en *El Chileno* (1883-1924), la incentivación y articulación de los mercados, la necesidad de informar y "entretener", hasta el comentario de los hechos políticos recientes, la puntualización doctrinaria o la promoción o crítica a las novedades de la "ciudad letrada".

A pesar de que varios de estos "publicistas" aparecen ligados, y de manera directa, a la actividad política (Zorobabel Rodríguez fue diputado y miembro del Partido Conservador), la función específica que los distingue es, sin embargo, la de asentar un juicio fundado e independiente (en el caso de Zorobabel Rodríguez en aspectos importantes a contrapelo de la tendencia predominante del conservadurismo católico) que contribuya a su vez a asentar otros juicios<sup>8</sup>.

El "publicista" consagra la distinción entre los que hacen política (aunque él también la haga) y los que emiten y crean "opinión pública", anclando aquí su identidad más propia. Su espacio de legitimación no es el de la política partidista principalmente sino el de los hombres "libres" y opinantes; no es el "golpe" de cátedra, ni la opción voluntarista por uno de los grupos políticos en pugna, sino la capacidad comunicativa o interpeladora del raciocinio; no es tampoco *lo* público (estatal) sino *el* público.

Lejos de la ritualidad y del halo de atemporalidad que ostentan los grandes proyectos "históricos" o fundacionales, el "publicista" es básicamente un creador y abastecedor de bienes culturales fungibles, de suministros capaces de circular por una esfera social contradictoria y de alimentar o dar cuerpo a una "publicidad" política activa.

<sup>7</sup> Bernardo Subercaseaux: *Historia del Libro en Chile (Alma y Cuerpo)*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1993, pág. 67.

<sup>8</sup> En relación con el espíritu independiente de Zorobabel Rodríguez, Sofía Correa afirma: este hombre "intenta con inusitada perseverancia elaborar una síntesis programática entre liberalismo y catolicismo, y al mismo tiempo persuadir a moros y cristianos de la impecable lógica de dicha construcción intelectual, contra viento y marea, es decir, a pesar de las insistentes condenaciones de las encíclicas de Pío IX y León XII, *Quanta Cura, Syllabus, Libertas*". "Zorobabel Rodríguez, católico liberal", en *Estudios Públicos*, N° 66, Santiago, Otoño, 1997, pág. 387.

La red de periódicos que contribuye a formar y dentro de la cual se va definiendo la figura del "publicista" es menos reducida de lo que pudiera creerse. Hemos dicho que ésta discurre desigualmente por "autores" y periódicos que son distintos entre sí. Sin embargo, ella comienza a tomar cuerpo más específicamente en esa prensa "literaria", independiente, no exenta de vocación periodística y pública, que pudimos ver cuando examinamos, en otro artículo, *La Semana* de los hermanos Arteaga Alemparte. Este modelo se prolonga, aunque con menor tonelaje racionante, en publicaciones tales como *El Mosaico* (1860) y *El Cóndor* (1863)<sup>9</sup>. Retoma su peso con la aparición de las dos nuevas publicaciones ya citadas de los Arteaga: *La Libertad* y *Los Tiempos*, exhibiendo éstas un sesgo más periodístico que "literario", y continúa en periódicos tales como *La Voz de Chile* (1862-1864), *El Independiente* (1864-1891) donde "raciocinó" durante un largo período Zorobabel Rodríguez, y *La Época*, entre tantos otros.

*La Época* se sitúa entre la guerra del Pacífico y la guerra civil de 1891. Enfrentado a estas dos guerras este diario liberal ("montino", dice Emilio Rodríguez Mendoza)<sup>10</sup> no se mantiene neutral, manifestando una posición nacionalista en el primer caso, inicialmente balmacedista y después antibalmacedista en el segundo<sup>11</sup>.

Digamos, además, que *La Época* es uno de los diarios que mejor cristaliza los elementos característicos de la prensa moderna: órgano privado (propiedad del empresario Agustín Edwards Ross), independiente del ámbito político estatal, interesado en mantener vínculos con el Gobierno (Edwards fue miembro del gabinete de Balmaceda), con la sociedad civil y con las demandas de distinta naturaleza que

<sup>9</sup> Ilumina el inicial estallido del dispositivo fundador y disciplinante el hecho que, en *El Cóndor*, Juan de las Viñas (seudónimo de Domingo Arteaga Alemparte) considere a Andrés Bello como un "Sebastopol literario inexpugnable" y vea con ironía sus reformas a la gramática (15 junio 1863). Orrego Luco ha dicho, por otra parte, que Justo Arteaga miraba con desprecio "la gramática, el diccionario y hasta las más vulgares conveniencias literarias", a cambio de "la novedad ingeniosa de su estilo; la viveza rápida y chispeante de sus frases" (citado por Gabriel Amunátegui Jordán: *Justo y Domingo Arteaga Alemparte: ensayo biográfico y juicio crítico*, Soc. Imp. y Lit. Barcelona, Santiago, 1919, pág. 72). En una línea distinta, Zorobabel Rodríguez defenderá la enseñanza de la gramática y la concebirá como "una herramienta para establecer la unidad de la lengua, es decir, el elemento común sobre el cual edificar la República" (cfr. Juan Manuel Egaña, César García y Jeannette Ulloa: *Perfil del periodista tras la muerte de Andrés Bello*, Seminario dirigido por Mario Berríos, Universidad de Chile, Escuela de Periodismo, inédito, 1995, pág. 97). Al parecer, la crítica a los criterios normativos de la gramática era la condición, en el caso de los Arteaga, para instalar una escritura menos ceñida a universales y más dispuesta a seguir los ritmos de la presión del día a día. Rodríguez, en cambio, comprometido en una empresa publicística de mayor vuelo y permanencia, desea continuar la obra en favor del "buen decir" iniciada por Andrés Bello y José Joaquín de Mora, procurando "evitar los errores más comunes que, hablando o escribiendo, se cometen en nuestro país en materia de lenguaje" (Zorobabel Rodríguez: *Prólogo del Diccionario de Chilanismos*, Imprenta de "El Independiente", Santiago, 1875, págs. VII y VIII).

<sup>10</sup> Emilio Rodríguez Mendoza: *Alfredo Irarrázaval Zarartu. Adición a ¡Como si fuera ayer!* Editorial Jurídica de Chile, Santiago, 1955, pág. 35. En un texto anterior, el mismo autor señala que *La Época* era un "diario redactado y dirigido por las testas coronadas del montinismo de aquel entonces" (*Como si fuera ayer!*... Casa Editorial "Minerva", Santiago, 1919, págs. 42 y 43).

<sup>11</sup> Cfr. Luis Moulian: *La Época (1881-1892): el diario patriota, liberal y literario. Entre la guerra del Pacífico y la guerra civil de 1891*. Inédito, Santiago, 1996.

proviene de esta esfera, y de contribuir a la ampliación de un espacio público, "libre", mediador, informado y racionante. *La Época* no se aparta de lo que se puede decir de una parte importante de la prensa de la segunda mitad del siglo XIX: interés por la autonomía de lo social, por responder a la demanda creciente de información, por la ampliación y articulación de los mercados, y por los problemas de la administración, modernización y reforma de la sociedad civil y política. A esta altura este diario opera dentro de lo que parece ya como una adquisición: la idea de que el funcionamiento de la sociedad es un asunto público, donde todos (el Estado, el Gobierno, los partidos) deben dar cuenta argumental y pública de sus actos, estando la prensa vitalmente concernida en esta tarea<sup>12</sup>. De hecho una de las más importantes críticas que *La Época* hará a Balmaceda tiene que ver precisamente con el escamoteo de esta obligación.

*La Época* comparte con otros periódicos informativos, racionantes y comerciales una determinada escenificación o representación de los materiales. Los juegos entre sus textos y el medio físico en el cual recaen o, mejor dicho, las síntesis entre los elementos escriturales y espaciales, así como la concurrencia y preeminencia de determinados géneros y secciones, no son muy distintas que las que exhiben otros periódicos de similar impronta.

Estas síntesis arrojan luces, más allá de lo que las palabras dicen sobre las cosas, sobre el propio carácter del periódico. El editorial, la persistente "Revista de la prensa" y la sección "Actualidad" (que reproducen tanto editoriales como textos de opinión de otros periódicos), la focalización que se hace sobre ciertos tópicos que permite el manejo de las principales variables públicas intervinientes en la configuración de determinados problemas, la transcripción de los debates de las sesiones del Congreso, la presentación o crítica de textos distintos así como la reproducción de artículos de autores significativos (John Stuart Mill, Emilio Castelar, etcétera) o que versan sobre temáticas sujetas a debate (la reproducción en varios números de la "Pastoral sobre el matrimonio" de 1883, por ejemplo), la necesidad de "dejar hablar" voces distintas e incluso contrapuestas al liberalismo, la publicación de artículos variados que buscan ya sea fiscalizar, ya sea entregar antecedentes, ya sea mostrar realidades nuevas, son todas cuestiones a través de las cuales la publicación de marras va enseñando su reconocible carácter público, liberal, informativo y racionante. Respecto de esto último, la réplica que por partes, punto a punto, hace *La Época* (Nº 257, 5 agosto 1882) a los criterios económicos expresados por Zorobabel Rodríguez en *El Independiente*, corona bien la positividad descrita. Aunque nunca desaparece del todo, es claro, por otra parte, que este sesgo "racionante" no siempre se mantiene con la misma fuerza, ya que a ratos se diluye entre el cúmulo de noticias, variedades, avisos, etcétera.

En seguida, hay que decir que *La Época*, al igual que muchos otros periódicos del siglo XIX, no sólo se alimenta y responde a las demandas propias del proceso "expansivo" (Sergio Villalobos) y modernizador que entonces vivía nuestro país; estas compulsiones son parte de su propia *mise en scène*.

<sup>12</sup> En un editorial un tanto sorprendente se señala: "la gran mayoría de los órganos de publicidad se limita hoy por hoy (...) a estudiar los asuntos de interés público en el terreno de la más imperturbable tranquilidad de espíritu" (Nº 1644, 7 octubre 1886).

Esta suerte de modelización primaria que constituye su modernidad se manifiesta en la superficie misma del periódico. Las novedades –más importantes que el pan según uno de sus cronistas (Nº 343, 16 noviembre 1882)–, actualizaciones y aperturas de distinto tipo que estimula el diario, establecen un correlato con todos aquellos elementos que forman parte de su estructura más regular: noticias, avisos, telegramas, telégrafos, comentarios, reproducciones de textos de la prensa periódica, etcétera.

Dicha modelación se proyecta en tres elementos más, muy activos, presentes de un modo distinto en la exterioridad de los materiales: 1. un nuevo público (más amplio, diverso, capaz de desdoblarse, también femenino); 2. unas nuevas escrituras (que tanto contienen la pluma como la hacen correr de aquí para allá); 3. unos nuevos gestos de lectura (que tanto (h)ojean como focalizan, que tanto seleccionan como levantan poco la cabeza)<sup>13</sup>. Estos gestos desorganizan o reconstruyen unas exterioridades que están precisamente dispuestas para ser permanentemente transgredidas o resignificadas por ellos.

Rotemos la dirección del análisis. Marquemos ahora las diferencias entre *La Época* y otros modelos periodísticos. Respecto de *El Correo Literario* de 1858 (ver *Mapocho*, Nº 38, 1995) hay una diferencia básica: *La Época* no practica una suerte de rechazo “adolescente” a la política y, tal como en los periódicos de los Arteaga, su perspectiva es menos barroca o quisquillosa en este punto. Trabaja más naturalmente con y dentro de ella. Más aún, está particularmente atenta al debate político, y ya no siente el apremio de buscar una identidad en la “distancia” o socabando los estereotipos de este debate. Para validarse le basta intervenir con argumentos, y desde una óptica liberal, en el espacio político público. Es la diferencia que existe entre una subjetividad apenas descubierta, y que no encuentra su “lugar”, y el nuevo posicionamiento dentro del cual se ampara el “publicista”.

En comparación con los periódicos de los Arteaga y, en particular con *La Semana*, *La Época* asume con menos estridencias su “independencia”, hace menos gala de la separación característica de las formaciones sociales modernas así como de su afincamiento en una de sus esferas, y no se percibe “fundando” una “publicidad” política y crítica de la cual formaría parte. Como si ya hubiese terminado el momento de máxima conciencia posible respecto del instrumento periodístico mismo, particularmente visible en Justo Arteaga. Como si de un período de “deslumbramiento” se hubiese pasado a otro de “normalidad” y de expansión. Como si lo excepcional se trastocase ahora en “diario”.

Es claro, por otra parte, que son otros los “referentes” periodísticos principales con los cuales *La Época* establece un diálogo crítico, salda cuentas o afirma identidad. Ya no es principalmente esa prensa pasional o “guerrillera” en ruptura con la cual desde *El Araucano*, pasando ciertamente por *La Semana*, se creyó inaugurar una etapa nueva para la prensa. Aunque no está del todo olvidado el antiguo referente, que no termina de borrarse, *La Época* tiende más bien a vincularse con una red de periódicos igualmente informativos, políticos y racionantes. Del mismo modo como

<sup>13</sup> Cfr. Roland Barthes: *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Ediciones Paidós, España, 1987. También Bernardino M. Hernando: *Lenguaje de la prensa*, Eudema, Madrid, 1990.

los "publicistas" tienden a discutir entre sí, reconociendo en las diferencias y "de cara al público" un espacio común, que por momentos es más fuerte o cohesionador que sus distancias ideológicas: son ilustrativos en este sentido los nítidos distinguos que establece un editorial de *La Época* entre Zorobabel Rodríguez y otros que fácilmente pierden la compostura crítica (Nº 1747, 4 febrero 1887)<sup>14</sup>. Por último, en relación con *La Libertad* y *Los Tiempos*, si bien estas responden *grosso modo* al mismo modelo que *La Época*, ésta última, cuya modernidad y cosmopolitismo es mayor, porta, además, como veremos un poco más adelante, unas coexistencias subjetivas o unas síntesis discursivas que los Arteaga no sospecharon.

## III

Se puede afirmar que en los tiempos de *La Época* se cuenta ya con un cierto haz de enunciaciones diversas (crónica de sucesos, información de novedades, revista de lo publicado en otros periódicos, puntualizaciones políticas, incrustaciones que "dan que pensar", etcétera) y de "posiciones de los sujetos" (sujeto que escudriña en los asuntos públicos, sujeto transmisor de novedades, sujeto opinador, sujeto observador, sujeto que en la información de hechos o en la transcripción del cable niega su calidad de tal, etcétera) más o menos establecidas, constantes o propias del espacio periodístico<sup>15</sup>.

Junto a estas modalidades, en 1887 principalmente, el "año literario" de *La Época*, hace su estreno un sujeto que busca expresar una "sensibilidad" estética y ensoñadora, que tiene en el periódico una de sus superficies de emergencia y de delimitación. Esta "sensibilidad", que la crítica ha reconocido como "modernista", se desarrolla, como se sabe, por distintos espacios de sociabilidad (el Palacio de La Moneda, el restaurante Papa Gage), uno de los cuales es la sala de redacción de *La Época*. Esta nueva "sensibilidad", alejada de la "sobriedad patriarcal" de Bello así como "del espíritu fáustico del Vicuña Mackenna Intendente de Santiago, pero

<sup>14</sup> Son igualmente relevantes las críticas que un "publicista" anónimo de *La Época* hace a la Universidad: un espacio que no es percibido como propio, que excluye a sus pares, que se ha quedado "estacionario", que es sólo un "pastiche de las viejas academias" y que ha perdido legitimidad. Vale la pena transcribir parte de lo dicho. La Universidad de Chile, se dice, ya no representa el talento nacional: "¿Cómo podría hacerlo una Universidad entre cuyos miembros no figuran precisamente los escritores que son más conocidos del público y que sin disputa han ejercido mayor influencia en sus ideas, en donde no está ni Ambrosio Montt, ni Isidoro Errázuriz, ni Zorobabel Rodríguez, ni Manuel Blanco Cuartín y en donde no estuvo Justo Arteaga Alemparte?" (Nº 315, 14 octubre 1882). En el número siguiente se afirma: "Un cuerpo de renovación lenta y tardía no puede encerrar en su seno a los representantes de las ideas nuevas, que diariamente surgen en el mundo intelectual (...); el público, esa invasora autoridad de nuestros tiempos, ha arrebatao a las academias el cetro del buen gusto literario. Es ahora el público el árbitro supremo, el inapelable juez de estas materias / diccionarios, legislaciones del lenguaje /, ante cuyas resoluciones todos, incluso las Universidades, deben prosternarse" (Nº 316, 15 octubre 1882). Desde una perspectiva que se jacta del nuevo lugar desde el cual habla, los Arteaga también expresaron en su momento juicios críticos contra la Casa de Bello, denunciando sus rigideces y exclusiones.

<sup>15</sup> En partes del presente análisis nos hemos servido de instrumentales o perspectivas presentes en *La arqueología del saber* (Siglo XXI, decimotercera edición, México, 1988) de Michel Foucault.



cercana al final esteticista de Lastarria<sup>16</sup>, se articula a partir de un haz de espacios, lecturas, amistades, intercambios, novedades europeas, etcétera. Ella no es independiente ni aparece construida o estimulada con antelación a estos espacios. Formando parte de este manojito de llaves o de aperturas está *La Época*.

Son conocidos los nombres de los escritores jóvenes que se congregaron en *La Época*: Pedro Balmaceda, Rubén Darío, Alfredo Irarrázaval, Alberto Blest Bascañán, Luis Orrego Luco, Jorge Huneeus, entre otros. Según Gonzalo Catalán, este grupo, la "bohemia dorada" del XIX, constituye la "primera promoción donde es posible apreciar elementos de ruptura con el pasado literario inmediato. Más interesados en la literatura que en la política, se anuncia en ellos una sensibilidad definitivamente moderna y esteticista hacia las letras"<sup>17</sup>. Durante 1887 aparecen en *La Época* títulos tales como "A rosa", "El rey Krupp", "El fardo", "El palacio del sol", "Primavera", "El velo de la reina Mab" y muchos *abrojos* más de Rubén Darío. En ese año se publica también su "Canto épico a las glorias de Chile" (*La Época*, N° 1954, 9 octubre 1887), no reconocible aún en la nueva "sensibilidad", premiado en el Certamen Varela y dedicado al Presidente José Manuel Balmaceda, padre -dice Darío- "de uno de mis mejores amigos"<sup>18</sup>. Son muy abundantes también las poesías de Alfredo Irarrázaval. Esta "primavera artística", como se la ha llamado, se reúne en la sala de redacción del diario donde se discuten, según recuerda Narciso Tondreau, "las escuelas poéticas de París, los decadentes, los simbolistas, los parnasianos"<sup>19</sup>.

Simultáneamente, aparecen en las páginas del diario narraciones de autores franceses tales como los naturalistas Alphonse Daudet y Guy de Maupassant, traducciones de textos de Anatole France, Charles Dickens, etcétera, ensayos y crónicas de José Martí<sup>20</sup> y otros contemporáneos que, junto al desarrollo y modernización de los aspectos propiamente periodísticos (telegramas de la Agencia Havas y del cable submarino, noticias de Europa y América, etcétera), constituyen también, al igual que las reuniones en la sala de redacción, parte importante del campo enunciativo y de articulación, no puramente suplementario, de la presente "sensibilidad".

Por este campo se filtra un tipo de escritura que, aquejada de indefinición, permite unas coexistencias, movibilidades y síntesis que son impulsadas por las nuevas subjetividades. Nos referimos a las "crónicas". Un género que, diluido o bajo la égida del "cuadro de costumbres", se puede ya encontrar en las modulaciones propias de José Antonio Torres en *El Correo Literario* y de Domingo Arteaga. Escrituras

<sup>16</sup> Manuel Vicuña Urrutia: *El París americano. La oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX*, Universidad Finis Terrae, Santiago, 1996, págs. 66 y 82.

<sup>17</sup> Gonzalo Catalán: "Antecedentes sobre la transformación del campo literario en Chile entre 1890 y 1920", en J.J. Brunner/G. Catalán: *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*, Flacso, Santiago, 1985, pág. 106.

<sup>18</sup> Sobre Rubén Darío y *La Época* ver Raúl Silva Castro: *Rubén Darío y Chile*, Imprenta "La Traction", Santiago, 1930. También Bernardo Subercaseaux: *Fin de siglo. La época de Balmaceda*, Editorial Aconcagua, Santiago, 1988, págs. 191 a 208. Y Angel Rama: *Rubén Darío y el modernismo*, Alfadil ediciones, Caracas/Barcelona, 1985 (capítulo: "La transformación chilena de Darío").

<sup>19</sup> Citado por Bernardo Subercaseaux, "La cultura en la época de Balmaceda (1880-1900)", en *La época de Balmaceda*, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos; Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Chile, 1992, pág. 47.

<sup>20</sup> Cfr. Jorge Benítez: *José Martí y Chile*, Lom, Santiago, 1995.

híbridas e inestables a través de las cuales se destaca una progresiva ajenidad respecto de la "prosa de ideas" de índole iluminista, así como de su figura correlativa. En una línea que entremezcla elementos del ensayo político con los de la crónica interpretativa se podrían citar también unos modos bastante pulcros que operan en *La Voz de Chile* (1862-1864), con Isidoro Errázuriz y los hermanos Matta. Línea que coexiste con una crónica o nota más informativa, amena y desubjetivada (también "policial") que se dio, por ejemplo, en *El Ferrocarril* (1855-1911) de Santiago<sup>21</sup>.

Ahora bien, ¿qué vemos en *La Época* de 1887? Básicamente tres tipos de "crónicas", más o menos combinados. Tenemos, en primer lugar, lo que suele denominarse más bien "nota informativa"<sup>22</sup>. Ella se atiene más al "qué" de los hechos que al "cómo", registra realidades muy distintas entre sí (desde pequeños sucesos al boletín meteorológico), no une lo que transcribe o no construye propiamente una narración, y no tiene ni un "sujeto" ni una firma que le resista. *La Época* está llena de este tipo de abigarradas "notas" (que rompiendo un cierto canon vienen bajo la sección: "crónica") y ellas tienen una relevancia claramente mayor, si nos atenemos a su volumen, que las crónicas concebidas como "relatos".

Vemos, en segundo lugar, unos escritos que están firmados por el seudónimo Kar, que aparecen con regularidad, que continúan privilegiando el "qué" del "cómo", que ofrecen, sin embargo, un nivel de elaboración o de unidad mayor, y que se construyen en torno a la "noticia" como tal. Para fabricar este apetecido objeto de la modernidad, Kar nos cuenta que ha debido recorrer "oficina por oficina, escritorio por escritorio", llegando al convencimiento que "Santiago es ciudad que vive muerta" (Nº 1970, 28 de octubre de 1887). A pesar de esta convicción, el resultado de sus búsquedas desembocan normalmente en una descripción o narración de hechos, sin pretensión estética, que establece sí una primera distancia respecto de una escritura crudamente desubjetivada. Con todo, Kar es claramente más un *reporter* que un "fabulador".

Un tercer tipo expresa un conjunto muy impreciso de escrituras, por donde circula también la "publicística", cuyos énfasis son muy distintos caso a caso, que fluctúan entre la crónica y el ensayo, entre lo factual y lo lírico, entre el artículo de costumbres y la reseña de la vida de la ciudad, entre la descripción de hechos y los juicios valorativos, entre el referente externo y los estados anímicos del hablante, entre la mayor o menor actualidad del referente, entre la narración "realista" y la "recreativa", entre un orden secuencial y otro más arbitrario, y mil combinaciones más. En esta línea se pueden citar los escritos de Pic, Rien, Tres, Raúl, A. De Gilbert

<sup>21</sup> En la caracterización de las "crónicas" de *La Voz de Chile* y *El Ferrocarril* seguimos a Lorena Sandoval y Claudia Valdivia: *Una evolución histórica de la crónica periodística entre 1860 a 1890*, Memoria para optar al título de Periodista, Universidad Arcis, Escuela de Periodismo, Santiago, 1996. Para un análisis de las crónicas en el ámbito latinoamericano véase Julio Ramos: *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989 (capítulo: "Decorar la ciudad: crónica y experiencia urbana"). Susana Rotker: *Fundación de una escritura. Las crónicas de José Martí*, Ediciones Casa de las Américas, Cuba, 1992. José Olivio Jiménez: "El ensayo y la crónica del modernismo", en *Historia de la literatura hispanoamericana. Del neoclasicismo al modernismo*. Tomo II. Luis Iníño Madrigal (coord), Ed. Cátedra, España, 1987.

<sup>22</sup> Cfr. Vicente Leñero y Carlos Marín: *Manual de Periodismo*, Grijalbo, México, 1986. También Eduardo Santa Cruz A.: *La crónica periodística y la prensa liberal moderna*, inédito, Santiago, 1997.

(Pedro Balmaceda), Daniel Riquelme, ITO (Alberto Blest Bascañan) y Jil Pérez (José Gregorio Ossa). El panorama se enredaría todavía más si nos detuviésemos en el carácter eminentemente nómada de estas firmas.

Desde sus propias, cambiantes y abigarradas condiciones de existencia, estos maltrechos sistemas de formación retoman de otra manera los viejos vínculos entre escritura y sociedad; vínculos que no se establecen apelando a los criterios políticos o propiamente argumentales de legitimación. Sistemas que, aunque en coexistencia y mezclados con el de los "publicistas", dan específicamente cuenta de unos poderes expresivos de los nuevos juegos de las letras y de la comunicación, de las compulsiones faústicas y de los cercos de "esa invasora autoridad de nuestros tiempos" (el público moderno).

En la propia superficie del periódico se llevan a cabo así unas síntesis o suturaciones que fueron problemáticas para el propio "modernismo" literario. En la presión de su planicie se conjuran las tendencias a contraponer el artista del ciudadano, la escritura del mundo, la fragmentación de la creación, lo íntimo de lo público. En esa planicie deja de ser una evidencia la afirmación de que la "negación del presente y / la / evasión a otros mundos / son las / características del artista en la moderna sociedad burguesa"<sup>23</sup>.

Finalmente, un modo de decir que ya no requiere, como dijo José Martí, de "luengas y pacientes obras", ¿no deja entrever uno de los rasgos importantes, tan liberador como privativo, del desarrollo posterior de la cultura moderna?

<sup>23</sup> Rafael Gutiérrez Girardot: *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, Fondo de Cultura Económica, Colombia, segunda edición, 1987, pág. 40.

VERSOS POR REBELDÍA.  
LA PROTESTA SOCIAL EN LA POESÍA POPULAR  
(SIGLOS XIX Y XX)

*Jorge Núñez Pinto*

La visión festiva y pintoresquista acerca de la poesía popular, prohijada por la literatura de manual y el periodismo, comienza a ser revisada por investigadores y ensayistas, acentuando su carácter testimonial como sincera "autoconfesión" del alma colectiva. El camino abierto por Julio Vicuña Cifuentes, Antonio Acevedo Hernández, Juan Uribe Echevarría y Diego Muñoz es ahora transitado por estudiosos que han reivindicado las "décimas" como fuente historiográfica, valorizándolas como documentos fidedignos de nuestro pasado<sup>1</sup>.

La multiplicidad temática abordada por los poetas derivó en crónica apasionada de la sociedad chilena; sus voces se escucharon en las calles o en periódicos que predicaban una "pedagogía de la subversión" ante un orden excluyente y petrificado.

La historia oficial idealizaba el pasado —armónico y unánime en su interpretación— mientras los cantores populares rimaban el doloroso "presente" y la generosa rebeldía de los oprimidos.

Las desigualdades sociales agitaron a las colectividades políticas, el periodismo sindical y, obviamente, a la poesía de cordel que desnudó a la Arcadia republicana en versos simples e imaginativos. Daniel Meneses publicó un extenso "Contrapunto entre un obrero pobre y un rico millonario", captando en su vigencia cotidiana el eterno esquema del "poder y la subordinación".

EL OBRERO

*Pretenden los millonarios  
Les diré yo en mi entender,  
Como dueño del poder  
Quitarnos nuestros salarios.  
Fijense, pues, perdularios  
Que el pueblo es soberano;  
Ya verán su fin cercano  
Los de la infame impiedad;  
Reclamemos libertad  
Compatriota ciudadano.*

<sup>1</sup> Ver: Juan Uribe E.: *Canciones y poesías de la Guerra del Pacífico*. Ediciones Universitarias (Valparaíso, 1979). Maximiliano Salinas: *Versos por fusilamiento*. FONDART (Santiago, 1993). Micaela Navarrete: *Balmaceda en la poesía popular*. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Santiago, 1993). Diego Muñoz: *Poesía popular*. Empresa Editora Nacional Quimantú (Santiago, 1972).

EL RICO

*El pueblo con su insolencia  
Sigue en las marchas airosas,  
reclamando tantas cosas  
Me va sacar de paciencia;  
Castígalo Providencia  
Porque es un ignorante  
Está por salir triunfante  
En un letargo profundo;  
Siendo que por todo el mundo  
Yo soy rico retumbante<sup>2</sup>.*

La sociedad finisecular fue conmovida por el conflicto civil de 1891 y sus consecuencias repercutieron durante años en los estratos medios y populares. El fracaso del "constitucionalismo" ensombreció la primavera que prometieron sus ideólogos:

*Prometida nube de oro  
anunció bañar la tierra  
la nobilisa guerra  
de los Dioses del tesoro  
mas ivergüenza! hoy es el lloro  
del huérfano sin aliento  
de viudas sin alimento  
que a las puertas piden pan  
mientras de los Dioses van  
sus millones en aumento<sup>3</sup>.*

El endeudamiento del nuevo gobierno ante la banca internacional provocó la desvalorización de la moneda, la reducción del poder adquisitivo y el costo de la vida alcanzó límites apenas soportables. La cesantía, el alza de precios y las huelgas dieron un marco patético al cambio de siglo. Adolfo Reyes glosó el desencanto por "la baja del cambio":

<sup>2</sup> Daniel Meneses: Col. Amunátegui.

<sup>3</sup> El Futre de las 3 ZZZ. Col. Amunátegui.

*Tan robando a discreción  
 todos estos caballeros  
 porque se hacen altaneros  
 y empobrecen la nación;  
 la culpa es del señor Montt,  
 que tal cosa permitió,  
 el millonario aceptó  
 hacer sufrir a nosotros  
 y de un momentito al otro  
 la plata se nos perdió<sup>4</sup>.*

Juan Bautista Peralta –testigo fiel de su tiempo– derivó francamente a la militancia política reflejando la madurez del pueblo ante una realidad lacerante. Fue cofundador del Partido Conversionista en 1895 y luego reconocería filas en el Centro Social Obrero junto a Juan Rafael Allende y Carlos Pezoa Véliz, editando *El Grito del Pueblo*, vocero oficial de la colectividad. Fundó también el periódico *José Arnero*, donde defendía a obreros y domésticas. En los últimos años de su vida derivaría al anarquismo. En una celebrada “lira” retrataba “la situación del pueblo”:

*En un lamentable estado  
 Se encuentra el pueblo actualmente  
 A este estado indigente  
 Se nos tiene condenado*

*En vano el pobre andará  
 Calle arriba, calle abajo  
 En busca de algún trabajo  
 Porque no lo encontrará;  
 A tan gran necesidad  
 Se nos tiene condenado,  
 Y si el gobierno ha pensado  
 En salvar la situación,  
 Talvez por ver la nación  
 En un lamentable estado<sup>5</sup>.*

<sup>4</sup> Adolfo Reyes. Col. Lenz.

<sup>5</sup> Juan B. Peralta: “La situación del pueblo”. Col. Lenz.

La percepción sobre el derecho y la administración de justicia fue un tema recurrente entre los bardos callejeros que discurrieron acerca de "la desigualdad de la ley". Adolfo Reyes dio un tono intimista al conflicto en "La Libertad en Chile":

*Si un hombre anda roto  
aunque sea el más de bien  
luego un guardián sin vaivén  
lo acrimina que es mañoso,  
me lo lleva al calabozo  
porque no se disculpó  
Si este tan fatal cayó  
sería por andar sin ni cobre  
en tal suerte para el pobre  
la libertad se acabó<sup>6</sup>.*

La cárcel y la represión, corolario lógico de esta paradójica institución de justicia llevó a Bernardino Guajardo a titular sus versos, precisamente, "La Justicia de este mundo":

*Por robarme cuatro pesos  
y sin ser un forajido  
aquí me encuentro mi amigo  
hasta los tuétanos preso.  
Con mucha pena confieso  
mis negras desilusiones  
porque sé que las prisiones  
sólo se hicieron pal pobre  
y es posible que zozobre  
por no robarme millones<sup>7</sup>.*

El rechazo a la pena de muerte también lo podemos dimensionar a través de las "liras". Su lectura nos entrega la percepción de un segmento social ante la legislación, implacable y selectiva, que lo victimizó en aras de intereses y prejuicios.

Para el pueblo (y sus voceros) la pena capital no fue un acto punitivo generado por la ley, sino represión despiadada de un sistema estamental que negaba a los pobres la defensa equitativa ... y, a veces, la última comunión.

<sup>6</sup> Adolfo Reyes: "La libertad en Chile". Col. Lenz.

<sup>7</sup> Col. Lenz.

En los muros de la cárcel de Santiago, en 1884, un verso sentenciaba:

*En este lugar maldito  
donde reina la tristeza  
no se castiga el delito  
se castiga la pobreza<sup>8</sup>.*

La poesía popular del siglo XIX recogió las protestas colectivas promovidas por organizaciones sindicales, peticiones de indultos a las autoridades e incluso alegó razones místico-religiosas para forzar la supresión de las ejecuciones. Estas llegaron a límites traumáticos a fines del siglo: cuatro en 1895. Ese año, Daniel Meneses reclamó:

*Al fin me pregunto hasta cuando  
regirá en Chile esta ley  
que con imperio de rey  
siguen y siguen baleando.  
Mucho está ya esto afeando  
en nuestra patria florida,  
el banco del homicida  
borrarlo será mejor  
porque solo el Hacedor  
es el que da muerte y da la vida<sup>9</sup>.*

En esta singular fuente documental se “advierte que el pueblo no justificó los crímenes de los condenados”, pero tampoco legitimó la última pena, decisión inhumana y contraria al carisma de un Estado que entonces reconocía como religión oficial a la católica, apostólica y romana.

La pena de muerte demostró, en forma irrefutable y dramática, la “desigualdad entre el rico y el pobre”.

*Los ricos ¿Porqué razón  
ninguno muere baleado?  
El pobre por cualquier nada  
a la muerte es sentenciado.*

<sup>8</sup> Cit. por Maximiliano Salinas C.: *Versos por fusilamiento*, pág. 6.

<sup>9</sup> Daniel Meneses: “Los últimos momentos del reo Pedreros condenado a muerte”. Col. Amunátegui.



*Hay una desigualdad  
en el Código Penal,  
porque al rico criminal  
lo miran con más piedad  
Al pobre digo en verdad  
no le tiene compasión;  
las leyes de la nación  
digo al fijar la partida,  
pocos pagan con la vida  
los ricos ¿por qué razón?<sup>10</sup>.*

La coyuntura económica, incidentalmente feliz, iniciada al mediar el siglo pasado creó fortunas impresionantes para la época. La elite emergente construyó palacios y edificios inspirados en el gusto europeo. La capital vio levantarse una arquitectura rutilante, pero el rostro de la ciudad continuó ensombrecido por el conventillo y la *cité*. La “tugurización” de Santiago fue una realidad impactante que promovió el debate periodístico y parlamentario ... y el reclamo del poeta popular:

*El pueblo vive oprimido  
en un cuarto nauseabundo  
de aquel conventillo inmundo  
que el arriendo le han subido;  
allí vive acometido  
por microbios purulentos<sup>11</sup>.*

El tono esperanzado y optimista no estuvo ausente en la voz del pueblo. Juan Bautista Peralta recuerda que:

*La Lira siempre ha abogado  
porque se hagan poblaciones  
con limpias habitaciones  
por cuenta del propio Estado  
por el obrero esforzado  
viviría como gente  
así el gobierno realmente  
construyera casitas  
higiénicas y bonitas  
y baratas francamente*

<sup>10</sup> Daniel Meneses: “Versos de la desigualdad entre el rico y el pobre”. Col. Amunátegui.

<sup>11</sup> Abraham Jesús Brito: “Guerra a la carestía”. Col. Lenz.

*Así abría competencia  
y sin apelar a leyes  
viviríamos como reyes  
los hijos de la indigencia  
salud, limpieza y decencia  
daría al pueblo el Gobierno  
su nombre sería eterno  
por más que fuese sencillo  
y entonces el conventillo  
irá a parar al infierno<sup>12</sup>.*

El conventillo y su entorno social ocupó un lugar en la novela y el cuento, trasladando a la literatura el día a día de un microcosmo doliente y siniestro. El tema alcanzaría su paradigma en *La viuda del conventillo* de Alberto Romero (1930) y *La sangre y la esperanza* de Nicomedes Guzmán (1943).

La mendicidad y el vagabundaje fueron la "otra herencia" de la sociedad colonial y se mantuvieron incommovibles durante los años republicanos. Los relatos de viajeros y cronistas comentan o insinúan discretamente la presencia de "malentendidos", vagos y mendigos en el medio rural y urbano.

Un estamento sin filiación social, desarraigado, dispuesto siempre a la asonada o al bandillaje cuando la ocasión lo favorecía. Estos elementos, decantados por una estructura de clases, preocuparon a la dirigencia política y a la jerarquía eclesiástica; ambas, con perspectivas diferentes entregaron fórmulas para la supresión, pasiva o violenta. No debe extrañar entonces que en 1872, Benjamín Vicuña Mackenna, brillante intendente de Santiago, dictara un decreto prohibiendo el ejercicio de la mendicidad. El periodismo comentó el insólito documento, alabando o impugnando sus intenciones. *El Independiente* editorializaba en mayo de ese año:

"Estamos cansados de oír que en Santiago nadie se muere de hambre; y entre tanto los que han vivido algunos años visitando a los pobres a domicilio, los que saben cómo viven, dónde viven, y con qué viven, saben que no exageramos afirmando que de diez párvulos que se mueren en la clase menesterosa, cinco al menos mueren de hambre y de miseria, y que de diez adultos, tres mueren por esa misma causa"<sup>13</sup>.

El mendigo es un personaje obligado en el paisaje urbano de Chile, diríamos "folclorizado" por su persistencia y un referente para muchas generaciones que conservan sus apodosos y anécdotas en los recuerdos de infancia. Bernardino Guajardo dejó estos versos, en 1881, al asumir Domingo Santa María:

<sup>12</sup> Juan Bautista Peralta: "Por fin el gobierno decreta la rebaja del 20 por ciento". Archivo del autor.

<sup>13</sup> *El Independiente*. 3 de mayo, 1872

*Uno sale a recorrer  
por las calles y caminos  
y está lleno de mendigos  
que da lástima de ver.  
Esto le doy a entender  
hoy al nuevo presidente  
haga que toda la gente  
pueda vivir otra vez  
y que destierre después  
la miseria al indigente<sup>14</sup>.*

La devaluación monetaria y la baja del cambio, fenómeno endémico en la economía nacional, golpeó dramáticamente a los pobres de la ciudad que resintieron las debilidades de una economía dependiente y la incapacidad de las minorías gobernantes, siempre atentas a cautelar sus intereses e inversiones. Los sutiles debates de ministros y economistas no alcanzaron al estrato popular, pero estos versos no admiten dudas:

*En grande abismo está el pobre  
y es preciso que se ataje,  
por mucho que este trabajo  
no conserva nunca un cobre;  
aunque este no lo malogre  
dinero no guarda en caja  
menos comprará una alhaja,  
porque hoy el rico usurero  
atacando al despachero  
el cambio se halla de baja<sup>15</sup>.*

El detalle fue asimilado por el poeta y las consecuencias no escaparon a su agudeza:

*Veintitres cobres cabales  
es lo vale hoy un peso  
y estando hundido por eso  
hay que remediar los males.*

La depresión económica se prolongó en el siglo actual y los signos oscuros de la miseria quedaron en la sociedad chilena con caracteres definitivos:

<sup>14</sup> "Abajo la miseria". Col. Lenz

<sup>15</sup> Adolfo Reyes: "La baja del cambio". Col. Lenz.

*El arriendo está muy caro  
De todita habitación,  
En muy triste situación  
Por causa del rico avaro  
Sin hallar ningún reparo;  
Se ve el pueblo delirando  
Por todas partes reinando  
Está la peste y el hambre  
De miseria como alambre  
El pobre se está quejando*<sup>16</sup>.

En la década del veinte –tiempo de crisis y conflictos políticos– el panorama seguía inmovible. Juan Esteban Montero, recibió este llamado de Juan Bautista Peralta, al asumir provisionalmente el poder:

*Por favor Sr. Montero,  
escuche por compasión  
esta queja y petición  
que le formula un obrero,  
don Juanito, desde Enero  
a que no sé trabajar,  
mucho menos almorzar,  
por lo cual mis tripas vanas  
pasan tocándome dianas  
en la guata sin cesar*<sup>17</sup>.

La carestía, la escasez y los abusos del comercio menudo eran los efectos residuales del quiebre que, obviamente, sufrían los desposeídos. Rosa Araneda no necesitó motivaciones para expresar este sombrío panorama:

<sup>16</sup> El Ñato Quillotano: "La ruina del pobre". Col. Lenz.

<sup>17</sup> Juan B. Peralta: "Quejas y peticiones de un rotito al nuevo Presidente en La Moneda". Archivo del autor.

*El sueldo no está alcanzando  
 con esta vida tan cara  
 me contaba doña Clara  
 cuando estaba cocinando  
 El té está por las alturas  
 fideos y tallarines  
 zapatos y calcetines  
 la grasa y la levadura.  
 Los pulpos con gran frescura  
 lo están todo fondeando  
 el pan se sigue achicando  
 que diremos de la leche  
 y pa' hacer un escabeche  
 el sueldo no está alcanzando<sup>18</sup>.*

Para muchos la emigración se presentó tentadoramente. El atractivo de “comenzar otra vida”, nuevamente apareció en el imaginario popular:

*emigrar a la Argentina  
 piensan muchos del país  
 en un estado infeliz  
 hasta que cese la ruina.*

La poetisa, sensible e intuitiva, versificó acerca de “la ruina del chileno y protección del extranjero”, dando una visión inmediatista pero sincera acerca del inmigrante que arribaba al país, protegido por una legislación sentimentaloides e inmadura, aunque no discrimina a aquellos que lograron una situación después de años (o generaciones) de sacrificios y privaciones en un entorno extraño conmovido por contradicciones profundas.

*De Europa vienen millones  
 Que la suerte los maltrata,  
 a juntarse a Chile plata  
 Por sacos y por montones.  
 De aquellas vastas regiones  
 Llegan esos hombres viles  
 Como grandes varoniles  
 Y luego se hacen feliz,  
 porque hallan en mi país  
 Quien lo habilite con miles.*

<sup>18</sup> Rosa Araneda: “La carestía”. Col. Lenz.

*De los empleos mejores  
siempre son los preferidos;  
del nacional distinguidos  
Como ricos inventores;  
Puestos y grandes honores  
Se le da al todo el que viene<sup>19</sup>.*

La conciencia de los trabajadores, galvanizada por la pobreza y la marginalidad, les obligó a repensar su presencia en el espectro social. El obrero y el “roto” fueron idealizados como paradigmas del trabajo creador y símbolos de la rebeldía. A comienzos de siglo circuló una curiosa “Marsellesa socialista”, cuyo anónimo autor declamaba apasionadamente:

*Vamos hijos del trabajo  
A afianzar la libertad  
Que otra vez el sangriento estandarte  
Los tiranos pretenden alzar.  
Ved cruzar por esas calles  
A esa turba cobarde y audaz  
Fusilar a los rotos pretenden  
Y arrasar con la sangre su hogar!*

*Ciudadanos: la gloria presida,  
Del trabajo al obrero feliz,  
Y más tarde la patria querida  
Nuestros huesos podrá bendecir,  
De Bilbao, a la sombra bendita  
reclamemos altura y tesón,  
Invocando al pendón que se agita  
Haga en Chile triunfar la razón<sup>20</sup>.*

Con el mismo sentir, el tipógrafo Cosme Damián Lagos escribió en 1875 el “Himno del Obrero”. Dos años después, Valentín R. Molina le puso música, siendo ejecutado en 1879 en la Filarmónica Obrera de Santiago. Las estrofas finales cantaban que:

<sup>19</sup> Rosa Aranedá: “La ruina del chileno y protección del extranjero”. Col. Lenz.

<sup>20</sup> Anónimo: “Marsellesa socialista”. En honor de la futura libertad de los rotos. Col. Amunátegui.

*El obrero es el hombre más libre  
el obrero ante nadie se humilla  
Y aunque su alma parezca sencilla  
lleva un germen en sí de altivez.  
El será la paloma que siempre  
a los pueblos ventura procure;  
no palanca servil que asegure  
la preza de otros; su yugo después.*

*En sus venas circula la sangre  
que hace al hombre valiente y patriota,  
Mientras de ella le quede una gota  
sus derechos sabrá disputar.  
Del deber en la senda del mundo  
seguirá con anhelo la vía  
su bandera, su norte, su guía  
libertad y progreso será<sup>21</sup>.*

El largo y tortuoso camino en busca de justicia y equidad estuvo jalonado de episodios traumáticos que la poesía popular recogió, divulgando el heroísmo cotidiano de esos "rebeldes primitivos" que oscuramente comprendieron que "alguna vez" debían responder a la indiferencia. El siglo presente se abrió con la trágica tarde del 21 de diciembre de 1907, en la plaza aledaña a la Escuela Santa María, en Iquique, donde cerca de dos mil obreros salitreros fueron inmolados:

*Sublimes víctimas que bajaron  
Desde la pampa, llenas de fe  
Y a su llegada lo que encontraron  
la ruin metralla tan solo fue<sup>22</sup>.*

La masacre fue conocida en detalle por los informes de prensa y el testimonio de quienes vivieron esa jornada que paralizó momentáneamente al movimiento sindical.

Juan Bautista Peralta escribió sobre "La horrible matanza de Iquique":

<sup>21</sup> Osvaldo López: *Diccionario Biográfico Obrero* (Santiago, 1912) págs. 2-3.

<sup>22</sup> Francisco Pezoa: "Canto a la huelga" - "El Despertar de los trabajadores". Iquique, 20 de diciembre, 1913.

*En esa ciudad gloriosa  
Teatro ayer del heroísmo,  
Hoy cuna del despotismo  
Se mata en forma horrorosa.  
Se fusila y se destroza  
A la multitud explotada,  
Sin haber obrado nada  
Que mereciera tal suerte;  
Esa ciudad llora inerte  
Sumamente acongojada<sup>23</sup>.*

El Congreso Social Obrero llamó a una huelga general que no tuvo eco. El mismo poeta lo consigna en estos versos:

*Los gremios de resistencia  
Que en el país hay formados,  
Ir a Montt han acordado  
Solicitando clemencia.  
Si en él no hallan condolencia,  
Nuestro Congreso Social  
Llamará en forma especial  
A los obreros de Chile,  
Para hacer en un desfile  
Una huelga general<sup>24</sup>.*

Más tarde el "oro blanco" volvería a teñirse de rojo en San Gregorio (1921), La Coruña (1925) y Pedro de Valdivia (1956) y, en fin, donde se alzarán las voces que clamaban por un orden más justo y humanitario.

Las obligaciones impuestas por el servicio en la "guardia nacional" y la recluta forzosa para el ejército y la armada fueron una constante pesadilla para los estratos populares que interpretaron estos deberes como otra forma de opresión. Hasta 1900 cuando se implanta el Servicio Militar Obligatorio, las unidades debían completar sus dotaciones con voluntarios que servían por cinco años, pero el rechazo a la vida militar, llevó a la conscripción violenta, en campos y ciudades.

<sup>23</sup> Juan B. Peralta: "Sobre la horrible matanza de Iquique". Col. Amunátegui.

<sup>24</sup> Juan B. Peralta: "A raíz de la matanza". Col. Amunátegui.



*Siendo guaina me agarraron  
mientras andaba vaqueando  
gente que andaba enganando  
y en un cuartel me filiaron;  
a la cuadra me llevaron  
en contra todo mi agrado  
como al mes fui acariciado  
por membrillana varilla,  
por esta razón sencilla  
yo no quiero ser soldado<sup>25</sup>.*

La falta de presupuesto para el ejército fue un problema crónico durante el siglo pasado y el actual. La paga destinada a la tropa, según un Ministro de Guerra “es inferior al diario de que disfruta el último de los jornaleros”.

*Y cuando el mes se desliza  
y cobra lo que ha ganado,  
nota que le han descontado  
la mitad de lo que gana,  
le pagan una nuez vana  
y el trabajo redoblado<sup>26</sup>.*

Los castigos físicos –azotes y palos– eran parte de la rutina cuartelera e incluso durante Guerra del Pacífico se aplicaron ostentosamente. La introducción de reglamentos prusianos y la profesionalización del ejército modificaron la crueldad del régimen disciplinario y disminuyeron las deserciones masivas.

Las contiendas electorales –rito secular del liberalismo– garantizaban el ejercicio democrático del poder, según predicaban sus doctrinarios desde 1810. Sin embargo, la realidad mostraba el rostro patético y carnavalesco de la “cosa política”, manejada por una elite que decidía en los salones y en los bancos la postulación y elección de los “representantes del pueblo”.

En 1901, Enrique Mac-Iver declaraba amargamente:

“¡Cuántos esfuerzos y cuantos sacrificios costó el derecho electoral! Esa conquista del trabajo de muchos años, ese fruto de las lágrimas de nuestras mujeres y de la sangre de nuestros conciudadanos, ese precio de la energía y de la perseverancia de nuestros políticos y del pueblo, esa base de nuestras instituciones, del buen gobierno y del orden público, es mercancía que se compra y que se vende, materia que se falsifica, tema de una burda y siniestra comedia<sup>27</sup>.”

<sup>25</sup> Rómulo Larrañaga: “Quejas de un soldado”. Cit. por Juan Uribe E.: *Canciones y poesías de la Guerra del Pacífico*, pág. 109.

<sup>26</sup> *Op. cit.*, pág. 109.

<sup>27</sup> Discurso en El Ateneo de Santiago el 1 de agosto de 1900. Cit. por Sergio Grez T. en *La “cuestión social” en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)* (Santiago. 1995), pág. 519.

Bernardino Guajardo confirma en sus versos la tragicomedia de las elecciones y las votaciones, que periódicamente convocaba a los ciudadanos, en medio de sonoros discursos y violentos encuentros callejeros:

*Los temibles oficiales  
o de Satanás, ministros,  
despedazaban registros  
y herían a los vocales;  
como fieras infernales  
profanaban lo sagrado;  
hemos visto y presenciado  
lo que dice aquel adagio:  
para vender su sufragio  
unos se han calificado*<sup>28</sup>.

Las jornadas "cívicas" eran minuciosamente preparadas por el oficialismo a través de sus agentes territoriales e igual tarea asumía la oposición que pretendía usufructuar del poder o coaccionar a sus titulares mediante mayorías parlamentarias obstruccionistas.

Claro está, la pugna ideológica –en la prensa o el folleto– se dirimía, finalmente, a punta de palos y sablazos repartidos selectivamente por grupos especialmente aleccionados.

*A estos valientes les dieron  
algunos tragos de chicha,  
y otros tragos de aguardiente  
válgame Dios que desdicha,  
y con esto se pusieron  
los rotos como una víbora.*

*Después de recibir órdenes  
ya todos se repartían  
en distintas direcciones  
según el mando que había*<sup>29</sup>.

El escepticismo y la amargura de los estratos populares era explicable, pues luego de las elecciones nada parecía cambiar. El "mundo feliz" ofertado por los candidatos desaparecía al día siguiente y continuaba la pobreza secular junto al desdén del patriciado, que con igual ligereza olvidaba lo prometido.

<sup>28</sup> Bernardino Guajardo: "Las elecciones y las votaciones". Col. Lenz.

<sup>29</sup> Bernardino Guajardo: "Noticias electorales". Col. Lenz.

*A dónde vamos a dar  
con semejante doctrina;  
allí están chupa que chupa  
la teta día por día,  
y el pobre pueblo paciente  
tiene la gran garantía  
de ser hacheado y sableado  
con la mayor villanía<sup>30</sup>.*

Juan Bautista Peralta lúcidamente versificó sobre esta fatal opción que motivaba incidentalmente a las masas y que tardíamente pudo quebrar cuando las colectividades políticas de raigambre popular se crearon un espacio en el sistema parlamentario.

*¡Cuidado con los Pilatos!  
¡Alerta, tú, Democracia!  
Es una infame desgracia  
ir con estos altaneros  
¡No sé cómo los obreros  
siguen a la aristocracia!*

*no seamos ignorantes,  
trabajemos más constantes  
para podernos unir  
y jamás nunca seguir  
a los partidos farsantes<sup>31</sup>.*

## CONCLUSIONES

Develar la conciencia histórica del “pueblo profundo” en Chile es, sin duda, una empresa plena de dificultades y exigencias. La limitante lógica de las fuentes (percibibles) y el prejuicio institucionalizado, conspiran febrilmente para lograr el rescate de las “otras voces” que se escucharon en calles y plazas, testimoniando el sentir de los desposeídos.

Los poetas populares, esos “bardos carnales transhumados” como los llamó Pablo Garrido<sup>32</sup> dejaron en sus versos ingenuos y rebeldes el sentir de los “eternos ausentes” que, sin embargo, construyeron una nacionalidad con energía, devoción y sufrimiento. No encontraremos en ellos una declamación amarga y desesperada, sino una arenga que convoca la esperanza y la solidaridad.

<sup>30</sup> Bernardino Guajardo: “Noticias electorales”. Col. Lenz.

<sup>31</sup> Juan Bautista Peralta: “Lo que es la clase obrera proletaria en Chile”. Col. Lenz.

<sup>32</sup> Pablo Garrido: *Biografía de la cueca* (Santiago, 1976), pág. 94.

Muchos autores reconocieron filas en el Partido Democrático y otras entidades representativas de los intereses colectivos. Esta conciencia (ahora política) clarificó sus ideas –anárquicas o sentimentales, a veces– y cimentó una percepción más combativa que, obviamente, se trasladó a sus décimas. Juan Bautista Peralta, Rosa Araneda, Adolfo Reyes, Nicario García, Rómulo Larrañaga y Juan Rafael Allende unieron a su talento e intuición, el carisma del militante.

El quehacer de una novel generación de escritores y ensayistas ha captado el potencial de la poesía popular como fuente historiográfica, quebrando el esquema consagrado que la condenó al silencio.

El protagonismo de los humildes revive, entonces, como un acto de justicia y reivindicación. La historia como acción humana y social no puede olvidar a nadie; ni menos a aquellos que cantaron la rebeldía contra un orden compulsivo e injusto.

## LOS PARTIDOS POLÍTICOS DURANTE EL GOBIERNO DE SALVADOR ALLENDE: UN INTENTO INTRODUCTORIO DE HISTORIZACIÓN

*Luis Corvalán Márquez*

En este trabajo procuro sintetizar un esfuerzo introductorio de historización del comportamiento de algunos partidos políticos durante el gobierno de Salvador Allende.

Sociólogos y científicos políticos se han referido a las falencias del sistema de partidos existente hasta 1973, viendo en ellos una de las causas del derrumbe institucional de este año. Han hecho también diversas apreciaciones sobre las diferencias de estrategia existentes entre unos y otros y su relación con dicho derrumbe<sup>1</sup>. Pero una historización propiamente dicha del comportamiento de cada colectividad es algo que, en rigor, está todavía pendiente. Tal es el ámbito en el que, en forma preliminar, este artículo incursiona.

El esfuerzo por reconstruir el comportamiento de los partidos políticos para el lapso señalado lo abordo, sin embargo, paralelamente a una tesis determinada, que podría resumirse así. En los dos bloques antagónicos en que terminó dividiéndose el campo político durante el gobierno de la UP (oposición y gobierno) hubo partidos que se caracterizaron por una concepción y una práctica política gradualista e institucional y otros evidenciaron una concepción y una práctica rupturista.

Entenderé por concepciones gradualistas e institucionales a aquellas que buscaban mantener el marco institucional de los conflictos respetando, por tanto, sus normas, aunque fuese con el fin de modificar dicho marco desde su interior y llevar a cabo un cambio social general. Entenderé por concepciones rupturistas a aquellas que tendían a deslegitimar el marco institucional de los crecientes conflictos políticos y sociales y que buscaban imponer sus proyectos mediante desenlaces integrales, lo que, en fin, suponía de una u otra forma, la ruptura del orden institucional, sea por la vía de un golpe de Estado, una revolución armada y otros medios análogos.

Postularé que los partidos gradualistas e institucionales eran esencialmente el PDC, con su tesis sobre el orden institucional como el único marco legítimo para operar cambios estructurales; y el comunista, con su concepción sobre la vía pacífica y electoral para acceder gradualmente al socialismo a través de una serie de fases intermedias<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Véase, entre otros, Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulian, *Análisis Coyuntural y Proceso Político*, Ed. Universitaria Centroamericana, San José de Costa Rica, 1978; Arturo Valenzuela, *El Quiebre de la Democracia en Chile*, FLACSO, Santiago, 1989; P.E. Sigmund, *The Overthrow of Allende, and the politics of Chile, 1964-1976*, University of Pittsburg, 1997; F. Gil, R. Lagos, H. Lansberger y otros, *Chile 1970-1973. Lecciones de una experiencia*, Ed. Tecnos, Madrid, 1977; M.A. Garretón, *El Proceso Político Chileno*, FLACSO, 1983; Tomás Moulian, *Socialismo y Democracia*, FLACSO, 1983.

<sup>2</sup> Ciertamente que existían otros partidos gradualistas e institucionales, entre los cuales podemos mencionar al Radical, el Social Demócrata, el API, etcétera.

Sostendré que entre las colectividades rupturistas figuraban el Partido Socialista y el MIR, quienes desde los sesenta explícitamente pasaron a reivindicar la luchar armada y la ruptura de la "institucionalidad burguesa" como medio para avanzar hacia el socialismo. También el Partido Nacional el que, entre 1970 y 1973 buscó por todos los medios crear condiciones de ingobernabilidad en el país que obligaran a una intervención de las FFAA.

Para argumentar esta tesis procederé a historizar el comportamiento de los dos partidos ejes de cada bloque, es decir, el Nacional y el Demócratacristiano, por un lado, y el Socialista y el Comunista por el otro.

Como corolario, visualizaré el derrumbe institucional del 11 de septiembre desde este esquema de comportamiento de los partidos.

En relación a dicho derrumbe existe cierto consenso en que fue el resultado de una polarización inédita de los conflictos políticos en el país. Sin embargo, al momento de definir los factores de dicha polarización emergen los matices y discrepancias. Alejandro Foxley sostiene que dicha polarización, y el subsecuente derrumbe institucional, fue el producto de la existencia de proyectos globales cerrados y excluyentes, incapaces de dialogar y llegar a acuerdos<sup>3</sup>. Tomás Moulian, entre otros factores, subraya que la crisis estatal fue el producto de la imposibilidad de construir una alianza entre la izquierda y el centro, que sumara a las clases medias. La imposibilidad de tal alianza entre 1970 y 1973, según Moulian se debió, en lo esencial a que "la estrategia de cambio utilizada por la Unidad Popular significaba quebrar la forma tradicional de la política de compromiso, cuyo principal espacio de negociación era el parlamento"<sup>4</sup>. Contra ello habrían reaccionado las clases medias, en torno a las cuales, por lo demás, se habían verificado hasta entonces las alianzas que daban estabilidad al sistema político<sup>5</sup>. Arturo Valenzuela afirma que la extrema polarización que dio lugar al quiebre de la democracia se debió al "fracaso en estructurar un centro político viable en una sociedad altamente polarizada con fuertes tendencias centrifugas"<sup>6</sup>. Otras hermenéuticas, como las de Mario Góngora<sup>7</sup> y Gonzalo Vial<sup>8</sup>, visualizan el derrumbe del 11 de septiembre como la culminación de un largo proceso de decadencia de la nacionalidad cuya única forma de reversión habría consistido en una inevitable intervención militar.

Por mi parte, la historización del comportamiento de los partidos durante 1970-1973, me lleva a pensar que la inédita polarización de los conflictos políticos que abrió paso al derrumbe institucional fue sobre todo el resultado de: 1) la gran habilidad táctica del sector rupturista de la oposición, es decir, del PN, el que, por razo-

<sup>3</sup> Alejandro Foxley, *Algunas condiciones para una Democracia estable*, Colección Estudios CIEPLAN, diciembre de 1982.

<sup>4</sup> Tomás Moulian, *Socialismo y Democracia*, FLACSO, 1983, pág. 151.

<sup>5</sup> Los otros dos factores de la crisis estatal señalados por Moulian son: "el desarrollo de una crisis de funcionamiento de la sociedad, expresada principalmente en el desabastecimiento y el desorden político; y la incapacidad de la Unidad Popular de proporcionar una dirección coherente". *Op. cit.*, pág. 150.

<sup>6</sup> Arturo Valenzuela, *El Quiebre de la Democracia en Chile*, FLACSO, 1989, pág. 166.

<sup>7</sup> Mario Góngora, *Ensayo Histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Ed. la Ciudad, Santiago, 1981.

<sup>8</sup> Gonzalo Vial, *Historia de Chile*, Ed. Santillana, tomo I, Santiago, 1987, Prólogo.

nes que escapan a los alcances de este artículo, persistentemente orientó a las fuerzas sociales en las que tenía influencia en una perspectiva desestabilizadora, intentado, a la par, sumar para ella, no sin éxito, al conjunto de la oposición<sup>9</sup>; 2) el considerable peso que, a su vez, las fuerzas rupturistas alcanzaron en la izquierda (en el llamado "polo revolucionario"), las que, al igual que la derecha, impulsaban una política que contribuía a deslegitimar el marco institucional de los conflictos, negándose, a la par, a toda solución de compromiso, con lo cual, por lo demás, se impedía toda expansión de la UP hacia el centro; y 3) la inexistencia, —en el marco de un sistema de partidos de "pluralismo polarizado"— de un centro pragmático capaz de dar, a través de un acuerdo moderado con el gobierno, una contribución significativa a la despolarización del escenario político. En su lugar existía un centro ideologizado y con fuerte vocación de poder: el PDC. Este, pese a que aspiraba a conseguir sus metas sin romper el marco institucional, en razón de sus características, terminó más bien contribuyendo a la polarización del escenario nacional<sup>10</sup>.

A mi juicio, al terminar teniendo más peso la lógica de los partidos rupturistas en el cuadro político, y al no existir un centro pragmático capaz de materializar un acuerdo estabilizador con el gobierno —cuestión que permanentemente persiguió el presidente Allende y la izquierda gradualista— se dio paso a la deslegitimación del marco institucional de los conflictos. Se generaron así las condiciones para un desenlace catastrófico, con victorias y derrotas totales, con la consiguiente liquidación no sólo del régimen democrático, sino también del llamado "estado de compromiso" instaurado en los treinta. Eso fue lo que finalmente vino a significar el 11 de septiembre.

Tales son las tesis que, por tanto, presiden este intento, preliminar y esquemático, de historización del comportamiento de los partidos para el lapso 1970-1973. Para dichos efectos procederemos a distinguir para cada uno de los cuatro partidos elegidos, ciertas fases a través de las cuales se materializaron sus prácticas y racionalizaciones.

#### GRADUALISMO Y RUPTURISMO EN LOS PARTIDOS DEL BLOQUE OPOSITOR

##### *El Rupturismo del PN*

Durante el gobierno de Salvador Allende, el PN se caracterizó por transitar rápidamente desde ciertas concepciones proto-rupturistas insinuadas durante los sesenta hacia un rupturismo abierto. Dicho rupturismo se materializó a través de las siguientes fases.

Primera fase: 4 de septiembre - 4 de noviembre de 1970. Durante este lapso la derecha se esforzó por evitar el ascenso de Salvador Allende a la presidencia. Al

<sup>9</sup>En "Para una reflexión de la historia política de la segunda mitad del Siglo XX", Revista *Mapocho*, N°40, sugiero una explicación sobre las razones de fondo que habría tenido la derecha para proceder de tal modo.

<sup>10</sup>Arturo Valenzuela, *Op. cit.*

respecto intentó una alianza con la DC para que se eligiera a Jorge Alessandri en el Congreso Pleno, quien renunciaría y daría paso a nuevos comicios donde la derecha apoyaría a la DC. Esta opción fracasó. Paralelamente grupos de extrema derecha intentaron un golpe de Estado, para lo cual trataron de raptar al comandante en Jefe del Ejército, quien, al resistir fue muerto por sus raptadores. Por tanto, la maniobra se frustró. Salvador Allende asumió la presidencia.

Segunda fase; desde el 4 de noviembre de 1970 al 6 de junio de 1971. Esta fase se caracteriza por los esfuerzos del PN en orden a mantenerse como actor relevante del cuadro político, evitar su aislamiento y levantar una iniciativa permanente contra el gobierno. En relación a esto último el PN inauguró una táctica orientada a impedir que el Ejecutivo funcionara normalmente, cuestión que debía lograrse mediante sistemáticas acusaciones constitucionales contra los ministros. Se esforzó también por introducir ciertos temores entre la clase media, lo que al final conducirá a que determinados sectores de la sociedad desarrollen respuestas reflejas frente al gobierno. Al mismo tiempo, el PN intentó sellar ciertas alianzas con el PDC, que por el momento fracasaron sucesivamente. De otra parte, se jugó por obtener buenos resultados en las elecciones municipales de abril de 1971.

Cuando perfilándose como un oposición "firme" el PN logró un 18.5% en los comicios municipales, había conseguido su meta de consagrarse como un actor relevante que, en consecuencia, podía diseñar acciones de perspectiva mayor. A ello se abocó el Consejo General de Osorno, celebrado los días 6 y 7 de junio de 1971.

Tercera fase: desde el 6 de junio de 1971 a marzo de 1972. El Consejo General de Osorno de hecho constituyó un paso sistemático y deliberado del PN desde el protorrupturismo de los sesenta hacia un rupturismo claro. En función de ello llevó a cabo una importante redefinición ideológica. La colectividad, en efecto, en dicho evento resolvió "afirmar una concepción nacionalista"<sup>11</sup>, apta para agrupar a los más amplios estratos medios y del pequeño empresariado en una lucha frontal y desestabilizante contra el gobierno. Una definición nacionalista como la asumida era funcional a ese propósito en virtud de que permitía polarizaciones mayores ("la patria versus el comunismo internacional") y, por tanto, deslegitimaciones totales del adversario, además de un enardecimiento considerable de los estratos sociales a movilizar. El Consejo General de Osorno resolvió que el PN llevaría a cabo una "oposición integral", es decir, en todos los planos, tanto dentro del aparato estatal como en la sociedad civil. Este planteamiento suponía conseguir: a) la unidad de la oposición y estructurar el cuadro político en dos bloques que no negocian entre sí; b) establecer una vinculación orgánica entre el bloque opositor y los gremios movilizados en una perspectiva desestabilizadora, y; c) la hegemonía del PN sobre el PDC.

Desde junio de 1971 en adelante el PN logró impulsar movilizaciones gremiales contra el gobierno y desarrollar acciones tácticas con la DC, impactada por el asesinato de Pérez Zujovic. Incluso apoyó a este partido en distintos eventos electorales. Luego dio pasos más radicales orientados a la deslegitimación del gobierno. Así, a comienzos de septiembre el PN acusó al Ejecutivo de "abrir camino a la penetración soviética en América Latina"<sup>12</sup>.

<sup>11</sup> Véase *El Mercurio*, 7 de junio de 1971, pág. 26.

<sup>12</sup> *El Mercurio*, 8 de septiembre de 1971, pág. 21.



La DC, sin embargo, no se dejaba cooptar para una política tan confrontacional. El PN, en esos casos, respondía intentando hacerle pagar por ello un creciente costo político ante la base social opositora, presentándola como un partido débil, ingenuo y sucesivamente engañado por el "marxismo".

Bajo la política descrita, en noviembre el PN apoyó la convocatoria a una marcha de mujeres a propósito del desabastecimiento que ya empezaba a insinuarse. La marcha, llamada luego de las "cacerolas vacías", dio lugar a acciones de grupos paramilitares, los que durante dos días atentaron contra locales de partidos de gobierno y coparon una serie de calles en los barrios acomodados. Luego de realizada la marcha, el PN explicitó su voluntad de apoyar otras<sup>13</sup>. En diciembre, pues, se empezaba a evidenciar con claridad las metas desestabilizadoras de esta colectividad. El paso político desde proto-rupturismo al rupturismo tenía ahora claramente su traducción al terreno práctico.

En enero de 1972, mediante pactos de omisión, los opositores unidos derrotaron al gobierno en dos elecciones complementarias. En febrero la oposición unida logró que el Congreso aprobara el proyecto de Hamilton Fuentealba, que impedía al gobierno pasar empresas al Área de Propiedad Social sin el acuerdo previo del Parlamento. La Unidad Popular retrocedía claramente. Así se llegó a marzo de 1972.

Cuarta fase: marzo-octubre de 1972. Habiendo logrado ya pasar a la ofensiva y arrastrar a la DC a algunas acciones importantes, el PN, en esta fase, empezó a reflexionar sobre el desenlace definitivo del conflicto. En virtud de ello su rupturismo se hará cada vez más evidente. En marzo de 1972 planteó de un modo elíptico el problema del desenlace del conflicto político cuando postuló que "el comunismo internacional y sus aliados habían iniciado el asalto al poder"<sup>14</sup>. Frente a ello, a juicio del PN, sólo cabía encarar con más energía al gobierno. En virtud de lo mismo fue que -aparte de impulsar movilizaciones sociales cada vez más fuertes- rechazó los diálogos que, a fin de distensionar el cuadro político, en junio llevó a cabo la DC con el Ejecutivo. El PN consecuente con su política rupturista y con su perspectiva de reflexionar sobre el desenlace definitivo del conflicto, se manifestó contrario a cualquier solución negociada: "no compartimos la teoría de que es necesario negociar ante la amenaza de un enfrentamiento..." pues "por este camino se llega a las peores concesiones y transacciones"<sup>15</sup>, señaló.

Esta tesis de una u otra forma fue ratificada el 24 de junio, cuando en su Consejo de La Serena, el PN explicitó la necesidad de resolver a la brevedad el conflicto político: "el tiempo corre en favor del marxismo", se dijo, por lo que "los demócratas debemos buscar un desenlace rápido antes de que el Congreso sea sólo un edificio decorativo"<sup>16</sup>. El 16 de julio, el General (R) Labbé, a nombre del PN, pronunció un discurso por cadena parcial de emisoras, el que giró en torno a dos cuestiones: a) la ilegitimidad del gobierno y el derecho a no prestarle obediencia; y b) los factores del desenlace de la lucha en curso. En relación a esta última cuestión en

<sup>13</sup> Véase la declaración del PN aparecida en *El Mercurio* del 3 de diciembre de 1971, pág. 25.

<sup>14</sup> Inserción Pública del PN, *El Mercurio*, 10 de marzo de 1972, pág. 21.

<sup>15</sup> *El Mercurio*, 17 de junio de 1972, pág. 25.

<sup>16</sup> *El Mercurio*, 25 de junio de 1972, pág. 25.

el discurso se ponderaron tres variables: 1) el apoyo de la sociedad civil a una política rupturista; 2) la posición de las FFAA, y 3) la situación geopolítica del país. La conclusión del análisis fue categórica: “están dados todos los factores para superar la crisis que vivimos e iniciar después de esta experiencia, una nueva etapa de unidad nacional, de progreso y de expansión de la nacionalidad”<sup>17</sup>.

En agosto, —luego de que el movimiento de los pequeños y medianos empresarios y comerciantes había generado nuevas expresiones orgánicas, como los comandos multigremiales—, y con posterioridad al fracaso del diálogo entre el gobierno y la DC, el PN logró ensamblar un bloque con este partido en la perspectiva de una ofensiva general. El 21 de dicho mes se produjo el primer paro nacional del comercio contra el gobierno, recibiendo el apoyo activo de todos los gremios empresariales y de muchos profesionales. Apoyado en esa base social movilizad y crecientemente enardecida, al mes siguiente, el 25 de septiembre de 1972, en su Consejo Panimávida, el PN insistió: “el tiempo está corriendo en contra nuestra”, “no hay Ejército Rojo que nos pueda invadir y nuestras Fuerzas Armadas jamás se prestarán para ningún tipo de dictadura”<sup>18</sup>. Tres días después, en plena consonancia con la temática del desenlace del conflicto colocada en el tapete desde marzo en adelante, el PN planteó el concepto de “Resistencia Civil”.

En consecuencia, a la altura de septiembre de 1972, luego que desde le año anterior se había logrado levantar un fuerte movimiento de un sector de la sociedad civil en contra del gobierno; después que se hubo evidenciado la posibilidad de arrastrar a la DC a determinadas acciones cada vez más radicales, y, en fin; luego de que el PN hubo reflexionado detenidamente sobre un desenlace no negociado del conflicto y ponderado sus variables sociales, políticas, militares y geopolítica, concluyendo en que el cuadro le era favorable, el próximo paso consistirá en lanzar iniciativas conducentes a operar tal desenlace arrastrando a la DC de hecho. Eso fue precisamente lo que se jugó durante el paro de octubre de 1972.

Quinta fase: octubre de 1972, marzo de 1973. El paro de los gremios opositores, que estalló a comienzos de octubre tenía ciertamente como meta poner fin al gobierno. Y esta meta por primera vez fue explicitada por el PN. En su diseño político, a la acción de la sociedad civil, en particular de los gremios, debía seguir la deposición de Allende por el Congreso, la que debía ser hecha valer por las FFAA. El 28 de ese mes el PN dio a conocer un documento titulado “La Responsabilidad del Congreso en la encrucijada de Chile” donde se explicitaba el señalado diseño político. Allí se interpeló a los militares instándoselos a que no siguieran sosteniendo al gobierno. Al mismo tiempo se afirmó que la definición del conflicto político tendría que venir “en plazo breve, mucho antes de la elección parlamentaria” de marzo de 1973. Polemizando implícitamente con la DC, el documento postuló una solución no meramente “electoralista”: Finalmente pidió al Congreso que depusiera a Allende<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> *El Mercurio*, 16 de julio de 1972, pág. 33.

<sup>18</sup> *El Mercurio*, 25 de septiembre de 1972, pág. 19.

<sup>19</sup> Véase el texto de este documento, publicado como inserción, en *El Mercurio* del 28 de octubre de 1972, pág. 25.

El gabinete con participación de las FFAA que luego formó el Primer Mandatario desarmó la estrategia del PN el que, entonces, se vio obligado a replantear su meta de poner fin al gobierno postergándola para luego de las elecciones parlamentarias de marzo, en las que se esperaba obtener los 2/3 que debían hacer posible la aprobación de una acusación constitucional contra Salvador Allende.

Sexta fase: marzo septiembre de 1973. En los comicios parlamentarios de marzo la UP obtuvo el 44% de los votos, con lo cual la estrategia de deponer al Presidente mediante una acusación constitucional se desmoronó. Entonces el PN explicitó su convicción de que era necesaria una pronta salida no electoral. “Mientras algunos dirigentes políticos opositores proyectan acciones electorales a largo plazo, los comunistas trabajan con el objetivo inmediato de acumular todo el poder en sus manos”<sup>20</sup>, declaró el PN. Al tiempo que volvía a pedir al Congreso que declarara la inhabilidad de Allende.

En medio de la huelga de El Teniente, las movilizaciones en contra de la ENU y sobre el APS, el 12 de mayo la JN insistió en la necesidad de una estrategia no electoral y que se abocara a “escoger, programar, de inmediato, una estrategia clara y coherente para enfrentar conjuntamente, de una vez por todas, el problema de fondo planteado: la lucha por el poder real”. Ello en virtud de que el conflicto había entrado “en la etapa de la definición final”<sup>21</sup>. Así el PN nuevamente explicitaba su estrategia rupturista.

El 17 de junio el PN declaró: “el señor Allende ha dejado de ser el Presidente constitucional de Chile”<sup>22</sup>. Ello en virtud de que su mandato estaría viciado por ilegitimidad de ejercicio. El 28 de junio, en inserción pública, declaró que no podía negarse que “la acción de las FFAA ha sido eficaz al impulsar el desarrollo de las naciones en que se han hecho cargo del gobierno”<sup>23</sup>. Al día siguiente advino el fallido intento de golpe de Estado conocido como el “Tanquetazo”, impulsado por Patria y Libertad.

Luego del “Tanquetazo” el PN llevó a cabo una ofensiva que resultó siendo la final, la que evidenció los siguientes aspectos: a) permanente, y más o menos velados o explícitos llamados a las FFAA para que intervinieran; b) intentos por caotizar la situación para demostrar que el gobierno no controlaba el país y c) aumento de la presión de los otros poderes del Estado sobre el Ejecutivo. En este marco, ante la solicitud de la Iglesia, la DC entró en el último diálogo con el gobierno, fijado para el 30 de julio. Sin embargo, el día anterior estalló una fuerte ola de atentados terroristas, aparentemente llevados a cabo por Patria y Libertad, que incluyeron el asesinato del edecán naval del Presidente Allende, atentados que continuaron hasta septiembre.

Ante ese cuadro la conclusión del PN fue categórica. En declaración pública señaló: “el gobierno ha sido definitivamente sobrepasado y ya no es capaz de garantizar el orden interno ni los derechos, la seguridad o la vida de las personas”.

<sup>20</sup> *El Mercurio*, 15 de abril de 1973, pág. 41.

<sup>21</sup> *El Mercurio*, 12 de mayo de 1973, pág. 11.

<sup>22</sup> *El Mercurio*, 17 de junio de 1973, pág. 35.

<sup>23</sup> *El Mercurio*, 28 de junio de 1973, pág. 31.

Y en referencia al diálogo que la DC se aprestaba a iniciar, sostuvo que las soluciones requeridas por el país se lograrían "sólo (mediante) la intervención de quienes representan los valores permanentes de la nacionalidad, por encima de las banderías políticas..."<sup>24</sup> lo cual haría "posible crear una nueva institucionalidad..."<sup>25</sup>.

Cuando el Presidente Allende, a comienzo de agosto, logró formar un gabinete con participación de los mandos constitucionalistas de las FFAA, el PN intentó hacer un distinguo entre los ministros uniformados y las instituciones armadas. Sostuvo que si los ministros no consultaron a sus respectivas instituciones, ello "significaría un distanciamiento entre los altos mandos y las instituciones mismas"<sup>26</sup>.

En los siguientes diez días se lanzó una ofensiva que se implementó simultáneamente en tres planos: a) a través de distintas acciones, se aisló a los altos mandos constitucionalistas del Ejército, que de hecho estaban siendo uno de los obstáculos principales para un desenlace rupturista (22 de agosto), lo que culminó con la renuncia de los generales Prats, Pickering y Sepúlveda y con la asunción del General Pinochet como Comandante en Jefe de la institución; b) se lanzó un paro nacional de los gremios (21 de agosto), que luego se hizo indefinido y c) se verificó el pronunciamiento del Congreso, que tanto venía solicitando el PN, pidiendo de hecho a las FFAA que removieran al Presidente (22 de agosto). Todo simultáneamente. El marco institucional de los conflictos terminaba así de ser demolido.

El 6 de septiembre el PN llamó a impulsar los paros hasta que el Presidente Allende renunciara<sup>27</sup>. El 7 se presentó un proyecto de reforma constitucional para que no se pudiera remover los mandos militares (ya renovados) sin acuerdo del Senado, intentando así bloquear la última medida que Salvador Allende podría tomar para impedir el golpe.<sup>28</sup> El 11 se produjo el golpe. Entonces, el 13 el PN se autodisolvió luego de abdicar en las FFAA el rol de refundar el Estado sobre las ruinas del estado de compromiso. El rupturismo del PN había culminado con pleno éxito.

### *El Partido Demócrata Cristiano*

En la política gradualista del PDC es posible distinguir las siguientes fases.

Primera fase: 4 de septiembre - 4 de noviembre de 1970. Esta fase se caracteriza por el apoyo que decidió prestar el PDC a Salvador Allende en el Congreso Pleno a condición de que este se comprometiera a respetar el sistema institucional y las libertades democráticas. El marco institucional fue visto por la DC como la premisa para reaccéder al gobierno en 1976, de allí que se interesara en lograr un acuerdo con la UP a los efectos de mantenerlo plenamente vigente. En este contexto el PDC proclamó que sería alternativa a la izquierda, pero ahora desde la oposición.

Segunda fase: 4 de noviembre de 1970-9 de junio de 1971. Para el PDC esta fue una fase caracterizada por una pugna interna que giró en torno a la posición a

<sup>24</sup> *El Mercurio*, 9 de agosto de 1973, pág. 8.

<sup>25</sup> *El Mercurio*, 29 de julio de 1973, pág. 5.

<sup>26</sup> *El Mercurio*, 12 de agosto de 1973, pág. 33.

<sup>27</sup> Véase *El Mercurio*, 6 de septiembre de 1973, pág. 19.

<sup>28</sup> *El Mercurio*, 8 de septiembre de 1973.

adoptar frente al Ejecutivo. Por el momento triunfó el sector progresista del partido, que se propuso apoyar al gobierno en lo que coincidiera con la propuesta DC y oponerse en lo referente al tipo centralizado de socialismo que se le atribuía. La DC se perfiló así como una alternativa de socialismo democrático, pluralista y descentralizado, compitiendo con el proyecto de la UP en la liza institucional. El asesinato de Edmundo Pérez Zujovic el 7 de junio terminó esta fase, cuando el sector conservador del partido quedó en mejores condiciones para presionar por un distanciamiento entre el PDC y el gobierno, cuyo correlato tenía que ser un acercamiento a la derecha.

Tercera fase: 9 de junio -agosto de 1971. Esta es una fase de crisis dentro de la DC. El acercamiento a la derecha que advino luego del asesinato de Pérez Zujovic encontró fuerte oposición en los sectores filoizquierdistas del partido, los que, luego de las elecciones complementarias de Valparaíso, ante la imposibilidad de impedir las alianzas tácticas con aquel sector resolvieron marginarse de la colectividad, dando lugar a la Izquierda Cristiana. Ello, a la larga, facilitará la vinculación de la DC con el PN en virtud de que tal relación dejará de encontrar suficientes resistencias dentro de la colectividad.

Cuarta fase: agosto - 1 de diciembre de 1971. Durante esta fase se produjeron una serie de oscilaciones tácticas en la DC. El énfasis inicial de la colectividad estuvo puesto en una fuerte acción opositora en torno a la crítica al gobierno en razón de que este impulsaba los cambios estructurales, en particular la constitución del APS, mediante una vía administrativa, por tanto, sin discutirlos en el Congreso. La DC pretendió detener al Ejecutivo en este propósito y llevar a cabo, con tales fines, movilizaciones sociales cooptando a la derecha, bajo el supuesto de que esta no representaba alternativa alguna.

Un segundo momento advino la segunda semana de septiembre, cuando la DC fuera advertida por el propio Ejecutivo, de la existencia de planes tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda, dirigidos a desestabilizar el sistema institucional. Entonces la DC distensionó las relaciones con el gobierno, al que reconoció como legítimo, conviniendo con él que a la brevedad el Ejecutivo enviaría un proyecto de ley destinado a dar una nueva normativa a la constitución del APS para así encausar institucionalmente el proceso de cambios. Al mismo tiempo, el PDC se alejó de la derecha y se abstuvo de apoyar en el Parlamento la acusación constitucional que el PN presentara contra el ministro Sergio Vuskovic. Así, el marco institucional de los conflictos, y del propio proceso de cambios, debía resultar fortalecido.

Un tercer momento advino la tercera semana de septiembre cuando el PDC reendureció su posición frente al gobierno en virtud de los ataques que Eduardo Frei recibiera de parte del PS. Esta cuestión constituía un punto muy sensible para la DC en vistas de que se lo vinculaba a las posibilidades electorales del partido en 1976. La imagen de Eduardo Frei, en efecto, era considerada como la carta de la victoria en esos comicios. En tal cuadro, la directiva progresista de la colectividad acusó a la UP de querer impedir "toda probabilidad de acercamiento entre el Presidente de la República y la DC".<sup>29</sup> Se puso así fin al apaciguamiento entre este

<sup>29</sup> *Ercilla* N° 1.890, pág. 11.

partido y el Ejecutivo. A comienzos de octubre el PDC presentó su propio proyecto sobre la Constitución del APS, –conocido como Hamilton-Fuentealba– el que estableció que cada empresa pasada al APS debía ser objeto de un ley en el Congreso. Paralelamente el PDC se embarcó junto con la derecha en una serie de movilizaciones sociales, que culminaron a comienzos de diciembre con la llamada “marcha de las cacerolas vacías”:

Quinta fase: desde la marcha de las “cacerolas vacías” a los comienzos del paro de octubre de 1972. Luego de la “marcha de las cacerolas vacías” la DC percibió que estaba en ejecución un diseño político desestabilizador en función del cual ella podía ser cooptada. Ante tal situación reaccionó sosteniendo que la DC enfrentaría “al gobierno en el ring democrático”. “Nuestros esfuerzos –sostuvo Renán Fuentealba, presidente del partido– estarán dirigidos a impedir las extralimitaciones y a mantener el libre juego de nuestras instituciones”<sup>30</sup>.

El 18 de marzo, el Consejo Nacional del PDC sostuvo que “sectores de la derecha están presionando fuertemente para acelerar la caída del gobierno y estimular también el enfrentamiento”<sup>31</sup>. La respuesta del PDC ante dicha situación consistió en “crear una zona de estabilidad democrática que conduzca a soluciones constitucionales y legales”<sup>32</sup>. Es decir, frente al diseño desestabilizador de la derecha, ahora percibido como viable, la DC opuso un intento por fortalecer el marco institucional de los conflictos.

Pero la dificultad política de esta opción consistía en que la derecha ya había logrado crear un clima tal de enardecimiento en la base opositora, que condicionaba a los propios militantes y sectores que apoyaban al PDC: “nuestra propia base nos presiona exigiendo cada vez más agresividad”, reconoció Renán Fuentealba en el Consejo Nacional de marzo”<sup>33</sup>.

Los esfuerzos estabilizadores y antipolarizadores de la DC se materializaron en un diálogo informal de este partido con el ministro de Justicia, a propósito de la cuestión de los vetos que el Ejecutivo pensaba interponer ante la aprobación, en febrero de 1972, del Proyecto Hamilton-Fuentealba en el Congreso. Este diálogo terminó fracasando y dio pábulo para el retiro del PIR del gobierno (abril).

Luego de ello la DC osciló nuevamente hacia la derecha. Se lanzó en conjunto con el PN en una serie de movilizaciones en Santiago y en provincias, que polarizaron el cuadro político, lo que dio lugar a una situación de permanentes enfrentamientos callejeros con los partidarios de la UP. Para evitar la polarización en curso, que ciertamente materializaba el diseño desestabilizador del PN, el PDC pese a los costos políticos que le implicaba, aceptó en junio la invitación a dialogar que le hiciera Salvador Allende luego de terminado el Cónclave de Lo Curro celebrado por la UP.

Durante las conversaciones se obtuvo un pre-acuerdo respecto a casi todas las cuestiones fundamentales. Se estipuló que pasarían alrededor de ochenta empresas estratégicas al Área Social; que a partir de allí todo eventual traspaso de una empre-

<sup>30</sup> *Política y Espíritu*, N° 329, pág. 700.

<sup>31</sup> *Política y Espíritu*, N° 331, pág. 73.

<sup>32</sup> *Política y Espíritu*, N° 331, pág. 73.

<sup>33</sup> *Política y Espíritu*, N° 331, pág. 73.

sa de un área a otra supondría una ley aprobada por el Congreso; se crearían empresas de trabajadores; se elaboraría una normativa que permitiera la participación laboral en las empresas del APS y mixta; se asignaría un fondo proveniente del sector fiscal destinado a financiar publicidad en medios de comunicación no estatales, etcétera. Subsistieron sin embargo, puntos no resueltos, como el de la nacionalización del sistema bancario y de la Papelera<sup>34</sup>. La DC no aceptó prolongar las conversaciones con el fin de despejar los temas pendientes. Había fijado 15 días para llegar a un acuerdo. Cumplido el plazo rechazó la propuesta del Ejecutivo en orden a fijar un tiempo adicional para dirimir las diferencias pendientes. Esta actitud, según Arturo Valenzuela, habría sido el resultado de una imposición del sector conservador del partido sobre la directiva progresista<sup>35</sup>.

Con ello se frustró la oportunidad de implementar un proceso de cambios apoyado en un consenso nacional mayoritario, operante por la vía institucional. Al mismo tiempo se incentivó la polarización ulterior de todo el cuadro político.

Luego del fracaso de las conversaciones la DC se orientó a inferirle al gobierno costos políticos que le obligaran a negociar su programa. Dos vías se visualizan al respecto: la movilización social y las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. "La elección de 1973— señaló un editorial del diario *La Prensa*— será un mecanismo de consolidación democrática, en la medida que el gobierno derrotado tenga que buscar, obligadamente, el mínimo consenso parlamentario que le permita gobernar este país..."<sup>36</sup>. De este modo, más que un acuerdo moderado con el Ejecutivo, el PDC perseguía su rendición incondicional, aunque sin romper el marco institucional.

El conjunto de movilizaciones sociales en los que se embarcó la DC junto a la derecha desde julio en adelante, culminó a comienzos de octubre, cuando estalló el paro general de los sectores empresariales y gremiales.

Sexta fase: desde el paro de octubre al 8 de mayo de 1973. Dos objetivos principales se planteó la DC durante el paro de octubre. Primero, se esforzó por que éste no fuera funcional al diseño político de la derecha. Al respecto Renán Fuentealba señaló: "no estamos buscando el derrocamiento del gobierno"; "hemos actuado democráticamente y nuestra presencia ha sido prenda de seguridad para no desvirtuar el conflicto, ni desviarlo de sus legítimas finalidades. Tenemos convicciones y principios que nos apartan de toda desviación golpista o totalitaria"<sup>37</sup>. El segundo objetivo que se propuso la DC consistió en que las FFAA se involucraron como garantes de la limpieza de los comicios parlamentarios de marzo, después de lo cual el gobierno debía capitular y transar su programa al salir derrotado. De tal modo, la DC persistía en su esfuerzo por mantener el marco institucional de los conflictos.

Los resultados electorales de marzo de 1973 fueron interpretados por la DC como una advertencia al gobierno "en el sentido de que el proceso de cambios debe llevarse a efecto con sujeción al régimen de derecho"<sup>38</sup>. En abril reiteró "su

<sup>34</sup> Para una visión detallada de los preacuerdos obtenidos entre el gobierno y el PDC en julio de 1972, véase Arturo Valenzuela, *El Quiebre de la Democracia en Chile*, FLACSO, 1989, pág. 206 y sigtes.

<sup>35</sup> Arturo Valenzuela, *op. cit.*, pág. 206 y sigtes.

<sup>36</sup> *La Prensa*, 23 de julio de 1972, pág. 3.

<sup>37</sup> *Política y Espíritu*, octubre de 1972, pág. 62.

<sup>38</sup> *Política y Espíritu*, N° 341, pág. 107.

permanente condición de movimiento revolucionario que lucha por la sustitución de los regímenes de injusticia...<sup>39</sup>. Al mismo tiempo se propuso levantar una alternativa de cambios en torno al eje DC-PIR en vistas a las elecciones presidenciales de 1976.

La línea del sector progresista del PDC que hasta entonces lidereaba al Partido terminó, no obstante, fracasando rotundamente, cuestión que se hizo patente en mayo de 1973. Dicha línea llegó a carecer de una base social en razón de la radicalización anti-UP del conjunto de la base opositora, incluyendo la de la propia DC., cuestión que de alguna manera reflejaba el éxito de la estrategia rupturista del PN. Tal radicalización se expresó en la relación interna de fuerzas al interior del PDC. En efecto, entonces, a comienzos de mayo de 1973, el sector conservador del partido emergió con fuerza pidiendo a Patricio Aylwin que asumiera la dirección de la colectividad. El sector progresista renunció a competir internamente conciente de que no tenía viabilidad alguna.

Séptima fase: desde el 8 de mayo al 11 de septiembre. En esta fase el PDC dejó de pedir rectificaciones al Presidente Allende y se orientó hacia "una posición categórica y decisiva de no dejar pasar una al gobierno"<sup>40</sup>. Aún así, todavía no propugnaba ponerle fin antes de 1976. Sin embargo, la situación cambió luego del "Tanquetazo" del 29 de junio. Entonces se evidenció que la solución armada estaba muy avanzada. La DC consideró que la ruptura institucional y la cuestión del poder total podía ser resuelta muy pronto en favor de alguno de los bandos polares, ante lo cual ella quedaría eventualmente marginada. El problema que se le planteó entonces fue el de cómo resituarse en tanto opción de poder.

En su evaluación la DC consideró que el peligro principal venía de la izquierda y que, por tanto, no cabía contribuir a la estabilización del gobierno, menos aún con el desarrollo que estaba alcanzado el Poder Popular y la toma de industrias. La solución por la que optó en esas condiciones consistió en una operación en que los militares entrarían al gobierno con atribuciones suficientes para cambiar a los mandos medios. Así, la UP resultaría desplazada del Ejecutivo y Salvador Allende debería gobernar con los uniformados, manteniéndose a la vez el marco institucional. Cuando a fines de junio el PDC a solicitud de la Iglesia aceptó la invitación del Presidente Allende para entrar en un nuevo diálogo, no lo hizo sino para imponerle al Presidente esta solución<sup>41</sup>.

Luego de fracasadas las conversaciones, durante agosto de 1973, la DC apoyó a los transportistas y a todo el movimiento de los gremios que intentaban paralizar al país. En ese contexto, el 8 de agosto, rechazó la solución ministerial implementada por el Presidente Allende por considerar que no llenaba los requerimientos de real participación de las FFAA en todos los niveles del Ejecutivo.

Al llevarse a cabo la ofensiva final de la derecha, la DC se sumó a ella, pero creyendo que las acciones en curso podrían servir a su propia salida. Así, participó

<sup>39</sup> *Política y Espíritu*, N° 342, pág. 70.

<sup>40</sup> *El Mercurio*, 14 de mayo de 1973, pág. 17.

<sup>41</sup> Al respecto véase la carta de Patricio Aylwin a Salvador Allende en *El Mercurio* del 3 de agosto de 1973, pág. 8.



y promovió el acuerdo del Congreso del 22 de agosto. Luego los objetivos políticos de la DC asumieron una variante nueva: forzar la renuncia de Salvador Allende para que a la brevedad pudieran ser convocadas nuevas elecciones en las que presentaría su candidato. Formalmente esta opción suponía la mantención del marco institucional. Para abrir paso a esa solución, el 9 de septiembre acordó que todos sus parlamentarios renunciaran a sus cargos para así forzar una actitud similar de los restantes y del propio Presidente<sup>42</sup>. Pero el golpe, según el diseño rupturista de la derecha, ya venía en camino.

El 13 de septiembre, consumado ya el golpe, la DC creía aún que la Junta de Gobierno podría ser funcional a su diseño político. Por eso llamó al país a colaborar con ella bajo el supuesto de que pronto llamaría a elecciones y restablecería el orden constitucional<sup>43</sup>. Sólo en 1974 comprobará que era la derecha la que había triunfado, y que el gradualismo institucional de la DC, en algún grado roto a última hora, había fracasado frente al rupturismo del PN.

#### GRADUALISMO Y RUPTURISMO EN LOS PARTIDOS DE LA UP

##### *El Partido Socialista*

La línea rupturista del PS podría periodificarse así.

1era fase; desde el 4 de septiembre al 4 de noviembre de 1970. Durante esta fase el PS se opuso enérgicamente al establecimiento de algún tipo de acuerdo con la DC en torno a la cuestión de la firma de las garantías constitucionales. El proceso revolucionario, a juicio del PS, debía apoyarse no en acuerdos con "sectores burgueses", sino en la base popular. Sin embargo, ante las presiones de la mayoría de la UP, debió ceder en esta coyuntura.

2da fase: desde el 4 de septiembre de 1970 a julio de 1971. Durante este lapso el PS reiteró, en su Congreso de La Serena (enero de 1971), sus concepciones rupturistas. El Congreso, en efecto, caracterizó la etapa política que vivía el país como "esencialmente transitoria"; conducente hacia un "enfrentamiento decisivo con la burguesía y el imperialismo". Además, el Congreso sostuvo que la burguesía se agrupaba esencialmente no tras la derecha, sino tras la DC, por lo que no cabía acuerdo alguno con ella; sostuvo también que el proceso revolucionario estaba entrabado por la "institucionalidad burguesa"; y, en fin, que el desenlace definitivo del conflicto político y el paso al socialismo debía producirse durante el gobierno de la UP<sup>44</sup>.

Estos planteamientos implicaban que, para el PS, la política era la esfera decisiva, y no la economía, como lo será para el PC.

Coherente con esa visión, luego de las elecciones municipales de abril de 1971 donde la UP obtuviera el 50% de los votos, el PS postuló que para avanzar a la resolución del conflicto político, más que seguir acumulando fuerzas, como plan-

<sup>42</sup> Véase la declaración de la DC en *El Mercurio* del 10 de septiembre de 1973, pág. 25.

<sup>43</sup> Véase la declaración del PDC en *El Mercurio* del 13 de septiembre de 1973, pág. 4.

<sup>44</sup> Véase las "Resoluciones del XXIII Congreso del PS" en *Punto Final* de febrero de 1971.

teaba el PC, se requería llevar a cabo un plebiscito que contribuyera a dirimir el problema del poder.

En junio el énfasis rupturista del PS se profundizó cuando, luego del asesinato de Edmundo Pérez Zujovic, sostuvo que había que “prepararse para el enfrentamiento definitivo que habrá de sobrevenir, porque la burguesía está acumulando fuerzas para intensificar su contraofensiva”<sup>45</sup>. No había, pues, que hacerse ilusiones sobre un proceso gradual.

En plena correspondencia con sus concepciones generales, la derrota de la UP en las elecciones complementarias de Valparaíso, en julio de 1971, fue interpretada por el PS como una manifestación del fracaso de la vía gradualista. “Una batalla de desgaste no nos favorece”<sup>46</sup>, declaró su Comisión Política. La colectividad se empeñará entonces en una ofensiva orientada a romper lo que calificara como “empate político”.

3era fase: desde julio de 1971 a marzo de 1972. Buscando implementar una ofensiva dirigida a romper el empate político, durante esta fase el PS se orientó a enfrentar a la DC, concebida como el “enemigo principal”. Tal concepción hacía que el PS viera con muy malos ojos todo acercamiento a dicha colectividad, como el que en septiembre de 1971 llevara a cabo el gobierno. Ese mes, el PS lanzó fuertes ataques a Eduardo Frei, acusándolo de sedición. En esa misma línea, en octubre definió a la DC como “los más decididos defensores del sistema de explotación que estamos reemplazando”<sup>47</sup>.

Por otro lado, la marcha de las cacerolas vacías reforzó la concepción del PS respecto a que en la perspectiva figuraba un enfrentamiento decisivo. Bajo ese supuesto durante la campaña electoral de enero de 1972 a celebrarse en las circunscripciones de Linares y O’Higgins y Colchagua, el PS enfatizó su radicalismo confluyendo con la del MIR y la IC en la llamada “Declaración de Linares”, que preconizaba expropiar todos los predios de más de 40 Hectáreas de riego básico y sin reserva. De tal modo, en la práctica se postulaba sobrepasar la Ley de Reforma Agraria. De otra parte, la “Declaración de Linares” representó un primer antecedente de la formación del llamado “Polo Revolucionario”, que, en torno al eje factual PS-MIR, enfrentará dentro de la izquierda al “polo reformista”, –de lógica gradualista e institucional– encabezado por el PC y Salvador Allende.

4ta fase: desde marzo a comienzos de junio de 1972. Durante este lapso la dualidad entre gradualismo y rupturismo en el seno de la UP se hizo aún más patente. En marzo el PS una vez más explicitó del todo sus concepciones rupturistas. El Pleno de su C.C. sostuvo que “el Estado burgués no sirve para construir el socialismo y es necesaria su destrucción”<sup>48</sup>.

Al mismo tiempo el PS rechazó las concepciones gradualistas del PC. Criticó “la concepción reformista, revisionista, (que) considera que... (el) traspaso paulatino de empresas del Área de propiedad privada a la social, desembocará en un proceso evolutivo permanente, en el socialismo”<sup>49</sup>. El PS sostuvo entonces que para asegu-

<sup>45</sup> Declaración de la Comisión Política del PS, *La Nación*, 27 de junio de 1971, pág. 5.

<sup>46</sup> *La Nación*, 26 de julio de 1971, pág. 5.

<sup>47</sup> *La Nación*, 3 de octubre de 1971, pág. 5.

<sup>48</sup> *El Mercurio*, 12 de marzo de 1972, pág. 33.

<sup>49</sup> *El Mercurio*, 12 de marzo de 1972, pág. 35.

rar el éxito del proceso de cambios sólo cabía avanzar, rechazando así la tesis del PC que postulaba más bien la necesidad de consolidar.

La visión rupturista del PS en marzo quedó expresada en los siguientes términos: "para nosotros socialistas, cada pequeño triunfo eleva el nivel del próximo choque, hasta que lleguemos al momento inevitable de definir quién se queda con el poder en Chile, el momento de dilucidar violentamente entre el poder de las masas y el de las fuerzas reaccionarias..."<sup>50</sup>.

El problema para el PS era, sin embargo, el de encontrar la forma específica de materializar sus concepciones rupturistas. Desde esa óptica en mayo propuso la celebración de un plebiscito que decidiera sobre a) la nacionalización de todas las empresas cuyo capital al 31 de diciembre de 1970 alcanzara a los 14 millones de Escudos; b) la expropiabilidad de los fundos sobre 40 hectáreas de riego básico; y c) la participación de los trabajadores mediante Consejos de Producción y Consejos comunales campesinos, que implicaban una especie de control obrero en la producción. El PC rechazó estos planteamientos por considerarlos que iban más allá del programa de la UP. Entonces la crisis de la coalición de gobierno se hizo evidente, encontrando múltiples manifestaciones en diversos planos.

Ante la mencionada crisis, expresada en buena parte en la disyuntiva sobre avanzar o consolidar, Salvador Allende convocó a la UP a un cónclave, a celebrarse en "Lo Curro", a fines de mayo. Allí el presidente, con apoyo del PC, rechazó el llamado a plebiscito propuesto por el PS, y se inclinó por la tesis sobre la necesidad de consolidar, reiterando a la vez sus concepciones sobre la vía institucional al socialismo. Acorde con ello, el Primer Mandatario convocó a la DC a entrar en un diálogo con el gobierno. No obstante, el PS, aunque temporalmente derrotado, no claudicará.

5ta fase: desde junio a octubre de 1972. Esta fase se caracteriza por un relanzamiento de la posición rupturista del PS a la luz del fracaso de las conversaciones del gobierno con la DC. Este fracaso fue interpretado por el PS como expresión de la imposibilidad de la estrategia gradualista. En virtud de lo mismo, en su pleno de julio el PS resolvió rechazar cualquier negociación futura con el PDC. De otra parte, para contribuir a la resolución del problema del poder, el PS consideró necesario ir creando un poder popular de base, opuesto al "Estado Burgués", aunque no al gobierno.

Bajo esta orientación fue que el Regional de Concepción del PS apoyó a la Asamblea Popular que en el mes de julio se instaló en esa ciudad, y que Allende y el PC rechazaron vehementemente. La dirección del PS resolvió entonces desautorizar a su regional penquista. Luego de estos acontecimientos Salvador Allende exigió a la UP definirse en torno a la vía que debía seguir el proceso de cambios. El PS retardó la respuesta, y cuando llegó a emitirla, evadió el punto y, en su lugar, propuso lanzar una ofensiva general, que contemplaba una acusación constitucional a la Corte Suprema. En esa línea, las disensiones con el PC continuaron agravándose, y sólo debieron postergarse debido a la fuerte ofensiva opositora que culminará en el paro de octubre de 1972.

<sup>50</sup> *El Mercurio*, 12 de marzo de 1972, pág. 35.

6ta fase: paro de octubre. El PS vio al paro de octubre como una coyuntura que generaría mejores condiciones para avanzar hacia un desenlace definitivo. En función de ello fue que propugnó expropiar todas las empresas que paralizaban, propendiendo así a liquidar la "base material" del poder de la burguesía. El 20 de octubre emitió una declaración titulada "Demos un gran salto adelante...ahora"<sup>51</sup>. En la perspectiva del desenlace postuló desarrollar el poder popular en torno a los Comandos Comunales. La consigna que entonces asumió el PS fue: "Trabajadores al poder, Patria, Revolución-socialismo"<sup>52</sup>.

En virtud de las señaladas concepciones y expectativas el PS no fue partidario de la salida al conflicto implementada por el Presidente Allende, consistente en incorporar a los militares al gabinete para, a través de esa vía, poner fin al paro.

7ma fase: desde noviembre de 1972 a marzo de 1973. El rasgo principal de este período radica en que el PS reflexionó más intensamente aún sobre las variables del desenlace del conflicto. Al tiempo que esto ocurría, se extremaba la lucha ideológica al interior de la UP, entre gradualismo y rupturismo. En esa situación, el PS expuso la tesis según la cual la alternativa de la izquierda giraba entre "reformismo y revolución". Ante la ofensiva opositora, a juicio del PS "el contenido revolucionario del proceso" era "la única garantía de la estabilidad del gobierno popular". La toma de todo el poder, según el PS, seguía siendo la clave de todos los problemas, de donde, en función de ello, la gran tarea de "los revolucionarios de dentro y fuera de la UP", era crear un poder popular alternativo al Estado burgués e independiente del gobierno, aunque no opuesto a él. En esa perspectiva, las elecciones de marzo -para las cuales los candidatas del PS recibieron el apoyo formal del MIR- eran importantes, aunque no decisivas<sup>53</sup>.

8va fase: marzo-junio de 1973. Luego de las elecciones parlamentarias de marzo, que demostraron que la UP poseía una considerable base social de apoyo, el PS explicitó aún más su tesis rupturista y extrainstitucional. Postuló, en efecto, que lo que estaba planteado no era otra cosa que "enfrentar con éxito la batalla decisiva de la superación de la institucionalidad burguesa por el nuevo Estado Popular"<sup>54</sup>. En este sentido, el PS, en su pleno de abril conceptualizó a la institucionalidad vigente como una "fortaleza enemiga", a la que había que someter a un "asedio"<sup>55</sup>. Dicho asedio debía efectuarse en gran medida desde el Poder Popular, el que, por lo demás, debía ser apoyado por el gobierno. Dicho poder debía, adicionalmente, asumir el control de la economía, incluyendo la distribución.

La dicotomía entre "Estado Burgués" y su institucionalidad por un lado, y el Poder Popular por el otro, implicaba ciertamente deslegitimar el marco institucional de los conflictos. En ese contexto el PS puso su vista en las FFAA: el futuro de la patria, sostuvo en declaración emitida en junio, sería "más grande" al ser forjado

<sup>51</sup> *El Siglo*, 20 de octubre de 1972.

<sup>52</sup> En relación a la crisis del movimiento sindical en esta coyuntura, véase, Augusto Samaniego, "Estructura y Estrategia de la Central Única de Trabajadores (CUT), 1969-1972", en *Cuadernos de Humanidades*, Facultad de Humanidades de la USACH, N°17.

<sup>53</sup> *La Nación*, 12 de enero de 1973.

<sup>54</sup> *La Nación*, 5 de abril de 1973, pág. 5.

<sup>55</sup> *La Nación*, 5 de abril de 1973, pág. 5.

por "la unidad revolucionaria de obreros, campesinos y soldados"<sup>56</sup>. En los días siguientes se produjo el "tanquetazo".

9na fase: julio-septiembre de 1973. El "tanquetazo" demostró que el desenlace del conflicto político estaba cercano. La CUT y los trabajadores industriales, en respuesta a la intenciona militar, mantenían tomadas gran cantidad de empresas, haciéndolas funcionar por sí mismos. Las organizaciones de Poder Popular se expandían notoriamente. Ante los avances de la implementación de la estrategia de la oposición rupturista, en el gobierno y la UP se planteó el problema sobre la salida política a adoptar frente a la gravedad de la situación. En ese debate el PS rechazó aquella solución que suponía un acuerdo político con la DC y la celebración de un plebiscito, tesis propugnada por el Presidente Allende y el Polo gradualista. El PS también se había opuesto, en las semanas anteriores, a la incorporación de los militares al gabinete, cuestión que Salvador Allende había llevado a la práctica a comienzos de agosto con el fin de impedir el golpe. En las reuniones del Comité Político de la UP, celebradas a comienzos de septiembre, no hubo acuerdo en torno a la salida a adoptar. Para el PS la solución era el enfrentamiento decisivo. Este planteamiento se explicitó con mucha claridad en el discurso que pronunciara Carlos Altamirano en el Estadio Chile, el 9 de septiembre. Allí dijo: "El Partido Socialista piensa que la derecha puede ser aplastada sólo con la fuerza incontenible del pueblo unido, oficiales y suboficiales leales"; "el golpe reaccionario se aplasta con la fuerza de los trabajadores, con las organizaciones de nuestros obreros, con los Comandos Comunales, con los cordones industriales"<sup>57</sup>.

En virtud de que el Polo Reformista y el propio Salvador Allende no aceptaban el tipo de salida rupturista del PS, y en razón de que tampoco pudieron imponer la suya, la UP se quebró de hecho durante los días anteriores al golpe. La salida rupturista del PS no pudo materializarse, pero tampoco la gradualista e institucional del "Polo Reformista". En virtud de su dualidad interna, la UP se había neutralizado a sí misma.

### *El Partido Comunista*

Para la línea gradualista del PC es posible hacer la siguiente periodificación.

1era fase: 4 de septiembre al 4 de noviembre. Durante este lapso el objetivo principal del PC fue hacer posible el acceso de Salvador Allende a la presidencia de la República. La argumentación que asumió sobre el punto giraba en torno al respeto a la voluntad popular mayoritaria y a los mecanismos constitucionales en vigencia. Para tales fines el PC intentó formar una correlación política favorable a la continuidad institucional, en función de lo cual se mostró partidario del diálogo con la DC y de la firma del Pacto de Garantías Constitucionales.

2da fase: desde noviembre de 1970 a julio de 1971. Producido el ascenso de Salvador Allende a la presidencia, el PC adecuó sus concepciones gradualista e institucionales a las nuevas condiciones. En este sentido, el pleno del C.C. de no-

<sup>56</sup> *El Mercurio*, 25 de junio de 1973, pág. 21.

<sup>57</sup> *La Nación*, 10 de septiembre de 1973.

viembre de 1970 reafirmó la perspectiva de abordar los cambios políticos que propugnaba el PC usando la vía plebiscitaria contemplada en la propia Carta Fundamental: la Constitución –señaló el informe del Pleno– “le confiere al Presidente de la República el derecho a convocar un plebiscito para disolver el Parlamento en caso de conflicto entre ambos poderes. En un momento determinado habrá que hacer uso de esa facultad y abrir paso a una nueva constitución y a una nueva institucionalidad, a un Estado Popular”<sup>58</sup>. A juicio del PC, en función de ello había que formar una “sólida mayoría nacional”, para lo cual se requería impulsar rápidamente los cambios estructurales contemplados en el programa de la UP.

Bajo tales supuestos, el PC evaluó muy positivamente los resultados de los comicios municipales de abril de 1971, donde la UP obtuviera el 50% de los votos. Sin embargo, consideró que todavía no debía llamarse a plebiscito pues antes era necesario constituir mayorías más considerables aún. Dentro de esa línea el PC estimó que el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic, producido a comienzos de junio de 1971, constituía una “acción de origen foráneo” destinada a oponer a la UP y a la DC, pretendiendo impedir así la conformación de las mayorías nacionales a las que el PC aspiraba<sup>59</sup>.

Y cuando al mes siguiente, el 18 de julio de 1971, la UP fuera derrotada por un muy estrecho margen por la oposición unida en los comicios complementarios por Valparaíso, el PC concluyó que el proceso de acumulación de fuerzas que perseguía, se había detenido. Entonces, esta colectividad inaugurará la temática sobre la necesidad de llevar a cabo rectificaciones.

3era fase: desde julio de 1971 a marzo de 1972. En esta fase el PC planteó la necesidad de “enderezar el timón” como condición para reimpulsar el proceso de acumulación de fuerzas. En septiembre de 1971, en inserción pública, planteó el imperativo de impulsar la lucha contra “el despilfarro en las empresas estatales y en los servicios públicos... y ... el combate por la eficiencia en toda la labor del gobierno...”<sup>60</sup>. Éstas, según el PC, constituían las “tareas principales” del momento. De tal modo, la esfera fundamental de la lucha, para el PC, se situaba en la economía (la “batalla de la producción”), cuyo buen funcionamiento era visto como la condición para formar las mayorías sociales y políticas requeridas por la vía institucional.

El otro gran énfasis del PC decía relación con la necesidad de hacer diferencias entre la oposición democrática (el PDC) y la “golpista” (el PN). Respecto a la primera postuló la necesidad de entrar en diálogos y encontrar puntos de acuerdo. En relación a la segunda, postuló la necesidad de aislarla y evitar que cooptara a la DC<sup>61</sup>. La marcha de las cacerolas vacías de comienzos de diciembre de 1971, confirmó los peores temores del PC, es decir, la eventualidad de que el PN utilizara a la base social del PDC para una política de desestabilización.

En enero de 1972, con la derrota en las elecciones complementarias de Linares y O’Higgins y Colchagua en manos de la oposición unida, la situación siguió dete-

<sup>58</sup> Informe al Pleno del C.C. del PC, 26 de noviembre de 1970, en *Tres Períodos de Nuestra Vía Revolucionaria*, Luis Corvalán Lepe, Dresden, 1982, pág. 73.

<sup>59</sup> Revista *Principios*, N° 139, págs. 104 y 105.

<sup>60</sup> Inserción Pública del PC en *El Mercurio*, 9 de septiembre de 1971, pág. 23.

<sup>61</sup> *La Nación*, 1 de noviembre de 1973, pág. 5.

riorándose para la UP. El PC atribuyó la derrota al sectarismo izquierdista que ahuyentaría a las capas medias y a la pequeña burguesía. Así lo planteó en el Cónclave que, a las semanas siguientes, la UP realizara en El Arrayán. Pero las cosas no mejorarían.

4ta fase: desde marzo a junio de 1972. La preocupación central para el PC pasó entonces a ser la problemática de la consolidación y de las rectificaciones en aras de frenar el proceso de deslizamiento de sectores medios y de la pequeña burguesía hacia la oposición. En ese énfasis el PC chocará con el PS y el MIR, quienes consideraban que el proceso de cambios sólo culminaría exitosamente si se lo radicalizaba.

Avanzar o consolidar, esta disyuntiva explicitada en marzo de 1972 llevó a la UP a una verdadera crisis en los meses siguientes. Ello se manifestó, entre otros casos, durante el mes de mayo en Concepción cuando el PS, el MIR y la mayoría de la UP, llamaron a una manifestación de su partidarios con el fin de enfrentar y frustrar una marcha convocada por la oposición que, a su juicio, estaba planificada por la extrema derecha para introducir actos de violencia. El PC se opuso a este rumbo considerando que impedir la expresión opositora en las calles suponía avanzar por una vía de solución rápida y no institucional del conflicto. "El Partido Comunista rechaza toda tendencia y acto dirigido a un enfrentamiento armado para resolver los conflictos de clase", señaló una declaración de su Comisión Política<sup>62</sup>. El 26 de mayo el PC reconoció que "la Unidad Popular estaba sufriendo una crisis muy seria de orientación, conducción y dirección política, que estaba afectando a la misma marcha del gobierno"<sup>63</sup>. Ello, ciertamente, en el fondo era la expresión de la dualidad entre gradualismo y rupturismo.

La dualidad entre avanzar o consolidar, vía rupturista o institucional, debía resolverse en el cónclave de Lo Curro, convocado por Salvador Allende a fines de mayo. El Primer Mandatario allí defendió las posiciones gradualistas e institucionales. El predominio que entonces alcanzaron las tesis gradualistas sobre la necesidad de consolidar se reflejó también en el reemplazo de Sergio Vuskovic por Orlando Millas en el Ministerio de Hacienda, quién asumió con la misión de hacer funcionar al APS bajo una lógica más bien económica, de eficiencia y rectificación. El PC, de otra parte, apoyó la decisión de Salvador Allende en orden a invitar a la DC a dialogar sobre la crisis institucional que se cernía a propósito de la cuestión de los vetos del Ejecutivo al Proyecto Hamilton-Fuentealba. Y cuando, a comienzos de junio, el diálogo fracasó, el PC consideró que ello por una parte respondía a "una mano extranjera" y, por el otro, que dicho fracaso "no significaba que el diálogo no tuviera una 'validez de fondo'"<sup>64</sup>. Por tanto, periódicamente insistirá en él.

5ta fase: julio-octubre de 1972. Al comenzar esta fase, el PC vislumbró indicadores de reversión de la tendencia al deterioro de la UP, tales como los resultados de las elecciones complementarias por Coquimbo, ciertos triunfos electorales en organizaciones sociales y estudiantiles, etc. Entonces el PC intentó enfrentar a la

<sup>62</sup> *La Nación*, 19 de mayo de 1972, pág. 5.

<sup>63</sup> *La Nación*, 26 de mayo de 1972, pág. 5.

<sup>64</sup> *La Nación*, 13 de julio de 1972, pág. 5.

ultraizquierda con el fin de consolidar esa reversión. Pero no obtuvo éxito: el rupturismo no cejaba. En julio se constituyó la Asamblea Popular de Concepción, donde el Comité Regional del PC no participó. Luego, en agosto, vinieron los sucesos de Lo Hermida, donde el PC culpó al MIR y apoyó incondicionalmente al gobierno, etcétera. Y cuando Allende exigió a la UP un pronunciamiento categórico sobre la vía a asumir, el PC le respondió prontamente apoyando la vía institucional.

La crisis de la UP, de lo cual todo lo anterior era expresivo, no continuó profundizándose debido a la magnitud de la ofensiva opositora. En esa situación, el PC denunció el "plan septiembre" y procuró estrechar filas con el PS para evitar cualquiera intentona de golpe. A la par se conoció de la deliberación del general Canales, el que fue prontamente llamado a retiro. La mencionada ofensiva opositora culminó con el paro de octubre.

6ta fase: el paro de octubre. El esfuerzo principal del PC estuvo entonces dirigido a levantar un movimiento nacional que hiciera funcionar el país, en aras de lo cual hizo un llamado "a todos los trabajadores (y a) la clase media" con el fin de derrotar el paro. Al mismo tiempo el PC se propuso "evitar al país el enfrentamiento y la guerra civil"; defender "firmemente, con todas su fuerzas... la preservación del régimen legal... y el estado de Derecho"<sup>65</sup>, que era la premisa de su vía institucional.

7ma fase: noviembre de 1972 - marzo de 1973. En esta fase, cuando el paro de octubre ya había cesado, el esfuerzo principal del PC se dirigió a ganar una mayoría institucional que permitiera llevar a cabo los cambios jurídico-políticos que postulaba y, a la par, estabilizar al gobierno. Las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 se las concebía en esa perspectiva. De otra parte, la entrada de los militares al gabinete fue vista por el PC como "una garantía firme en la defensa del Estado de Derecho y para el normal funcionamiento de la vida política institucional del país"<sup>66</sup>.

Los propósitos de cambio por la vía institucional obligaban al PC a mantener en alto la bandera de las rectificaciones, cuestión que le parecía indispensable si se quería ganar a las clases medias y a la pequeña burguesía. El PC siguió viendo en el MIR un obstáculo para ese propósito, y en virtud de ello siguió atacándolo. Al mismo tiempo el PC se embarcó en febrero de 1973 en una polémica con el PS. En ella se pronunció en contra de la concepción del poder popular independiente u opuesto al gobierno; reiteró que los éxitos económicos abrirían paso a los políticos y sostuvo que era posible suscitar el apoyo del "noventa por ciento" de la población para los cambios<sup>67</sup>. Con esos supuestos enfrentó las elecciones parlamentarias de marzo.

8va fase: marzo-junio de 1973. Los resultados de las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 llevaron al PC a acentuar sus perspectivas gradualistas e institucionalistas. Ello se expresó en dos cuestiones principales: 1) en el esfuerzo por "aislar y derrotar a los sediciosos, atar las manos a los que buscan la guerra civil..."; y 2) "asegurar lo que hemos llamado más de alguna vez el desarrollo normal de los acontecimientos, con vistas a generar en las elecciones presidenciales de 1976 un nuevo gobierno popular..."<sup>68</sup>.

<sup>65</sup> *El Siglo*, 18 de octubre de 1972.

<sup>66</sup> *El Siglo*, 3 de noviembre de 1972, pág. 1.

<sup>67</sup> *El Siglo*, 8 de febrero de 1973.

<sup>68</sup> *El Siglo*, 29 de marzo de 1973.



Esto último respondía a la constatación de que el 44% obtenido por la UP no permitía introducir las transformaciones institucionales del Estado que el PC pretendía, debiendo entonces postergárselas para el próximo gobierno, que había que ganar en 1976, lo que, a su vez, suponía la estabilidad institucional y, nuevamente, el buen funcionamiento de la economía.

Cuando la oposición desató su gran ofensiva de fines de marzo, todo abril y mayo, el PC vio en ello la mano de la oposición extrema orientada a desencadenar "el enfrentamiento entre los chilenos". A partir de entonces levantó la consigna contra la guerra civil, que ciertamente era ya defensiva. Aparte de intentar diálogos con la DC, el PC estimó que el gobierno debía aplicar medidas firmes contra la oposición extrema en tanto ésta se salía del marco legal.

A la altura del "tanquetazo" se evidenció, sin embargo, que los objetivos apaciguadores del PC no se estaban cumpliendo: la estabilización del gobierno distaba mucho de estarse produciendo y se avanzaba más bien hacia un enfrentamiento decisivo no electoral con mucha antelación a 1976, contrariamente a lo que esta colectividad buscaba.

9na fase: julio-septiembre de 1973. Desde el "tanquetazo" en adelante el objetivo principal del PC será evitar, mediante la vía política, el golpe, que se perfilaba con toda claridad. Ese propósito significaba materializar acuerdos con la DC. Los énfasis, por lo tanto, se hacían aún más defensivos. El diálogo de fines de julio entre dicho partido y el gobierno parecía materializar esta línea. Su fracaso puso a la política del PC en una muy difícil situación.

Entonces se produjo el último debate dentro de la UP. Ante la decisión del PDC en orden a exigir el ingreso de los militares al gobierno, desplazando a la UP de él, el PC terminó apoyando la propuesta de Salvador Allende de llamar a plebiscito. En todo caso, la finalidad del referéndum no sería ya hacer posible un triunfo político, sino más bien evitar el golpe y salvar pervivencia del marco institucional. Y cuando en la UP no hubo acuerdo en torno a ello en virtud de que el Polo Revolucionario se mostraba partidario de avanzar hacia un "enfrentamiento decisivo", el PC presionó a Salvador Allende para que llamara al plebiscito aún ante la falta de acuerdo en el Comité Político de la UP, lo que ciertamente implicaba romper el conglomerado. El Primer Mandatario decidió, entonces, anunciar su decisión el martes 11 de septiembre<sup>69</sup>.

La salida desesperada por la que optaron finalmente el PC y Salvador Allende se verificó cuando la simetría política entre rupturismo y gradualismo se había desbalanceado definitivamente en beneficio del primero, lo que inviabilizaba las soluciones institucionales que impulsaba el Primer Mandatario y el Polo Reformista. La vía del PC había fracasado.

El análisis anterior probablemente nos permita sostener, a modo de conclusión provisional, que los diseños gradualistas e institucionales de PDC y el del PC fracasaron rotundamente. En cambio, el diseño rupturista del PN alcanzó un éxito ple-

<sup>69</sup> Sobre este punto véase, Luis Corvalán Márquez, "La última crisis" en *Estudios Latinoamericanos Solar*, Santiago de Chile, 1995.

no. El desenlace del 11 de septiembre obedeció del todo a su lógica. Obviamente que el rupturismo del PS también fracasó, con la particularidad de que, al contribuir a deslegitimar el marco institucional de los conflictos y obtaculizar el diálogo entre el gobierno y el centro demócratacristiano, facilitó y legitimó el despliegue del triunfante rupturismo opositor, cuestión a lo que también contribuyó el PDC al no estar en condiciones de jugar un rol pragmático y llegar a un acuerdo moderado con el gobierno, en los términos planteados por Arturo Valenzuela<sup>70</sup>.

En virtud de los antecedentes expuestos, es que nuestro punto de vista se separa claramente de la tesis que consideraba que la crisis estatal de 1973 se produjo, en gran medida, en razón de que "la estrategia de cambio utilizada por la Unidad Popular significaba quebrar la forma tradicional de la política de compromiso", impidiendo con ello la alianza entre el centro y la izquierda. Nuestra historización nos lleva más bien a concluir que no existió propiamente una estrategia de la Unidad Popular. Nos evidencia que al interior de este conglomerado se dio una constante pugna entre dos estrategias muy distintas: la gradualista institucional y la rupturista. Esa historización adicionalmente nos pone de manifiesto que la estrategia gradualista institucional -cuyo principal exponente era en realidad el propio Presidente de la República- tenía uno de sus pilares principales en la búsqueda permanente de un compromiso con el centro, que pudiera tener su expresión en el Parlamento. Por eso, a mi juicio, la temática del diálogo entre el gobierno y la DC cruzó persistentemente los tres años del gobierno de Salvador Allende. De la consideración de estos hechos fluye que la fuerza que se opuso a una política de compromiso no fue la UP como tal, sino su sector rupturista.

Pero, por otra parte, la historización del comportamiento de los partidos políticos entre 1970 y 1973 también pone en evidencia que "la forma tradicional que la política de compromiso", adicionalmente, fue explícitamente rechazada por actores diversos de la izquierda radical. Tal fue el caso del rupturismo opositor, es decir, del PN. El comportamiento rupturista de este sector fue clave en el derrumbe institucional.

Una segunda tesis que desde la historización del comportamiento de los partidos entre 1970 y 1973 no podemos compartir es la de Gonzalo Vial, que sostiene que ese año Chile "no tuvo sino la salida tomada: la militar"<sup>71</sup>. Me parece que un análisis histórico muestra que hubo otras salidas posibles, y que si no se produjeron fue porque determinados actores no las deseaban. Más aún, tales actores sistemáticamente se orientaron hacia "soluciones totales". Fue precisamente el caso de los rupturismos de ambos bandos.

<sup>70</sup> Arturo Valenzuela, *op. cit.*

<sup>71</sup> Gonzalo Vial, *Historia de Chile*, Ed. Santillana, 1987, tomo 1, pág. 8.

ALTHUSSER Y EL MARXISMO LATINOAMERICANO.  
NOTAS PARA UNA GENEALOGÍA DEL (POST)MARXISMO  
EN AMÉRICA LATINA

*Miguel Valderrama<sup>1</sup>*

SOBRE ALTHUSSER Y LA FUNDACIÓN DEL (POST)MARXISMO LATINOAMERICANO

La importancia política originaria de la lectura de Althusser en América Latina, está dada, en forma primera, por el hecho de que ella viene a representar una condición de posibilidad para otro tipo de lecturas de Marx y del marxismo en el continente. En este sentido, Althusser no sólo simboliza la entrada del marxismo en las universidades latinoamericanas, sino que también, y esto es lo importante, simboliza la emergencia de un nuevo tipo de textualidad teórica que intenta articular un particular discurso científico sobre la historia y las sociedades latinoamericanas.

Esta nueva lectura de los textos y discursos cognitivos del marxismo en América, adquiere las características de un "proceso de fundación"<sup>2</sup>, en el cual un tejido extremadamente complejo de conjuntos discursivos múltiples conforma una red intertextual capaz de producir efectos de "ruptura" tanto en el horizonte particular del marxismo clásico de la III Internacional, como en el horizonte general de las ciencias sociales del período.

Cabe advertir, sin embargo, que estas "rupturas" no constituyen en modo alguno transformaciones superficiales dadas al interior de una tradición teórica ya constituida y delimitada, sino que, al contrario, constituyen desplazamientos y enlazamientos discursivos nuevos que articulan preocupaciones clásicas a contextos emergentes y originalmente extraños al marxismo, como los formados por la lingüística, la naciente semiología, el estructuralismo económico latinoamericano, el psicoanálisis y la filosofía del lenguaje.

El marxismo, colocado en esta nueva red intertextual, sufre efectivamente los efectos de un acto de fundación, de un (re)comienzo como lo afirmara Badiou a fines de los años sesenta. El reubicamiento de la literalidad marxista al interior de esta nueva formación discursiva obliga paulatinamente a desplazar los límites del horizonte teórico de formación originaria. En cierto sentido, puede afirmarse que las tres fuentes fundadoras del marxismo del siglo XIX (la economía política clásica, la historiografía francesa y la filosofía alemana), son objeto de un desplazamiento, en esta segunda fundación teórica iniciada por Althusser, hacia "fuentes" de complementariedad discursiva.

<sup>1</sup> Integrante del Colectivo de investigaciones marxistas.

<sup>2</sup> Para un análisis y lectura de los procesos de fundación, véase de Eliseo Verón, "Fundaciones y textos de fundación", en *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Buenos Aires, Editorial Gedisa, 1987, págs. 27-37.

Cierto es, sin embargo, que estas operaciones discursivas que trastocan los cimientos formativos del marxismo no son percibidas como fundadoras de una nueva práctica de producción de conocimientos (el postmarxismo). Pues, no tienen ni la unidad de un acontecimiento, ni la unidad de un acto único, ni la unidad de un lugar, ni de un espacio (aun textual). La afirmación de una nueva fundación en la textualidad marxista cobra materialidad sólo en el momento en que el conjunto textual original que da soporte al "régimen de circulación" del marxismo clásico, sufre los efectos de una ruptura en la cadena de producción y recepción de los discursos iniciales del doctrinal de la ciencia y la política de clase.

La genealogía del postmarxismo que aquí se propone tiene, en ese sentido, el objetivo de establecer las distintas lecturas de recepción y producción que constituyen a los discursos althusseristas latinoamericanos en los textos de fundación del postmarxismo. La posible lógica del antecedente que aquí podría encontrarse, no es más que una ilusión necesaria a una intertextualidad nueva que establece su "lugar" de fundación en una literalidad marxista del corte (la escritura althusseriana), capaz de alterar y dislocar las gramáticas de reconocimiento del clasicismo marxista, como de fundar, a su vez, en ese desfasaje, nuevos puntos de articulación de una gramática de producción del discurso (post)marxista.

#### EL CONTEXTO DE RECEPCIÓN ORIGINAL DEL DISCURSO ALTHUSSERIANO EN AMÉRICA LATINA

El inicio de la década de los sesenta está marcado en América Latina, desde el punto de vista de una sensibilidad de izquierda, por la emergencia de tres hechos históricos que ponen en cuestión la normalidad comunicativa del discurso estaliniano en el continente. Nos referimos a la disolución final de la Internacional Comunista en 1956, a las tesis del XX Congreso del PCUS del mismo año, y al triunfo de la revolución cubana en 1959.

Pese a los múltiples esfuerzos por replantear la unidad y cohesión del mundo comunista, comienza, tras Babel, la era de la diversificación, con su estela de polémicas ideológicas, alianzas provisionales, rivalidades nacionales y modelos superpuestos.

Las revueltas de Polonia y Hungría en octubre de 1956 desatan los primeros efectos disruptivos de una larga serie de fragmentaciones en el movimiento comunista internacional.

La palabra disidencia pasa a ser moneda común del léxico habitual de los dialéctos y lenguas en formación.

En las sociedades periféricas latinoamericanas, la crisis de la racionalidad revolucionaria por excelencia no se muestra sólo en el impase histórico de ésta con los movimientos revolucionarios en escena, sino que se expresa también en el mutismo de la teoría frente a los nuevos requerimientos de un debate marcado por las problemáticas del desarrollo nacional, las teorías de la revolución y las vías de transición al socialismo.

## LA LECTURA DE ALTHUSSER EN LOS SESENTA: LA CLAUSURA REVOLUCIONARIA

Se podría afirmar, frente a esta crisis de representación de la racionalidad política revolucionaria, que la influencia de Althusser en América Latina está determinada, en primera instancia, desde el punto de vista histórico y teórico, por la emergencia significativa de la revolución cubana como acontecimiento disruptor de la normalidad comunicativa impuesta a la izquierda continental por la hegemonía estalinista. En este sentido, la experiencia cubana no marca sólo con su emergencia la apertura histórica al "giro revolucionario"<sup>3</sup> en nuestras sociedades, también constituye, en lo teórico, el punto de articulación de un nuevo espacio discursivo crítico al interior del campo de significados del marxismo latinoamericano.

Es por ello que en Cuba, a pocos años de la revolución, surge la necesidad de vitalizar un encuentro entre las posiciones de los revolucionarios y las obras teóricas del althusserianismo del momento. Con este ánimo, y guiados por la urgencia de abrir la discusión sobre el socialismo y el período de transición, la obra de Althusser es recepcionada apasionadamente por la intelectualidad política cubana. Tempranamente se traducen y publican trabajos como "Contradicción y sobre-determinación"<sup>4</sup> (1964), "Sobre la dialéctica materialista" (1964), "Por Marx, Leer el Capital parte I" (1966) y parte II (1967), además de la divulgación en revistas locales de numerosos artículos acerca del nuevo marxismo y las polémicas por él desatadas<sup>5</sup>. Esta introducción de Althusser en el debate teórico cubano, contribuye tanto al desarrollo de una actitud crítica frente a las antiguas formas de discusión teórica ejercitadas por la "manualística" soviética, como al desarrollo de una lectura renovadora del marxismo latinoamericano que busca sostén en la propia experiencia de la revolución isleña.

Para Cuba, esta intervención primera en el debate del marxismo occidental, vía Althusser, permite establecer las condiciones intelectuales necesarias para desarrollar una problemática teórica propia vinculada a las teorías de la revolución y el socialismo<sup>6</sup>. En esa perspectiva, la recepción de la problemática althusseriana cons-

<sup>3</sup> Michäel Lowy, *El marxismo en América Latina*, trad. Eva Grosser México, Ediciones Era, 1982, vol. 1, pág. 46 y sigtes.

<sup>4</sup> La traducción cubana de este artículo de Althusser no llevó el título arriba señalado, se prefirió, por el contrario, la rotulación simple de: "Contradicción y superdeterminación". Citamos, sin embargo, arriba en el texto, la forma conceptualmente correcta de traducción por la importancia que reviste este concepto para la problemática althusseriana.

<sup>5</sup> Entre las distintas publicaciones periódicas que contribuyen a propagar la discusión sobre Althusser en la isla, cabe destacar a *Pensamiento crítico*, la revista *Unión*, y la *Editora Revolucionaria*. Para un breve seguimiento de la lectura de Althusser en Cuba es útil consultar, en forma especial, la revista *Pensamiento crítico*.

<sup>6</sup> Otro espacio discursivo importante que se debe mencionar al revisar los hitos de significancia de una problemática teórica propia a la revolución cubana, lo constituye la discusión sobre la ley del valor y sus implicancias en una sociedad socialista. Esta discusión que se articula fundamentalmente en torno a la polémica de Ernesto Guevara con Charles Bettelheim, es seguida y comentada por economistas como Ernst Mandel, e intelectuales como Franz Hinkelammert y Patricio Biedma, en Chile. La discusión no es sólo valiosa, desde el punto de vista teórico, por presentar nitidamente los fantasmas acusatorios del voluntarismo (Bettelheim) o el mecanicismo (Guevara) -lo cual permitiría, con su presencia, trazar los límites de fisura de la teoría en exposición-, sino que lo es, fundamentalmente, por el

tituye para los cubanos "el punto de partida obligado de los estudios marxistas en un país en revolución por el comunismo"<sup>7</sup>.

Más tardíamente, y cruzada por el reconocimiento cubano, en la América Latina continental la recepción ampliada de Louis Althusser comienza con la publicación de *La revolución teórica de Marx* en 1967, a la cual sigue una edición reducida del *Lire le Capital*, publicada bajo el título de *Para leer el Capital* en 1969 (la edición castellana de Siglo XXI contiene únicamente las investigaciones de Althusser y Balibar). Sólo posteriormente en Colombia, en el año 1971, se publican por la Editorial Oveja Negra y Zeta Ltda, en coedición, los trabajos faltantes de la edición francesa del *Lire*<sup>8</sup>. Por otra parte, la edición brasileña de *Pour Marx* es llevada a cabo por Zahar Ediciones a fines de los años sesenta.

Tras la publicación castellana de obras principales como *Pour Marx* y *Lire le Capital*, se expande en el continente una particular sensibilidad althusseriana que tiende a copar predominantemente las universidades y los centros de investigación regionales. A esta expansión polisémica de la obra de Althusser en América, contribuye en gran medida Marta Harnecker, quien no sólo traduce las investigaciones del filósofo francés, sino que también las divulga a través del manual *Los conceptos elementales del materialismo histórico* (1969), libro que para fines de 1971 consta ya de nueve ediciones.

En el foro académico universitario, ésta particular sensibilidad intelectual favorece la recepción de althusserianos como Nicos Poulantzas y Alain Badiou, además de abrir nuevos campos temáticos de investigación social para el marxismo, vinculados principalmente a la revolución y el período de transición. El estructuralismo, de igual modo, por cierto parecido de familia con el proyecto althusseriano, es objeto de atención por parte de la intelectualidad marxista latinoamericana, la cual le dedica espacios importantes de difusión en revistas y editoriales. Así, José Aricó, a través de la Editorial Universitaria de Córdoba, y la revista *Pasado y presente*, consagra diversos esfuerzos destinados a propiciar una discusión amplia sobre el estructuralismo y sus problemas<sup>9</sup>.

---

hecho de conformar los instrumentos requeridos para expresar un pensamiento propio a la revolución cubana. Se puede consultar al respecto, para un análisis detallado de la polémica, a Patricio Biedma, "El Socialismo en Cuba", y, para un planteamiento teórico general que recoge elementos de la discusión, a Franz Hinkelammert, "Teoría de la dialéctica del desarrollo desigual", ambos en *Cuadernos de la realidad nacional*, N° 6, Santiago, 1970.

<sup>7</sup> Fernando Martínez Heredia, "Althusser y el marxismo", revista *Pensamiento crítico*, N° 36, La Habana, 1970, pág. 218. Para un análisis general del contexto de discusión del marxismo en los primeros años de la revolución cubana, véase de Aurelio Alonso Tejada, "Marxismo y espacio de debate en la revolución cubana", revista *Temas* (nueva época), N° 3, La Habana, 1995, págs. 34-43.

<sup>8</sup> Bajo el nombre *Lectura de El Capital*, se presentan los artículos de Jacques Rancière, Roger Establet y Pierre Macherey. En titulación interna, la edición colombiana de *Lire le Capital*, presenta la siguiente advertencia aclaratoria frente al texto de Marta Harnecker: *Lectura de El Capital (Lo que se omitió en la edición española de Para leer El Capital)*.

<sup>9</sup> Una referencia de los tópicos tratados a mediados de la década de los sesenta por la revista *Pasado y presente*, puede encontrarse en José Aricó, "La experiencia de Pasado y Presente", en *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina* (Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1988), cap. 3.

En el contexto de las discusiones iniciadas a partir de las obras de Althusser, se publican trabajos crítico analíticos de excelente calidad. Muestra destacada de ello, lo constituyen las investigaciones presentadas en el volumen editado por Saúl Karsz bajo el título *Lectura de Althusser*, en el cual participan intelectuales franceses y de América Latina.

En el ámbito de las prácticas políticas, la recepción de Althusser se constituye a la izquierda de los Partidos Comunistas latinoamericanos. La emergencia de una nueva izquierda a fines de los años sesenta, que tiende a identificarse con las banderas de la revolución cubana, abre la posibilidad de un vínculo entre el marxismo althusseriano y los nuevos sujetos revolucionarios de la escena continental. Así, mientras en Caracas Saúl Karsz pone énfasis en señalar que la destinación preferencial de la obra de Althusser lo constituyen grupos juveniles de extrema izquierda<sup>10</sup>. En Santiago de Chile, el joven mirismo ve en el marxismo althusseriano la teoría científica que necesitan las organizaciones revolucionarias del continente<sup>11</sup>. La propia Marta Harnacker, aún cuando milita en el Partido Socialista de Chile y es partidaria de la Unidad Popular, rechaza toda lectura reformista o evolucionista del filósofo francés, desplazando, en su lectura, los códigos de desciframiento de la teoría hacia la línea revolucionaria de la lucha de clases y la toma del poder político<sup>12</sup>.

Es en este contexto de reconocimiento del discurso de Althusser, en que se establece, en términos generales, la primera "fijación" del significado de la discursividad althusseriana en la región.

De alguna forma, la recepción y discusión primera de Althusser en Cuba no sólo establece un límite potencial a las lecturas posibles de Althusser en América, sino que además, y esto es lo importante, normaliza y administra el sentido y efectos de significación de dicha discursividad para el continente.

Si la historia de un texto (o conjunto de textos) consiste en un proceso de alteraciones sistemáticas del sistema de relaciones entre "gramática" de producción y "gramática" de reconocimiento<sup>13</sup>, es posible hacer notar aquí, para el caso de la recepción de Althusser en América, como la posibilidad de una primera lectura oficial de la teoría althusseriana está determinada por una interpretación inaugural que para el caso no sólo interpreta, sino que también fija el sentido posible de la textualidad reconocida. La revolución cubana, en tanto que acto de la voluntad que subvierte el evolucionismo político y el determinismo histórico de los partidos comunistas latinoamericanos (evolucionismo y determinismo heredados de la Segun-

<sup>9</sup> Algunos de los textos traducidos tempranamente que divulgan los aportes y discusiones gatilladas por el estructuralismo son: *Claves del estructuralismo* (1969), *Problemas del estructuralismo* (1967), *Claude Lévi-Strauss. Problemas del estructuralismo* (1967). Cabe destacar, asimismo, el rol principal jugado por la editorial mexicana Siglo XXI en esta particular forma universalista de debate latinoamericano.

<sup>10</sup> Saúl Karsz, "Un nuevo Marx: Louis Althusser", en revista *Imagen*, N° 36, Caracas, 1968, págs. 6 y 7.

<sup>11</sup> Carlos Vallejos, "El Mir y el marxismo revolucionario", en revista *Debate y cambio*, N° 5, Santiago, 1989, págs. 50-68.

<sup>12</sup> Marta Harnacker, "Aprender a Leer", en revista *Chile hoy*, N° 5, Santiago, 1972, págs. 12 y 13.

<sup>13</sup> Eliseo Verón, "Lo ideológico y la científicidad", en *La semiosis social*, loc. cit., pág. 19.

da Internacional, y, de algún modo, de las tesis del XX congreso), no sólo se constituye a sí misma como el signo de la revolución por excelencia, sino que además, en su misma emergencia, transforma o trastoca el sentido de cualquier signo o significación que se enlace a ella. Althusser, en este contexto discursivo, que para el caso bien puede ser entendido en la forma de una red de relaciones de significación, es objeto de un acto de recepción que determina, en sus efectos, las potencialidades posibles de circulación del discurso althusseriano: es a esto a lo que denominamos clausura (semántica) revolucionaria del discurso de Althusser en América<sup>14</sup>.

Althusser en la lectura de fines de los años sesenta, esto es en su inicial clausura semántica, llega a constituirse en un significado más del discurso revolucionario. Una evidencia específica de esta afirmación lo constituye la recepción de Althusser en México, en donde su difusión se desarrolla en contigüidad política con las teorías del foquismo<sup>15</sup>.

Cierto es, sin embargo, que el discurso teórico de Althusser contenía en sí los elementos que hacían posible la operación de un cierre semántico como el operado por la lectura revolucionaria latinoamericana. Pero, también es cierto, esos elementos no bastaban por sí solos para fijar este tipo de recepción específica. Prueba de ello, es el propio efecto de reconocimiento de Althusser en Francia (ambiguo, por decirlo menos).

Una descripción general de la clausura política que estructura los significados de Althusser en América Latina<sup>16</sup>, advierte que esta primera normalización semántica de los textos althusserianos se logra al precio de un conjunto de vacíos y paradojas sostenidas al interior del discurso revolucionario.

Así, para el caso del marxismo cubano<sup>17</sup>, es posible advertir en él las marcas de un marxismo crítico hegeliano en oposición a una representación científica del marxismo (como la de Althusser). Cierto es, sin duda, que las diferencias entre la teoría de Althusser y el marxismo naciente de la revolución cubana ya se habían hecho presente en 1966. Sin embargo, esto no impidió al marxismo cubano presentar variantes de articulación superficial (retóricamente no contradictorias, aunque lógicamente incompatibles) con la teoría althusseriana. Estos vínculos de superficie

<sup>14</sup> La clausura revolucionaria es, en cierta forma, un tipo de cierre semántico del discurso que reduce y normaliza los efectos de significación del mismo en el proceso de su producción y consumo (reconocimiento).

<sup>15</sup> Arnaldo Córdova al respecto señala: "En 1967 comenzó a publicarse en México la obra de Louis Althusser. Su difusión fue extraordinariamente rápida y masiva, incluso en los ambientes académicos que se habían abierto al nuevo marxismo en los primeros años sesenta. También lo fue su aceptación y más todavía cuando se hizo célebre en los círculos de izquierda un joven alumno de Althusser, Régis Debray, que se desempeñaba entonces como el máximo teórico del 'foquismo' en América Latina, en una época, por cierto, en que operaban numerosos grupos guerrilleros a lo largo y ancho de la región". Arnaldo Córdova, "Gramsci y la izquierda mexicana", en *La Ciudadada Futura*, N° 6, Buenos Aires, 1987, pág. 14.

<sup>16</sup> Es importante señalar que toda clausura semántica, en tanto intento de normalización y administración de la lengua, es un acto político de dominación y control. Seguimos en este punto las indicaciones de F. Gadet y M. Pêcheux.

<sup>17</sup> Tomamos la denominación de Alvin Gouldner, *Los dos marxismos. Contradicciones y anomalías en el desarrollo de la teoría*, trad. Néstor Míguez, Madrid, Alianza Editorial, 1989, págs. 65 y sigtes.



se articularon a trav3s de la teor3a de la dependencia<sup>18</sup>, la cual estableci3 formalmente las posibilidades de actuaci3n a una raz3n pol3tica revolucionaria fuertemente voluntarista y militarista<sup>19</sup>.

Tal como lo afirma Tom3s Moulian, articulado en esta clausura revolucionaria, el althusserianismo expres3 en la d3cada de los sesenta la punta de lanza de la cr3tica al marxismo cl3sico de la revoluci3n por etapas, t3pica lectura del per3odo de las tesis de la "v3a pac3fica"<sup>20</sup>. Althusser, leido desde sus an3lisis de la revoluci3n rusa, advert3a sobre la diferencia constitu3da por los "factores subjetivos" (la lucha de clases) en un momento en que el capitalismo mundial uniformaba sus relaciones de producci3n e intercambio. As3, parad3jicamente, no s3lo Althusser fortificaba las posiciones de un humanismo revolucionario (pi3nse en Castro o Guevara), sino que estructuralistas m3s duros como Maurice Godelier prestaban mejor auxilio al marxismo castrista.

El an3lisis de Godelier, no s3lo ofrec3a un sustrato marxista estructural de apariencia cient3fica a las posiciones revolucionarias latinoamericanas, sino que tambi3n en su din3mica de articulaci3n de estructuras establec3a ciertas certezas necesarias para la actuaci3n del humanismo cubano. Empero, esta particular operaci3n de complementariedad entre cientificismo y voluntarismo, se daba al precio de silenciar la contradicci3n del an3lisis, o, en 3ltimo caso, su determinismo forzoso.

En t3rminos algo esquem3ticos, la l3gica anal3tica del estructuralismo marxista, tal como se entendi3 en Am3rica Latina a finales de los sesenta, expresa el siguiente razonamiento. En la teor3a de la sociedad del marxismo revolucionario, la primac3a de la determinaci3n estructural sobre la acci3n de los sujetos conlleva la necesidad del establecimiento de presupuestos epistemol3gicos y ontol3gicos de base en el an3lisis social. As3, al nivel de las relaciones de conocimiento, el marxismo estructural debe establecer un primer compromiso de orden epistemol3gico con las teor3as del reflejo de origen leninista (del Lenin de *Materialismo y empiriocriticismo*), a su vez, a un nivel m3s primario, el de las relaciones externas del mundo, la postura estructuralista debe asumir, como necesidad derivada del compromiso epistemol3gico anterior, una posici3n objetivista para pensar lo real; introduciendo en ello una cierta teor3a ontol3gica de la realidad social legitimada en t3rminos "materialistas". S3lo de esta forma, el marxismo estructuralista logra hacer que la operaci3n objetivista de descripci3n y explicaci3n de la morfolog3a de lo social, se constituya en una operaci3n con sentido. Las conductas de los actores y sujetos sociales, se explican, luego, sobre la base de una l3gica determinada por el juego de las estructuras subyacentes al actuar hist3rico de los sujetos.

Este objetivismo epistemol3gico<sup>21</sup>, con todos los compromisos advertidos, no dispone, sin embargo, una forma espec3fica de teor3a de la historia, como parece

<sup>18</sup> La 15ª edici3n del manual de Marta Harnecker, corregida y aumentada, incorpora e intenta articular, de un modo no contradictorio, una forma espec3fica de marxismo althusseriano con categor3as dependetistas en el an3lisis hist3rico social. Especialmente ilustrativos son los cap3tulos dedicados a los modos de producci3n y la transici3n al comunismo.

<sup>19</sup> Alvin Gouldner, *op. cit.*

<sup>20</sup> Tom3s Moulian, "El marxismo en Chile: producci3n y utilizaci3n", en *VV.AA., Paradigmas de conocimiento y pr3ctica social en Chile*, Santiago, Ediciones FLACSO, 1993, p3g. 138.

<sup>21</sup> Emilio de Ipola, *Investigaciones pol3ticas*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visi3n, 1989, p3g. 15.

afirmar T. Moulian en su análisis y vinculación de la lectura de Godelier con la teoría etapista sostenida a nivel histórico por el PCCH<sup>22</sup>. Antes bien, el objetivismo epistemológico comentado, sirvió de base a la ofensiva de los movimientos políticos guerrilleros contra la hegemonía de un marxismo evolutivo tributario de los enfoques de la socialdemocracia alemana y de la política internacional del PCUS. La propia Marta Harnecker intentó resolver esta paradoja, presentada al marxismo revolucionario en el cruce de la acción intencional y la determinación estructural, a través de la afirmación fuerte de una lógica de la necesidad histórica en la acción política<sup>23</sup>.

De las consideraciones expuestas, no debe extrañar que en América Latina la discusión original sobre las proyecciones de las teorías del marxismo estructural no se centraran en el rasgo general de articulación del debate estructuralista de la época, el relacionado con la crítica radical a la metafísica o a toda forma de pensamiento mistificante. Salvo la excepción de Ernesto Laclau, en el campo intelectual latinoamericano la discusión sobre Althusser no es, a diferencia de Europa<sup>24</sup>, una discusión que pueda anticipar en su horizonte de problemáticas los motivos de una superación del pensamiento estructural, en un, digámoslo, particular movimiento dialéctico de ruptura y mantención de las oposiciones tratadas. Más bien, la lectura y crítica del marxismo estructural en América se da en orden de continuidad con el punto de tensión del marxismo clásico latinoamericano. El referido a la tensión existente entre el privilegio de la lucha de clases (el Manifiesto Comunista, en una lectura), y la determinación estructural de la intencionalidad de la acción (el prefacio de la Contribución de 1857, en la otra). En esta discusión, lo determinante será, en última instancia, el potencial informativo posible de derivar de una u otra lectura para los fines de una política revolucionaria científica.

Al final de este debate, el humanismo latinoamericano actuante tras la clausura (semántica) revolucionaria del althusserismo, enfatizará y movilizará los elementos cientificistas y deterministas presentes, en mejor forma, en el marxismo vulgarizado de la manualística soviética.

#### LA LECTURA DE ALTHUSSER EN LOS OCHENTA: LA CLAUSURA DE LA RENOVACIÓN SOCIALISTA

Uno de los procesos más interesantes de revisión y reformulación del ideario socialista latinoamericano de la década de los ochenta, es la Renovación socialista chilena. En ella, no sólo se somete a examen y cuestionamiento profundo la relación existente, a nivel teórico y político, entre democracia y socialismo, sino que, de un modo más enfático, se desplaza el valor de legitimidad del segundo término de la relación al ámbito de operatividad y sustantividad del primero. En este sentido,

<sup>22</sup> Tomás Moulian, *op. cit.*, págs. 118-120.

<sup>23</sup> Marta Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, 15ª edición, aumentada y corregida, México, Siglo XXI editores, 1985, tercera parte.

<sup>24</sup> Ted Benton, *The rise and fall of structural marxism. Althusser and his influence*, New York, St. Martin's Press, 1984, parte III.

puede afirmarse que el rasgo más característico de este emergente socialismo renovado es su revalorización de la democracia; el socialismo, tras esta operación de asimilación, es visto como un proceso de profundización de la democracia y no como una alternativa a la misma<sup>25</sup>.

La preocupación central por la democracia, sin embargo, no es un fenómeno propio de la izquierda renovada chilena. En la discusión política latinoamericana del período, el tema de la democracia es un tema central que articula y define otros temas vitales de proximidad familiar; como lo son las discusiones sobre el Estado, el realismo político, la crisis del marxismo en tanto Saber-Hacer (en la expresión de Benjamín Arditi), el tema de la democracia social, los movimientos sociales, las nuevas formas partidos, etcétera<sup>26</sup>. La capacidad de la democracia para constituirse en eje articulador del debate político latinoamericano, viene determinada, así, por los propios esfuerzos sociales del continente en darse un orden democrático estable, capaz de dejar atrás su pasado leninista tal y como éste le es presentado por José Aricó<sup>27</sup>.

La crítica al marxismo leninismo, si hemos de aceptar la provocadora tesis de Aricó, no es sólo la crítica de un tipo particular de racionalidad política autocrática, es también, y determinantemente, la crítica a una matriz de conformación social autoritaria, en donde el Estado conforma a la sociedad<sup>28</sup>. En palabras de Aricó, "el leninismo se expandió en América Latina porque América Latina es un continente leninista"<sup>29</sup>.

No es casual por ello que uno de los tópicos centrales del pensamiento renovador en la América de los ochenta, sea la crítica al leninismo y la teoría de la revolución. El problema del orden, de la construcción de un orden democrático, constituye la preocupación central de un horizonte intelectual obsesionado por la imagen de la democracia como procedimiento y ordenación social (es en este contexto donde se comienza a leer a Norberto Bobbio en América).

Para el caso del marxismo, la crítica se articula en dos dimensiones. La primera, está referida a problemas internos a la teoría que se hacen inprocesables desde el momento en que, a nivel mundial, se declara que el marxismo es una teoría finita incompatible con una filosofía de la historia, y con una visión de la transición pensada en términos positivos. Como es bien sabido, estas afirmaciones sobre la naturaleza de la teoría marxista (más propiamente sobre su estatuto) fueron hechas por Althusser con el objetivo de arrancar al marxismo de una larga tradición metafísica

<sup>25</sup> Para una lectura detallada del proceso de conformación de la Renovación Socialista, puede consultarse a Ignacio Walker, *Socialismo y democracia. Chile y Europa en perspectiva comparada*, Santiago, Cieplan-Hachette, 1990, cap. 5.

<sup>26</sup> Para un tratamiento de estos temas, puede consultarse de Norbert Lechner, "De la revolución a la democracia. El debate intelectual en América del Sur", en *Opciones*, N° 6, Santiago, 1985, págs. 57-72. Además de Tomás A. Vasconi, "Democracia y socialismo en América del Sur (Notas para una discusión)", en Agustín Cueva (comp.), *Ensayos sobre una polémica inconclusa. La transición a la democracia en América Latina*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, págs. 137-153.

<sup>27</sup> José Aricó, "Democracia y socialismo en América Latina", en Agustín Cueva, *op. cit.*, págs. 41-49.

<sup>28</sup> Como ya habrá advertido el lector, José Aricó retoma aquí las tesis centrales de su libro *Marx y América Latina*.

<sup>29</sup> José Aricó, "Democracia y socialismo en América Latina", loc. cit., pág. 44.

que lo confinaba<sup>30</sup>. Sin embargo, en tanto ellas marcaban de algún modo el límite insalvable de la teoría política marxista para pensar formas nuevas de acción política hegemónica, y, paralelamente, evidenciaban una incapacidad absoluta para elaborar una teoría del Estado en las sociedades modernas, no podían sino generar una catástrofe teórica inminente al interior del espacio argumental clásico de la letra marxista: una especie de bancarrota *ad portas*.<sup>31</sup>

La segunda dimensión de la crítica tiene relación con la exigencia (in)pensable al marxismo de elaborar una teoría del orden social<sup>31</sup>. En este punto, la crítica ponía de relieve las limitaciones cognitivas de base de la teoría en sus exigencias de universalidad. La evidencia de que el marxismo constituía una teoría finita, se juzgaba como una incapacidad genética de la teoría para pensar las sociedades complejas. Así, no sólo Foucault afirmaba ya que el marxismo era una ideología del siglo XIX, sino que también, en nuestro medio, un latinoamericano como Mario Bunge confinaba los ejercicios dialécticos del materialismo a los límites de significación del siglo pasado<sup>32</sup>.

Si hemos de ser fieles a las dimensiones de la crítica, es posible afirmar que ella, en tanto crítica de las limitaciones y "errores" de la teoría, tiende a establecer por unidad de medida media la relación del marxismo con la democracia; entendida sólo en los términos estrictos de un proceso de regulación formal del ejercicio del poder.

La lectura de Althusser en América, en este contexto, no puede hacerse sino a través de la línea de inversión de las significaciones establecidas anteriormente por la clausura semántica revolucionaria.

Como ha observado un intelectual ligado a la renovación socialista chilena, este proceso de crítica y reformulación de las tradiciones cognitivas de base que alimentan la acción política de izquierda, es, en un primer momento, una crítica al pasado histórico y teórico de la izquierda revolucionaria de los sesenta<sup>33</sup>. En este sentido, la crítica al marxismo es fundamentalmente una crítica a una forma específica de "marxismo en uso". Por ser esta la orientación principal de la crítica del socialismo renovado al marxismo, al menos en su primera etapa, lo que se cuestionará y criticará será el marxismo circulante en su reconocimiento político de fines de los años sesenta.

Así, si a Althusser en una primera lectura se le normalizó en una significación que ponía énfasis en sus determinaciones científicas (por cierto, sometidas a autocrítica por el filósofo francés)<sup>34</sup>, ahora, en la lectura de los ochenta, se le critica y se le normaliza en una lectura teórica y política que ve en él la culminación de las tendencias totalitarias del marxismo como saber absoluto.

<sup>30</sup> Louis Althusser, "El marxismo como teoría finita", en *VVAA., Discutir el Estado*, México, Folios Ediciones, 1982, págs. 11-21.

<sup>31</sup> Los avances más importantes en esta crítica serán desarrollados por Norbert Lechner. También, fruto de esta exigencia es que cobrarán actualidad algunas teorías sociológicas del orden y la integración, como las de E. Durkheim. En Chile, científicos sociales como Eugenio Tironi suscribirán abiertamente posiciones neodurkheimianas.

<sup>32</sup> Mario Bunge, "El marxismo hoy", en Román Reyes (ed.), *Cien años después de Marx*, Madrid, Ediciones Akal, 1986, pág. 41.

<sup>33</sup> Ver intervención de Tomás Moulian en el Seminario "El proceso de renovación socialista 1979-1986. Balance y perspectivas", recogido en *VVAA., La Renovación Socialista. Balance y perspectivas de un proceso vigente*, Santiago, Ediciones Valentin Letelier, 1987, págs. 48-52.

<sup>34</sup> Louis Althusser, "Ciencia e ideología", en *Elementos de autocrítica*, Barcelona, Editorial Laia, 1975, págs. 28-36.

La idea de un marxismo único, resulta aberrante para la lectura de la renovación socialista. La versión de un marxismo científico, capaz de oponer la verdad al error, la ciencia a la ideología, es incompatible con una comprensión de la democracia como organización social en donde la única epistemología aceptable es una epistemología descentrada (la idea es de Lefort).

La clausura "renovada" del althusserianismo establece, así, una inversión de los valores expuestos por la clausura revolucionaria de los sesenta. De esta forma, en la operación de normalización y control semántico de la textualidad althusserista por parte de la renovación, se establece un continuo con la lógica de inversión que caracteriza en un primer momento a los esfuerzos por renovar el socialismo latinoamericano.

En el ámbito de los efectos políticos de la teoría, se observa que la teoría del Partido vanguardia se funda en la noción del marxismo como Saber Absoluto: única ciencia del desarrollo histórico. Las tesis del Lenin del *¿Qué hacer?* son vistas ahora en la imagen de un marxismo iluminista que se autoconstituye en "conciencia en sí" de la clase obrera porque le proporciona los recursos cognitivos que necesita para luchar por la transformación social<sup>35</sup>. Sin el marxismo —como afirma críticamente Tomás Moulian— el proletariado no puede acceder a la conciencia lúcida, permanece en el nivel de la conciencia prisionera, incapaz de elevarse a la crítica científica del capitalismo<sup>36</sup>.

Pero, precisamente, es en esta reducción de la política a la ciencia donde la clausura de la renovación socialista descubre el estalinismo en Althusser. La teoría de la ciencia que hay en el marxismo es un punto originante de tendencias antidemocráticas<sup>37</sup>.

Con esta operación política de clausura semántica de los significados posibles del althusserianismo en América Latina, lo que se pretende es disociar, por un lado, toda articulación posible entre marxismo científico<sup>38</sup> y socialismo democrático, como, por otro, establecer una proximidad necesaria entre democracia y socialismo (entendido éste en la forma de participación del poder social).

Sin embargo, la articulación presentada entre democracia y socialismo se establece de una forma tal que corre el peligro de borrar el carácter diferencial de los términos de la unidad resultante. En el énfasis democrático expuesto, la clausura del socialismo renovador anticipa las formas de un reduccionismo, en el cual todas las articulaciones políticas presentadas entre democracia-socialismo-marxismo son reducidas a uno de sus elementos: la democracia.

En el ámbito teórico, la clausura del socialismo renovado dará lugar al ejercicio de un marxismo metodológico que al no alcanzar las formas analíticas de un marxismo crítico, tenderá a desaparecer del análisis social y de la retórica política<sup>39</sup>.

<sup>35</sup> José Nun, *La rebelión del Coro. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1989.

<sup>36</sup> Tomás Moulian, "Sobre un aspecto de la teoría de la renovación: notas introductorias", en *Cuadernos Esin*, Instituto para el nuevo Chile, Rotterdam, 1982, pág. 43.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pág. 43.

<sup>38</sup> En el sentido de A. Gouldner.

<sup>39</sup> Un balance crítico del proceso de la renovación, que ve en él —hoy— sólo un modo de dejar de ser socialista sin necesidad de asumir las consecuencias intelectuales de ese proceso, puede encontrarse en José Joaquín Brunner, "Interrogantes sobre el fin de la renovación socialista", en *Foro 2000*, N° 4, Santiago, 1992, págs. 14 y 15.

Lo paradójal, sin embargo, es que la textualidad althusseriana lejos de haber agotado sus impulsos de significación, hoy parece cobrar actualidad en las críticas a las lecturas de la sociedad como totalidad centrada, así como en aquellas otras afirmaciones del todo social, en tanto sobredeterminación compleja de instancias sociales<sup>40</sup>.

#### LA FUNDACIÓN DEL (POST)MARXISMO:

##### EL DESPLAZAMIENTO HACIA LO DISCURSIVO EN LAS FUENTES DE LA TEORÍA

Tras la clausura semántica postrevolucionaria<sup>41</sup> del althusserianismo, y con el agotamiento de las energías críticas de la "renovación socialista", diversas formas de marxismo han comenzado a emerger y perfilarse en el horizonte intelectual de las ciencias sociales. Este fenómeno teórico, que al principio pareció sólo una singularidad típica del espíritu inglés<sup>42</sup>, poco a poco ha ido consolidando formas propias en el mundo iberoamericano. Así, en un plano estrictamente intelectual, tanto en España como en América Latina el marxismo a vuelto a tener presencia –limitada es cierto– a través de relocalaciones científicas (si es que este término puede tener un sentido positivo) que enfatizan su potencial heurístico y analítico. Ciertamente es, sin embargo, que ya no se trata de pensar al marxismo como una "concepción del mundo", situada por encima de las ciencias, o como un sistema totalizante en el que todo encontraría su lugar, y al que las ciencias –como exige la filosofía especulativa– tendría que rendirle honores<sup>43</sup>. De lo que se trata ahora, por el contrario, es de pensar al marxismo en los términos estrictos y limitados de un materialismo histórico reconstruido, o, en su defecto, de pensarlo como una variante particular de la sociología histórica o de la historiografía social. En cualquiera de sus casos, esta singular rehabilitación del marxismo en términos científicos implica, explícitamente o no, una nueva fundación o lógica de fundaciones al interior de la textualidad marxista.

Empero, la mayoría de estas (re)fundaciones del marxismo, operan, en tanto estrategias intelectuales desprovistas de referentes sociales concretos, sobre la base de una represión teoricista de una de las dimensiones constitutivas del pensamien-

<sup>40</sup> Al respecto, resulta ilustrativa la forma en que ciertas perspectivas postmodernas recurren a Althusser para fundamentar su crítica al esencialismo y a las visiones de la sociedad como totalidad centrada. Sobre el punto, Benjamín Arditi, "Una gramática postmoderna para pensar lo social", en Norbert Lechner (comp.), *Cultura política y democratización*, Santiago, Clacso, 1987, págs. 169-188.

<sup>41</sup> Usamos este término para designar aquella sensibilidad política y teórica de la renovación socialista de los noventa. En general, esta particular sensibilidad teórica, propia a un sector intelectual y político crecientemente escéptico frente al ideal de una política racional (y de una sociedad racional), parece extenderse por América Latina en la forma de un desencanto de izquierdas (Lechner), o de un desánimo cultural (Sabrovsky).

<sup>42</sup> El surgimiento de un marxismo académico en el mundo anglosajón está vinculado tanto a las investigaciones del individualismo metodológico liderado por John Elster, como a la defensa de un marxismo analítico (esto es, formalmente científico desde el punto de vista lógico semántico) del tipo Gerald A. Cohen.

<sup>43</sup> Adolfo Sánchez Vázquez, "La persistencia del marxismo", entrevista de Gabriel Vargas Lozano, en *Revista Internacional de Filosofía Política*, N° 7, Madrid, 1996, pág. 189.

to marxista: la dimensión ideológica. Si el marxismo originalmente se constituye en la unión de lo ideológico y lo científico, o, en los términos de Adolfo Sánchez Vázquez, en el cruce de una dimensión emancipatoria y una dimensión científica<sup>44</sup>, estas nuevas fundaciones del marxismo se constituyen en el cierre o represión práctica de toda política de la transformación.

En iberoamérica ha sido Ludolfo Paramio<sup>45</sup> quien ha ofrecido la justificación más convincente de la necesidad de pensar el materialismo histórico como una forma paradigmática de investigación social. En sus términos, la justificación de un postmarxismo se juega sólo en la posibilidad de un mayor rendimiento teórico del programa de investigación científica al interior de las ciencias sociales. Esto implica, por cierto, la cancelación de cualquier filosofía de la historia de rasgos teleológicos, como la eliminación de cualquier teoría de la revolución en el nuevo programa del materialismo histórico. En este nuevo programa, afirma Paramio, se pueden encontrar la sociología histórica y la sociología política formando un campo en donde los materiales historiográficos y el formalismo microeconómico puedan ser explotados al máximo sin ceder a la tentación de dejar que impongan sus reglas de juego. Ciertamente, este nuevo programa no ofrece la posibilidad de alcanzar leyes de la historia, ni anticipar estados futuros, pero sí de elaborar modelos y teorías de alcance intermedio capaces de comprender mejor el presente y explicar causalmente el pasado<sup>46</sup>.

La crítica de formas de postmarxismo como las de Paramio, elaboradas al amparo de los desarrollos del marxismo analítico, no es el objetivo de estas notas. Baste señalar, sin embargo, tanto la línea de continuidad de estas nuevas reconstrucciones con las exigencias teóricas que el althusserianismo realizara años atrás al marxismo (la elaboración de una ciencia histórica), como cierto tipo de limitaciones compartidas por el nuevo paradigma en lo que se refiere a los efectos de ruptura supuestos en la divisoria ciencia/ideología.

A diferencia de las formas de postmarxismo señaladas, en el ámbito de la tradición neoalthusseriana latinoamericana encontramos la elaboración crítica de una forma de postmarxismo que no se piensa en la divisoria ciencia/ideología.

Esta forma de postmarxismo neoalthusseriano, constituye un proceso particular de fundación latinoamericana del postmarxismo como marxismo radical o "postmetafísico".

Si bien, la fundación de un postmarxismo latinoamericano, como marxismo radical, no es algo que se prefigure sólo en la textualidad althusseriana<sup>47</sup>, es en ella en donde a configurado de un modo preciso una identidad teórica específica. La forma

<sup>44</sup> Adolfo Sánchez Vázquez, "Revolución y emancipación en Marx", en Román Reyes (ed.), *Cien años después de Marx*, loc. cit., págs. 113-123.

<sup>45</sup> Ludolfo Paramio, "El materialismo histórico como programa de investigación", en VV.AA., *Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile*, loc. cit., págs. 163-201. También del autor, *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*, 2ª ed., Madrid, Siglo XXI editores, 1989) cap. 1 y 3.

<sup>46</sup> Ludolfo Paramio, "El materialismo histórico como programa de investigación", loc. cit., pág. 201.

<sup>47</sup> A finales de los ochenta es posible encontrar en Chile los elementos necesarios para impulsar una fundación del postmarxismo desde una matriz gramsciana-wittgensteiniana. Texto eje de fundación del postmarxismo chileno sería el libro de Eduardo Sabrovsky, *Hegemonía y racionalidad política (contribución a una teoría democrática del cambio)*, Santiago, Ediciones del Ornitorrinco, 1989.

de esta identidad está determinada por un giro hacia lo discursivo como producción social en la cual se funda toda significación. La afirmación de esta tesis sobre la naturaleza material de las significaciones (o de un modo más preciso de los discursos), se apoya sobre dos principios cardinales tomados de la lingüística: 1) que las entidades significantes no tienen esencia sino que están definidas por redes de relaciones, tanto internas como externas, y 2) que los fenómenos significantes son posibles de descripción en tanto se determine el sistema de reglas que los produce.

Tomando por referencia analógica el análisis marxiano de la mercancía, tal y como él se formula en el libro I de *El Capital*, el postmarxismo latinoamericano afirma que los discursos son productos (productos materiales) que para ser reconocidos deben ponerse en relación con su proceso de producción. Una de las hipótesis principales que subyace a este enfoque –en opinión de Emilio de Ipola– “es la de que todo producto discursivo está necesariamente marcado por el proceso de producción que lo ha engendrado. Esas “marcas” no aparecen, por así decir, a simple vista (“el valor no lleva escrito en la frente lo que es”), pero un cierto análisis puede sacarlas a la luz”<sup>48</sup>.

Siguiendo el análisis marxiano del modo de producción capitalista, Emilio de Ipola definirá el proceso social de producción de los discursos como constituido por la articulación (compleja) de tres procesos: a) el proceso directo de producción; b) el proceso de circulación, y c) el proceso de recepción (o “reconocimiento”) de los discursos<sup>49</sup>. Los discursos en este análisis son tratados como productos sociales inmersos en un circuito de producción que los determina y los conforma (“marca”) en diversas y múltiples formas (para el caso del consumidor de los discursos, que en el modelo marxiano de la mercancía tiene un rol pasivo, en los análisis del postmarxismo neoalthusseriano, gracias a los trabajos de Oswald Ducrot sobre los performativos, éste tiende a representar un rol activo y principal, por cuanto también determina en su recepción las formas del producto).

Ahora bien, presentado el modelo general de análisis y algunos de sus supuestos principales, es posible hacer notar que el neoalthusserianismo latinoamericano tiene la posibilidad de pensarse como recomienzo del marxismo, sólo en el momento en que establece un complejo de unidades temáticas, junto a un horizonte ruptural capaz de constituirlo.

El complejo de temas que dan identidad al postmarxismo latinoamericano se relacionan a problemáticas vinculadas a una teoría de la ideología de matriz althusseriana<sup>50</sup>, a la elaboración de una teoría de las subjetividades sociales, y a los problemas de una política democrática de transformación social<sup>51</sup>.

En lo que se refiere al horizonte de fractura que es pensado como constituyente del postmarxismo, este tiene que ver con una serie de dislocaciones llevadas a cabo

<sup>48</sup> Emilio de Ipola, “Discurso político, política del discurso”, VV.AA., *Cultura y creación intelectual en América Latina*, 2ª ed., México, Siglo XXI editores, 1989, pág. 239.

<sup>49</sup> *Ibid.*, págs. 239 y sigtes.

<sup>50</sup> Emilio de Ipola, “Crítica de la teoría althusserista de la ideología”, en *Ideología y discurso populista*, México, Folios Ediciones, 1982.

<sup>51</sup> Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI editores, 1987.



en el orden general del "saber moderno". Para marxistas postclásicos como Ernesto Laclau, estas transformaciones se fundan en una triple ruptura de los objetos o unidades últimas de análisis del saber del siglo XIX, de sus relaciones y de las formas políticas en ellas sustentadas.

Según Laclau, esta triple fractura a nivel de los objetos y relaciones del pensamiento del siglo XIX, se verifica en el horizonte general de las ciencias sociales contemporáneas. Así, por ejemplo, la unidad del hecho histórico salta hecha pedazos desde que la escuela de los *Annales* refiere la construcción del objeto "hecho" a una sobredeterminación de temporalidades; el fonema, como objeto último de análisis de la fonología clásica, es deconstruido en su naturalidad por los trabajos del círculo de Praga; la ilusión de una forma lógica única de la lengua es desalojada tras la filosofía del segundo Wittgenstein, la unidad de la conciencia es puesta en cuestión por los trabajos del psicoanálisis, etcétera. En el ámbito del marxismo, la unidad última de análisis es la "clase". En la lectura del postmarxismo, esta unidad límite de análisis se disuelve en la medida en que un conjunto de determinaciones que el siglo XIX consideraba como necesariamente ligadas tiende en la actualidad a disolverse en identidades sociales complejas y sobredeterminadas<sup>52</sup>.

En lo que se refiere a la transformación de la relación entre los objetos, ésta opera como una transformación de su sentido de significaciones. Si para el "saber" del siglo XIX, la relación entre los objetos es preferentemente una relación naturalística, de positividad o externalidad. En la actualidad, a partir de los trabajos de la lingüística estructural y de la filosofía del segundo Wittgenstein, las relaciones entre los objetos tienden a ser cada vez más representadas como relaciones contingentes (esto es, no naturales: recuérdese la afirmación sausseriana de la arbitrariedad del signo), y no completamente determinadas por su contexto de emergencia (se instala aquí la problemática wittgensteiniana sobre seguir una regla). Para el marxismo clásico, en la lectura que de él puede hacerse desde cierto materialismo discursivo, las relaciones con el mundo están determinadas por la búsqueda de leyes universales de orden cuasi-natural. En su teoría de la sociedad, por tanto, prima una lectura "objetivista" de las relaciones sociales, las cuales son pensadas con prescindencia a cualquier problemática sobre la producción social de sentido.

En el orden de las transformaciones de la política, se advierte que la crítica del esencialismo, se constituye en punto nodal de ruptura con una forma de hacer política que postula vínculos necesarios entre fenómenos. Las posibilidades de pensar la política en los términos de una construcción discursiva de lo social, pueden advertirse, asimismo, a través de la radicalización del concepto gramsciano de hegemonía (en el caso del posmarxismo de Laclau y Mouffe, p.e.), o, a través de la reelaboración de la teoría althusseriana de la ideología (en la perspectiva indicada por Michel Pêcheux, p.e.). En este sentido, la práctica revolucionaria, como práctica hegemónica, tiende a "ser vista como una proliferación de discursos que intentan articular demandas democráticas, populares y socialistas y que en el curso de su formulación

<sup>52</sup>Ernesto Laclau, "Discurso, hegemonía y política: Consideraciones sobre la crisis del marxismo", en *VV.AA., Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea*, México, Siglo XXI editores, 1986, págs. 30-40.

no declaran simplemente lo que la realidad es: son actos performativos que la constituyen”<sup>53</sup>.

Para concluir esta breve introducción a una genealogía del postmarxismo en América Latina, es posible afirmar que estamos asistiendo a un desplazamiento y reemplazo de las fuentes originales del primer clasicismo marxista. Así, si en cierto sentido puede afirmarse que las fuentes fundadoras del marxismo de fines del siglo XIX fueron la economía política clásica, la historiografía social de la Revolución francesa, y las filosofías sistemáticas del Idealismo alemán, hoy es posible afirmar, tras la enunciación althusseriana, que estas unidades de significación simple del conjunto social son objeto de un desbordamiento complejo, de orden discursivo<sup>54</sup>, que pone énfasis en una lectura simbólico-relacional de lo social/real.

<sup>53</sup> *Ibid.*, pág. 40.

<sup>54</sup> En este punto me apoyo en Alejandra Castillo, “Ciencias del lenguaje y marxismo” (inédito), Santiago, 1997.

ENTRE EL ESPECTÁCULO Y EL ESCARMIENTO:  
EL PRESIDIO AMBULANTE EN CHILE  
(1836-1847)

*Marco Antonio León León<sup>1</sup>*

INTRODUCCIÓN

La construcción de un sistema carcelario en Chile a lo largo del siglo pasado, no fue una tarea sencilla para quienes debieron preocuparse de legislar, organizar y materializar diferentes experiencias penales que pudieran paliar en parte el problema de la criminalidad. Desde el término del proceso independentista, era posible apreciar un aumento en la delincuencia urbana y rural, hecho que no fue desconocido por las autoridades, pero que tampoco implicó la toma de medidas concretas destinadas a remediar la situación.

Fue en este contexto que se ensayaron diferentes formas para aminorar el bandaje, el robo y otra serie de delitos que por lo general quedaban sin resolver, debido a la precaria situación en que se encontraban las cárceles de la naciente República. Si bien el deterioro de los recintos penales era ya evidente a fines del siglo XVIII, las guerras de la Independencia y la prioridad dada a otras materias estatales, relegaron el problema carcelario de las políticas gubernamentales a un segundo plano. Una vez consolidado el Estado, se pensó que la isla de Juan Fernández –presidio realista durante el período de Reconquista– podía ser de utilidad para trasladar allí a los reos de mayor peligrosidad, mientras las cárceles del continente se destinaban a los presos reclusos por delitos menores.

No obstante, la lejanía de la isla, y por ende la escasa posibilidad de mantener una comunicación permanente con las autoridades del presidio, se tradujo en una serie de insurrecciones y levantamientos que, a inicios de la década de 1830, conmocionaron a los personeros de Gobierno. Fue por estas razones que la implementación del Presidio Ambulante –a iniciativa del entonces Ministro del Interior, Diego Portales–, constituyó, a nuestro entender, un segundo ensayo punitivo destinado a disciplinar la población reclusa de mayor peligrosidad, no sólo a través del encierro, sino también por medio de la humillación pública a que se veían sometidos los presidiarios en una cárcel compuesta de “jaulas rodantes”, que se trasladaban a aquellos sitios que requerían fuerza de trabajo de mínimo costo.

En este sentido, nuestro trabajo pretende demostrar que la experiencia reclusoria del Presidio Ambulante (o de los Carros, como se le llamó por lo general), constituye un ensayo penal más del Estado chileno en su afán por materializar un sistema

<sup>1</sup> Departamento de Historia de Chile y América. Instituto de Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile. El autor agradece los comentarios de Rafael Sagredo y Sergio Grez durante la redacción de este artículo. Una versión preliminar de este trabajo, fue presentada en las II Jornadas de Estudiantes de Historia “Doctor Luis Carreño Silva”, desarrolladas en la Universidad de Playa Ancha, Valparaíso, los días 8, 9 y 10 de octubre de 1997.

carcelario nacional y eficiente. Es asimismo, una etapa transitoria, ya que si bien se plantea como alternativa al establecimiento de colonias penales en la isla de Juan Fernández y en Magallanes, se encuentra distante de esas experiencias por involucrar un uso "productivo" de los reos en obras públicas; y por estar lejano de las nuevas ideas regeneradoras del criminal a través del encierro solitario, que van a propugnar los defensores del régimen penitenciario. Esta última propuesta, encontrará respaldo estatal cuando se dicte el decreto que establezca la Penitenciaría de Santiago en 1843. Terminada la obra mayor, los reclusos del Presidio Ambulante poblarán sus celdas cuatro años más tarde.

Igualmente, deseamos demostrar que el Presidio Jeneral de los Carros, sintetiza los postulados penales del Antiguo Régimen, al asociar la humillación con el castigo físico; y los nuevos principios racionales, que convierten al reo en un sujeto que puede ser rehabilitado y en una unidad productiva que debe costear su "mantención en el presidio", a través del trabajo forzado.

Por último, examinar este tema es una vía de acceso para el estudio de los mecanismos de control social de una época —o "disciplinamiento" si se quiere—, que permiten entender no sólo los sufrimientos de los afectados, sino por supuesto la lógica con que se maneja el poder en una determinada sociedad. No se trata de imponer un criterio foucaultiano en este análisis<sup>2</sup>, sino más bien de entender que dicho control social es una categoría histórica que también experimenta cambios en el largo y mediano plazo. Estudiar este concepto en una coyuntura precisa y con fuentes contemporáneas, es parte de nuestro intento.

#### EL SISTEMA CARCELARIO CHILENO Y EL PRESIDIO AMBULANTE

A fines del siglo XVIII, es posible comprobar un aumento en la población de las grandes ciudades como Santiago y Valparaíso, que origina en la zona central de Chile la aparición de poblados espontáneos y una masa de individuos, la mayoría de ellos sin instrucción ni oficio, que terminan por caer en la mendicidad o la delincuencia. La política de poblaciones borbónica, si bien intentó a su manera asentar dicha masa flotante en ciudades o villas específicas —reguladas por autoridades y sujetas al control central de Santiago—, no pudo evitar que la situación de inseguridad en los campos y en algunas ciudades se modificase mayormente<sup>3</sup>.

El problema se tradujo no sólo en la lenta administración de justicia, sino también en el deterioro evidente de las cárceles que, por lo general, se encontraban sin fiscalización y con carencia de medios económicos, pues los cabildos locales no privilegiaban su mantención frente a otras prioridades edilicias. Las nuevas villas, aunque gozaban de cárceles más seguras, con el paso del tiempo eran víctimas de parecidos inconvenientes financieros que terminaban por convertir a los recintos penales en meros símbolos del respeto a la ley.

<sup>2</sup>Una introducción a los temas del castigo, el encierro y los "discursos de poder" que maneja una sociedad en relación al tema carcelario, pueden revisarse en Michel Foucault, *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI Editores, 1995, *passim*. La edición francesa es de 1976.

La llegada del proceso emancipador no cambió radicalmente esta situación, pues junto con los desórdenes propios que ocasionaban las guerras entre patriotas y realistas, se sumaba la acción de grupos de bandidos y forajidos que, o sumando sus ataques a un bando o actuando en forma individual, terminaban por aumentar la cotidiana inseguridad que se vivía en las áreas rurales. Por otra parte, en las ciudades, los índices de peligrosidad también se incrementaban, en la medida que los esfuerzos de las autoridades chilenas estaban encaminados a repeler el ataque enemigo. Sin embargo, una vez consolidada la Independencia Nacional, las preocupaciones inmediatas fueron restablecer o constituir un nuevo "orden social republicano", que implicaba poner remedio al aumento de la criminalidad<sup>4</sup>.

Hasta ese momento, lo que podríamos denominar el "sistema carcelario chileno", estaba compuesto por las cárceles santiaguinas y locales que eran la herencia de la administración borbónica, y que por supuesto no se encontraban en mejor estado desde fines del siglo anterior. La despreocupación frente al problema carcelario no descansaba sólo en las vicisitudes económicas, sino además en el concepto mismo que se tenía de estos espacios de reclusión. La cárcel era concebida por la legislación del Antiguo Régimen, como un lugar de tránsito donde se esperaban condenas mayores, como la ejecución pública, la expropiación de bienes o el destierro. Por ende, no había mayor esmero en su mantención física ni se pensaba remotamente que pudiera ser el lugar de castigo y redención para quien, después de atentar contra la sociedad, encontraría en la soledad de su encierro la reflexión y el perdón de sus culpas, reintegrándose así a la comunidad como un individuo rehabilitado. Igualmente, se descuidaba la inspección de estos recintos, situación que se reflejaba en las actas de visita de cárcel, por lo general poco informativas y redundantes en sus registros<sup>5</sup>. Este contexto, fue el que el Estado chileno una vez organizado trató de modificar dentro de sus medios.

La tarea emprendida no constituía un asunto fácil, pues las prioridades estatales se concentraban en la resolución de problemas de Hacienda, Gobierno Interior y otras materias, razón por la cual el presupuesto debía acomodarse a los gastos y no efectuar desembolsos innecesarios de dinero. Pero el desorden social era un "fantasma" omnipresente que debía ser remediado, al menos de manera parcial. En esencia, la raíz de los males descansaba para muchos en los reos de más alta peligrosidad, los cuales no podían encontrarse junto a individuos detenidos por delitos simples en los mismos recintos carcelarios. Para solucionar tal situación, las

<sup>3</sup> Santiago Lorenzo Schiaffino. *Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1986, passim. Asimismo ver, María Teresa Cobos, "La institución del juez de campo en el Reino de Chile durante el siglo XVIII", en *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, tomo v, Valparaíso, 1980, págs. 85-165.

<sup>4</sup> Elocuentes son los comentarios que el 8 de octubre de 1822, realiza el alcalde Tomás O'Higgins al Ministro de Guerra y Hacienda sobre el mal estado del Presidio Urbano. Ver Valentín Letelier (Comp.), *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile*, (SCL), tomo vi, 1822-1823, Santiago, Imprenta Cervantes, 1889, pág. 271. Reproducido también en Marco Antonio León (Compilación y estudio preliminar). *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, Fuentes para la Historia de la República, Volumen VIII, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1996, págs. 41-42.

<sup>5</sup> Cobos, *op. cit.*, págs. 144-147.

autoridades estatales optaron por habilitar el antiguo presidio español situado en la isla de Juan Fernández, tristemente célebre por convertirse en la cárcel de muchos patriotas durante el período de Reconquista española (1814-1817)<sup>6</sup>.

Originalmente, se pensó en establecer, más que un simple presidio, una colonia penal que sirviera para recluir a los reos más conflictivos y evitar sus reincidencias, pues, se pensaba que la lejanía respecto del continente y la convivencia obligada entre presos y carceleros podían desincentivar futuros delitos. En este sentido, la soledad se interpretaba como un castigo ejemplificador, pero dicha soledad estaba acompañada de maltratos físicos, escasez de víveres y falta de comunicación con las autoridades centrales, lo que provocaba un clima de hostilidad y avivaba los deseos de rebelión por parte de los reclusos y del propio personal de guardia. Fue esta coyuntura la que motivó distintas sublevaciones y creó una percepción negativa sobre esta experiencia carcelaria:

“ La mayor de las islas de Juan Fernández, que continuaba guardada como plaza militar y sirviendo de residencia penal para los reos de delitos graves, habiase convertido en teatro de frecuentes desórdenes y alzamientos de parte de los mismos confinados, para quienes el arribo de cada buque a las costas de la isla no podía menos de ser un aliciente tentador a la fuga”<sup>7</sup>.

Desde inicios de la década de 1830, una seguidilla de motines y sublevaciones se presentaron en la isla. Los más conocidos, en particular por haber concitado el interés de la prensa, ocurrieron en diciembre de 1831; en febrero de 1834<sup>8</sup>; y en agosto de 1835, donde los prisioneros llegaron hasta las costas de Arauco, siendo aprehendidos con posterioridad.

Al hacerse presentes los problemas que implicaba la mantención del presidio de Juan Fernández, numerosos intelectuales, entre ellos Andrés Bello, comenzaron a plantear la posibilidad de reformar el sistema carcelario existente, no mediante la creación de nuevas colonias penales, sino a través de la adopción del “régimen penitenciario”, basado en la reclusión del delincuente en una celda individual donde, mediante el trabajo y la oración, se lograría la enmienda del criminal, objetivo que se alejaba claramente de la realidad carcelaria chilena. Aunque durante dicha década *El Araucano* se encargó de difundir las nuevas ideas<sup>9</sup>, éstas eran sólo proyectos que necesitaban de un respaldo financiero que el Estado chileno aún no podía asumir.

<sup>6</sup> Sobre las experiencias de algunos patriotas en la isla, ver Juan Egaña, *El chileno consolado en los presidios o Filosofía de la Religión. Memorias de mis trabajos y reflexiones*, Londres, Imprenta española de M. Calero, 1826; *Escritos de Manuel de Salas y documentos relativos a él y su familia*, Tomo I, Santiago, Imprenta Cervantes, 1910, págs. 41-125. Una visión más ponderada en el reciente trabajo de Cristián Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la Independencia en Chile*, Tesis para optar al grado de Doctor en Historia, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1996, págs. 166-199.

<sup>7</sup> Ramón Sotomayor Valdés, *Historia de Chile bajo el gobierno del General don Joaquín Prieto*, Tomo I, Santiago, Fondo Histórico Presidente Joaquín Prieto, Academia Chilena de la Historia, 1962, pág. 440.

<sup>8</sup> *El Araucano*, Santiago, 14 de marzo de 1834.

<sup>9</sup> Revisense, por ejemplo, los artículos escritos por Andrés Bello: “Medidas contra la criminalidad” y “Establecimientos de confinación para los delincuentes”, ambos trabajos fueron publicados originalmente en *El Araucano* y reproducidos en las *Obras completas de don Andrés Bello. Volumen IX, Opúsculos jurídicos*, Santiago, Impreso por Pedro G. Ramírez, págs. 9-21 y 39-56; respectivamente.

Sin embargo, el Ministro del Interior del Presidente Joaquín Prieto, Diego Portales, aunque estaba en conocimiento de las nuevas posibilidades que implica poder adaptar a la realidad chilena el régimen penitenciario, se dió cuenta de que tal iniciativa requería tiempo y recursos, variables que el Ministro debía relegar, al menos por el momento, para concentrar sus esfuerzos en la planificación de un medio efectivo y rápido que permitiera el castigo de los delincuentes para así desincentivarlos de cometer futuros delitos. Fue en este contexto que planteó la posibilidad, en 1836, de establecer un Presidio Ambulante donde:

“... mediante la construcción de cierto número de jaulas de fierro montadas sobre ruedas, debían ser encerrados los criminales de mayor grado y ser conducidos donde conviniera para trabajar en la apertura y reparación de caminos u obras de pública utilidad”<sup>10</sup>.

No se sabe con certeza cuál pudo ser el origen de esta idea por parte de Portales, pues desconocemos algún establecimiento similar en Chile durante los años anteriores. Sin embargo, Foucault, examinando la penalidad francesa del Antiguo Régimen, describe un sistema parecido cuando señala: “Los carros hirieron vivamente la imaginación popular. Se les representaba como jaulas destinadas a conducir fieras; y las autoridades procuraron explotar el terror de los carros, creyendo encontrar en ese recurso un freno al desarrollo de la criminalidad”<sup>11</sup>. En Chile, este planteamiento pudo resolver al menos los problemas más urgentes para ese entonces: la reclusión de los criminales peligrosos en una cárcel con poco costo; y el control de la población penal a través de un cuerpo armado y de una serie de trabajos de bien público. Estos eran al menos los argumentos expuestos por Portales en su “Memoria del ministerio”, consolidando así una nueva experiencia penal en el país:

“ Se ha celebrado otra contrata con los señores Jacob i Brown de Valparaiso para la construcción de veinte carretas, con el objeto de establecer un presidio ambulante que reemplace el de Juan Fernández, i trabaje principalmente en la apertura de caminos i otras obras de utilidad comun; proyecto que sin aumentar los costos con que actualmente grava el presidio al erario, los hará mucho mas fructuosos al público; evitará el peligro, que hemos visto mas de una vez realizado, del levantamiento y fuga de un número considerable de fascinerosos, capaces de los mas atroces atentados; proveerá mejor a su reforma penal, infundiéndoles hábitos de laboriosidad i disciplina; i substituirá a la confinacion en una isla remota i desierta una pena mas a propósito para producir el escarmiento, que es el objeto primario de la lejislacion penal”<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> Sotomayor Valdés, *op. cit.*, pág. 441.

<sup>11</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 80.

<sup>12</sup> *Memoria que el Ministro de Estado en el departamento del Interior presenta al Congreso, año de 1836*, reproducida en *Documentos Parlamentarios. Discursos de apertura en las sesiones del Congreso i Memorias Ministeriales correspondientes a la administración Prieto (1831-1841)*. Tomo I, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1858, pág. 96. El destacado es nuestro.

Como se puede apreciar a través de este documento, el sentido general de la reforma penal para Portales continuaba siendo el escarmiento, única medida ejemplificadora que podía desincentivar el delito. En este sentido, el Ministro, si bien podía tener conocimiento de los principios generales del nuevo régimen penitenciario, no descartaba el uso de los antiguos medios punitivos coloniales. De esta manera, el "palo y bizcochuelo", frase bastante conocida de este personaje, era también llevada a la práctica en una iniciativa de castigo más que de rehabilitación. Aunque Portales no tuvo tiempo de apreciar los resultados de este ensayo penal, el paso de los años y los evidentes errores de organización, pronto se hicieron notar.

#### UNA NUEVA EXPERIENCIA PUNITIVA

No es un misterio para nadie la síntesis que Portales logró consolidar en lo que respecta a la imagen de la autoridad pública, mezcla de legados coloniales e ideales republicanos que transformaban al Presidente de la Nación casi en un monarca, según lo ratificó la Constitución de 1833. Por tales razones, no se aleja de esta característica la idea de que Portales en su concepción general de lo que "debía ser" la reforma penal, sintetizara igualmente el escarmiento del Antiguo Régimen con la utilidad que los reos podían prestar al naciente Estado a través de su ocupación en obras públicas. En este sentido, Portales si bien llegó a pensar que era posible la regeneración de los delincuentes, mantuvo el principio de que dicha regeneración pasaba por el trabajo forzado y no por la reflexión o el apoyo de la religión para convertir al transgresor en un individuo más de la sociedad. Por lo tanto, buscó en el rigor de la disciplina física y no en la ley, el remedio a las dificultades originadas por los delincuentes en Chile<sup>13</sup>.

Fue por estas razones que dicha experiencia de castigo comenzó paulatinamente a caer en descrédito para la comunidad, los intelectuales y las autoridades gubernativas. En un principio, fueron las propias limitaciones materiales las que llamaron la atención sobre el descuidado estado de los denominados "carros". Aquellas jaulas de hombres, no prestaban en realidad las condiciones más esenciales para que los reos pudiesen corregir sus conductas. Cada carro contenía hasta 14 reclusos, con "sendas cadenas, entre los que solían verse colleras de a dos ligados por el mismo hierro"<sup>14</sup>. De igual forma: "Los criminales estaban ligados de dos en dos por fuertes cadenas sujetas a un sólido anillo de fierro remachado en una pierna, a la altura del tobillo"<sup>15</sup>. A esto debía agregarse que fuera de los trabajos forzados, el resto del tiempo los reos sólo residían en las diferentes jaulas sin aprender un oficio o alguna actividad que les permitiera, una vez cumplida su condena, desempeñarse fuera del presidio.

<sup>13</sup> Véase, en este sentido, su crítica al sistema judicial en "Administración de justicia criminal", *El Mercurio*, Valparaíso, 17 de enero de 1832; reproducido también en León, *op. cit.*, págs. 43-45.

<sup>14</sup> Sotomayor Valdés, *op. cit.*, pág. 442.

<sup>15</sup> Diego Barros Arana. *Un decenio de la Historia de Chile (1841-1851)*, Tomo I, Santiago, Imprenta y Encuadernación Universitaria, 1905, pág. 165.



Dicha "cárcel rodante", se estableció en Coquimbo, Aconcagua, Santiago, Colchagua, Valparaíso, Talca, Maule y Concepción<sup>16</sup>, pero el más conocido por ser foco permanente de desórdenes fue el que estaba situado en Valparaíso. El Gobierno comprendía que las condiciones no eran las más aptas, pero también tenía conciencia del carácter transitorio de esta "prisión ambulante", por lo cual sus esfuerzos se concentraban por entonces en la búsqueda de una nueva isla para presidiarios o en la edificación de un nuevo recinto penal. De allí que el Ministro de Justicia, Mariano Egaña, reconociera en 1839 que el Presidio Ambulante "sólo puede reservarse para los reos condenados por corto tiempo"<sup>17</sup>.

Los inconvenientes de este ensayo penal comenzaron pronto a manifestarse, en especial por la falta de una reglamentación apropiada que definiera las normas a las que debían someterse tanto los reos como los encargados de la guardia del presidio. En una comunicación del Gobernador militar de Valparaíso al Ministro de Justicia, se dejaba constancia de los serios inconvenientes que presentaban los carros a sólo dos años de su creación. Pero lo más llamativo de este informe, era que los protagonistas de las fugas fueran no los presidiarios, sino los encargados de custodiar la cárcel móvil:

"La desertión de los soldados que guarecen dicho Presidio y la fuga de los presidios son continuas y no hay medio de contener semejante escándalo. En mi sentir la causa de esto es el carecer el Comandante del Presidio de una regla fija a que ceñirse para castigar desde la menor hasta la mayor de las faltas, en que incurren los presidiarios y los soldados"<sup>18</sup>.

Estos acontecimientos, a medida que transcurrían los años, se convirtieron en críticas comunes al Presidio Ambulante. Sin embargo, ¿cuál era el motivo por el que el Gobierno no dictaba un reglamento para organizar definitivamente los carros?. Sin duda alguna el hecho de que se considerara a este presidio sólo como una etapa previa a la organización de una cárcel más efectiva, contribuyó a que legislativamente se retrasara cualquier norma que lo definiera de un modo permanente. Asimismo, debemos recordar que su mentor intelectual, Portales, ya había fallecido, por lo cual las autoridades existentes no se esmeraron en sancionar esta iniciativa, dejándola existir de hecho, pero sin amparo en la legalidad. Pudo haber contribuido a esta idea, el que desde fines de la década de 1830 se insistiera en las memorias ministeriales en destinar fondos para la construcción de un nuevo recinto, pero como tales ayudas económicas se retrasaban más de lo esperado, debió optarse finalmente por reglamentar el Presidio de los Carros. Tal situación, sólo se materia-

<sup>16</sup> Mario Cárdenas G. "Grupos marginados en los inicios de la era republicana: vagabundos, mendigos e indigentes", en *Cuadernos de Historia*, N° 11, Departamento de Ciencias Históricas-Universidad de Chile, Santiago, diciembre de 1991, pág. 57.

<sup>17</sup> *Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Justicia, Culto e Instrucción Pública, presenta al Congreso Nacional, año de 1839*. En adelante MMJCIP, reproducida en *Documentos Parlamentarios* ..., pág. 207.

<sup>18</sup> *Archivo Nacional de Chile (ANCh), Ministerio de Justicia*, Vol. 30, sf. Gobernador militar de Valparaíso al Ministro de Justicia. Valparaíso, 9 de abril de 1838.

lizó en enero de 1841<sup>19</sup>, cuando ya se hacía evidente para muchos personeros la inutilidad de normar una institución carcelaria que no tenía mayor futuro. Prueba de esto último, es que el texto mencionado era bastante escueto y sancionaba situaciones que ya existían, como el hecho de que el superintendente del Presidio (el Gobernador Militar de Valparaíso) pasaría al Ministro mensualmente un informe sobre el estado de dicho lugar de reclusión (art. 2<sup>o</sup>). En lo que respecta a las fugas, sólo se indicaba que el Superintendente se encontraría informado de éstas a través de las comunicaciones del director del Presidio –cargo que no era especificado en sus funciones ni forma de generación– (art. 4<sup>o</sup>).

Un ejemplo de tales informes, es el que presenta el superintendente del Presidio al Ministro del Interior, en febrero del mismo año. Por supuesto, las impresiones son negativas y las imágenes recurrentes de fugas, desórdenes y falta de organización, son un llamado constante a restablecer la isla de Juan Fernández o destinar los reos a otras cárceles del territorio. En tal sentido, la advertencia del Superintendente involucra el efecto pernicioso que esta verdadera “bomba de tiempo humana” puede provocar en la región:

“Los resultados perniciosos del actual sistema son demasiado obvios. En efecto, en el estado actual de cosas, no hai un instante en que no peligre la seguridad pública: porque peligran, a un tiempo, la existencia de todos los moradores de las haciendas circunvecinas, la de los viajeros que transitan continuamente por ese camino i aun la tranquilidad de Santiago i Valparaíso, cuyas riquezas pueden servir de aliciente a esas *naturalezas malas* para emprender un golpe de mano”<sup>20</sup>.

La evaluación final del establecimiento contrarrestaba las expectativas iniciales, ya que la mantención de los presos y su alto índice de escapes convertían a este recinto en una costosa carga para el Estado, donde ni siquiera los trabajos forzados habían cumplido las iniciales expectativas:

“... el presidio no ha producido la menor utilidad: pues en el corto tiempo que va transcurrido desde que se adoptó la medida de componer el camino con cuadrillas pagadas, se ha adelantado mucho más que lo que se había logrado en años i gastando injentes sumas en la mantencion i seguridad de los reos i compostura de carros i prisiones”<sup>21</sup>.

Pero este tipo de argumentos no constituían ninguna novedad, pues ya en 1838 se había comprobado que preservar los carros era más costoso que los eventuales “progresos” a que podían contribuir los reclusos con su trabajo, según expresó un artículo del periódico *El Valdiviano Federal*:

<sup>19</sup> El reglamento, fechado el 30 de enero de 1841, se encuentra en *Boletín de las leyes i de las órdenes i decretos del Gobierno (BLDG)*, 1841, Lib. IX, N<sup>o</sup> 11, págs. 69-70. León, *op. cit.*, pág. 57.

<sup>20</sup> ANCh. Ministerio de Justicia, Vol. 30. Comunicación del Gobierno Militar de Valparaíso al Ministro del Interior, Valparaíso, 8 de febrero de 1841. El destacado es nuestro.

<sup>21</sup> *Ibid.*

“... el trabajo forzado de los prisioneros no compensaba los gastos de su mantención y custodia, ¿y como podrán compensarlo los destinados a los carros que giran por los campos, donde falta una autoridad respetable, que vele sobre ellos ...”<sup>22</sup>.

Si bien se sabía con certeza que el Presidio Ambulante no podía proyectarse más allá de algunos años, hubo necesidad de mantenerlo a pesar de que las críticas en contra de su administración ya se manifestaban por parte de la prensa periódica y de quienes tenían oportunidad de apreciar el deprimente espectáculo que ofrecían estas jaulas en algunas zonas de Valparaíso los días en que, por causa de la lluvia u otros inconvenientes, los reos se veían obligados a permanecer en los carros a la vista de los transeúntes. En este sentido, puede apreciarse que aún persistía la noción de que la exposición del delincuente a los ojos de la comunidad, podía producir efectos positivos que impidieran la reincidencia de delitos. Es decir, a través de la *humillación colectiva se intentaba enmendar al criminal*, idea que por supuesto no tuvo resultados prácticos, pero que respondía a la lógica de castigar el cuerpo para conseguir la redención del alma, según recuerda Michel Foucault<sup>23</sup>.

Uno de los acontecimientos que inicia el declive definitivo del Presidio ambulante, es sin duda la revuelta que se produce en el camino a Valparaíso (Peñuelas) el 14 de marzo de 1841<sup>24</sup>. Un parte publicado en *El Araucano*, entrega un balance humano de las consecuencias desastrosas de este hecho, haciendo aún más evidente la pronta construcción de otro recinto carcelario:

“La fuerza de la guarnición del presidio era de un oficial, 2 sarjentos, 3 cabos, 1 corneta y 28 soldados. La del presidio era de 122 personas, de las cuales perecieron en la refriega 27, quedaron heridos 8, y existían en los carros 67. Se echan menos 20; pero de este número es presumible que haya algunos muertos y heridos, que aún no habían podido descubrirse. Se dió aviso de inmediato a la justicia de las inmediateces y es de esperar que muchos de los prófugos sean inmediatamente apresados”<sup>25</sup>.

A pesar de que este suceso podría haber desincentivado la reclusión en el Presidio, tenemos noticias de que al año siguiente se encontraban más de 120 reos cumpliendo su condena en las mismas condiciones inhumanas de encierro, falta de alimento y carencia de apoyo médico y religioso.

¿Cuál era la causa de que pese a los nombrados inconvenientes, estas “jaulas ambulantes” siguieran existiendo?. Para las autoridades, la respuesta era simple: la

<sup>22</sup> *El Valdiviano Federal*, Santiago, 1 de enero de 1838.

<sup>23</sup> En este aspecto, Foucault habla de la “economía política” del cuerpo, donde “incluso si no apelan a castigos violentos o sangrientos, incluso cuando utilizan los métodos ‘suaves’ que encierran o corrigen, siempre es del cuerpo del que se trata, del cuerpo y de sus fuerzas, de su utilidad y de su doctrina, de su distribución y de su sumisión”. Foucault, *op. cit.*, pág. 32.

<sup>24</sup> Sobre este acontecimiento, Barros Arana, *op. cit.*, págs. 165-166.

<sup>25</sup> *El Araucano*, Santiago, 19 de marzo de 1841; León, *op. cit.*, págs. 59-61. Se incluye la lista de muertos, heridos y prófugos.

falta de recursos que permitieran de inmediato trasladar a la población penal a un recinto más seguro. No obstante, las gestiones para sancionar legalmente la construcción de una Cárcel Penitenciaria se aceleraron, aunque se sabía que por el momento mantener el Presidio era un "mal necesario". Prueba de ello, son los informes del Ministro de Justicia, Manuel Montt, quien en 1842 comentaba las alternativas estudiadas para crear una cárcel alternativa a la prisión de los carros. Lugares como la isla Mocha y el Archipiélago de Chiloé, se presentaban como candidatos para el establecimiento de un nuevo recinto de reclusión, pero su lejanía del gobierno central y el "fantasma" de las sublevaciones ocurridas en Juan Fernández, por lo general desincentivaron estas iniciativas<sup>26</sup>.

Una medida concreta para la construcción de un sistema carcelario efectivo, fue sin duda la aprobación del proyecto de ley, el 19 de julio de 1843<sup>27</sup>, que inauguraba el régimen penitenciario en Chile y que disponía la creación de una Penitenciaría en Santiago. En este espacio, como se señaló, sería la reflexión solitaria, el trabajo en talleres y el apoyo de la religión, los factores que ayudarían a recapacitar al delincuente; no el castigo ni la exposición de su persona a la humillación colectiva<sup>28</sup>. Este era el sentir del Ministro Montt en su Memoria de 1843, reafirmando las esperanzas de que a través de este proyecto se modificara la situación penal de Chile:

"Habiendo por otra parte resultado infructuosas las tentativas hechas para trasladar el presidio ambulante a algunas de las islas de la República, i persuadido de que no convenia alejar este establecimiento de la inmediata inspeccion de las principales autoridades, no ha encontrado el Gobierno otro partido mas útil que abrazar, que la construccion de una cárcel penitenciaría a las inmediaciones de Santiago. Incalculables son las ventajas que el sistema de reclusión adoptado en muchas prisiones de los Estados-Unidos de América, tiene sobre cualquiera otro de los que se han puesto en práctica hasta el dia. Ninguno reúne a tal punto todas las condiciones necesarias para la correccion de los delincuentes. En él se atiende con mayor esmero a su educacion relijiosa, se ilustra su entendimiento por medio de la instruccion primaria, i se provee a su futura subsistencia por la enseñanza de un oficio lucrativo"<sup>29</sup>.

Las ventajas señaladas por Montt, eran en esencia los postulados que debían materializarse para las autoridades del país. Pero sólo hasta que la construcción del edificio de la Penitenciaría estuviese avanzada, podrían trasladarse definitivamente

<sup>26</sup> *MMJCIP*, 1842, pág. 27.

<sup>27</sup> El texto de este decreto en *BLDG*, 1843, Lib. II, N° 7, págs. 108-109. El debate preliminar entre mayo y junio del mismo año puede revisarse en *SCL*, tomo XXXII, págs. 174-180.

<sup>28</sup> Una valoración más amplia de la importancia que tuvo la construcción de penitenciarías en América Latina, y su adaptación de los modelos penales norteamericanos, puede encontrarse en Rosa del Olmo. *América Latina y su criminología*, México, Siglo XXI Editores, 1981, pág. 129 y ss. También, Ricardo Salvatore y Carlos Aguirre (Eds.), *The Birth of the Penitentiary in Latin America*, Austin, Texas University Press, 1996.

<sup>29</sup> *MMJCIP*, 1843, pág. 142

los reos de los carros, razón por la cual el esfuerzo de los encargados directos del Presidio fue aminorar las fugas, el descontento de los guardias y evitar así nuevos hechos de sangre. De hecho, las memorias ministeriales siguientes (hasta 1847 por lo menos), más bien describen los avances que se han hecho en la mantención de los presidiarios y, por ende, la baja significativa de revueltas y evasiones.

Respecto de las críticas, éstas surgen, en cambio, por el costo de la nueva construcción penitenciaria, situación que termina por afectar el presupuesto nacional y los fondos destinados a las provincias, como lo recordaba un artículo de prensa aparecido a poco de aprobada la creación de la Penitenciaría:

“¡Cuanto no habría podido decirse contra el proyecto de cárcel penitenciaria!. Por ahora sólo indicaremos, que el embuelbe la injusticia de invertir una gran suma de fondos nacionales, que han erogado todas las provincias en la construcción de un gran edificio en el centro de la una”<sup>30</sup>.

Estas aseveraciones no eran sólo una mera exageración, ya que las Leyes de Presupuesto aprobadas a partir de 1843, entregaban una cantidad no despreciable de dinero (50.000 pesos de la época), para la edificación de la Penitenciaría, en circunstancias que el presupuesto para la sección Justicia del ministerio (recordemos que incluía además las áreas de Culto e Instrucción Pública), debía dividirse entre los fondos destinados a la administración de justicia y el sostén de las prisiones<sup>31</sup>.

Pese a que la mencionada edificación podía no ser compartida por un sector de la opinión pública, y debido a la apremiante situación penal que ya hemos anotado, los trabajos continuaron su marcha para habilitar al menos las secciones más importantes. Para 1846, el Ministro Antonio Varas, menos optimista que Montt en el mejoramiento de algunos aspectos del Presidio Ambulante, expresaba en su memoria de un modo tajante que:

“Aun subsiste el presidio jeneral, a pesar de que cada día se hacen mas notables sus graves inconvenientes i sentir con mas urjencia la necesidad de abolirlo. Aumentando considerablemente el número de reos condenados a esta pena, se han aumentado tambien las dificultades de custodiarlos i de hacerlos trabajar i por consiguiente su inseguridad i su influencia desmoralizadora. Si no estuviese tan próxima la época en que la cárcel penitenciaria reemplace al presidio jeneral, era de preferir el restablecimiento del antiguo presidio de Juan Fernández”<sup>32</sup>.

Debido a las transformaciones producidas en la concepción general de lo que debía ser la legislación penal, y gracias a los avances en la construcción de la Peni-

<sup>30</sup> *El Valdiviano Federal*, Santiago, 19 de julio de 1843.

<sup>31</sup> Para una evaluación de lo aseverado, pueden revisarse las *Leyes de Presupuesto para los gastos jenerales de la administración pública para los años 1845, 1846 y 1847*. Allí se comprueba que mientras se destinan 50.000 pesos a la edificación de la Penitenciaría; para el resto de los presidios del país sólo se entrega la cantidad de 19.099 pesos en 1847.

<sup>32</sup> *MMJGIP*, 1846, pág. 439.

tenciaria; el Presidio de los carros tuvo sus días contados. Incluso sus propias normativas –tardíamente dictadas como se dijo–, comenzaron a ser revocadas por las autoridades. Mediante un decreto del 5 de marzo de 1846, por ejemplo, se suprimió el cargo de director del Presidio (art.1º). Tuvo igual destino el mayordomo de viveres (art.6º), en cuyo defecto se nombró “un ecónomo encargado de proveer al mantenimiento de los presos, tropa que los custodia i demas exijencias del establecimiento”<sup>33</sup>. Esta medida era transitoria, pues una vez organizada la cárcel penitenciaria se efectuaría un “arreglo permanente”.

Igualmente, este decreto era una muestra clara de que el Presidio se extinguiría de un modo definitivo y que su natural sucesora, la Penitenciaría, sería el establecimiento que en el futuro acapararía la atención de las autoridades y la población. Por ello, cargos como el de Superintendente del Presidio, también fueron definidos ambiguamente mientras no existiese un traslado efectivo al nuevo recinto carcelario. Esto fue lo acontecido con Manuel Montt, nombrado “superintendente del Presidio Jeneral, i de la Cárcel Penitenciaría cuando se establezca”<sup>34</sup>. Puesto al que más tarde renunciaría por otras obligaciones.

Para 1847, aunque las instalaciones de la Penitenciaría no se encontraban finalizadas, comenzó el traslado de los reos del Presidio Ambulante, dando muestra de la imperiosa necesidad de transportar como fuese necesario a una población reclusa de alta peligrosidad. Como recordaba años más tarde Francisco Ulloa, subdirector y contador del nuevo recinto:

“Echáronse los cimientos de la Penitenciaría en el año antes citado (1843), i cuatro mas tarde, no obstante encontrarse la obra mui distante de su total terminacion, el gobierno, a peticion del director de los carros, ordenó la traslación de los reos encarcelados en éstos”<sup>35</sup>.

Lo significativo de este hecho no es sólo que se produjera el transporte de los reclusos a un edificio aún no terminado, sino que dicho acontecimiento respondiera a las ideas generales de rehabilitación que apoyaban el proyecto penitenciario. Un documento bastante ilustrativo al respecto, es la ley que el 25 de septiembre de 1847<sup>36</sup> precisó detalladamente el movimiento de reos, su encierro, la organización de las autoridades transitorias y la inmediata educación que debían recibir los presidiarios.

Dicha ley establecía que el director de la Penitenciaría, al menos en la parte habilitada para recibir a los delincuentes, sería el mismo director del Presidio de los Carros (art.1º), conservando por ende las obligaciones que tenía en la antigua institución. Por otra parte, se colocarían cuatro reos en cada una de las celdas que estuviesen a disposición de los “nuevos residentes” (art.2º). Aunque la idea original del proyecto penitenciario era que existiese un reo por celda, se suponía que esta

<sup>33</sup> BLDG, 1846, Lib. xiv, N° 3, págs. 52-53.

<sup>34</sup> BLDG, 1846, Lib. xiv, N° 12, pág. 355.

<sup>35</sup> Francisco Ulloa C. *La Penitenciaría de Santiago. Lo que ha sido, lo que es i lo que debiera ser*, Santiago, Imprenta de “Los Tiempos”, 1878, pág. 7.

agrupación de cuatro personas también tendría un carácter transitorio, que desaparecería al concluirse el resto de los patios destinados a separar a esta población penal de acuerdo a sus delitos. Aunque esta situación en parte se cumplió, desde la segunda mitad del siglo pasado se hicieron evidentes problemas de hacinamiento<sup>37</sup>, pero eso es parte de otra historia.

Los ideales rehabilitadores se resumían en diferentes disposiciones que intentaban desde un principio cambiar la imagen de los establecimientos penales conocidos hasta entonces. Por ello, al agrupar a los reos en una celda, debía procurarse que uno de ellos supiera leer, "sirviéndole esta enseñanza, según sus resultados, de mérito bastante para consultarle alguna rebaja en el término de su remate" (art.4<sup>o</sup>). Asimismo, el capellán sería otro apoyo en lo concerniente a la instrucción religiosa (art.5<sup>o</sup>); al igual que las sesiones de ejercicio físico en relación al desarrollo del cuerpo y el cultivo de la salud: "El tiempo del ejercicio será solamente de una hora para los cuatro que estuviesen en cada celda, no pudiendo nunca salir a la vez más de este número i con la custodia de dos soldados por lo menos, que los vijilen" (art.7<sup>o</sup>).

Como el Presidio de los Carros no se había desmantelado por completo, aún quedaba su presencia material en muchos de los patios inconclusos de la Penitenciaría, permaneciendo en ellos reos de delitos menores que eran escogidos para adelantar algunos de los trabajos del establecimiento (art.11<sup>o</sup>). Es decir, continuaban, bajo el rótulo de una institución rehabilitadora, sutiles formas de trabajo forzado.

De esta manera, con 60 celdas concluidas<sup>38</sup>, la Penitenciaría de Santiago se convirtió en la normal sucesora del Presidio Jeneral de los carros, modificando en gran parte la situación de los reos. Así también lo consideró un artículo del periódico *El Progreso* que, estableciendo un paralelo entre estas dos formas de reclusión, se inclinaba definitivamente por la última:

"...si consideramos estas jaulas de bestias feroces, con sus charcos de inmundicia que les servían de alfombra y sus fétidas exhalaciones que respiraban sin cesar a toda hora; si consideramos todo esto, no podemos menos en consentir en que el presidiario de los carros ha mejorado hoy de condición considerablemente"<sup>39</sup>.

Con este cambio en el concepto de reclusión de los delincuentes, no podemos señalar que hayan terminado los abusos, la falta de higiene, el maltrato físico ni las arbitrariedades; pero sin lugar a dudas se impuso por parte de las autoridades del Estado una nueva concepción de lo que a futuro tenía que ser un establecimiento carcelario. De hecho, el encierro en un espacio físico determinado y la desaparición del humillante espectáculo itinerante de jaulas pobladas de hombres, repre-

<sup>36</sup> Este documento es reproducido en Ulloa C., *op. cit.*, págs. 7-9.

<sup>37</sup> Sobre este punto, ver León, *op. cit.*, pág. 26 y ss.

<sup>38</sup> *MMJCIP*, 1847, pág. 58.

<sup>39</sup> *El Progreso*, Santiago, 4 de octubre de 1847.

sentó al menos una evolución en los métodos de control social para los sectores populares, o las "clases peligrosas" que normalmente se identificaron con el delito, la promiscuidad y el "desorden republicano".

#### LAS POSTURAS CRÍTICAS

Las normales referencias al Presidio Ambulante, como hemos tenido oportunidad de revisar, son negativas, pero poco profundas al momento de entregar una explicación cabal sobre la pervivencia por más de diez años de este sistema punitivo. Asimismo, se tiende a ignorar que su presencia en nuestro país no obedeció sólo al ánimo de disminuir el aumento de la criminalidad urbana y rural, sino además respondió a un conjunto de ideas que la clase dirigente chilena fue elaborando a lo largo de los años respecto de los sujetos populares y su forma de control social para evitar las transgresiones al "orden" republicano.

Esta última actitud responde a lo que el historiador argentino Luis Alberto Romero, para un periodo posterior, ha denominado la "mirada horrorizada", es decir, la visión que las elites tienen de las clases bajas cuando éstas son abiertamente contrarias y perjudiciales para sus intereses. Cuando se convierten en "el otro, un otro desconocido, peligroso, ajeno. La nueva mirada se descompuso en varias, de las cuales la dominante fue una teñida por el horror"<sup>40</sup>. Dentro de esta concepción, se entiende que el comportamiento de los sujetos populares obedece a actitudes instintivas de agresión hacia aquellos individuos de la "sociedad" que respetan la legalidad y las normas de convivencia. Bajo tal mirada, no se buscaban respuestas ni mayores motivos para explicar la actuación cotidiana de delincuentes, homicidas u otros criminales; sólo se apelaba a su naturaleza diferente y a que dichos delitos eran parte de su peculiar idiosincracia. Por ello, sólo el aislamiento —y el escarmiento según Portales— podían atenuar sus conductas.

Esta última idea fue respaldada por las propias autoridades. Por ejemplo, en un informe del Gobernador Militar del Presidio al Ministro de Justicia, se decía que:

"... este establecimiento no llena las miras de los lejisladores. Cuando la sociedad aparta de su seno a uno de sus miembros porque sus acciones son perjudiciales, su intencion es no solo castigarlo corporalmente sino que su objeto principal es aislarlo para que su ejemplo, sus lecciones no propaguen maximas y hechos contrarios a la mayoria. Fundandose en este principio, se puede asegurar que los presidiarios deben estar no solamente privados de la libertad sino tambien separados del contacto de la comunidad"<sup>41</sup>.

Por ende, debemos considerar que las ideas humanitarias de reforma penal que comentamos más arriba, no estaban generalizadas por completo dentro de los sec-

<sup>40</sup> Luis Alberto Romero, "¿Cómo son los pobres?. Miradas de la elite e identidad popular en Santiago hacia 1870", en revista *Opciones*, N°16, Santiago, mayo-agosto de 1989, pág. 66.

<sup>41</sup> ANCh. *Ministerio de Justicia*, Vol. 30. Comunicación del Gobernador de Valparaíso al Ministro del Interior, Valparaíso, 8 de febrero de 1841.



tores dirigentes y menos en las autoridades que directamente eran responsables de los recintos penales. Sin embargo, dicha circunstancia no impide señalar la presencia de miradas críticas y sensibles en este contexto que revelan muchas de las características de “espectáculo ejemplificador” que tenían los carros para la sociedad de la época. En este sentido, debe tenerse en cuenta que tal rasgo no es propiamente una invención de los historiadores liberales *a posteriori* (Barros Arana, Vicuña Mackenna), sino que representa las crueldades y excesos que los propios contemporáneos se encargaron de dejar en claro.

Uno de los testigos de la realidad cotidiana de este Presidio, y por tanto de su carácter aleccionador y hasta repelente para cualquier “curioso” que pasara cerca de ellos, fue el viajero Max Radriguet, quien hacia fines de la década de 1840 señalaba:

“Los días ordinarios estas jaulas conducen a sus huéspedes al lugar mismo de los trabajos de utilidad pública que se ejecutan; pero los domingos quedan desatadas, y los presos encadenados por los pies, cubiertos pintorescamente de harapos, como los vagabundos de Callot, se arriman a los barrotes de modo que muy a menudo unen a su fealdad natural, la doble fealdad del vicio y de la miseria. Unos imploran la caridad con voz doliente, otros se dan el gusto de apostrofar a los transeúntes y de hacerles toda clase de gestos”<sup>42</sup>.

Aunque se produjeran escenas como la descrita, la presencia de los carros era algo más que un cúmulo de situaciones pintorescas, ya que representaba también una forma de demostrar el poder de la autoridad y de controlar a una población de delincuentes, hacia la cual no existía mayor preocupación una vez tras las rejas. Igualmente, si para los responsables de este recinto la existencia de los carros podía representar el vivo ejemplo del destino obligado de los transgresores a la ley, para muchos no era más que un acto de despotismo e intimidación. Así lo veía el periódico *El Valdiviano Federal* que, a la cabeza de José Miguel Infante, fue uno de los más acérrimos críticos desde un principio del establecimiento de esta “cárcel ambulante”:

“No se diga que su vista (de los carros) servirá de escarmiento público, porque es dar la idea más triste del país, presentando por medida preventiva de los delitos el sistema de terror”<sup>43</sup>.

Si bien los cuestionamientos sobre la permanencia de los carros continuaron por mucho tiempo, revueltas como la de 1841 convirtieron a estas “jaulas humanas” en tema de estudio y comentario obligado. Al igual que en el resto del siglo —y hasta el presente incluso—, los recintos penales sólo eran objeto de consideración pública

<sup>42</sup> Max Radriguet. *Valparaíso y la sociedad chilena en 1847*, en Samuel Haigh, Alejandro Caldcleugh, Max Radriguet, *Viajeros en Chile, 1817-1847*. Santiago, Editorial del Pacífico, 1955, pág. 225.

<sup>43</sup> *El Valdiviano Federal*, Santiago, 1 de enero de 1838.

cuando se producía un hecho de sangre o de características especiales, como aconteció con la fuga masiva de ese año. De este modo, el Presidio volvió a ser parte de los artículos de prensa:

“¿Y fue necesaria esta experiencia para reconocer los inconvenientes?. La prensa de oposición los vaticinó desde su origen, pero sin embargo se llevó adelante una de las más crueles e inhumanas invenciones, que podrá recordar la historia, propia no para corregir, sino para envilecer y exterminar al delincuente”<sup>44</sup>.

Asimismo, Domingo Faustino Sarmiento, en una serie de textos publicados en *El Mercurio* de Valparaíso, se encargó de recopilar los principales inconvenientes que conllevaba esta forma de prisión, donde junto con castigar al delincuente con la pérdida de su libertad, se le obligaba a ser víctima de la mirada pública y de un esfuerzo no deseado:

“... El trabajo forzado, la hacinación de los delincuentes en habitaciones reducidas y la dureza de una posición desesperada, ó cuyo término está muy lejano para influir sobre la conducta presente, no solo no bastan á curar las aberraciones de espíritu que constituyen los delitos, sino que por el contrario, forman una *segunda naturaleza* que nunca podrá amalgamarse con las exigencias de una sociedad que les cierra todo camino de mejora y todo cambio de posición (...); pero su entrada en los carros les proporcionará una nueva sociedad que está en armonía con sus ideas, y la que no fruncirá las cejas al oír referir una serie de delitos espantosos, porque todos están señalados por alguna terrible infracción de las leyes, porque todos simpatizan entre sí por la *comunidad de vida* y se estimulan entre sí para seguir desafiando el orden social”<sup>45</sup>.

En este sentido, los comentarios de Sarmiento entregan un aporte sobre la existencia del eterno círculo vicioso (la segunda naturaleza y la comunidad de vida) que la permanencia de los delincuentes en sus jaulas producía. Entre pares, y sin ninguna diferenciación por tipo de delitos y edades, los reos asistían efectivamente a una “escuela del crimen”, pero engendrada por el propio descuido de la autoridad.

Igualmente, no debe creerse que las críticas en contra de los carros estuvieron presentes sólo en la oposición al Gobierno, ya que personajes del campo conservador, como Andrés Bello, hicieron suyas las quejas a un sistema que consideraban claramente ineficaz:

“...bastaría a cualquiera, por poco humano i sensible que fuese, el acercarse a aquellas jaulas ambulantes en que centenares de hombres ya-

<sup>44</sup> *El Valdiviano Federal*, Santiago, 5 de octubre de 1841.

<sup>45</sup> Domingo Faustino Sarmiento, *Obras de don ... Tomo X. Legislación y progresos en Chile*, págs. 24-25. El destacado es nuestro.

cen apiñados i aherrajados, sufriendo en pleno aire los rigores de las estaciones i los de una estricta i continua vigilancia, para que desechase con indignacion un castigo tan cruel e ineficaz al mismo tiempo, tan dispendioso, i del que la sociedad no deriva el menor provecho”<sup>46</sup>.

De este modo, es posible comprobar que las reacciones que provocó el Presidio Ambulante en sus contemporáneos, no han sido mejor que las imágenes reproducidas en obras como las de Diego Barros Arana, Ramón Sotomayor Valdés, Benjamín Vicuña Mackenna o el mismo Francisco Ulloa –el “biógrafo de la Penitenciaría”–. Quizás la única excepción sea, ya en nuestro siglo, Francisco Antonio Encina, quien reconociendo la calidad de espectáculo ambulante del Presidio, tuvo incluso algunas palabras de defensa hacia él:

“Para la seguridad de los más peligrosos (reos), acompañaban a cada cuadrilla carros cerrados por barrotes de hierro, en los cuales se les hacía dormir. Estos aparatos hirieron vivamente la imaginación popular, y las autoridades se empeñaron en aumentar el terror a los carros creyendo encontrar en la explotación de este recurso un auxilio contra la criminalidad. Desde el punto de vista meramente humano, la condición del presidiario mejoró con relación a la de los que permanecían en los pudrideros morales y físicos que constituían las cárceles de la época”<sup>47</sup>.

Aunque sus últimos juicios puedan ser discutibles por los argumentos revisados, no cabe duda que los objetivos principales del Presidio Ambulante: ayudar a vigilar y controlar a una población delincuente; se cumplieron pese a todos los inconvenientes. El ensayo punitivo, y por tanto el concepto del grupo dirigente hacia estas “clases peligrosas”, encontró aquí un buen ejemplo.

#### LA “MALA NATURALEZA”

Si bien es un referente obligado señalar la evolución y características de estas “jaulas ambulantes”, por lo general quienes parcialmente han estudiado el tema<sup>48</sup>, olvidan que al hablar de presidios, cárceles u otras instituciones penales, también nos estamos refiriendo a hombres, a sujetos históricos que, por el silencio de las fuentes o por la falta de interés en los historiadores de una época, han sido olvidados –marginados– al momento de penetrar en la esencia de estos recintos punitivos. El Presidio Ambulante no es una excepción en este caso, ya que poco sabemos sobre quienes “habitaron” esta singular forma de cárcel.

<sup>46</sup> Andrés Bello, *El Presidio Ambulante*, en *Obras completas...*, op. cit., pág. 403.

<sup>47</sup> Francisco Antonio Encina. *Portales. Introducción a la época de Diego Portales (1830-1891)*, Tomo I, Santiago, Editorial Nascimento, 1964, págs. 331-332.

<sup>48</sup> Véase al respecto, Lily Sepúlveda Paul, *Los presidios en Chile*, Santiago, Instituto Pedagógico, Universidad de Chile, 1947, págs. 59-67; María Francisca Kinast, *Fundación de la Penitenciaría de Santiago*, Santiago, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1993, págs. 57-62.

Una de las vías de entrada al mundo humano del Presidio de los carros, es a través de las irregulares estadísticas que se publicaron en el periódico jurídico *La Gaceta de los Tribunales y de la Instrucción Pública*. Aunque tales datos sean fragmentarios, pues sólo podemos reconstruir en parte el período 1841-1844, nos permiten al menos saber el tipo de delitos, la edad, el estado civil y la procedencia geográfica de los reos, los cuales eran hombres en su totalidad. Al respecto, debe señalarse que para el sexo femenino, el presidio por excelencia era la Casa de Corrección de Mujeres, así que cualquier mujer que cometiese un delito y fuese condenada por tal, podía terminar sus días en dicha institución. Este recinto, dependiente de las autoridades estatales hasta la década de 1860, fue asumido posteriormente por la congregación del Buen Pastor<sup>49</sup>.

¿Quiénes eran los normales “residentes” del Presidio Ambulante?. De acuerdo a las estadísticas revisadas en *La Gaceta*<sup>50</sup>, puede concluirse que por lo común se trataba de hombres entre 20 y 30 años, procedentes en su mayor número de la provincia de Santiago, y que purgaban condenas que podían ir desde un mes hasta más de 10 años.

Su origen social nunca es mencionado, pero no es aventurado señalar que sin duda eran los sectores populares los habituales pobladores de esta “cárcel ambulante”, pues no se tiene noticia, ni por los contemporáneos al período ni por quienes describieron con posterioridad el Presidio, que se encarcelase alguna vez a alguien de un rango social más elevado. Asimismo, debe tenerse en cuenta que esta medida punitiva estaba destinada a frenar la delincuencia que Portales asociaba estrechamente con las “clases peligrosas”; y que se reflejaba en el robo, el abigeato, las riñas con secuelas de muertos, etcétera<sup>51</sup>. Donde podía existir algún matiz, era en el caso de las detenciones que se hacían por delitos de índole político y no por haber transgredido el derecho de propiedad, como ocurría en la casi totalidad de los casos.

Una revisión de los delitos consignados, ayuda a comprender mejor esta realidad. Entre los años 1841-1844, se detallan hechos como: robos, homicidios, quebrantamiento de cárcel, resistencia a la justicia, salteos, heridas, participación en actos revolucionarios, riñas, bigamia, incesto, sodomia, perjurio, crímenes nefandos, “atentados al pudor”, falsificaciones de firmas, conspiración, bestialidad, fugas y estupro, entre los principales. De ellos, el robo era el delito mayoritario, por lo cual puede afirmarse que más del 50% de la población penal del Presidio eran por lo común ladrones que encontraban un escarmiento –supuestamente– entre las rejas de estas jaulas rodantes.

<sup>49</sup> Sobre la Casa de Corrección de Mujeres, ver León, *op. cit.*, págs. 93-103. Para el período de la Congregación del Buen Pastor, María Soledad Zárate, “Mujeres viciosas, mujeres virtuosas. La mujer delincuente y la Casa Correccional de Santiago, 1860-1900”, en Lorena Godoy, Elizabeth Hutchinson, Karin Roseblatt y María Soledad Zárate (Eds.). *Disciplina y descasto. Construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX*, Santiago, SUR/CEDEM, 1995, págs. 149-180.

<sup>50</sup> Las mencionadas estadísticas se encuentran bajo el nombre de “Estado del movimiento del Presidio ambulante...”, y corresponden a parte del segundo semestre de 1841 y a los años 1842, 1843 y 1844. Tales cifras se encuentran en *Gaceta de los Tribunales y de la Instrucción Pública (Gaceta)*, del 20 de noviembre de 1841, pág. 9; 23 de abril de 1842, pág. 78; 1 de octubre de 1842, pág. 158; 8 de abril de 1843, pág. 4; 22 de abril de 1843, pág. 4; 29 de abril de 1843, pág. 4; 6 de julio de 1844, pág. 4; y 26 de abril de 1845, pág. 100.

<sup>51</sup> Ver sobre este contexto, Cárdenas G. *op. cit.*, pág. 56.

Pese a que no disponemos de una correlación exacta entre el tipo de delito y el tiempo de condena, podemos señalar que normalmente ésta se concentraba en el período más alto, vale decir de 8 a 10 años, lo que explica el deseo permanente por fugarse de un establecimiento que aparte de ser deprimente e insalubre, era el lugar obligado —a falta de otra opción— para los delincuentes durante un espacio importante de su vida joven. Como fundamentalmente la población reclusa tenía la edad suficiente para arriesgarse en una fuga o una revuelta, no es extraño comprender por qué a poco de haberse implementado este Presidio se iniciaron los problemas y las evasiones casi ininterrumpidas.

Sólo en raras ocasiones se producían excepciones a la regla, al reducir la condena o conmutarla por otro tipo de trabajos. Uno de estos casos, que requerían del acuerdo del Consejo de Estado, es el que ilustra una comunicación del Ministro de Justicia, Manuel Montt, al Intendente de Santiago en 1842:

“...vengo en conmutar los dos años de presidio ambulante que faltan al reo Hermenegildo Herrero para cumplir su condena en otros tantos de prisión a su costa en la cárcel de esta capital; sin perjuicio de los alimentos que debe suministrar a la viuda Margarita Vicencio y de los seis años de destierro ordenados por disposición del 31 de octubre de 1840”<sup>52</sup>.

Respecto de los denominados reos políticos, sabemos de su existencia por la ya mencionada revuelta de Peñuelas en 1841, pero entre los datos recogidos podemos apreciar que desde ese año hasta 1844, sólo aparecen tres reclusos identificados con este tipo de delitos, ya sea el de revolucionarios o conspiradores. Aunque tampoco se especifica su condena, podemos apreciar que ésta no debió ser muy prolongada. De allí que en dicha revuelta se abstuvieran de participar, frente a la clara posibilidad de un escape seguro.

Es preciso indicar además que estamos hablando de una población penal compuesta en esencia de sujetos casados, según registra la estadística mencionada. Al respecto, este dato rompe los esquemas comunes que suponen la presencia de reos solteros y sin mayores compromisos familiares fuera de la prisión, con una vida dedicada por completo al delito. De hecho, los casados son también más del 50% de los reclusos en los años antes indicados. Esta última situación, se debe a que gran parte de esos hombres casados, por la misma responsabilidad que involucraba mantener una familia, se veían obligados, a veces por situaciones límites, a delinquir robando un animal u otro objeto que pudiera trocarse por alimentos o —simplemente— alcohol. Si bien era un lugar común para las autoridades señalar que los carros contenían a los reos más peligrosos, puede inferirse que dicha población conflictiva era menor de lo que se suponía, ya que el número de homicidas o de apesados por delitos sexuales siempre era menor que el de los simples ladrones. El problema surgía, y de esto sólo fueron visionarios algunos críticos como Sarmiento y Bello, en el mismo Presidio, donde las malas condiciones de vida y la sociabilidad generada dentro de los carros entre los distintos presi-

<sup>52</sup> ANCh. Ministerio de Justicia, Vol. 15. Comunicación del Ministro de Justicia al Intendente de Santiago, Santiago, 12 de noviembre de 1842.

diarios terminaban contaminando al inicial ladrón, convirtiéndolo en un ser deseoso de escapar de ese espacio punitivo; o enseñándole las “ventajas” de vivir a costa de los demás y sin mayor esfuerzo. En otras palabras, la peligrosidad que Portales y después los directores y superintendentes del Presidio vieron en estos sujetos, se debía en gran parte a los propios defectos de la institución penal.

¿Cuál era la procedencia geográfica de estos hombres?. Dado que el Presidio de los Carros fue la opción a la isla de Juan Fernández, sus jaulas recibieron a hombres de todo el país, aunque sin duda el mayor incremento provenía de las provincias de Santiago, Aconcagua y Colchagua. El resto de las zonas que normalmente enviaban reos eran: Coquimbo, Talca, Maule, Concepción, Valdivia y Chiloé. Incluso, existía una cantidad mínima de extranjeros (no individualizada su nacionalidad), que también formaba parte de la población penal.

En lo que se refiere al número total de presidiarios, las cifras no son muy elocuentes, ya que su carácter fragmentario impide tener certeza de ciertos datos y desconocemos las variaciones que pudieron existir en determinadas coyunturas. No obstante, es posible comprobar el incremento de los reos en plazos relativamente pequeños. Por ejemplo, en 1841 existían 121 reos en todo el Presidio Ambulante, mientras que tres años después las estadísticas recogían la cantidad de 220 presidiarios. Ante esta situación, es posible imaginar que la casi totalidad de los “residentes” del Presidio sólo desearan escapar lo antes posible de un ambiente hacinado en tan poco tiempo y que podía experimentar aún más inconvenientes.

¿Se encontraban en realidad los reos en tan malas condiciones de vida como lo afirmaban los críticos del Presidio?. Para evaluar esta realidad, es necesario que reconstruyamos al menos en parte la vida cotidiana de los carros, como una forma de confrontar los hechos con las opiniones de los contemporáneos. En este sentido, fuentes importantes para penetrar en este mundo son los informes de los Directores y Superintendentes del Presidio; las visitas judiciales; y la revisión de los gastos que ocasionaba su mantención.

Las comunicaciones de los encargados del Presidio al Ministerio de Justicia, aunque puedan parecer parciales y a veces con poca profundidad en muchas materias, indican que por parte de los responsables de esta “cárcel rodante”, no existía necesariamente una defensa de una institución que ya juzgaban inapropiada por la falta de recursos y por el poco estímulo en dinero que recibían los guardias y las autoridades del “orden carcelario”. Bajo este prisma, debemos señalar que las normales divisiones entre reos y carceleros, tendían a desdibujarse, en la medida que ambos se encontraban afectados por inconvenientes comunes, tales como la falta de higiene, el hacinamiento, las pocas perspectivas futuras, etcétera.

Asimismo, como la implementación del Presidio no había gozado de mayor respaldo legal, salvo muy tardíamente —como se dijo—, la tropa encargada de custodiar esta “mala naturaleza delictiva” carecía de preparación para tales efectos. El director del Presidio en 1838, José Velasco, hacía explícita alusión a este hecho en un informe al Ministerio:

“... La mayor parte de la tropa de que se compone esta guarnición son hombres que jamás han sido militares ni tienen el menor conocimiento de

la Milicia o lo que solamente es debido al motín i fuga de los presidiarios el día de ayer ...”<sup>53</sup>.

La falta de preparación de estos hombres, de los cuales desconocemos sus mecanismos de reclutamiento, hacía que fuesen presa de las fugas y revueltas, pero también que se relacionaran con mayor familiaridad entre los presidiarios. De allí que para muchos soldados era una mejor alternativa participar en la fuga y unirse después con algunos delincuentes para perpetrar atracos futuros. Esta perspectiva, parecía más rentable que sólo permanecer custodiando una población reclusa en aumento y que en cualquier momento podía terminar asesinando a todos los encargados del Presidio.

Pero los problemas de inseguridad física y económica no se restringían solamente a los soldados, ya que el director del establecimiento no sólo era la “imagen” de los carros, sino además el responsable por todo el funcionamiento y cuidado de guardias y reos. En este contexto, su papel era difícil, pues su tarea se veía agravada por la falta de una normativa que lo respaldase. Prueba de esto último, es que a veces ni siquiera se enviaba a tiempo el presupuesto para continuar con la normal marcha del Presidio, debiendo hacer verdaderos “milagros” con los fondos existentes. Es así como lo hace ver una carta del director del Presidio al Gobernador de Valparaíso, Juan Melgarejo:

“... remití al señor Intendente de Santiago, la cuenta de los víveres suministrados por mí al Presidio Ambulante en diez meses cumplidos el 15 de mayo del presente año (1840), haciéndole presente que en estos meses no se me ha dado un solo real para comprar víveres y que si a la brevedad posible no se me libraba la cantidad de tres mil pesos, no podría yo responder de las necesidades que debía experimentar el presidio”<sup>54</sup>.

Sin duda el sostén económico del Presidio, fue una de las grandes dificultades que se manifestaron durante toda su existencia. Aunque disponemos de datos dispersos, es posible darse cuenta que los gastos ocasionados sobrepasaban ampliamente los sueldos de los encargados, lo que ayuda a comprender su desmotivación al respecto. Entre 1841 y 1843, el sueldo del director del Presidio era de 800 pesos anuales, y el de los mayordomos 240; en circunstancias que sólo el costo de mantención de los presidiarios (sin considerar la construcción eventual de nuevos carros o la compra de herramientas) se elevaba de 5.544 a 8.000 pesos en el mismo período de tiempo<sup>55</sup>. Vale decir, un aumento en las remuneraciones era una utopía.

Uno de los diagnósticos más evidentes del mal funcionamiento del Presidio fue sin duda el realizado por las “visitas de cárcel”, que las autoridades judiciales y

<sup>53</sup> ANCh. *Ministerio de Justicia*, Vol. 30. Comunicación del Director del Presidio Jeneral al Ministro de Justicia, Cajón de Zapata, 12 de abril de 1838.

<sup>54</sup> ANCh. *Ministerio de Justicia*, Vol. 30. Comunicación del Director del Presidio Jeneral al Gobernador de Valparaíso, sf. 1840.

<sup>55</sup> Estos datos pueden corroborarse en *SCL*, tomo XXIX, sesión del 27 de agosto de 1841, págs. 194-195; *SCL*, tomo XXX, sesión del 27 de junio de 1842, págs. 112-113; *SCL*, tomo XXXII, sesión del 14 de junio de 1843, págs. 129-130.

gubernativas efectuaban a las cárceles del país. El Presidio Ambulante no estaba excluido de tales visitas, pero por lo general su eficacia se diluía en el tiempo por la siempre presente falta de recursos y por los trámites burocráticos a que daba lugar implementar una nueva medida. Si bien las impresiones de las visitas a los carros van a ser por lo general negativas, interesa destacarlas en cuanto son la visión de quienes están más lejanos a la realidad cotidiana del Presidio y pueden evaluarlo de un modo ligeramente más objetivo, sin intereses creados en la institución.

Respecto de este punto, es el mismo Gobernador Melgarejo quien en agosto de 1840, realiza una visita a los carros de Valparaíso. En particular, su presencia en el lugar es motivada por las quejas que algunas personas han presentado contra el Director del Presidio, por dejar que "malas mujeres" frecuenten a la tropa y a los prisioneros:

"... Escuché las quejas de los presos, i he establecido por regla jeneral, viciar el precidio semanalmente, o yo en persona o alguno de mis ayudantes. Sabedor de los desórdenes que han orijinado las mujeres en este establecimiento, dispuse que bajo de ningun pretexto se les permitiera recibir, como hasta entónces lo habian hecho en la vecindad de los carros, é hice volver a los que acompañaban la guarnición. El mas completo descuido de todo lo que concierne la limpieza; y la desnudez de los condenados a precidio son otros puntos importantes en que fijé concideracion"<sup>56</sup>.

A las observaciones de Melgarejo, deben agregarse los diagnósticos de las nuevas visitas, que en realidad sólo ratificaban las condiciones antes descritas de insalubridad e inseguridad general para todos aquellos que entraban en contacto con los carros. Resumiendo las normales quejas, podemos establecer que ellas hacían relación a:

a) Lo estrecho y mal ventilado del recinto, situación que se prestaba para desesperar a los presos (motivando sus fugas) y engendrar todo tipo de enfermedades, debido a la falta de higiene.

b) La mala calidad de los alimentos, ya que las contratas para surtir al Presidio no especificaban la calidad de la comida, y además las pésimas condiciones de vestuario. De hecho, al desgastarse la ropa en los trabajos forzados y no existir fondos para reponerlas, era común que los presidiarios terminasen por andar desnudos. Esta realidad, fue corroborada en más de una oportunidad por las visitas judiciales.

c) Una guarnición mal preparada y reducida respecto del incremento constante de reclusos en los carros. Este contexto se traducía en la imposibilidad de ejercer un control real y efectivo sobre una población que veía en la fuga o en revueltas organizadas una opción a su condición de recluso.

d) Existencia permanente de peligro para los moradores de aquellos lugares donde se establecía el Presidio Ambulante, ya que su alto índice de fugas constituía una amenaza para las inmediaciones, como lo recalcan las partes oficiales.

<sup>56</sup> ANCh. Ministerio de Justicia. Vol. 30. Gobernador Militar de Valparaíso a Ministro de Justicia, Valparaíso, 3 de agosto de 1840.



e) Deserción continua de los soldados que custodiaban este recinto, convirtiendo al "fantasma" de las revueltas en una situación real.

Estas realidades correspondían al diario vivir de guardias y reos, pero en lo que se refiere a estos últimos, es cierto que su existencia entre rejas también fue creando un particular modo de ser. Si bien hemos identificado los principales delitos por los cuales estos reos habían sido encerrados, poco sabemos de sus pesares e inquietudes, salvo a través de vías indirectas, como las eventuales quejas que eran escuchadas por algunos visitantes. De hecho, si las estadísticas informan sobre las transgresiones cometidas, nada se dice sobre los "descuidos" que la propia autoridad cometía contra los presidiarios. Algunas veces, existían casos verdaderamente escandalosos, como el de los reclusos Manuel Quevedo y Julián Moreira en 1841, quienes, según un comunicado de la autoridad:

"...han presentado repetidas veces que ya se ha cumplido el tiempo a que fueron condenados. Como las condenas de estos reos no se remitieron oportunamente, mi antecesor y posteriormente yo, á petición de los interesados, hemos oficiado á las autoridades del Maule en solicitud de las mencionadas condenas y también con fecha 8 de Febrero hize al señor Ministro del Interior indicaciones de bastante peso para inclinar el ánimo del gobierno hacia la reforma del presidio y a la rehabilitacion de la isla de Juan Fernández"<sup>57</sup>.

Otro tipo de situaciones cotidianas vividas por los reos, era la falta de auxilio médico y apoyo religioso. Aunque los presupuestos entregados a las autoridades a veces incluían el ítem de gastos en medicinas, eran raros los casos en que dicha situación se mantenía por un largo tiempo. Por ejemplo, en los gastos desembolsados en 1837, se hacía referencia a que se destinaban 166 pesos para "las resetas de las medicinas que se han suministrado a los enfermos cuando había sirujano"<sup>58</sup>. Pero en los años siguientes, dicho ítem no se menciona. Asimismo, el intelectual argentino Domingo Faustino Sarmiento, en 1841, interrogaba a los presidiarios de los carros sobre este mismo asunto:

"¿I tienen médico? -¿Médico?. Sí, tienen; pero es mui buscado en el puerto i rara vez viene. Mire Ud., aquel preso que ve allí, en el suelo, se hizo pedazos las manos, la cabeza, un brazo i una pierna con los fragmentos de piedras que arrojó un tiro de mina que se le reventó. Se ha llamado al médico repetidas veces, pero en vano; hace quince dias que está herido, i no se muere ..."<sup>59</sup>.

<sup>57</sup> ANCh. *Ministerio de Justicia*, Vol. 30. Comunicación del Director del Presidio Jeneral al Ministro de Justicia, Valparaíso, 1 de mayo de 1841.

<sup>58</sup> ANCh. *Contaduría Mayor. Primera Serie*. Vol. 1229. "Razon de los gastos ocasionados para la reparacion del Camino de este puerto a la capital, i para el Precidio Ambulante destinado al trabajo de este", Valparaíso, 31 de mayo de 1837.

Tiempo más tarde, una visita judicial también ratificaba la permanencia de estos descuidos:

“...había tres presidiarios enfermos sin la menor asistencia, cuya circunstancia la ignoraba el administrador sin embargo de que hacía ya algunos días que sufrían los pacientes. La Comisión en su visita reprendió severamente este descuido del administrador, i dispuso que a la mayor brevedad se llamase un facultativo para que se administrase a uno de ellos los remedios, que prescribiese i que los otros dos fuesen conducidos al Hospital”<sup>60</sup>.

Respecto de la alimentación, las constantes quejas en contra de las pésimas condiciones en que llegaban los alimentos, igualmente tenían asidero en la realidad. Una visita realizada en mayo de 1844 a los carros de Santiago, después de numerosas críticas sobre esta misma materia, revelaba que a pesar de las denuncias formuladas, no existían mayores cambios al respecto:

“...la carne era escasa i de mala calidad, como puede verse por la muestra que se acompaña con esta acta, para que Su Esencia el Presidente de la República se sirva dictar las providencias convenientes”<sup>61</sup>.

Durante los últimos meses de existencia del Presidio Ambulante, se aceptó la propuesta de un particular, Vicente R. Vial, para suministrar la “mantención diaria a los individuos de la tropa que componen la guarnición del presidio general a razón de un real por persona, obligándole a dar un alimento mejor que el que suministra a los detenidos i que sea a satisfacción del director del establecimiento”<sup>62</sup>. Si en realidad esta situación se modificó en parte, es un aspecto que hasta el momento desconocemos, pero fue una solución que se mantendría por lo menos hasta el acondicionamiento satisfactorio de la Penitenciaría.

Por último, debe recordarse además que la creación de esta “cárcel rodante”, no fue sinónimo del cese de malos tratos físicos. Sin mayores cuestionamientos, las autoridades del Presidio emplearon palos y azotes para controlar a una población que crecía en número y peligrosidad. El castigo ejemplificador, heredado de la penalidad del Antiguo Régimen, se hizo notar en diversas ocasiones. En abril de 1838, tres reos fugados sin mayor éxito fueron escarmentados con 50 palos<sup>63</sup>. Igualmente, años después, las quejas de malos tratos y reprimendas corporales continuaron, según se desprende del informe de la visita hecha en 1844:

<sup>59</sup> Domingo Faustino Sarmiento. *Obras de ...*, Tomo I. *Artículos críticos i literarios, 1841-1842*, Santiago, Imprenta Gutenberg, 1887, pág. 140.

<sup>60</sup> ANCh. *Ministerio de Justicia*. Vol. 56. “Visitas judiciales, 1843-1879”. Visita al Presidio Jeneral, Santiago, 14 de mayo de 1844.

<sup>61</sup> *Ibid.*

<sup>62</sup> BLDG, 1846, Lib. XIV, N° 9, pág. 232.

<sup>63</sup> ANCh. *Ministerio de Justicia*. Vol. 30. Carta del Director del Presidio Jeneral a José Garrido, Gobernador militar de Valparaíso, Cajón de Zapata, 8 de abril de 1838.

“Se oyeron tambien repetidas quejas de la severidad con que eran tratados los presidiarios por el Comandante de la guarnicion, sobre cuyo particular i otros que la decencia impide referir, quedó de informar verbalmente el señor Presidente de la visita al Ministro de Justicia”<sup>64</sup>.

Uno de los lugares comunes empleados al referirse al sistema carcelario chileno, es que por lo normal ha constituido –y constituye– una “escuela del crimen”. En el caso de la “mala naturaleza” del Presidio Ambulante, la situación no era muy diferente. Sin duda que por las condiciones descritas, la cotidianidad de los carros dio origen a un sinnúmero de criminales famosos por sus hazañas. Diversos bandidos como Jerónimo Corrotea (muerto en la revuelta de 1841), Miguel Neira, Paulino Salas, el “Colorado” Contreras y Francisco Rojas Falcato<sup>65</sup>, destacaron por sus hazañas y por ser una fiel muestra del tipo de delinquentes que podía engendrar la permanencia en las “jaulas humanas”. No se trata de señalar que su vida antes de la entrada al Presidio estuviese libre de pecado, pero el paso por la cárcel ambulante no modificó mayormente sus conductas previas.

De todos los mencionados el más conocido por sus hazañas es Francisco Rojas Falcato, o “Pancho” Falcato, como se le llamó generalmente. La fama de Falcato se inició con sus espectaculares fugas del Presidio Ambulante, entre ellas la realizada el 30 de mayo de 1839, donde junto a otros compañeros de ocasión, logró escapar de la tropa que lo custodiaba. No obstante, fue aprehendido al poco tiempo y condenado a diez años de presidio y cien azotes en público cada año<sup>66</sup>. Fueron tantas las proezas de Falcato en este sentido, que tiempo más tarde fue protagonista de una serie de entrevistas realizadas a los reos de la Penitenciaría de Santiago por el periódico *El Ferrocarril*, donde ya viejo, no perdía emoción al recordar sus fugas –no siempre exitosas– de los ya extintos carros<sup>67</sup>.

Con el correr de los años, el ya nombrado Francisco Ulloa, quien al parecer estuvo en contacto estrecho con Falcato durante sus últimos días, recogió las andanzas de este bandido en una obra publicada en 1885, con el título de: *Las astucias de Pancho Falcato. El más famoso de los bandidos de América*<sup>68</sup>.

La mención a estos hechos casi de anécdota, entrega una visión *a posteriori* de la realidad vivida en los carros, no sólo como espacios productores de delinquentes o salteadores, sino de recintos donde era posible burlar a la autoridad cuantas veces fuese necesario. El caso de Falcato es paradigmático y enseña que las sombrías descripciones de letrados y jueces respecto del Presidio, se ajustaban plenamente a

<sup>64</sup> ANCh. Ministerio de Justicia, Vol. 56. Visita al Presidio Jeneral, Santiago, 14 de mayo de 1844.

<sup>65</sup> Sobre el protagonismo de estos bandidos y su paso por los carros, ver Benjamín Vicuña Mackenna, “El bandolerismo antiguo y el bandolerismo moderno en Chile”, aparecido en *El Ferrocarril*, Santiago, 10 de octubre de 1878.

<sup>66</sup> Una reseña de las actividades delictuales de Falcato puede encontrarse en Eugenio Pereira Salas, “Pancho Falcato en la historia y en la leyenda” en revista *Mapocho*, tomo III, N° 3, Vol. 9, Santiago, 1965, págs. 149-158.

<sup>67</sup> Las entrevistas se encuentran en *El Ferrocarril*, Santiago, 8, 9, 10, 11 y 24 de febrero de 1877.

<sup>68</sup> Francisco Ulloa C. *Las astucias de Pancho Falcato. El más famoso de los bandidos de América*. Hemos empleado la edición de 1905 de José Castelló. En el capítulo “La libertad”, se reconstruye una de las fugas de Falcato del Presidio de los Carros, págs. 76-78.

los hechos examinados. Sin embargo, debemos recordar que si la falta de presupuesto era parte de esa deprimente realidad cotidiana para guardias y presidiarios, lo era asimismo para las autoridades gubernativas que, conscientes de los problemas, prefirieron retrasar por un tiempo el cierre del Presidio Ambulante mientras se terminaba la edificación de la Penitenciaría. Al concentrar las esperanzas en este recinto penal, se sacrificó la suerte de los guardias y la "mala naturaleza" de los carros, quienes debieron subsistir en circunstancias adversas hasta el traslado definitivo. El "escarmiento portaliano", no produjo los resultados esperados.

### CONCLUSIONES

La revisión de la trayectoria institucional del Presidio Ambulante, más que un ejercicio académico, ayuda a comprender una serie de conceptos e ideas relativas al castigo y tratamiento de los delincuentes que pueden encontrar un espacio de debate en el presente. De hecho, mostrar las características fundamentalmente negativas de esta institución penal, pone de relieve la complicada creación de un sistema carcelario nacional, que sintetiza las nociones modernas de regeneración del delincuente con la permanencia del escarmiento público por un delito, resabio de la penalidad del Antiguo Régimen. Por ende, la humillación colectiva y la necesidad de mostrar al resto de la sociedad el castigo infamante del criminal, comenzó a ser manejada con mayores reservas.

Por lo mismo, la mantención del trabajo de los reos en obras públicas sólo se justificó en casos precisos, como ocurrió décadas más tarde con la remodelación del cerro Santa Lucía, bajo la vigilancia del Intendente de Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna. En ese contexto, se buscó mano de obra barata para terminar las construcciones, dejando a un lado la idea de ejemplificar con el castigo. Igualmente, las ejecuciones comenzaron a codificarse y llevarse a cabo dentro de la Penitenciaría y sólo para un grupo selecto de periodistas y testigos. Es decir, se restringió finalmente la contemplación visual de la pena. Aunque sin duda se presentaron excepciones, éstas se vieron cada vez más constreñidas por la legalidad.

Si bien no se puede asegurar que todas las autoridades y personeros vinculados al Gobierno, compartieran por completo las nuevas ideas de reforma penal, está claro que el Estado tomó pronto conocimiento de las desventajas del Presidio y de su costo para el erario, pero lo mantuvo hasta donde fue posible, debido a las esperanzas que cifraba —quizás con demasiada utopía— en la Penitenciaría de Santiago, como el establecimiento que por excelencia debía resolver los problemas derivados del encierro en los carros. En este plano, poco se hizo por otorgar una mayor organización y reglamentación a una cárcel rodante que terminó más bien por "castigar" no sólo a los delincuentes, sino también a los hombres que debían resguardarla y velar por la defensa de la sociedad.

Como mecanismo de control social, el estudio de este Presidio permite no sólo examinar los medios de defensa de una comunidad para protegerse de sus "malos elementos", sino también ayuda a definir y comprender un poco más el concepto de delincuente o criminal que maneja un Estado, una elite y una colectividad en el tiempo. Es por tanto, una vía de entrada a la experiencia criminológica.

Debido a estas razones, el ensayo punitivo del Presidio Ambulante se vio afectado por sus contradicciones internas, al postular el escarmiento y el encierro como posibles vías para desincentivar el delito, pero olvidando que la "comunidad humana" que allí residía, creaba lazos de solidaridad y esfuerzo común para alcanzar la libertad en un ambiente que alimentaba aún más su resentimiento hacia quienes decían ser parte de "la sociedad establecida".

## DEL ABSURDO QUE TODAVÍA NO SOMOS; SÓLO SEREMOS

*Enrique Arriagada-Keh<sup>1</sup>*

Si siguiéramos las posiciones que a continuación detallaremos, Latinoamérica sería una entelequia, una amorfocidad ontológica.

Arturo Roig hace un interesante estudio de lo que él llama las ontologías en América Latina de las décadas de los 50 y 60<sup>2</sup>, cuyo resumen y conclusión es que no tenemos ontología, sólo tenemos futuro, una afirmación del ser de América como vacío<sup>3</sup>.

Expresarse así es considerar todas las realidades nuestras como si no fueran, como si no constituyeran, es decir..., fuimos y estaremos suspendidos en el aire. Como si sólo los europeos tuvieran derecho al ser; y lo que más se nos concede, en el caso de ser, es que somos deficitarios. O sea, nos movemos entre el no ser, no obstante que somos; o si somos, cuando más, somos deficitarios<sup>4</sup>.

Samuel Ramos, en su "Perfil del hombre y su cultura en México", coloca un poco de orden a este caos de consideraciones ontológicas, aduciendo que la norma fructífera no será sino nuestra realidad y, de ponernos a nosotros mismos como valiosos, aún cuando ella sea deficitaria. Pero es que ni aún eso hay que aceptarlo, porque la historia que realmente nos importa es nuestra historia, por modesta que sea<sup>5</sup>.

Todo esto parte del criterio hegeliano difundido por Ortega de la ahistoricidad de América, que hace que filósofos, historiadores y ensayistas como Maíz Vallenilla, O'Gorman, Schwartzman, nos arranquen el ser para entregárselo al futuro, como si realidad y fundamento-origen de nuestras raíces no fueran suficiente bases ontológicas.

El que se quiera plantear que Latinoamérica no es sino sólo futuro, se aclara más con el siguiente intercambio de ideas.

<sup>1</sup> Profesor de Filosofía y Música. Director del Instituto del Pensamiento Latinoamericano Contemporáneo (IPLAC). Director de la *Revista Artículos Filosóficos*. Ha publicado una Veintena de artículos en Europa y Latinoamérica.

<sup>2</sup> Roig, Arturo Andrés "Teoría y Crítica del Pensamiento Latinoamericano", Fondo de Cultura Económica, México, 1981, VIII. *Las ontologías contemporáneas y el problema de nuestra historicidad*, pág. 139.

<sup>3</sup> "Esas ontologías, bajo las influencias de la filosofía de las dos posguerra, se plantearon la cuestión del hombre americano, la que desarrollaron de un modo expreso en unos casos, implícitos en otros (...) comprensión que en las ontologías mencionadas concluyó en la atribución de una historicidad defectiva, reducida a una futuridad o en una negación de historicidad, teniendo todas como punto de partida, casi sin excepción, ciertas pretendidas experiencias originarias de la temporalidad y una afirmación del ser de América como "vacío".

<sup>4</sup> Lo que se quiere decir aquí, probablemente -porque Roig no lo explica y nosotros no hemos recorridos sus fuentes-, es que a la luz del desarrollo económico e intelectual, ese ser europeo no lo vemos en América, que está vacía hasta de contenido histórico, porque Europa nos ha inventado.

<sup>5</sup> Editado en México, Unam, *Obras Completas*, tomo 1, pág. 143. Respecto de esto, es buen ejemplo el de las gracias de mi hijo, aunque no sean geniales, esas y no otras, son las que me interesan.

Lo que habría que decir por un lado es que "*Latinoamérica no tiene identidad*".

Quiénes digan algo así, no entienden que ella es lo mismo que respirar; se tiene la identidad de nacimiento y se la sigue adquiriendo a medida que se vive. De nacimiento soy chileno, mestizo, hombre o mujer, latinoamericano, etcétera; adquiero los roles de hijo, hermano, padre, pintor, sicólogo, industrial, etcétera. Mirado desde otro ángulo la nada, lo mismo que la diferencia, son elementos ontológicos; en este mismo caso caería la amorfocidad y esto lo decimos, porque el no tener identidad es ya una identidad: la identidad de la no identidad, entonces, tenemos la identidad de ser amorfos.

Ahora bien, si hablamos de homogeneización, de cohesión, puede ser que nuestra identidad –y por ello también nuestra ontología– sea, según este criterio, deficitaria. Además, puedo mirar el asunto como que al europeo le falta lo que nosotros tenemos y por ello es deficitario también.

Profundicemos en lo que expresan algunos pensadores:

Schwartzmann, ensayista chileno –pareció que tendría gran futuro como latinoamericanista–, en sus publicaciones del 50 y 53<sup>6</sup>, nos habla de un "rasgo unificador" vivido por el hombre latinoamericano, quien percibe la temporalidad "como plenitud de futuro y que tiene su origen en un acto primigenio, exclusivo del hombre americano, experiencia propia de lo visto por primera vez, de lo no hollado (...). Presencia interior de lo originario y desprovisto de historia (...) que confiere especial fuerza al sentimiento de futuro". Es un repetidor patente –nos dice Roig– de la fórmula hegeliana divulgada por Ortega y Gasset: América es un continente sin historia que, paradójicamente, es el continente del futuro. Sigue Roig, "la futuridad que sólo es comprensible por el hombre dentro de la temporalidad histórica, queda fundada de modo (absurdo) en una temporalidad ahistórica". Es colocar al hombre americano en una supuesta "naturaleza pura", con una rara historicidad, con sólo categoría de futuro, sin pasado ni presente histórico. "Resulta claro que ese 'futuro', que se apoya en esa pretendida experiencia de lo 'no hollado' y de 'lo desprovisto de historia', no puede ser el futuro propio de ese hombre (...) será nuestro precisamente cuando se parta de la experiencia contraria de lo hallado o historizado" (...). Resulta curioso (absurdo) como la experiencia de las tierras baldías de nuestra América se transforma en una pretendida experiencia de vacío ontológico. Nosotros diríamos es un desontologizar lo que de suyo lo es, lo que resulta forzado y, en palabras de Roig, ilusorio, esta "peculiar experiencia de la temporalidad". "Y, lo que es más grave, una ciega (...) ilusión para la presencia del hombre en la tierra que ha jugado y juega su destino de una naturaleza que no se le presenta como 'paisaje originario', sino como el lugar en el que carga con su propia historia en la lucha por sobrevivir". "En consecuencia, (...) su futuro no lo hace desde sí mismo, sino desde un vacío, (...) un punto de partida absoluto que no se da de hecho ni siquiera para el hombre prehistórico"<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> *Sentimiento de lo Humano en América*, reeditado en un solo volumen en 1990, Edit. Universitaria. Sintomáticamente le coloca un libro de filosofía de las ciencias al principio, con una portada que lo representa; lamentablemente no volvió sobre el tema y se dedicó a filósofo de las ciencias. Con ello lamentablemente perdimos un latinoamericanista.

<sup>7</sup> *Op. cit.* pág. 141 sigtes.

Maíz Vallenilla, filósofo venezolano –nos explica Roig– está también en ese mismo sentido argumentativo; y usa la estructura heideggeriana para analizar su “América como problema”<sup>8</sup>. En una duda al plano que corresponde, si óntico u ontológico, el mundo del americano aparece como “nuevo”; hay un temple existencial en la “Expectativa”. El hombre americano se ha descubierto como “conciencia expectante” y por ella nos afirmamos tan sólo como un “no-ser-siempre-todavía”. Se habría interpretado, y a la vez superado, la comprensión hegeliana expresada según Ortega y Gasset: “un todavía no”, que es una forma muy parecida a la de Maíz Vallenilla.

A todos, incluido el ensayista chileno, les cabe la misma objeción en esto de hacer una referencia a un futuro como espera de “algo”, a esta experiencia de la temporalidad, y es que se mueven en un nivel óntico y no ontológico. En cambio la Expectativa es el fundamento de posibilidad de todo esperar, un temple existencial “radical y decisivo”. En palabras directas de Maíz Vallenilla:

“Este ‘no-ser-siempre-todavía’ parece ser el carácter original del americano, su concepción de la historia, su modo de vivirla, su dialéctica original, su aportación original del hombre americano a la historia en sentido universal. El hombre americano, el latinoamericano, que parece ser obra de esa historia, se ha visto obligado a vivirla de manera original, especial. Nuestro ser reside, justamente, en ser siempre de este modo”<sup>9</sup>.

El absurdo, comentamos, se ha disminuido pero no ha dejado de rondar; hay ya una opción ontológica en el fundamento de posibilidad, que es abstracta, y, de todas maneras, del “sólo seremos no somos” hemos pasado del cuerpo a la posibilidad del alma que, de momento, supongo, tenemos prestada; como si la fuerza de nuestros aborígenes fuera prestada al mestizo y, por cierto, la espiritualidad europea, que lo es de todos modos. Es un sujeto despotenciado, nos agregará Roig. El mismo cita a otro autor que profundizará este aspecto, el argentino H.A. Murena, quien terminará extrapolando el absurdo, con una especie de reinterpretación del antiguo mito de la expulsión del Paraíso, planteando preguntas de asombro ante caprichosas manifestaciones.

“Fuimos expulsados de Europa, caímos en otra tierra, en bruto, vacua de espíritu, a la que dimos en llamar América (...) ahora poblamos naciones afuera del magnético círculo de la historia (...) naciones a la que la historia sólo alarga la mano en busca de recursos naturales, cada contacto con la historia resulta vano y humillante para nuestro espíritu –llegamos al punto cúspide del absurdo–: de poder ser lo que el hombre es, hemos pasado a ser ni siquiera hombres (...) semilla que cayó entre espinas”.

<sup>8</sup> Lo cita Roig en *op. cit.* pág.143; es un artículo de la revista *Episteme*, Caracas, núm, I, 1957.

<sup>9</sup> Maíz Vallenilla, Ernesto, “América como problema”, revista *Episteme*, Caracas, núm, I, 1957.



Remitámonos a palabras de Roig a este respecto:

“Creado el absurdo, nada más inevitable que el consecuente asombro, fruto de uno y otro de una de las manifestaciones más caprichosas de la ideología europeísta y antiamericanista. ¿Por qué estoy yo en América? (...) ¿Por qué no nos tocó el destino de Europa? (...) ¿Por qué hubieron de verse arrojados del espíritu al no-espíritu (...)?”.

No hemos podido encontrar mejor adalid para convencernos que somos una entelequia y cuando más, somos y vivimos de prestado.

Otra ontología de la época es la Edmundo O’Gorman, apocalíptica y aniquiladora. Él busca el sentido de lo que denomina el “proceso ontológico americano”, en una negación de toda historicidad y América es presentada, otra vez como “vacío, tema constante de la ideología antiamericanista que integra la herencia hegeliana del todavía no”. América no ha sido descubierta, ha sido inventada; primero geográficamente hasta el siglo XVI, y luego históricamente hasta la segunda guerra mundial. A partir de ahí empieza a perfilarse el destino... –ah! –dice uno–, por fin–, pero no, lean el colmo del absurdo:...de dejar de ser América. Somos absolutamente inauténticos –tendríamos que decir– “se trata de un *ens ab alio*, de un ente que tiene su razón de ser en otro, concretamente en Europa (...) América fue inventada a la imagen y semejanza de Europa. “A medida que nos fuimos llenando, fuimos siendo, pero al mismo tiempo “dejando de ser”, europeizándonos. Este “aniquilamiento de ser América” constituye su destino apocalíptico<sup>10</sup>.

Es una interpretación muy especial de las influencias; porque lo mismo tendríamos que decir de los vikingos ante los romanos hace 2.000 años, o de los romanos ante los griegos hace 2.300 años y, en fin, de toda transposición cultural. A nuestra historia no se le pregunta su grado de riqueza, sólo se le pregunta su propiedad. Siendo nuestra, los grados de influencia se irán identologizando paulatinamente; la mayoría de los códigos civiles de Latinoamérica parten del código de Napoleón y hoy, con casi dos siglos a cuestas, ya son los nuestros, contienen la legalización de nuestras instituciones civiles y de nuestro “espíritu en las leyes” (Montesquieu). A nadie se le ocurre pensar que somos franceses, en cuanto a este tipo de ley se refiere.

Otro autor europeísta argentino citado es Caturelli<sup>11</sup>: “América es una realidad óntica, una facticidad en bruto, que sólo alcanzará su propio ser cuando de el paso hacia lo ontológico, lo cual será obra del Espíritu y muy particularmente de los “filósofos”, verdaderos héroes en la lucha encarnizada entre el no ser y el ser”. (...) Europa es “el país de la constante novedad del ser siempre descubierto por el espíritu al que es connatural el acto de develamiento del ser” (...) “es el continente del

<sup>10</sup> “Es claro que llegar a ser sí misma, es decir, actualizar la posibilidad que genéticamente se es, significa llegar a realizar el ser europeo; pero no es menos evidente que llegar a eso es dejar de ser sí misma. Resulta pues, que traducida la fórmula americana en términos de su devenir, lo que acontece es que mientras más se realiza América en su historia, al ir actualizando con mayor plenitud la posibilidad original que la constituye, menos propiamente americana es su historia, es decir menos americana es América...” Citado por Arturo Roig, *op. cit.*, pág. 150.

<sup>11</sup> Caturelli, Alberto, *Ensayo de ontología y filosofía de la historia*, Buenos Aires. Troquet, 1961.

espíritu que descubre". El colmo llega a declarar al hombre americano una simple cosa carente en absoluto de conciencia.

Cuesta mucho retener el léxico y referirse ponderadamente ante tal cúmulo de criterios; es como la discusión desde el descubrimiento de América, respecto de si los indios tenían alma o no, a la que el padre Bartolomé de las Casas puso fin humanizándolos.

Roig nos proporciona la siguiente explicación: "la obsesión ontológica que mueve a estos escritores es una prueba de que no han alcanzado a configurarse como sujetos históricos y que padecen precisamente, una suerte de miedo de asumir su propia historicidad".

No se trata de esgrimirse en portavoz del ser, pero estamos con Gutiérrez Girardot en que esto es una "calumnia de América"<sup>12</sup>.

Roig expone también la otra cara de esta medalla: para ella, nos recuerda, hay que tener en cuenta el proceso social y político como la irrupción de un proletariado industrial y de extensos grupos de las clases medias. Además, se valora la tierra y al "hombre de la tierra". En estas emergencias hay preguntas por el ente y el ser, sin sentido descalificador.

Roig nos recuerda a Francisco Bilbao, quien ya en el siglo pasado tuvo la visión clara de esta descalificación proveniente del discurso opresor. El dominador se atribuye la "palabra del ser", los dominados quedan, por ello mismo reducidos en cuanto a su "peso ontológico" a realidades derivadas, subordinadas "metafísicas" y socialmente.

Lo que ha ocurrido en todas estas ontologías ya mencionadas que hemos traído de la mano de Roig, es un "despotismo de la razón"<sup>13</sup>.

En otro contexto, pero relacionado, Roig cita a Virasoro, quien manifiesta que se ha llevado la conciencia contemporánea a su más extrema enajenación ontológica. En el camino de la recuperación este autor privilegia al ente. El ente no es, pues, lo "caído" respecto del ser, sino su emergencia misma... el ser es tan sólo posibilidad, "la creación -dice Virasoro- en vez de ser instantánea y definida desde un principio, sería progresiva e incierta, librada a la libertad del hombre en su cumplimiento. En ella tendría el hombre una función ontológica a realizar; habría pasado a manos del hombre la empresa de la realización del ser"<sup>14</sup>.

Como un paréntesis al hilo conductor de este reportar filosófico del "vacío" o "incomplitud" ontológica del americano, hago referencia a que en nuestra propuesta del ser latinoamericano no será como posibilidad sino en acto, con las precauciones a la inmanencia, como se expone en el libro *El hombre como espejo de sí mismo* (por publicarse) donde se define la hipótesis de una Ontología identitaria de la Autenticidad en Acto con miras a una explicación tanto latinoamericana como universalista.

Retengamos la expresión de S. Ramos: "ponernos a nosotros mismos como valiosos"; está en la misma dirección de un interesante concepto que ocupa el mis-

<sup>12</sup> Arturo Roig cita a Gutiérrez Girardot, Rafael, *La imagen alemana de la América Hispánica*, en Columbianum. Terso mondo e communita mondiale, Milán, Martzoratti, 1967.

<sup>13</sup> *Ibid.* p. 160. Cita de Aquin Nimio de, *Ente y ser*. Madrid, Gredos, 1972.

<sup>14</sup> Roig. *Ibid.* págs. 163-164. Cita varias obras del autor de donde ha resumido lo que nosotros a su vez hemos sintetizado.

mo Roig, el *a priori* antropológico; el que tiene mucho que ver con nuestros planteamientos de identidad y autenticidad, los cuales han guiado nuestra investigación; todos ellos quedarían suspendidos en el aire si diéramos crédito al “vacío” ontológico latinoamericano. Es más, la ontología de la identidad no tendría ninguna razón de ser, sería imaginaria, escatología.

Tratemos de rescatar la idea del *a priori* antropológico que nuestro pensador pone en el tapete, tarea nada fácil, pues, siendo muy claro y ordenado en casi todos sus temas, este está salpicado en distintas partes y un poco como subentendiendo que todos tenemos que tener claro el concepto, aspecto que no disminuye el respeto y admiración que tengo por él.

Hemos deducido que éste previo –al– hombre es ontológico, ya que es fundante; él no lo dice, pero si reclama del “vacío” ontológico que parecía llenarse de esta manera.

Está centrado sobre la noción del sujeto y pretende ser una reflexión acerca del alcance y sentido de las pautas implícitas en la exigencia fundante de “ponernos para nosotros y valer sencillamente para nosotros”. El objetivo de Roig, la base de su codificación es una teoría y crítica del pensamiento latinoamericano. (...) Tiene el sentido de norma pactada (...) es fundamentalmente un “ponerse” (...) función contingente no necesaria (...) es el acto de un sujeto empírico por el cual su temporalidad no se funda, ni en el movimiento del concepto (Hegel) ni en el desplazamiento lógico de una esencia a otra. Roig ha enunciado el *a priori* antropológico que plantea Hegel como “un querernos a nosotros mismos como valiosos” y consecuentemente un “tener como valioso el conocernos a nosotros mismos”<sup>15</sup>. He dejado para el último esta otra complementación para el concepto, porque deja claro en el enlace que tiene con muchas de aquellas propuestas por nosotros en nuestro filosofar:

“El *a priori* antropológico es, a la vez, un principio de tenencia y se identifica. El mundo de las cosas y la vida cotidiana como la forma de vida que se desarrolla en relación con ellas, no es en sí en mundo de la alienación y de la pérdida del sujeto, sino el único mundo posible en el cual el sujeto puede reencontrarse consigo mismo”<sup>16</sup>.

Es el mundo de la búsqueda de la Identidad y de la Autenticidad que ronda nuestro filosofar hasta ahora propuesto.

<sup>15</sup> Hegel, *Introducción a la historia de la filosofía*, cap. “Comienzo de la filosofía y su historia”, *Vorlesungen, über die Geschichte der Philosophie, Werke*, 18. I. 3.

<sup>16</sup> Roig *op. cit.* Para el seguimiento de esta idea ver págs. 16, 14, 13, 201.

## ¿PUEDEN LOS MUSEOS TENER UN ROL PEDAGÓGICO A TRAVÉS DE LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA?

*Claudio Rolle C.*

El nudo de la cuestión propuesta en la pregunta, que da título a este trabajo, pasa, fundamentalmente, por una reflexión acerca de las características del conocimiento histórico y su evolución en el tiempo.

1. En la propuesta que aquí haré frente al problema planteado, es esencial considerar el conocimiento histórico como una forma de saber fragmentario, propositivo y conjetural, fuertemente limitado en sus medios de alcanzar certidumbres, continuamente en cambio y dotado de múltiples posibilidades de validez.

No podemos conocer el mundo del pasado sino a través de los escasos restos y rastros que nos legan las generaciones de hombres y mujeres que han transitado antes que nosotros en el escenario de la historia. Como es obvio parte de esas huellas del indicio del paso humano, son legados conscientemente, con clara intención de "dejar memoria", resultando esenciales para la aproximación a la autopercepción de los actores del pasado y su percepción y representación del mundo que vieron. Existe, por otra parte, la ingente cantidad de elementos que nos permite reconocer el paso de los hombres y mujeres que dejaron las huellas de lo que hicieron en sus trabajos y sus días, y que nos hacen posible tener una visión complementaria de los registros de la memoria conscientemente producidos<sup>1</sup>.

Los historiadores, quienes trabajan con los materiales a los que hacía referencia, constituyen una especie "omnívora" que se alimenta de la casi infinita variedad de testimonios históricos con tal que tengan ese olor a humano, que hace recordar a los ogros de las fábulas como nos lo indicaba Marc Bloch hace ya más de cincuenta años atrás<sup>2</sup>. En la búsqueda de expresiones más amplias del hombre se ha desarrollado con el paso del tiempo una visión del documento no sólo como texto escrito, del modo en que era entendido en los años de predominio del positivismo, sino más bien como cualquier forma que exprese a los habitantes del pasado. Lucien Febvre planteaba que la historia "también puede hacerse, debe hacerse, sin docu-

<sup>1</sup> "La memoria colectiva y su forma científica, la historia, se aplican a dos tipos de materiales: los documentos y los monumentos. En efecto, lo que sobrevive no es el complejo de lo que ha existido en el pasado, sino una elección realizada ya por las fuerzas que operan en el desenvolverse temporal del mundo y de la humanidad, ya por aquellos que se han ocupado del estudio del pasado y de los tiempos pasados, los historiadores". J. Le Goff, *El orden de la memoria*, Paidós, Madrid 1994, pág. 227.

<sup>2</sup> "El objetivo de la historia es esencialmente el hombre. Mejor dicho los hombres. (...) Detrás de los rasgos sensibles del paisaje, de las herramientas o de las máquinas, detrás de los escritos aparentemente más fríos y de las instituciones aparentemente más distanciadas de los que las han creado, la historia quiere aprehender a los hombres. Quien no lo logre no pasará jamás, en el mejor de los casos, de ser un obrero manual de la erudición. Allí donde huelga la carne humana, sabe que está su presa". M. Bloch, *Introducción a la historia*, México, 1978, págs. 24-25.

mentos escritos si éstos no existen. Con todo lo que el ingenio del historiador pueda permitirle utilizar para fabricar su miel, a falta de las flores usuales. Por tanto con palabras con signos, con paisajes y con tejas. Con formas de campos y malas hierbas. Con eclipses de luna y cabestros. Con exámenes periciales de piedras realizados por geólogos y análisis de espadas de metal realizados por químicos. En una palabra: con todo lo que siendo del hombre depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las formas de ser del hombre"<sup>3</sup>.

2. Los museos históricos son los lugares de construcción y preservación de la memoria colectiva de un pueblo o de una comunidad determinada, siguiendo los distintos momentos del devenir de dicho grupo en el tiempo. Para lograr este objetivo son determinantes e insustituibles los objetos, imágenes y sonidos que posean un carácter evocador de ese pasado, sea por provenir de ese mismo pasado, sea por que lo representan adecuadamente. Son estos legados, estos objetos tangibles, valores, sensibilidades o lenguajes los que constituyen materiales esenciales para construir la memoria colectiva, y por ende, territorios de trabajo para los historiadores.

De hecho en ellos se cumple con un rito propio de la historia que "acoge y renueva esas pasadas glorias; confiere nueva vida a estos muertos, los resucita. Su justicia asocia así a los que no fueron contemporáneos, otorga una reparación a varios que habían aparecido sólo un momento para desaparecer. Viven ahora con nosotros de modo que sintamos a sus padres y a sus amigos. Así se forma una familia, una ciudad común entre los vivos y los muertos"<sup>4</sup>.

Las palabras de Michelet son certeras y su juicio no puede ser más adecuado para un espacio como el museo que es la casa de las musas, por ende de la generación, de la vida y de negación de la muerte. En alguna medida la siguiente observación de Jorge Glusberg es seductora: "Los pueblos más conscientes de su caducidad combaten contra la muerte. Luchan por sobrevivir. Están atentos al pasado y tratan de transmitir el presente intacto a las futuras generaciones. Han construido museos con la esperanza utópica de hibernar la vida y programar la muerte como un acto más lejano de su historia"<sup>5</sup>. La historia se convierte en una forma de vencer a la muerte a través de la memoria.

El museo histórico es un lugar privilegiado de la memoria, que se alimenta de las más diversas fuentes y pone en marcha numerosos sistemas asociativos que conjugan el recuerdo y el olvido, las voces y los silencios del pasado humano, dando forma a un texto que, en sus elementos básicos, es fruto de la investigación histórica.

3. Esta memoria requiere de un cuidado y de un cultivo permanente y la tarea de los historiadores constituye esa función. El conocimiento histórico se configura haciendo este trabajo de reconstrucción de la memoria de un tiempo pasado a través de los fragmentos que nos ha transmitido y de las conjeturas que razonablemente

<sup>3</sup> Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Ariel, Barcelona 1975, pág. 232.

<sup>4</sup> Jules Michelet, Prefacio a *Historie du XIXe Siècle*, vol. II. Tomado de S. Schama, *Ciudadanos. Crónicas de la Revolución Francesa*, Javier Vergara, Buenos Aires 1990, pág. 14.

<sup>5</sup> Jorge Glusberg, *l'ultimo museo*, Sellerio, Palermo 1983, pág. 16.

te podamos establecer para comprender ese pretérito. En el tiempo, los historiadores varían en sus apreciaciones acerca de lo que es más o menos atrayente y urgente del pasado y de allí que cada generación construya una perspectiva propia del pasado común. Es un dato esencial del conocimiento histórico el relativo a su variabilidad según pasen las edades y los hombres.

No es de extrañar pues, que uno de los datos más relevantes en la formulación de una muestra museográfica sea el ser fiel a ese dinamismo que caracteriza la disciplina histórica. Los historiadores son quienes proponen a la sociedad las formas principales de aproximación al pasado y en esta tarea de introducir a los hombres y mujeres a transitar por el tiempo se valen de los "materiales de la memoria" que "pueden presentarse bajo dos formas principales: los monumentos, herederos del pasado, y los documentos, elección del historiador", según lo propone J. Le Goff<sup>6</sup>.

Los museos históricos han sido por bastante tiempo un territorio de refugio para los monumentos y, en menor escala, un ámbito de documentos. Aquí es donde se puede plantear una propuesta que dé cabida a las posibilidades de generación de conocimiento histórico a través de la investigación y de la propuesta de un discurso pedagógico para la sociedad. En efecto, los museos históricos pueden, por sus características espaciales y técnicas, ofrecer un espacio de expresión y representación a dimensiones del pasado humano que no han estado, por mucho tiempo, presentes en el ámbito del discurso histórico de amplia divulgación, que no han sido considerados como problemas históricos y que, al límite han sido objeto de gabinetes de curiosidades o anécdotas y "pequeña historia". En las culturas librescas, esta actitud ha sido la dominante y aspectos de la existencia humana tales como la corporeidad, la alimentación, la vestimenta, la habitación, las técnicas, las culturas locales, etcétera han sido marginadas o insuficientemente registradas por los historiadores como problema en sí. El atender a estos aspectos de la cultura material en el museo es, indudablemente, un medio de reparar estos olvidos y estos abandonos en el trabajo de los historiadores y en la transmisión de su saber.

En los años sesenta se inició "una verdadera revolución documental", señala Le Goff, caracterizándola del siguiente modo: "Es una revolución a la vez cuantitativa y cualitativa. El interés de la memoria colectiva y de la historia ya no se cristaliza exclusivamente sobre los grandes hombres, los acontecimientos, la historia que transcurre de prisa, la historia política, diplomática, militar. Ésta ahora se ocupa de todos los hombres, comporta una nueva jerarquía más o menos supuesta de documentos, coloca por ejemplo en primer plano para la historia moderna el registro parroquial que conserva para la memoria a todos los hombres"<sup>7</sup>. Este fenómeno ha cambiado sustantivamente la visión que hoy día tenemos del pasado y algunas de las obras de historiografía más emblemáticas de los últimos años, tales como *El queso y los gusanos* de Carlos Ginzburg o *Montaillou, aldea occitana* de Emanuel Leroy Ladurie, son buenos testimonios de su impacto e importancia.

Esta revolución debe transmitirse a los museos históricos que tienen una función múltiple, donde la transmisión de la idea de la complejidad y la diversidad de

<sup>6</sup> J. Le Goff, *op. cit.*, pág. 227.

<sup>7</sup> J. Le Goff, *op. cit.*, pag. 232.

la existencia histórica de las sociedades se verá enriquecida con la documentación emergente que se ha mencionado.

4. Un museo histórico tiene en alguna medida una función narrativa –debe contar la historia de un país, una ciudad o una comunidad a los visitantes– y, al mismo tiempo, una función reflexiva –debe ser reflejo de la labor de investigación realizada por los historiadores– sin descuidar por ello la función expositiva –la utilización de los objetos, las imágenes y los sonidos– para así dar expresión a las dos funciones anteriores.

En la primera de estas funciones –la construcción de un relato– la función pedagógica del museo es muy explícita y central. El guión de la muestra se prepara para ofrecer un texto inteligible y claro, muy esencial, al visitante que puede, a través de objetos y otros elementos de la muestra, hacerse una idea de un determinado fragmento del pasado. Esta simpleza del relato es fruto de un arduo trabajo de depuración de los guionistas-historiadores que logran proponer las líneas maestras de complejos problemas históricos.

La función pedagógica se puede enriquecer en este nivel aún más, ya que existen posibilidades de proponer varios niveles de lectura al visitante de la muestra, de modo que según su interés y capacidad de respuesta, pueda profundizar en algún aspecto de la experiencia histórica que se le presenta. De hecho, en este terreno, creo que es posible aprender de la corriente de historiadores que a través de las microhistorias hacen a sus lectores seguir el recorrido deductivo y conjetural que ha seguido el propio historiador para resolver los casos en estudio. Carlos Ginzburg, Natalie Zemon Davis, Judith Brown, por mencionar algunos nombres, presentan no sólo el fenómeno histórico que estudian en sus libros, sino también las vías de desciframiento de los problemas propuestos por los documentos del pasado. Un museo histórico debe invitar a que el visitante se plantee los problemas que el historiador ha enfrentado antes que él, de modo que, en alguna medida, el mismo visitante haga por un momento de historiador.

Los museos históricos, si quieren servir como instrumentos pedagógicos, no pueden dar sólo información, sino deben establecer comunicación, de modo tal que quien deje el museo salga provisto de problemas históricos y de información rica para la vida, y no cargado de una información erudita que no lo acompañará por más de dos cuerdas, desde las puertas del museo.

El problema de la interacción entre el visitante y la muestra que el museo le ofrece es de gran relevancia, en especial en los museos históricos, dado que cada día existe más conciencia de que la historia la hacen las personas corrientes. De hecho, un museo debe ser una suerte de “espejo del hombre”, según la expresión de Clyde Kluckhohn. En efecto, el visitante directamente tratado en el museo –por ser parte de la nación o comunidad que ocupa la muestra– se debe reconocer en sus antepasados y establecer las bases de esa ciudad recordada por Michelet y el visitante “extranjero”, debe poder reconocer en los nativos a los descendientes de los habitantes del museo.

Se trata, entonces, de organizar una muestra que sea fuertemente propositiva en su relato histórico, que dé cuenta cabal del modo de proceder de los historiadores y que invite al visitante a conjeturar e intentar resolver él mismo los desafíos que

la existencia del pasado plantea, de modo que éste se sienta incorporado a los problemas que la muestra presenta. Como ya se ha dicho, la función pedagógica se enriquece pues el museo no da respuestas sino provoca nuevas preguntas a quien lo visita y con ello crece el interés por indagar el pasado y se hace un aporte esencial a la tarea de evidenciar que la historia es una disciplina de vivos y del presente, y del futuro tanto como del pasado.

La función reflexiva a que se aludía con anterioridad, es también susceptible de ser proyectada en un sentido pedagógico muy rico y, tal vez, sea éste el centro de la cuestión planteada inicialmente. Un museo debe ser un lugar de estudio, de trabajo con los elementos de diversa índole que permitan una mejor aproximación al pasado, pues se conjugan en el museo las dimensiones material, visual y auditiva de la existencia humana de otras épocas. El uso de los espacios expositivos de los museos históricos, sólo puede enriquecerse cuando detrás de cada vitrina, detrás de cada diagrama, maqueta u objeto, hay un trabajo de contextualización y de significación, obra de conocedores del mundo que hemos perdido, que ponen sus años de experiencia y familiaridad con el pasado para invitar al visitante a realizar también un viaje en el tiempo. En práctica, los investigadores realizan una tarea de guías y acompañantes de los visitantes de un museo histórico, en el fascinante ejercicio de viajar por el tiempo y el espacio. Resulta fundamental en esta tarea el desarrollo de la imaginación y de la capacidad de propuesta de diversas lecturas que les compete a los investigadores en historia.

5. "En la última generación, aproximadamente, el universo de los historiadores se ha expandido a un ritmo vertiginoso"<sup>8</sup>, señala el historiador británico Peter Burke, al presentar una colección de ensayos que plantean nuevas vías en la investigación de las sociedades del pasado, vías que se están transitando con frecuencia en la actualidad y que son, en buena medida, reflejo de los temas y cuestiones que inquietan al mundo contemporáneo. Ya decíamos que la historia es una disciplina del presente tanto como del pasado y, por ende, también los museos históricos deberían tener este sello. Los temas que Burke y sus colaboradores plantean son muchas veces nuevos para los museos históricos y, en el caso de Chile, diría que completamente inéditos. La historia de los grupos subalternos, de las mujeres –habría que mencionar a los niños y los ancianos también, aunque no tengan ensayo singular en el libro en cuestión– de ultramar o las vías y fuentes nuevas, tales como la historia oral, de las imágenes, del cuerpo, del pensamiento político; la narratividad o la línea microhistórica, como forma de aproximación al pasado son tareas en las que un museo histórico puede desempeñar un papel muy relevante.

De hecho creemos que el museo debe ser un espacio de ideas y sensibilidades y no sólo un lugar de objetos materiales. El museo histórico es un espacio para compartir el debate y para captar señales de la sociedad del presente en relación con el pasado. El estudio y las posibilidades de proponer a través del museo "traducciones" materiales, gráficas, sonoras o plásticas de la investigación, son cuestiones ineludibles si queremos prestar un buen servicio a la comunidad, dando la posibilidad a los historiadores de construir un relato no escrito en el que se consi-

<sup>8</sup> Peter Burke Ed., *Formas de hacer historia*, Alianza, Madrid 1993, pág. 11.



deren tanto los momentos excepcionales, como lo cotidiano de las vidas de los hombres y mujeres corrientes, captando la elocuencia de los gestos repetidos y desarrollando la capacidad de escuchar las historias silenciosas que llenan el pasado del hombre en la tierra<sup>9</sup>.

El historiador se debe constituir en un servidor de la sociedad y para ello debe utilizar múltiples vías, una de las cuales es la museografía, que le permitirá contar enseñar y proponer la historia a un público variado, con sencillez y con clara conciencia de que se entrega una valiosa contribución para una vida mejor. Contra la grandilocuencia en la forma de narrar la historia podemos recordar las palabras de Pablo Neruda quién, hablando del poeta —y nosotros podemos decir historiador o museo histórico—, escribió: “a menudo expresé que el mejor poeta es el hombre que nos entrega el pan cada día: el panadero que no se cree Dios. Él cumple su majestuosa y humilde faena de amasar, meter al horno, dorar y entregar el pan de cada día, como una obligación comunitaria. Y si el poeta llega a alcanzar esa sencilla conciencia podrá también la sencilla conciencia convertirse parte de una colosal artesanía, de una construcción simple o complicada, que es la construcción de una sociedad, la transformación de las condiciones que rodean al hombre, la entrega de su mercadería: pan, verdad, vino, sueños”.

Los museos históricos pueden llevar adelante, con ventaja, estudios e investigaciones sobre la vida cotidiana y la cultura material, sin por ello excluir otras dimensiones de la vida del hombre. De hecho, siendo museos de la memoria, no sólo objetos sino también símbolos, sonidos, gestos e imágenes están llamados a habitarlos y desde allí, como frutos del trabajo de los historiadores, puede presentarse en un relato vivo y atractivo a los visitantes que aprenderán de quienes los antecedieron, pero también mucho de ellos mismos. Un museo que combine la investigación con la función pedagógica, tiene por fuerza que ser un museo dinámico, sensible a los cambios en las formas de hacer historia, atractivo en la entrega de la información, por medio de una interacción con el visitante que debe ser invitado permanentemente, no a esperar respuestas, sino a descubrir las claves de solución de sus inquietudes con lo que la muestra le propone. Un buen museo histórico, en mi opinión, tiene que tener algo de inquietante y acelerador, como la historia, como la vida.

6. Por último, para volver sobre la cuestión inicial, creo que, en efecto, un museo histórico puede desarrollar un significativo rol pedagógico, estableciendo un puente entre el mundo del pasado, un patrimonio común a todos, y el presente, no sólo dando información sino invitando también a la reflexión y a la búsqueda de expli-

<sup>9</sup> En alguna medida los versos de Pablo Neruda de “Alturas de Machu Pichu” del *Canto General* expresan la preocupación de muchos historiadores de hoy:

*Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta.  
A través de la tierra juntad todos  
los silenciosos labios derramados  
y desde el fondo habládmeme toda esta larga noche  
como si yo estuviera con vosotros anclado,  
contádmeme todo, cadena a cadena,  
eslabón a eslabón, y paso a paso.*

caciones a los problemas que la exposición de los datos del pasado suscitan. La interpretación histórica cambia día a día y los museos históricos, lo mismo que los libros y los textos de estudio, deben jugar un papel destacado en la transmisión de los nuevos enfoques y las nuevas visiones de viejos temas, entregando a los visitantes elementos de juicio para que interactúen críticamente con los elementos que el museo mismo propone y el bagaje propio del usuario.

La primera parte, sin embargo, de esta función pedagógica reside en el desarrollo de la investigación dentro del museo, de la conversión de los museos históricos en lugares de estudio y formación en el estudio del pasado. Es esencial proyectar un trabajo conjunto con las universidades para dar a quienes estudian historia la posibilidad no sólo de trabajar y de aprender en las aulas o en las bibliotecas, sino también en los laboratorios y archivos de los museos. El museo puede transformarse de este modo en una especie de taller del historiador de la época de la multimedia, de modo tal, que se pueda dar mayor volumen y relieve a las aproximaciones al mundo del pasado. De esta forma, el museo histórico tendría varias funciones: investigación, formación y crítica, idealmente compartida con las universidades, a las que se agregan las de conservación y exposición.

Esto supone establecer ciertos criterios fundamentales que, a veces, van contra lo que ha sido tradicional en estas instituciones. Así es preciso, por ejemplo, dejar de lado la pasión casi fetichista de mostrar objetos originales que en ocasiones sólo contribuye a la creación de cultos por héroes o episodios que se desea exaltar, explicando poco sobre los problemas históricos reales y negando la posibilidad de estimular una reflexión crítica. La tarea de un museo histórico es formar a su público no en el culto de determinadas verdades, sino en la crítica fundada de la realidad y en el cuestionamiento de lo que la muestra le propone. De allí, que sea un fracaso para estas instituciones, cuando quien las visita no se sienta invitado a participar también en la discusión y la interpretación de los acontecimientos del pasado.

La última consideración en relación al papel pedagógico y sus lazos con la investigación sustentada por los museos es la proyección igualitaria y democrática que subyace a esta transformación del museo, de lugar de información y de discurso vertical en un espacio de múltiples estímulos, de celebración de la diversidad como forma de enriquecimiento mutuo, y de invitación a que el visitante sienta a los hombres y mujeres del pasado como personas cercanas y los descubra como los protagonistas de la historia, aun cuando sea anónima.

Los museos históricos, los lugares de la memoria colectiva, tienen que proponer temas de reflexión y atención a la sociedad del presente y pueden contribuir a que cuestiones centrales del mundo contemporáneo, tales como la preocupación por el medio ambiente, la evolución de las formas de solidaridad o la revolución del tiempo libre, sean fenómenos que alcancen a toda la sociedad. Es por ello que la investigación histórica desde el museo puede proponer a la sociedad un discurso pedagógico esencialmente centrado en la capacidad de respetar la diversidad, de comprender con nuevos ojos cada día el porqué estamos donde estamos y el tránsito a una sociedad cada vez más democrática.

# TESTIMONIOS

## DOCUMENTOS

### IMPRESIONES DE ESTADOS UNIDOS\*

*Gabriela Mistral*

Para los que no conocen este adjetivo aplicado a una escuela literaria, doy la explicación que a los demás sobra.

Entre los hijos legítimos y espurios que le han nacido al modernismo está la escuela estridente. Odia estas cosas y va contra ellas: la frase melódica, la arquitectura de la palabra en estrofa, el ritmo, la bucólica, el romanticismo. Pretende traducir el sonido del siglo, la coloración del siglo y así sus poetas buscan imitar el silbato de los trenes y el chirrido de la usina. Tiene la fobia del matiz y busca los colores crudos: el azul prusia, el rojo sangre, el verde del papagayo, (que es un verde magnífico) quiere que una poesía suya leída en un aposento dé al infeliz lector la trepidación de Broadway por ejemplo.

La escuela ha nacido del empalago justo en mucha parte de estas cosas: el ritmo de la poesía clásica, preciso como el latido, que también adormece, del corazón; la metáfora sobajeadada, el cliché espiritual de Bécquer o Lamartine, la languidez insoportable de nuestra poesía *autumnal*.

Hay que decir honradamente que la escuela no es yanqui; ha nacido, como casi todas las extravagancias y las cosas magníficas, entre gente latina.

A pesar de mi pésimo oído rítmico y de mi ignorancia del color, yo no amo la escuela y la lectura de sus poetas sólo me quita el mal humor como el mejor salto de un *clown*. Pero yo recurro a ella para explicar mi impresión primera de New York.

De igual modo que como la poesía estridente, en la ciudad terrible y espléndida como un monstruo marino, me pareció el mismo horror del silencio y de los aspectos dulces de la materia; la misma búsqueda feliz de lo desmesurado; la misma ausencia de sentidos finos; el mismo encuentro con otros sentidos más fuertes o más brutales que buscan la emoción con golpes de maza.

He de creer un poco a mis propios instrumentos: mi cuerpo recibió la impresión de New York. Fue una destrización de mis ojos y de mis oídos. Como todo organismo poderoso, como los monstruos, coge y domina. Por sus calles yo me perdí a mí misma; entré en la rueda y no tuve más voluntad sino cuando me liberó el mar. A los místicos de la fuerza les es grata esta impresión parecida al juego salvaje del mar con el mal nadador; a los que tenemos esta forma sutil de soberbia: la de aislar el yo un poco, lo poco que es posible en la red horrible del mundo, nos deja esa dominación un poco humillados. Y yo tengo este rencor con la ciudad enorme del millón de tentáculos: que no me dejó nada para mí en varios días; que me incorporó en su mole articulada y me arrebató la conciencia.

\*El original de este documento, que se conserva en el Museo Gabriela Mistral de Vicuña, fue recogido por Pedro Pablo Zegers, en 1982.

Yo la miro ahora y la puedo juzgar un poco.

Aquella sicología de las multitudes, tan en boga entre los que creen en la Sicología, es aplicable no a una muchedumbre neoyorkina sino a toda la vida suya: se vive en colectivo –el rascacielos es la forma más horrible y más perfecta de colectivismo– se juzga en colectivo, se tiene el gusto colectivo para vestir, para comer, creo que hasta para cantar. Es un coro inmenso de las conciencias, del paso con que se camina, de la ayuda social, se oye aplicar a las cosas el mismo adjetivo; se muda el traje el mismo día al cambiar la estación; se piensa el mismo día en Washington o en Lincoln. Y el que entra rebelde en el cerco es cogido con rabia primero; se rinde poco después, la tensión lo cansa o lo destroza; al final siente cierto alivio en abandonarse y entra en el cauce y fluye con el caudal hasta con cierta dicha.

Tal vez no haya otro lugar del mundo donde el individualismo padezca más y sea más raro y heroico. Como diré después, este eclipse de lo individual tiene aspectos admirables y aspectos feos y francamente inferiores. Con este colectivismo se ha hecho una gran nación; pero una gran nación diferente de lo que ha sido eso en el pasado; porque el pasado admitió siempre en su seno los granos de la sal salvadora del individualismo.

Pasemos a la estridencia material. Tres cosas horribles tiene New York: el *subway* o ferrocarril subterráneo, el ferrocarril aéreo y la que llamaríamos ley del caminar.

Los norteamericanos dicen que el *subway* les es odioso no por el estruendo, que ya es música para ellos, sino por la brutalidad que crea en las gentes. A la hora en que los almacenes se vacían y los millones de empleados van a comer consultando la hora que tienen para ello pasa algo semejante al salvamento dentro de un teatro cuando viene un cataclismo. Aquella gente no se atropella, se lincha. No se trata de ver al príncipe de Gales ni de mirar un regimiento de vuelta de la guerra; se trata de no perder diez minutos y se entra al *subway* con una violencia sin nombre y se cae sobre el primer asiento. No hay modo de distinguir entre los que pisotean y tumban al rico del trabajador ni a la mujer del que boxea: todos empujan como en el momento de tomar el bote salvavidas.

Confieso que no hay en estas palabras rencor por mis magulladuras; mi odio del *subway* es el de su horrible trepidación y el de su chirrido que despedaza los sesos. Yo no interpreto ahora el infierno en fuego sino en *subway* y no lo quiero para mí ni para mi prójimo.

Esto hace, me decía el norteamericano, lo que llaman la brutalidad del hombre yanqui, lo peor es que la adquiere el niño y que sus tres horas matinales de serenidad en la escuela, se le rompen en estos diez minutos brutales.

El ferrocarril subterráneo de París me dice otro informante es otra cosa.

## AUTOBIOGRAFÍA\*

*Gabriela Mistral*

Es absolutamente falso que mi padre fuese blanco puro. Mi abuela, su madre tenía un tipo europeo puro; su marido, mi abuelo, era menos que mestizo de tipo, era bastante indígena. La afirmación no es antojadiza. En dos retratos borrosos que tengo de él, la fisonomía es cabalmente mongólica, los Godoyes del Valle del Huasco tienen, sin saberlo, tipo igual. Digo sin saberlo porque el mestizo de Chile no sabe nunca que lo es. Quienes han visto las fotos de mi padre y que saben alguna cosa de tipos raciales no descartan ni por un momento que mi padre era un hombre de sangre mezclada.

Fue por un tiempo también director del colegio católico de Santiago San Carlos Borromeo. Dibujaba muy bien y hacía versos de una índole medio clásica, medio romántica según el gusto de la época.

El original de esos versos los conserva mi hermana.

Todas las gentes del Valle me dieron el amor de él, porque todos lo quisieron por el encanto particular que había en su conversación y por la camaradería que daba, a quien se le acercase lo mismo a los más ricos que a los pobrecitos del Valle. En mi abuela, Isabel Villanueva, a quien los curas llamaban "la teóloga" había esta misma atracción que le daba un lenguaje gracioso, criollo y tierno.

No hay tal. Me mandaron a la casa de una tía de mi madre, doña Ángela Rojas a quien mi hermana pagaba por mí una pequeña pensión. Esto duró menos de un año, porque fui expulsada de la escuela primaria superior de Vicuña a la cual había regresado.

El dato es erróneo. Dirigía esa escuela primaria superior doña Adelaida Olivares maestra ciega de casi toda su vida y madrina mía de confirmación. Era persona sobradamente religiosa y *cuando* en el comienzo hubo entre ella y yo la relación afectuosa que es natural entre madrina y ahijada. Pero cuando mi familia me cambió de apoderado poniéndome a vivir en la casa de una familia Palacios de religión protestante, la directora se sintió muy molesta y me retiró todo su cariño. Vino entonces un incidente tragicómico. Yo repartía el papel de la escuela a las alumnas, el gobierno daba en aquel tiempo los útiles escolares. Era yo más que tímida; no tenía carácter alguno y las alumnas me cogían cuanto papel se les antojaba con lo cual la provisión se acabó a los ocho meses o antes. Cuando la directora preguntó a la clase la razón de la falta de papel mis compañeras declararon que yo era la culpable pues ellas no había recibido sino la justa ración. La directora, aconsejada por una hermana nuestra ahí mismo, salió sin más hacia mi casa y encontró el

\* Esta autobiografía, a modo de respuestas de un cuestionario, solicitado a Gabriela, para la elaboración de una crónica, corresponde a un material obtenido del rollo N°9 del Fondo de microfilmes, que posee el Archivo del Escritor, y que forma parte del legado literario de Gabriela Mistral, que se conserva en la Biblioteca del Congreso de Washington.

cuerpo del delito, es decir, halló en mi cuarto una cantidad copiosísima no sólo de papel, sino de todos los útiles escolares fiscales. Habría bastado pensar que mi hermana era tan maestra de escuela como ella y que yo tomaba de ella cuanto necesitaba. Pero había algo más: el visitador de escuelas del Valle de Elqui me tenía un cariño como de abuelo (don Mariano Araya) y cada domingo iba yo a saludar a su familia y él me abría su almacén de útiles y me daba además de papel en resmas, pizarras, etc.

Yo no supe defenderme; la gritería de las muchachas y la acusación para mi espantosa de la maestra madrina me aplanó y me hizo perder el sentido. Cuando doña Adelaida regresó con el trofeo del robo su hermana hizo con el caso una lección de moral que yo oía medio viva medio muerta. El escándalo había durado toda la tarde, despacharon las clases y todas salieron sin que nadie se diese cuenta del bulto de una niña sentada en su banco, que no podía levantarse. Al ir a barrer la sala la sirvienta que vivía en la escuela me encontró con las piernas trabadas me llevó a su cuarto, me frotó el cuerpo y me dio una bebida caliente hasta que yo pude hablar faltaba algo todavía: las compañeras que se iban por mi calle me esperaban, aunque ya era la tarde caída en la plaza de Vicuña, la linda plaza con su toldo de rosas y de multiflor, era todavía primavera allí me recibieron con una lluvia de insultos y de piedras diciéndome que nunca más irían por la calle con (la) ladrona. Esta tragedia ridícula hizo tal daño en mí como yo no sabría decirlo. Mi madre vino a dar explicaciones a la maestra ciega acerca de mi rapiña y la directora que ejercía un ascendiente muy grande sobre las personas porque era mujer inteligente y bastante culta para su época logró convencer a su comadre de que aunque yo fuese inocente habría que retirarme de esa escuela sin llevarme a otra alguna porque yo no tenía dotes intelectuales de ningún género y sólo podría aplicarme a los quehaceres domésticos.

No se decidió de mí y sólo mi padre al volver por un tiempo a la casa sintió como una injuria el hecho de su comadre ciega y fue a ajustarle cuentas con una gran rudeza a Vicuña. Yo me quedé sin clases porque mi hermana me había hecho terminar la escuela sin decir lo que nunca se ha dicho de ella y es que lo que ella sabía me lo enseñó perfectamente. Fue toda su vida una maestra de índole espiritual con una abnegación que en su madurez tocó los lindes de la santidad y la tengo pintada en "La maestra rural" pero como es natural no podía alabar así a una hermana y la disfracé al final del poema. La maestra que he pintado allí me la dio ella a lo largo de mi infancia con sólo haberla visto vivir.

Mi famoso "rencor" tiene cierta base de verdad no he perdonado a veces y no he olvidado nunca ninguna de las injusticias recibidas y particularmente no olvidé esta que me magulló toda la adolescencia y que tuvo una repercusión enorme en mi vida de futura (profesora).

Dos veces volví a Vicuña la maestra madrina buscó reconciliarse conmigo sin lograrlo porque no acepté a verla. Pero las cosas tienen caminos maravillosos y la mano de Dios anda metida en todas ellas. Hace tres años, después de 15 de ausencia del Valle de Elqui llegué a Vicuña en visita oficial. Estaba muy enferma doña Adelaida y una de sus exalumnas que la servía de enfermera, me mandó preguntar si yo aceptaba ir a visitarla. Yo consulté con mi alma y esta no había perdonado

todavía. Dos días más tarde del recado la maestra murió. Yo salí a la calle al azar: sola, cosa que nunca me ocurre sin finalidad, a vagabundear como de niña y queriendo caminar la calle Maipú hasta San Isidro. A poco andar vi venir un cortejo que era muy numeroso y no entendía nada cuando el cortejo me rodeó en forma de no poder seguir, pregunté quién era el muerto. Cuando lo supe yo ya había dado vuelta e iba dentro de él como una sonámbula. Llegamos a la iglesia, la pequeña ciudad conocía la vieja historia. Una niña se levantó y me pasó el ramo de flores que llevaba diciéndome que ella prefería que fuese yo quien las pusiese las primeras sobre el ataúd. Yo las puse y le di a doña Adelaida la oración a los muertos. Volví a mi casa no poco turbada de los manejos menudos del Señor que son tan extraños como los grandes.

Dije que el hecho de mi expulsión tuvo muchas consecuencias. Cuando ingresé a la escuela anexa a la Normal de La Serena me encontré allí con que una exalumna de doña Adelaida había informado a mis nuevos profesores de mi vicio de robar y había recomendado que se guardaran los objetos de más o menos valor. Durante varios años —no recuerdo el dato con precisión— mi madre y mi hermana quisieron hacer de mí una buena ama de casa. Yo era tan callada que jamás tuve porfía ni discusión alguna con ellas en mi infancia. Pero en mi ímpetu de rebelión que es de los más vigorosos que haya tenido en mi vida, que yo no aprendería ni a lavar la ropa ni hacer la comida y ni siquiera creo que ayudaba a arreglar la habitación. Yo supe que si obedecía a esa voluntad de volverme *criatura* ama auxiliar de una casa en que bastaban mi madre y mi hermana yo estaba perdida no sé para qué porque sería tonto pensar que yo creyese en mí, la maestra madrina me había convencido de que yo era una niña necia. Mi rebelión era una cosa confusa siendo en todo caso una rebelión en forma sin rezongo, sin hablar y sencillamente no obedecí. Mi hermana se había casado con un hombre que tenía algunos bienes y un tiempo vivimos mi madre y yo cómodamente allegados a su casa. Mi cuñado tuvo una larga enfermedad y un mal pleito de un hijo y lo perdió todo. Entonces mi madre supo que yo debía trabajar y decidió ella sola que yo siguiese la profesión de mi padre y de mi hermana la de una de mis dos tías monjas y la de casi todos nuestros amigos. Yo temblé cuando a los 14 años ella y su amiga doña Antonia Molina me llevaron delante de un visitador de escuelas y le pidieron para mí una ayudantía de escuela rural. Yo tenía 14 años, me mandaron a la Compañía Baja, donde el mar me daba muchos ratos felices, lo mismo que mi olivar que costaba mi casa y que es el más grande que he visto en Chile y la jefe que me tocó y a quien le caí mal por mi carácter huraño y mi silencio que no se rompía con nada me hizo tan poco feliz como es costumbre cuando la maestra es casi vieja y la ayudante es una muchacha. No se quejaba de lo que debía quejarse: de una ignorancia, porque en aquellos tiempos se pedía poco a una ayudante rural y porque además mi lección era la que enseñaba la (cartilla). Desde esta escuela di un salto verdaderamente mortal por buenos oficios del abogado don Juan Guillermo Zabala (aparecen los vascos en mi vida) me llevaron como secretaria-inspectora al Liceo de Niñas de La Serena. Yo sabía muy poca cosa de redacción oficial y tal vez de redacción *tout court* aunque ya escribiese en los periódicos. Los humildes diarios de provincia reciben y publican casi todo. Dirigía el liceo una extraordinaria mujer alemana de quien la crueldad



no me empañó nunca los ojos para ver de quien se trataba de una mujeraza al lado de la cual las profesoras criollas de su personal eran una (pobre) [ilegible] con excepción [ilegible]. Esta señora gobernaba el colegio según las normas alemanas que eran de todo el gusto de los chilenos por aquel tiempo. Su liceo era medio cuartel medio taller y con lo segundo digo algo parecido a una alabanza. El personal la obedecía con un respeto que iba más allá de lo racional y se pasaba a lo mitológico.

Las pobres mujeres le temblaban sin metáfora, nuestra vida dependía de sus gestos, su mirada y sus gritos. Pero era a pesar de su tremendo desequilibrio una mujer superior. Cuatro cosas me dijo entre sus ofensas que nunca he olvidado porque apuntaban derechamente a mi carácter y en especial a mis defectos y a mis lastimosas limitaciones. Yo era para ella una especie de sirvienta mantenida muy al margen de su vida. Pero un día me llamó a su dormitorio porque estaba enferma y como yo me azorase de que la curiosa mujer [ilegible] poco protestante y algo pagana tuviese una gran [ilegible] virgen de Murillo a su cabecera, me dijo sin [ilegible] ni sonreír. Yo soy lo contrario de Ud., yo no creo en nada pero vivo en una ciudad de beatos y suelo ir a la iglesia y tengo esta virgen por condescenderme con la ciudad. Aunque los chilenos sean gente inferior a mi raza yo soy una empleada pública de Chile. En cambio Ud. cree en todo, cree de más y tiene una apariencia de incrédula para su gente, lo cual le hará mucho daño.

Una vez me llamó a su salón y yo me quedé embobada mirando dos grandes cuadros que eran grabados de Goethe y de Schiller. Ella me dijo más o menos esto. Los escritores se dividen sólo en estos dos tipos los de Goethe son los sensatos y los que llegan a grandes posiciones; los alocados se parecen a Schiller sin que valgan nunca lo que él tampoco y como no lo alcanzan no llegan nunca a nada.

Otra vez -creo que la única en mi año con ella- me llamó para decirme una cosa agradable: "Está bien la letra que le han puesto a la música que le di destinada al colegio. Usted sirve para muy pocas cosas, tal vez para una sola, su mala suerte está en que eso para lo cual sirve es algo que no le importa a nadie".

Otra vez cuando me pidió la renuncia y temió que yo no le firmase el pliego ya escrito me dijo: "Hay gentes que nacen para mandar y yo soy de esas; es inútil luchar contra mí y los de mi raza hemos nacido para eso, y las otras no tienen sino obedecer".

Ud. se refiere a una nota oficial de ella que me declara necia. No la conozco. Es muy probable que exista, aunque esta mujer no haría nada innecesario y sobra acusarme de idiota puesto que ya había firmado la renuncia.

Me dejó cesante sin ningún escrúpulo porque carecía enteramente de ellos. Dios me ha tenido una gran piedad, una asistencia maravillosa que me hace avergonzarme de algunos versos míos en que hablé de su abandono. Unos días después de lo que cuento encontré en el tren al gobernador de Coquimbo que era un viejo poeta González y González y cuando pasábamos frente a La Cantera me mostró la escuela detrás de las dunas y me la ofreció. Mi madre tenía su pan a salvo.

Es inexacto su dato de que mi mamá vivió allí todo el tiempo conmigo; no había carne ni había pan todos los días en la aldea y ella fue siempre muy enferma, me acompañó un poco y después se fue con mi hermana. De mis tres aldeas, La Cantera es aquella en que yo viví más acompañada. Me cuidaba una sirvienta bue-

na, de las preciosas criadas nuestras que son tal cosa cuando tienen sangre india; y los niños, los hombres y los viejos de mi escuela nocturna —apenas había asistencia diurna porque la pobre gente trabajaba—.

Se pusieron a hacerme la vida. Por turno me traían un caballo cada domingo para que yo paseara siempre con uno de ellos. Me llevaban una especie de diezmo escolar en camotes, en pepinos, en melones, en papas, etc. Yo hacía con ellos el desgrane del maíz contándoles cuentos rusos y les oía los suyos. Ha sido ese tal vez mi mayor contacto con los campesinos después del mayor del Valle de Elqui.

Un viejo analfabeto, al fin enseñé a leer tocaba muy bien la guitarra y ese iba a darme fiesta con todos, en las noches. Alguna vez que le besé la cara y el cuello a un alumno huérfano y sordo que tenía, los demás se sintieron ofendidos y fueron más allá a lavarse porque había unos tres que se echaban agua florida. Yo les daba la clase en el cuarto de comer en torno de una mesa. Tenía yo de dieciocho a diecinueve años. Nunca les vi una falta de delicadeza o de pudor ni les vi un mal chiste lo cual es raro en un pueblo tan picante como el nuestro. El bello criterio escolar iba a suprimir la escuela por su poca asistencia diurna y sin tomar en cuenta para nada esta escuela nocturna que para mí resultaba tan válida.

Entonces me fui a Cerrillos en el Departamento de Ovalle. Mis biografías no han anotado nunca este nombre. Allí sí tuve soledad y soledades y mi madre muy delicada de salud no pudo estar conmigo; pese a las lenguas de fuego mi madre no pudo vivir conmigo en mis años de trabajo escolar porque su cuerpo sólo se avenía con el clima de La Serena. Lo ensayó varias veces en vano. Mi hermana le dio su compañía y yo su sustento.

Cuando jubilé me fui en seguida con ella a La Serena para quedar con ella hasta su postrimería. Renuncié al cargo que me ofreció Ginebra con este fin y el Ministro don Jorge Matte *me obligó* a irme cuando Ginebra no aceptó la designación de Pedro Prado que yo indiqué sin consultarlo al interesado. Yo había tenido en Santiago unos meses antes una extraña visita nocturna de la policía a mi casa de la población Huemul durante mi ausencia y el robo de mis archivadores de cartas cuando visitaba a algunas personas de la oposición, como don Manuel Rivas Vicuña, el diligente policía hacía seguir estos dos hechos, que constató en varias ocasiones mi vecino don Luis Popalaire más otros menos visibles hicieron que mi propia viejecita y mi hermana me aconsejasen aceptar el nombramiento de Ginebra e irme de Chile.

Cuento lo anterior en respuesta a la maledicencia de cierta *potencia pedagógica* sobre mi condición de mala hija que no vivió con los suyos.

Volvamos atrás cuando yo fui echada del Liceo de La Serena mi madre y mi hermana pensaron en sacrificarme en bien mío y hacerme regresar a la Escuela Normal pues las tres habíamos visto claramente que yo no haría carrera en la enseñanza a menos de conseguir la papeleta consabida, que las gentes llaman título, palabra que quiere decir “nombre” pero que no nombra nada.

Yo acepté e hicimos el triple esfuerzo de preparar exámenes, de obtener la fianza del caso, y de comprar el equipo de ropa. El día que mi madre fue a dejarme a la Escuela Normal la subdirectora, una gruesa señora; nos recibió en la puerta y sin oírnos y sin dar explicación alguna que le valiese y me valiese me declaró que

yo no había sido admitida. Pedimos hablar con la directora y la obesa señora lo rehusó porque la directora era una norteamericana que no hablaba español. En esto la subdirectora no mentía, el ministerio contrataba para sus criollos algunos profesores que ignoraban la lengua. En mis andanzas por el mundo recibí una vez una invitación a su casa de esta pedagoga yanqui es lástima que no tuviese tiempo de ir para conocer a la buena mujer que me echó de la Normal chilena sin saber porqué y sin haberme visto. Pasaron muchos años y cual fatalismo del mestizo yo no averigüé porqué había sido eliminada. Cuando era profesora de Los Andes unos ocho o diez años después, recibí la versión *que dio* a mi jefe de mi rechazo aquella subdirectora estupenda. Ella contó a doña Fidelia Valdés que en consejo de profesores de la Normal de La Serena el capellán y profesor don Luis Ignacio Munizaga, había exigido al personal que por solidaridad con él se me eliminase pues yo escribía unas composiciones paganas y podría volverme en caudillo de las alumnas. El ilustre sacerdote (que *más tarde* será un *hombre bastante* desgraciado) fue bien lúcido cuando dijo que yo era una pagana. Todo poeta, cualquier poeta es eso o no es cosa alguna. Puede ser un cristiano de aspiración y puede ser un místico si tiene una corporalidad pobre o si va para viejo – a los dieciocho años – era mi edad no es sino un pagano. Cuento el incidente para decir a mis compatriotas que no me quedé sin Escuela Normal por fuerza no por gusto y gana; la vieja chilenidad me *la quitó* me dejó sin ella, me la quitó a pesar de lo dadivosa que he sido para dársela a unas tres mil mujeres más o menos.

La pérdida hoy no me duele; pero todos los maestros y los profesores que me negarían la sal y el agua en los veinte años de mi magisterio chileno y a los que tengo contados en otra parte, saben muy bien de cuánto me costó vivir una carrera docente sin la papeleta, el cartel y la rúbrica aquella.

La razón que Ud. da para mi salida del liceo no fue sino una de sus causas menores.

Este incidente de la matrícula está muy exagerado, yo no recibí sino muy pocas niñas pobrecitas porque eran poquísimas las que se atrevían a llegar a un liceo hecho y mantenido para la clase pudiente.

Pude matricular a éstas, gracias a una estratagema: la directora me había ordenado aceptar a las que llevasen una carta de recomendación de los miembros de la junta de vigilancia del colegio y siempre que se tratara de *buena familia* cuando las muchachas me parecían buenas alumnas por su certificado, yo pedía esa famosa carta al Sr. Marcial Ribera Alcayaga, miembro de la junta y pariente de mi madre. Esta fue toda mi malicia y la directora no pudo echar a las candidatas recibidas semioficialmente.

En la semana anterior a mi renuncia la directora que tanto dudaba de que yo me suicidase, poniendo aquella firma en mi propia dimisión, ordenó a su personal que no me dirigiese la palabra. Nos reuníamos sólo a la hora de almuerzo y a excepción hecha de doña Fidelia Valdés mis colegas cumplieron celosamente la orden, tanto, que no me respondían cuando yo les hablaba entre plato y plato. En Chile por aquellos años el extranjero tenía apabullado al nacional y éste vivía en muchas reparticiones públicas servilismo tristísimo.

Cara M. Rosa, le digo con la franqueza ruda con que hablo a los propios, que me cuesta un mundo entrar en un comentario amoroso de mí misma. A pesar de la

publicidad cruda y no poco repugnante a que han llegado los biógrafos respecto de los escritores, nunca entenderé y nunca aceptaré que no se nos deje a nosotros, lo mismo que a todo ser humano, el derecho a guardar de nuestros amores cuando nos hemos puesto y que por alguna razón no dejamos allí razones de pudor, que tanto cuentan para la mujer como para el hombre. Pero se han hecho disparates tan descomunales a este respecto, que esta vez tengo que hablar y no por mí sino por la honra de un hombre muerto. Romelio Ureta no era nada parecido, ni siquiera era próximo a un tunante cuando yo le conocí. Nos encontramos en la aldea de El Molle cuando yo tenía sólo catorce años y él dieciocho. Era un mozo nada optimista ni ligero y menos un joven de zandungas había en él mucha compostura, hasta cierta gravedad de carácter bastante decoro. Por tener decoro se mató nos comprometimos a esa edad. Él no podía casarse conmigo contando con un sueldo tan pequeño como el que tenía y se fue a trabajar unas minas no recuerdo donde. Volvió después de una ausencia larga y me pidió cuentas a propósito de murmuraciones tontas que le habían llegado sobre algún devaneo mío. Yo vivía desde que él se fue con mi vida puesta en él, no me defendí la mitad por aquella timidez que me dejó muda aceptando mi culpa en la escuela de Vicuña y la mitad creo que la otra mitad por esa excesiva dignidad que me han llamado soberbia muchas veces. La queja me pareció tan injusta que pensé entonces, como pienso hoy mismo que no debía responderse y menos hacer una defensa. Por eso rompimos y las novelitas necias tejidas en torno de este punto no son sino cosa de charlatanes. Este hombre siguió su vida y era natural que la viviese como casi todos los hombres chilenos que no sobresalen en la temperancia. Iba a casarse y llevaba a la vez una conducta ligera que no había sido nunca la suya; se divertía demasiado y su novia parece que no lograba retenerlo. Mucho después de unos cinco años de separación nuestra yo lo encontré casualmente en Coquimbo; hablamos bastante tiempo; negó la noticia de su matrimonio y nos despedimos reconciliados casi sin palabras, tan cordiales como antes y con la impresión de un vínculo reanimado y definitivo. Cuantos lo han denigrado, hablando de un robo común y hasta de una estafa, no han dicho que su hermano, que era casi su padre; pues lo había criado por ser ambos huérfanos era en ese tiempo el jefe de los ferrocarriles en su zona a cualquiera podría ocurrírsele que Romelio Ureta cogió aquel dinero pensando en restituirlo de inmediato o contando con que su hermano, ausente por unos días se lo prestaría. Este señor era persona de situación holgada y lo quería mucho. No creo que nadie piense en arruinar su carrera por la suma infeliz que él cogió de una repartición fiscal. Parece que vino un arqueo impensado de caja: el hermano andaba en Ovalle o en otro punto de la provincia y no pudieron comunicarse de ningún modo. Romelio Ureta era hombre tan pundonoroso como para matarse, antes de sufrir vivo una vergüenza. A esta altura del tiempo y de la costumbre funcionaria, el hecho no se entiende, pues la probidad escasea más que la moneda de oro. Yo lo comprendo de haberle conocido a él y al viejo Chile. Doy cuantiosos detalles porque me irrita que se remuevan los huesos de un muerto con una falta tal de inteligencia y de consideración, más que eso me indigna el que por escribir una gacetilla sobre mí —no es el caso suyo— y por cobrarla en un periódico y también por alimentar la glotonería del público se revuelva una sepultura. Han creado un semblante enteramente falso con

la pretensión de demostrarme solidaridad o con la ocurrencia de defenderme, yo no he sido una víctima de él en ningún aspecto; todos los seres somos cual más cual menos, víctimas de nuestro temperamento nací como otros con una capacidad exacerbada para el sufrimiento y tal vez sin ninguna tragedia en mi vida habría padecido lo mismo según el caso de Leopardi y de otros.

Me repugna por otra parte lo cinematográfico aplicado a los vivos, después que me muera, ya pueden hacer su gusto los noveleros a toda su anchura; pero como estoy viva tengo el derecho mínimo de lavar un nombre querido. He callado bastante a este respecto porque soy harto rica de silencio. Mi paciencia se ha ido gastando y esta vez quiero hablar, por tratarse de una crónica escrita por una mujer y que debe salir limpia de un error tan grave sobre un hombre que se allega a la calumnia. Usted, estoy segura, estará muy contenta de que su compañera cuida de la honradez de su trabajo.

## NUEVOS SALONES SANTIAGUINOS\*

Había algo especial en el andar deslizado, en el habla a medio tono y en el aspecto recatado de la dama de unos treinta años que el criado anunció en la sala donde estaban reunidas ocho personas, entre invitadas y familiares. La conversación permaneció suspendida un momento, lo justo para permitir a nuestros ojos una crítica interna y tácita de la recién llegada.

Era pálida, de una palidez de marfil; su cabellera rubia parecía espolvoreada y casi blanca, recordando, no sé por qué, las cabezas de las cortesanas que en la gran revolución eran llevadas, altaneras y sumisas a la vez, camino de la plaza de Greve. Si esa cabeza recordaba momentos tan amargos de la historia era a causa de un no sé qué de reconcentración y de tristeza más visibles en los ojos y la boca.

Era a causa de un aire angelical y ausente, como si un halo de misticismo y de renunciación se desprendiera de su rostro. Tan distante y diversa era de las otras damas y niñas aposentadas en los muebles demasiado grandes de la sala que su presencia dividió de hecho a la reunión, formándose dos tertulias o corrillos, quedando ella en el menos numeroso. Dos damas comenzaron a interrogarla en voz baja; ella respondía, después de escuchar atentamente, de manera tan sutil que ni una sola de sus palabras trascendió al sitio en que yo me encontraba.

Nunca creí verla en Santiago, ni siquiera en el pasado me parecía haber conocido un rostro como el suyo, no obstante ese aire familiar, esas maneras de cuna y, en fin, el aire de las personas que, aunque no tratamos nunca antes, son de nuestro mundo.

Extranjera no podía ser; ni siquiera provinciana; ni diplomática; era una de aquí; acusaban sus rasgos ese cuño misterioso de la familia santiaguina en general; era nacida entre el Santa Lucía y la Plaza de Armas.

Circularía por sus venas, diluida en siglos de cultura, la sangre mística y sensual de los Lisperguer. En todo caso, la dama en referencia atrajo en forma desusada mi atención. Su rostro era hermoso, sin tener nada de las linduras a la moda; sus ademanes me parecieron henchidos de innata gracia.

A veces uno evoca a las mujeres santiaguinas antiguas, de esas que vieron nuestros ojos de niños en los "dieciochos", afirmadas en los balcones floridos para ver pasar los coches a la vuelta del Parque. A veces yo he soñado con volver a ver niñas de entonces, de ardientes y tristes pupilas, como faros de melancólica sabiduría.

La dama que entró en la sala era de esas.

\* Circa 1944

Y decimos "sala", rompiendo la consigna santiaguina de llamar salones a los aposentos reservados a las visitas, a los saraos y a las ceremonias íntimas.

Las familias opulentas del 900 han vendido sus casas con sus caudales de aire sano, de perfumes de azahares en los patios y de vaivenes de palmeras, para instalarse en pequeños departamentos, o cajas de indiscreta vecindad a la moderna. En estos departamentos pequeños la palabra salón queda fuera de tono. Hay salitas solamente, donde los viejos trofeos restantes tradicionales se levantan de manera desproporcionada semejando monumentos egipcios introducidos a la fuerza. Tal era el efecto que producían en el departamento en cuestión los adornos viejos de las chimeneas no existentes, colocados en mesitas inadecuadas, y los jarrones de Sèvres donde los concurrentes creían tropezar a cada instante.

Se trataba de una enorme jaula de cemento Melón, modernísima, cuadrículada y dividida en casitas numeradas, donde ilustres apellidos del casco viejo, de las calles de la Catedral, de Compañía y de la Merced, se apretujaban disfrutando la felicidad de vivir en condiciones asísmicas.

-¿Está contenta en su nueva casa?

-Mucho. Y luego se disfruta una vista maravillosa de la cordillera, dijo la dueña de casa, dama espiritual, elegante y bien parecida.

Celebraba su santo, lo cual un invitado agradece siempre por tratarse de renovos de confianza.

-El *skies* visual en los lomos de la nieve es el deporte de nosotras las que carecemos de "refugios" y de agilidad, añadió riendo.

Apareció un criado presentando la bandeja de plata y las copas llenas de un licor amarillo donde el limón flotaba.

-¿No le agrada este veneno agradable? preguntó dirigiéndose a un caballero pálido, casi tétrico.

-No puedo, suspiró. Soy hiperclorhídrico.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

## MEMORIAS\*

-¿Por qué no escribe sus Memorias?

-He pensado en eso. Algunas personas creyeron que *En el viejo Almendral* era un libro de memorias. Uno me echó en cara el pecado de ponerme solo, como hijo único, cuando fuimos siete. Me expresó en tono de reproche: "no pusiste a Emilio".

En realidad no escribí memorias, sino ficciones. Otro motivo para no escribir mis memorias consiste en la costumbre de algunos escritores nacionales de no hacer distinción entre lo imaginario y lo real. Yo creo que la narración de mentiras, cuentos o novelas, más o menos interesantes, está muy bien cuando se advierte al público la calidad del género. Hay que distinguir. No pocos novelistas de aquí confunden los campos de la realidad con los de la pura fantasía. Esto ha desorientado

\* Circa 1955

al público. A muchos nos han ocurrido hechos extraordinarios, reales. No es necesario recurrir a mentiras para darles mayor interés. En mi caso bastaría que narrara exactamente mis aventuras, mis bochornos, mis éxito o mis desastres, para conseguir el interés humano indispensable.

He oído contar mentiras absurdas a escritores y viajeros, lo cual me intimida. Cuando escribí el libro *Valparaíso* le puse como subtítulo "Fantasmas", por cuanto es ficción, con uno que otro personaje real y con muchos, como doña Florencia, que está compuesta de tres o cuatro damas del *high life* del viejo Valparaíso, entre 1900 y 1910. Esa clase de dama desapareció: podría decir que es un fantasma con carne hueso y sangre. Reacciona como dama rica que estuvo en París.

Alguna vez oí contar aventuras de viajes a escritores. Eran maravillosas, pero tan fuera de la verdad que me produjeron malestar. Los oyentes jóvenes creían y siguen creyendo a pies juntillas en tales patrañas. Oí a uno que declaró haber sido recibido por el sultán Abdul Hamid, con Pier Loti, en el Salón rojo del Selamlik, y a otro, a quien el rey de Inglaterra fue a visitar en privado, llamándole primo. El Sultán habría preguntado al primero: "¿Qué eres en tu tierra?". Le respondió que era diplomático, y Abdul Hamid, no sé si en turco o en francés, habría respondido: "Debieras ser el amo". A otro, la reina de España, en palacio, le llamó para echarle unas puntadas en el uniforme. Era militar. "Venga usted acá, que yo también sé algo de costura", habría dicho doña Victoria Eugenia al capitán.

Después de escuchar mentiras de tanto calibre toda narración de aventuras verdaderas parece opaca.

Sé perfectamente que la bella mentira es un adorno indispensable en la vida. Sin el uso de la mentira no tendríamos cuentos maravillosos. Wilde dijo: "La mentira es el fin propio del arte". Lo que yo creo es que debemos hacer un distingo. La historia, como los recuerdos, memorias o diarios, debe ser lo más ceñida que se pueda a la realidad. El famoso escritor Santayana advirtió al público la diferencia que hay entre sus memorias y su novela, o memorias noveladas.

He leído algunos libros de memorias de autores extranjeros y de sudamericanos. Las mejores extranjeras, para mí, son las de Montaigne, Saint Simon, Renan y León Daudet. Las mejores chilenas, las de Pérez Rosales y de Zapiola. El defecto de algunas chilenas consiste en la parte dedicada a probar la nobleza del origen europeo de la familia. Es un complejo. El complejo del mestizaje. He notado que las personas con antepasados negros son las más aficionadas a la heráldica. Nunca mencionan la indiscutible abuela motuda, de África. Podría dar una lista, en orden alfabético, de las familias chilenas con antepasados negros. No creo que el clima chileno destruyó al negro. En ninguna parte ocurrió eso: Otra cosa es que dejaron de venir negros, pero su genio está vivo en la literatura y en la música. Desde luego no hay un clima chileno. El país se extiende de Norte a Sur en una distancia equivalente a ir de Escocia al Congo. Los negros en Chile fueron absorbidos por los blancos, pero no destruidos por el clima.

En cierta ocasión dije que pasé hambres en París. Me objetó con insolencia un pobre individuo. Cree que un Edwards no puede pasar hambres. Han de saber que el apellido Edwards suena Buckingham solamente en Chile. En Londres es Soto. Mis alzas y bajas de París serían un capítulo que muchos lectores tomarían por



invenciones. Europa fue para mí un *Far West* y otras veces un presidio. Purgatorio, Infierno y Paraíso, alternativamente. Cuando lei la vida del explorador Stanley me encontré con que habitó en Madrid en la calle del Gato. Ahí mismo fue a visitarme Garrido Merino el año 1915. Yo recorría una y otra casa de huéspedes, en diversos barrios, por cuanto las capitales europeas no son una ciudad sino muchas y ninguna parecida a otra. No sería creíble si mencionara el número de domicilios que tuve en Londres, en París, en Marsella, en Madrid y en Lisboa. Declaro que soy el único habitante de Santiago que vivió en Madrid en la Posada del Peine, cerca de la Plaza de Santa Cruz. El Rastro, las calles de Mesón de Paredes, del Pez y de la Bola no tienen secretos para mí. He asistido a los jueves del Ritz. El año 1925 viví en el Palace, uno de los hoteles más completos y hermosos del mundo. En Londres viví en cierta pensión italiana de Arthur St. Huésped era el anarquista Malatesta, Huésped y vecino de pieza. En Madrid, 1918, en la calle de la Unión, 4, el vecino del piso superior era Max Nordeau. Excelente vecino. En Málaga viví en el Hotel Hispano-Marroquí, desayuno con leche de cabra. En 1916 fui soldado en el 5º regimiento de zuavos en St. Denis. El soldado del vestuario, cuando me entregó el uniforme y me vio vestido, me digo en argot: *Té voilà converti en brigand. Maintenant tu peut aller becqueter du sang de boche*. Mi primera amiguita francesa, en 1904, se llamó Marcelle Lasbats, *C'est bon tout ça*.

Suelen creer que mis noveloides son autobiografías. No es verdad. A veces lo parecen y es por falta de arte. Parece que yo tuviera mucha imaginación y tengo poca. Los malévolos han inventado claves para hacerme aparecer como un belloco. En París hice a veces de fugaz millonario y otras, más a menudo, de pobretón. He vivido en La Chapelle, no por el placer de degradarme sino por pobreza. Esto no ocurre a los franceses. Ellos nos mirarán siempre a nosotros como a seres instintivos, niños y desconcertados. *De sauvages quoi!* Aprendemos bastante en Francia, lo suficiente para ser descontentos en la tierra natal. Los envíos de dinero de Chile son irregulares hasta para la diplomacia.

Lo que vi en mis años de Europa es inaudito. Toda la guerra europea desde 1914 a 1918. La irregularidad sudamericana se me representó vivamente una mañana en la casa de un ropavejero de la calle del Temple. En el *étalage* tenía precio un uniforme de diplomático criollo con espadín.

¿Para qué contar mentiras? Nunca me presenté como escritor. Un chileno al que serví de introductor desinteresado cuando llegó a París, escribió a su familia, para hacerse el gracioso, que me había encontrado en el Café Napolitain traduciendo *El inútil* a un grupo regocijado de poetas franceses.

La mentira es de la peor clase. Nunca, desde hace treinta años, doy ni recomiendo escritos míos. Cuando me piden de los colegios respondo que no conviene a los niños. En cambio el talento de otros escritores me produce un placer espontáneo.

He tenido aventuras de verdad en Chile y en Europa. En Chile, en 1903, en 1906, en 1910 y en 1920.

En la vida a salto de mata conocí la especie humana. He conocido multitud de mujeres. En París la *cocotte* es maestra de almas. En ellas se aprende buen gusto y piedad humana. La vida en calles, ferrocarriles, en hoteles y en pensiones fue mi

Sorbonne y mi mejor universidad. No son las celebridades las que más enseñan. Me parece ingenuo cuando encuentro en libros de memorias menciones de famosos escritores, duques o de condes.

Confieso con el corazón en la mano que no conocía a Eduardo VII ni a Falières, ni fui socio del Épatant. Siempre fui un pobre chileno que “hizo buenamente su papel de *sauvage*”.

Otros sudamericanos se inclinan a la vida artificial, a conocer gente de campañillas y publicar sus amistades. Sobre todo las damas. Les da lo mismo retratarse con un comunista célebre que el Cardenal Rampolla, con Mussolini, con Landru o con Hitler. Conocí una que quiso casarse con Picasso, después con el escultor Archipenko. Llevaba un perro chihuahua, el más pequeño del mundo. Parecía ratón. Se lo comió el gato del hotel.

Hace poco recordaba que estuve en el colegio en Inglaterra y que el director era el Rev. Shepherd.

Alguien replicó, en sorna: -¡Ah sí, mister Chips!

Creyó que yo estaría mintiendo.

En ciertas confesiones del millonario sueco Ivar Kreuger leí una parte que me quedó vibrando:

“-Es duro tener hambre y no tener que comer, dijo Kreuger.

-¡Oh! ¡Usted nunca se habrá visto en ese caso!

-Sí. Estaba en América. No podía ir a mi pieza más que a dormir. Se me había acabado el dinero y hacía dos días que no probaba bocado. Me moría de hambre. En esas circunstancias encontré un sandwich tirado en la escalera. La mitad estaba en buenas condiciones. Me lo comí. Bebí un poco de agua. Venciendo mi repugnancia volví al lugar en que había quedado la otra mitad, la lavé y me la comí con mayor satisfacción que el caviar que hoy me sirvieron en el almuerzo”.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

CARTA DE BENJAMÍN SUBERCASEAUX  
A  
JOAQUÍN EDWARDS BELLO

Santiago, 6 de junio de 1951

Señor  
D. Joaquín Edwards Bello  
Presente

Querido amigo,

Mucho me reí, gocé y me “cachieté” (novísimo neologismo) con tu *Torre de Babel*. Siguiendo la vieja costumbre nuestra, no mencionas el origen del asunto. No importa: mis “babeles” ya trasuntan de todos los artículos publicados últimamente, para alivio tuyo y mío, que estamos hartos de tanto academismo estéril y absurdo. Gracias por este apoyo postrero y definitivo, pues tus líneas no podrían estar más pletóricas de pruebas y argumentos.

Otro asunto ahora, que me incumbe como autor de cierta novela (de la que he oído comentarios tuyos en boca de nuestro común amigo Domingo Fuenzalida) y que para mí representa en cierta medida una meta y una piedra de toque para conocer aún mejor a los míos. Asunto que te incumbe a ti también, por ser Edwards Bello el único *pendant* decente y civilizado en este turbulento mundo de nuestros escritores; responsabilidad que se te acrecienta por tu calidad de Premio Nacional, de hombre viajado y comprensivo, y por fin de patriota atento a las novedades literarias que van apareciendo en nuestro país, y que es de tu deber y competencia juzgar para esclarecer a los nuestros.

No querría hablar de lo propio, Joaquín, pero tú has leído mi *Jemmy Button* y habrás comprendido muy bien qué lugar ocupa en nuestra novelística. Ahora bien, hay en torno a este libro una peligrosa complicidad de silencio. Lo leen, lo saborean, comprenden lo que significa, y luego callan, como si les fuera la vida en hablar y decir algo bueno de él. Me recuerdan a los judíos ante Cristo: “Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos”. Asumen la responsabilidad de no hacer suyo este libro que les pertenece, puesto que chileno soy yo y en Chile he escrito *Jemmy Button*, y el tema es la preocupación de Chile en cada actitud de mi héroe. Sin embargo, nada de eso han querido ver, y para demostrarlo tuvieron el impudor de dar el Premio Nacional a Baltazar Castro, “porque su obra era de genuina chilenidad”. Créeme que no hablo por la herida. Ya no estoy en edad de emocionarme con premios. Temo, sí, por esta actitud de rechazo de ellos a los que es suyo y que nos enaltece y que ellos desprecian. ¡No es posible permitir que esto ocurra en nuestro pobre país. Tú sabes que mi libro (modestia aparte, y de la que adolece-

mos los dos) podría figurar –como que lo haré muy honorablemente– al lado de cualquier libro europeo. Ahora está en traducción en Macmillan, New York, y quizás no tardaremos en verlo en película.

No temo, pues, por la suerte futura de la obra. Como te digo, temo por el papelón que están haciendo los míos, y el que van hacer. Es por esto, mi querido colega civilizado, que clamo a ti para que con el prestigio que tienes como decano nuestro y Premio Nacional ya antiguo (amén de ser dos de raza blanca) pegues un grito y agites a la indiada, diciéndoles: “¡h..., hasta cuando van a seguir haciéndole ascos a un libro que ni siquiera saben lo que contiene. Ábranlo, lean, y si no comprenden, rasguen sus vestiduras y cúbranse de ceniza la cabeza, porque entonces no son dignos de él ni de nada alto, decente, y acertado que se diga de nuestro pueblo: *Jemmy Button* es la *Summa* de todo lo que he escrito y penado años y años en mis artículos. *Jemmy Button* podría ser firmado Edwards Bello, y si no lo firmo, es porque tengo otros libros tan buenos que hasta ustedes mismos –indios brutos– han premiado, y que ahora temen leer para no desintegrarse, porque ya hieden y no son capaces de apreciar lo que he dicho y que, ahora, un sucesor de mi misma raza de escritor, les repite conforme a su temperamento y en el progresivo avance que debe tener la falange de los que escriben”.

No, no te pido que digas esto. Tú sabes muy bien lo que habrás de decir. Pero lo repito para que comprendas: Somos dos; estamos rodeados de una jauría ululante; nuestro país merece mejor suerte. ¿No habríamos de unirnos para conseguirlo, ya que nuestra obra es paralela, y semejantes nuestros destinos?

Es lo que te quería decir en esta carta, para que empuñes tu valiosa pluma y escribas algunas palabras, no de aliento para mí; de protesta contra “ellos”.

Te abraza tu viejo amigo y admirador.

BENJAMÍN SUBERCASEAUX

*Volodia Teitelboim\**

No equivale a la Biblioteca Infinita ni tampoco es la Biblioteca de Babel de Jorge Luis Borges. Pero algo tiene de ilimitada. Contiene un millón de libros en que cada autor generalmente usa el castellano pero habla su propia lengua y escribe a veces cartas que ocultan enigmas, secretos, angustias. Si el libro se llama *Epistolario Selecto I*, resulta obvio que se trata del comienzo de una serie. Vienen otros volúmenes. Ojalá muchos porque la cultura chilena los necesita. La iniciativa apunta a un proceso de renovación, de modernidad bien entendida en un concepto de biblioteca, no precisamente borgeano.

Huelga decir que la Biblioteca Nacional es una institución fundacional. En tal sentido, la concibieron los Libertadores. Nació a compás de la República y con miras a educarla. Respondía a las ideas de la ilustración, porque los pueblos requieren cultura y la cultura presupone en primer término lectura. Según la expresión de Sarmiento había que "alfabetizar al soberano". El soberano era el pueblo y el pueblo era analfabeto. Según la cúpula de la sociedad bastaba con una elite cultivada.

A la Biblioteca se le asignó una tarea primaria: ser el conservatorio no de música, sino del acervo de escritos e impresos. Seguramente, se desconfiaba de la capacidad individual o privada de mantener los textos a buen recaudo. El papel custodio de la Biblioteca Nacional tiene un valor insustituible. Con el presentismo reinante, el vivir al día y el desdén por las instituciones culturales, los textos editados no siempre se consignan en el depósito legal. Se menosprecia una institución que los reúne, clasifique, los mantenga para el futuro, garantizando que no se interrumpa el flujo de la memoria intelectual del país.

A la misión encomendada a principios del siglo XIX, el siglo XX y más aún el XXI, imponen un ensanchamiento en su esfera de responsabilidad. Es evidente que debe continuar abierta al lector asiduo a través de sucesivas generaciones. Me cuento entre ellos. Estudiante pobre, me nutría ansioso y hambriento de la poesía que guardaba en sus anaqueles. En las décadas iniciales del siglo, concurríamos a ella casi a diario. Sobre todo en las Secciones Fondo General, Literatura Chilena y también Francesa, descubrimos un mundo nuevo.

Su valor como centro de lectura es incalculable. No obstante, la Biblioteca es mucho más que el edificio imponente que le sirve de casa matriz y vale también como símbolo emblemático. Su espacio espiritual está llamado a abarcar todo Chile. Es la cabeza de una red, de un patrimonio moral formado por centenares de biblio-

\* Palabras de Volodia Teitelboim en el acto de presentación de *Epistolario Selecto I*, Sala Ercilla, Biblioteca Nacional, 13 de noviembre de 1997.

tecas grandes o pequeñas desparramadas a través de la accidentada geografía física del país. Se necesitan millares. Ojalá todos los municipios, cada establecimiento educativo, organismo social, sindicatos, juntas de vecinos, tengan libros a disposición de la gente. El sueño es un futuro con una biblioteca en cada hogar, que el libro esté en todas partes, incluso al alcance de la mano y de los ojos del transeúnte. En los senderos del campo, una bandera morada suele señalar que en ese sitio se espera el libro, al bus que lo deja gratuitamente en préstamo.

Hoy día ya no nos asombra algo que en otro tiempo hubiera parecido inverosímil. Actualmente, hay biblio-metros. El libro comienza a salir al encuentro del viajero de cada día. Aquel que parte por la mañana al trabajo y mira a veces durante largo rato la calle sucesiva, el tránsito sofocante, escruta el rostro de los pasajeros —lo que a veces equivale a una lectura viva y suele ser apasionante—. Ahora puede hacer del trayecto en metro un momento de lectura. Ganaríamos mucho si ello se incorporara a nuestros hábitos porque enriquece la humanidad tener una ración diaria de libro.

La Biblioteca Nacional asume o reasume una tercera misión: la de levantar la tapa que cubre el baúl de los tesoros. Porque en ella hay muchos tesoros. Son textos, documentos, cartas, inclusive de la época colonial, que duermen un sueño invernal en la mudez de las gavetas. Un investigador prolijo de vez en cuando entra en los recintos callados a fin de descubrir y sacar a la luz misterios de la cultura, de la historia, para que algún día sean patrimonio de todos.

Se propone editar, publicar muchos de estos textos. Se emprende la tarea a través del Departamento de Extensión Cultural y el Archivo del Escritor. Laboran específicamente en el empeño intelectuales como Pedro Pablo Zegers y Tomás Harris. Es el inicio de un camino, el comienzo de una iniciativa de largo aliento. Porque ni siquiera cien tomos podrían colmar la gran laguna silenciosa de esos textos, que callan no por una voluntad de ocultamiento, sino porque se presumió por tiempo dilatado que la misión de la Biblioteca era ser la guardadora de los textos sin necesidad de proyectarlos al conocimiento público.

En la época contemporánea y en la discusión sobre la modernidad hay algo que concierne no sólo a la economía; no sólo a la política, sino también a la cultura, a su extensión, apertura, enriquecimiento y universalización, reconociéndole mayor amplitud y nuevas esferas a las artes. Se observa un fenómeno de aceptación creciente: la incorporación al dominio literario con pleno derecho de las cartas, diarios íntimos, biografías, autobiografías, documentos de la naturaleza más variada. Son admitidos en su reino en la medida de su valor intrínseco.

El hecho de iniciar una etapa difusora seleccionando correspondencias es muy decidor. Las cartas con frecuencia son algo así como el texto sumergido íntimo. Son páginas que desvelan la intrahistoria de quien las escribe. Muchas cosas dice el autor en su obra literaria y muchas las reserva para su parcela privada o privadísima. Las cartas pueden ser en casos determinados, ricas minas inexploradas, llaves para penetrar en el espíritu, la sicología del autor, así como para entender el tiempo, la situación en que las escribió.

No escasean las que se incorporan a la historia de las letras porque son obras literarias en sí mismas. La epístola fue en el pasado un género cultivado con pasión

creadora. Configuró todo un arte y de lo máspreciado. Solía tomar la forma de monólogo o diálogo por escrito; abundaba en la confidencia, en la noticia entre dos y servía de vehículo a la declaración amorosa. Por sus entrelíneas, se filtraban destellos del espíritu de la época.

Duele admitir que ese género de las cartas, donde el corazón se confiesa a pecho abierto, ha pasado de moda. Desaparece, languidece o se hace rara la epístola como expresión estética. La gran carta memorable no encuentra ambiente en el apresurado mundo actual. Está en decadencia y se bate en retirada. El teléfono, el cassette, el video, el fax, internet, en suma, la comunicación electrónica, han desplazado la correspondencia de antaño. Se dice que no hay tiempo para escribir cartas magistrales, por cuyas líneas a veces se deslizan confesiones sugerentes. Sin duda, también hoy en día se siguen escribiendo correspondencias tan entrañables como antes, pero representan la excepción.

Hay gente que mira con cierta nostalgia esos siglos que acumularon epístolas maestras. Algunas se libraron de la desaparición. La gran mayoría se perdió porque incluso muchas de las más notables, nunca se publicaron ni se salvaron de la destrucción.

Como botones de muestra, entre la multitud innumerable de misivas esenciales que hoy se mencionan, convertidas casi en lugares comunes, se citan a modo de perlas sobrevivientes, las cartas de la famosa monja portuguesa. Aludamos, entre muchísimas, a la correspondencia dirigida por León Tolstoi a su mujer. Encierra una descripción de ambiente pero más que nada el retrato interior de los personajes. Producen una impresión desgarradora. Hay otras igualmente sobrecogedoras, como las comunicaciones despachadas por Rimbaud, el joven prodigioso que revoluciona la poesía francesa y mundial, antes de los veinte años. Se queja del tedio, de su abrumadora rutina provincial. Las comunicaciones que envía desde su lecho de agonía en el hospital de Marsella, son una suma de textos alucinantes.

Incontables escritores y no escritores confían a la página blanca ciertas revelaciones de su intimidad, reservada a personas de su confianza, sus mujeres, amantes, hermanos, amigos, colegas. Hay también cartas de apariencia engañosamente anodina, descaradamente triviales, que tocan lo cotidiano, revestidas de traje doméstico, como aquellas que a veces escribió Flaubert a Turgueniev. Y, sin embargo, no siempre carecen de un significado bajo la superficie ficticiamente banal.

Marta Cruz Coke hablaba de una comunicación de Bernardo O'Higgins pidiendo algo así como diez pesos para un menester que parecería irrisorio. La historia confiere a esa insignificancia, otra interpretación. Revela el ángulo de la vida diaria, la sencillez del hombre en la cima del poder que a ratos tiene preocupaciones análogas a las de un ser anónimo agobiado por la penuria vulgar.

Dentro del acervo epistolar conservado en Chile, existe gran cantidad de cartas afortunadamente en poder de la Biblioteca. Llegaron a ella porque se hizo fe de su capacidad de guardadora fiable y cuidadosa de textos.

Se cuentan entre ellas, comunicaciones de libertadores, historiadores, políticos, de gente sin figuración pública. Desde luego se conserva también correspondencia de escritores. En Chile, en este orden se han publicado epistolarios muy singulares. Basta recordar las cartas que Gabriela Mistral mandó a Manuel Magallanes Moure.

Son de una significación capital. Dejan al descubierto la personalidad dramática de esta mujer, díganos escandalosa en el sentido de la sinceridad, de la falta de diplomacia, consumida por el fuego de un temperamento abrasador, que nunca la dejó tranquila. Algunos indicios despuntan en los "Sonetos de la Muerte". Pero irrumpen íntegros, arrolladores, llameantes en estas cartas que ella quiso que nunca se publicaran. Ya que se habla de poetas, no se pueden olvidar las historiadadas cartas de Neruda a Albertina Azócar.

Generalmente fueron enviadas a destinatarios de mucha confianza. No se escribieron para conocimiento ajeno. El problema suscita un debate a nivel universal. Se discute el derecho a publicar lo que el autor no quiso que trascendiera. Otros invocan la prescripción de largo tiempo. ¿Cuando el que las escribió o la persona a quien fueron dirigidas mueren cesa la obligación de guardar reserva? Muchos sostienen que ya son patrimonio de la literatura, dignos de ser revelados.

El primer tomo del *Epistolario Selecto* posee la validez de lo auténtico y lo fidedigno. Tiene la frescura de una corriente caudalosa que fluye por sí misma. Son textos muy heterogéneos, piezas sueltas reunidas por un hilo conductor enhebrando individuos, episodios, sucesos muy diferentes, inscritos todos en un versátil mosaico sorprendente.

Desde luego, son particularmente relevantes las breves cartas iniciales del volumen, escritas por Rubén Darío a Fabio Fiallo. La que el poeta nicaragüense envía a Orrego Luco no se libra de la nostalgia. En ese momento, Darío está en Europa. Ya es el padre célebre del modernismo, el poeta más reconocido de la lengua española. Echa una mirada retrospectiva a sus años de Chile, decisivos porque aquí publicó *Azul* y comenzó a describir su brillante trayectoria. La segunda carta tiene otro tono. Es evocativa, hace la remembranza del panorama literario de aquel entonces: de Pedrito Balmaceda, de toda esa vibrante pléyade de intelectuales chilenos que lo acogieron y de ese país literario y político que sufrió un corte traumático con la Guerra Civil de 1891.

Luego se leen dos cartas hasta cierto punto asombrosas. Las que un joven Mariano Latorre (tiene entonces alrededor de veinte años) dirige a Virginia Blanco, radicada en Constitución. A Latorre lo persigue cierta fama de escritor frío. Alone lo atacó tildándolo de aburrido, falto de estremecimiento. Estas cartas de Latorre son esbozo de la mejor novela de amor que él pudo escribir. Conmueven, emocionan esas páginas trémulas que en su primera juventud dirige a su amada, con la cual finalmente se casa. Lo torturan dudas. Lo atormentan los celos. Todavía no era el jefe de la escuela criollista, sino un enamorado inquieto, angustiado, como tantos enamorados. No pretende hacer literatura sino poner en la carta su corazón al desnudo. Pienso que esta sorpresa la sentirán muchos al descubrir en ellas al otro Mariano Latorre.

Vicente Huidobro despacha a Salvador Reyes el año 1924 desde París una especie de bomba. Lanza un exocet —cuando no existían— contra la crítica literaria chilena. Afirma que "ella tiene tanta importancia en el mundo como la crítica de las Islas Sandwich". Está disparando concretamente contra Omer Emeth y Alone. Ese desprecio de dios del Olimpo fue una característica del gran refundador de la poesía, del soberbio por excelencia. En el Chile pacato una actitud tajante era necesari-



ría. Esas cartas no son infalibles pero retratan al audaz, al aplastante, al dinamitero, al disecador de pantanos, que quería remover la charca en que, a su juicio, se debatían las letras del terruño.

Se reproducen cartas muy decidoras de Gabriela Mistral. Son de registro contrastaste. Las hay apacibles, enviadas a amigos como Jorge Mañach, donde habla de cosas directas y sin filo. Pero está también la carta terremoto, de la cual mucho se habló. Aquí la leo íntegra. La escribió a Armando Donoso y María Monvel a propósito de España. Ella les insiste mucho: "le ruego que me guarden las espaldas. Esta es una carta escrita de absoluta intimidad, sólo para ustedes". Pero, a pesar de todas las advertencias y ruegos, se publicó. El efecto devastador tuvo su réplica en España. Determinó que en veinticuatro horas ella tuviera que abandonar Madrid, su cargo de cónsul general y partir a cajas destempladas a Lisboa. El hecho contribuyó a marcarla para siempre, la hizo más desconfiada de la especie humana. Era una persona que no transigía ni perdonaba. La trastienda que muestra este tomito vale oro. No por lo que pesa, sino por lo que dice.

La carta-informe dirigida por Benito Rebolledo Correa a Fernando Santiván contándole la odisea de la segunda colonia tolstoiana en Chile es muy desconocida. Se sabe que Fernando Santiván fue miembro de la primera, en San Bernardo y que de algún modo nació bajo la sombra protectora de Manuel Magallanes Moure. Estuvo formada principalmente por literatos, entre ellos Augusto d'Halmar.

En la colonia de la calle Pío Nono se concentraron pintores, obreros tildados de anarcos. Vale la pena subrayar la participación de varios artesanos franceses, que trajeron de su país ideas ácratas o socialistas. Anhelaban un modo de vida diferente. Quisieron dar el ejemplo, rompiendo con las costumbres burguesas. Se propusieron experimentar la convivencia en comunidad. Con tal objetivo, arrendaron una vieja casona en el barrio Bellavista, ahora muy turbulento, entonces recoleto y bucólico, para intentar el ensayo de una vida en común, al estilo del falansterio, como solían hacerlo grupos de iniciados en Europa y Estados Unidos. La carta de Rebolledo Correa culmina con un ácido poema-maldición, con que uno de sus miembros más destacados, el poeta Escobar y Carvallo, impreca al Presidente de entonces, Pedro Montt, culpándolo de la matanza de la Escuela Santa María en 1907.

La compilación revive una época. La serie de tomos con cartas que se anuncia permitirá desempolvar documentos no sólo de nuestra literatura e historia. Nos dirán mucho sobre sus personajes. Ya asomó una segunda entrega del *Epistolario Selecto* debido a la lengua, la mano, la pluma, la imaginación desbordada en el intercambio de cartas del más desmedido de nuestros grandes poetas, Vicente Huidobro con su señora madre, una dama que no le iba en zaga.

# CREACIÓN

SOMBRA INMORTAL  
CANTATA A LA MUERTE DE FEDERICO GARCÍA LORCA

*Oscar Castro*

GRAN CORO: *"Los Pelegrinitos".*

ACTOR: He aquí la tumba de Federico García Lorca. Tierra morena como la carne de las hembras gitanas. Tierra en que podrían florecer claveles ardientes como llamas.

ACTRIZ: Tierra con amapolas color sangre, con murmullos de ríos en su seno, con una voz que traspasa y la hace sonora.

GUITARRA: *Acorde de guitarra.*

CORO HABLADO: Como la boca de una guitarra.

ACTOR: García Lorca no podía quedarse solo, como se quedan los hombres cuando ya son un puñado de huesos. Había en él tanta savia de eternidad, que aún después de cerrados sus párpados y trizada su frente, se levanta traslúcido sobre la losa que lo cubre, allí permanece, erguido, con una gran sonrisa florida en su rostro y en su sensual boca morena. Es el mismo García Lorca que conocieron las calles de Sevilla; el mismo que oyó la música de las fuentes granadinas; aquel que tuvo por amigo el Guadalquivir y a la luna por novia.

ACTRIZ: Federico tiene el mismo gesto claro que cuando acompañaba a los toreros y a los soldados de la Guardia Civil en sus nocturnas correrías. Es el gitano que se reía estrechando la cintura de una guitarra mientras el cante jondo le brotaba de los labios en un surtidor de estrellas.

ACTOR: Por junto a la tumba del poeta pasa un camino marginado de limoneros, con agua por las orillas, con juncos y lirios floridos. Serpentea el camino y se aleja hasta confundirse con la curva del cielo.

ACTRIZ: Pero de pronto, a la distancia, vestida de músicas marciales y de gritos heroicos que claman libertad, asoma una figura de mujer, engrandecida por el sueño. Ya se precisa su perfil. Ya podemos decir su nombre. Es Mariana Pineda, que trae una bandera entre sus manos, como quien porta una flor maravillosa y frágil.

ACTOR: Aquí llega Mariana Pineda. Se detiene junto a la tumba y un resplandor emerge de todo su ser. Levanta la

cabeza absorta. Algo semejante a un vuelo de ángeles malvas pasa rozándole la frente. Callaremos para que haga su ofrenda.

FONDO DE PIANO: *Música de Mariana Pineda.*

MARIANA: La sombra. Siento la sombra caer en mí. Tu palabra, Federico, ya no alumbra mis manos. Amortajada quedó su gracia de lirio con sol. Cayeron las alas que me diste. Mis pupilas miran tu frente trizada y lloran. Y ya no puedo bordar banderas de llama para valientes. No puedo. La aguja se me resbala y los hilos me parecen largas heridas que sangran. Veo caer en la tierra tu alegre carne gitana, y cae también contigo el árbol de las guitarras. Pero todo es triste, triste como si un ángel llorara...

CANTANTE: *Canto. Sube música de fondo de Mariana Pineda.*

MARIANA: Un viento mueve los verdes limonares de Granada...

CORO HABLADO: Un viento mueve los verdes limonares de Granada.

MARIANA: Y van bogando en el viento cantares de pulpa amarga. No puedo bordar. No puedo. No puede bordar. No puede.

CORO HABLADO HOMBRES: El bastidor se me alarga,

MARIANA: y toma la negra forma de la caja que te guarda. Miro el horizonte; veo jinetes de largas capas. Jinetes que hacia mí vienen. Jinetes que tú me mandas. ¿Qué piden los caballeros?

CORO HABLADO HOMBRES: Banderas...

MARIANA: No está bordada.

ACTOR: No ha de flamear en el viento.

ACTRIZ: Como una rosa con alas.

- ACTOR: No ha de marchar adelante  
relámpago de batallas.
- MARIANA: No han de mancharla los hombres,  
no han de romperla las balas.  
Mi bandera, Federico,  
que tú querías bordada,  
ha de ceñirse a tu cuerpo  
con beso de enamorada.
- CORO HABLADO: Con beso de enamorada.
- MARIANA: Terminaré mi bandera  
-clavel y luna de llamas-  
para que tú la despliegues  
sobre la estrella más alta.
- CORO HABLADO: Sobre la estrella más alta.
- MARIANA: Mi bandera, Federico,  
tu más ardiente mortaja.
- ACTRIZ: Sí, Federico García Lorca. Mejor mortaja no podía tener  
tu cuerpo. El rojo de tu sangre y el rojo de la seda se han  
fundido para entregar al mundo su verdadero pabellón.  
*Interpreta a capela la canción "Palomita", que irá in crescendo  
a medida que avanza el parlamento.*
- CANTANTE: Pero ¿quién canta a lo lejos una canción de cuna?...  
¿Qué desgarrada voz entrega al mundo la emoción de  
las madres?
- ACTRIZ: Por el camino se ve llegar otra figura, desolada, vencida  
(*Palomita con orquesta*)... con todo el dolor de la tierra en  
su actitud. Trae las manos ahuecadas, como si sostuviera  
un manojo de rosas o un infante dormido.
- ACTOR: Es ella: Yerma, la hembra que nunca tuvo un hijo, la  
que sintió sus entrañas quemadas por la esterilidad, la  
que alargó sus pechos como una ofrenda inútil, la que  
murió con la boca pesada de caricias maternas que  
jamás pudo dar. Su dolor es el de todas las mujeres del  
mundo.
- CANTANTE: *Empalma canción de cuna "Nana de Sevilla", que irá esfu-  
mándose suavemente para dar paso al poema:*
- YERMA: Pétalo de acacia,  
niño, niño, niño,  
entre dos claveles,  
te encontré dormido.  
Traía la luna  
dorado corpiño.  
Traía la alondra  
su azúcar de trinos.  
Ala de paloma,

- niño, niño, niño.  
 Por el aire claro  
 venías dormido.
- CANTANTE: *Interpreta La nana de "Yerma" (voz masculina)*  
 El viento tejía  
 pañales de lino.  
 Bordaban mantillas  
 los dedos del trigo.
- YERMA: Sueño de los ángeles,  
 niño, niño, niño.  
 Tu boca besaba  
 mis pechos henchidos.
- CANTANTE FEMENINA: La noche era toda  
 milagro y suspiro,  
 contaba la luna  
 corderos y mirlos.
- YERMA: Sortija del día,  
 niño, niño, niño.  
 Eras en mis manos  
 milagro florido,  
 traía la estrella  
 frescores marinos.  
 Hacia ti venía  
 un azul navío.  
 Iba yo a besarte  
 niño, niño, niño,  
 cuando ya no estabas  
 en mi pecho tibio.
- DÚO: *Primera voz masculina; segunda voz femenina cantando:*  
 Sangraba la luna  
 gotas de martirio,  
 la alondra del bosque  
 trinaba gemidos.
- YERMA: Puñal en mi vientre  
 niño, niño, niño.  
 Nunca te tuvieron  
 mis brazos vacíos.
- DÚO: *Primera voz femenina; segunda voz masculina:*  
 El viento venía  
 huracán y grito.  
 Espadas feroces  
 los tallos del trigo.
- YERMA: Pesadillas de ángeles,  
 niño, niño, niño.  
 Tu boca pequeña

lloró mi destino.  
 Vengo a ti llorando,  
 loca, Federico,  
 y te encuentro muerto  
 y tú eras mi hijo.  
 Déjame llorarte,  
 lucero perdido.  
 Sol de mis entrañas,  
 poeta, hijo mío.

ACTOR: Adiós, Yerma. El hijo único a quien pudieron estrechar tus brazos amorosos, Federico García Lorca, el hombre que para cantar se hizo niño, el niño que para morir se hizo hombre ya no va por la tierra con su salero andaluz y su pelo y sus ojos ardientes.

ACTRIZ: Sigue llorando, Yerma, que tu dolor no tiene consuelo, porque es más grande que el espacio y la tierra juntos. En él mataron toda la luz de las campiñas españolas, todas las flores, todos los cantos.

CORO DE PALMAS SORDAS: *(Guitarra flamenca por zapateado y pitos)*

ACTOR: Es Antoñito el Camborio el que se acerca. Trae una vara de mimbre en las manos y azota con ella las hojas de los limoneros. El pelo de nocturnas hebras le cae por la frente hasta los ojos.

ACTRIZ: "Gitano de verde luna, anda despacio y garboso...".

ACTOR: Se detiene junto a la tumba de Federico. Hay pena en sus pupilas; pero no se sabe si es la pena eterna de los gitanos o la que siente por el poeta muerto.

ACTRIZ: A tiempo llegas, Antoñito el Camborio. Faltabas en la fiesta de las evocaciones

ANTOÑITO: Gitano de cobre puro,  
 con un lucero en la frente.

Era tu voz de guitarras,  
 eran de junco tus sienes.

La copla te florecía  
 su rojo sol de claveles.

Ibas borracho de besos  
 y cinturas de mujeres.

Entre las manos el alba  
 se te moría, celeste.

CORO: Un camino -pluma y sueño-  
 del cielo a Granada viene.

ANTOÑITO: Me fui por ese camino.  
 El mismo camino hienden  
 tus ágiles pies que danzan,  
 tu risa de cascabeles.

Le digo a mi corazón  
 que en el camino te espere  
 con una vara de mimbre  
 porque florida la encuentres.  
 Limones de oro relucen  
 livianos en la corriente:  
 estrellas que fui cortando  
 con filos de amaneceres.  
 Hoy no tengo, Federico,  
 Guardia Civil que me lleve,  
 ni junto al Guadalquivir  
 cuatro hermanos que me esperen.

CORO: "Llama a la Guardia Civil  
 y acuérdate de la Virgen  
 porque te vas a morir..".

ANTOÑITO: Mi sangre fue por el agua,  
 dando amapolas alegres.  
 Hoy no sé que me espera  
 de la vida y de la muerte.  
 Solo estaba, Federico,  
 pero ya sé que tú vienes,  
 moviendo capas de luz,  
 torero de amaneceres.  
 Los ángeles me lo han dicho.  
 Me lo ha contado la nieve.  
 Junto al camino te aguarda,  
 colmado vaso de mieles,  
 el corazón que me diste,  
 abierto, puro, celeste.  
 Cuando vea tu silueta,  
 sólo te sabré decir:

CORO: De arcángeles y doncellas  
 venga una Guardia Civil  
 para dar a Federico  
 una cárcel de zafir  
 y plumas de viento joven  
 para que pueda escribir.

ANTOÑITO: Ay! Federico García,  
 ya no te puedes morir  
 porque si tú te murieras,  
 ese cielo de alhelí,  
 y esta luna, y este mundo  
 se harían ceniza gris!  
 Pero ya llegas trayendo  
 -planeta de oro y marfil-



entre tus manos morenas,  
la rosa del porvenir.  
Grábese sobre tu rosa  
mi figura de perfil.

CORO DE PALMAS SORDAS

ANTOÑITO: Viva medalla de sueño  
reluciendo en el cenit.  
Medalla de bronce y bronce  
gitanos los dos al fin!

ACTRIZ: No en bronce, sino en oro quedará tu silueta acuñada  
en las almas, Antoñito el Camborio. Federico, que tenía  
manos de artífice, te dejó para siempre engarzado  
entre las luces de un romance. Te alejas, y yo veo  
recortarse tu perfil sobre el sol que ya muere. "Viva  
moneda que nunca se volverá a repetir".

ACTOR: Ahora sopla el viento, un viento fuerte, salino, con  
audacias de potro encabritado. Una muchacha viene  
huyendo, con el miedo en la sangre, llorando casi, como  
si un sátiro alargara sus manos para cogerla.

ACTRIZ: Es Preciosa, la de la blanca pandereta, la de los pies  
desnudos, la que sabe cimbrarse como un junco entre  
los brazos de la danza. Muchacha, cuéntale a Federico  
tus angustias.

ACTOR: Él sonríe al reconocerte y te convida con el gesto. Él  
aprendió a no tener miedo, desde que lo miraron de  
frente las vacías cuencas de los fusiles asesinos.

CORO HABLADO: ¡¡MANUEL CASCAJO!! (*Tres balazos*) ¡Tú lo mataste!

PRECIOSA: Campana de lirio y agua  
el ruedo de mi vestido.  
El viento lo va moviendo  
con largos dedos floridos.  
El viento quiere mis muslos  
calientes y amanecidos.  
El viento palpa mis pechos.  
El viento viene conmigo.  
Quiere besarme y tenderme  
sobre lechos de jacintos.  
El viento burlón desea  
dejar en mi vientre un hijo.  
Resbalando de sus zarpas,  
llego hasta ti, Federico.

GUIARRA: *Fondo guitarra, saeta y taranta.*

PRECIOSA: Protégeme con tus brazos.  
Espántalo con tu grito.  
Quedaré junto a tu pecho

ahogada de suspiros  
 y sonará para ti  
 mi luna de pergamino.  
 Escóndame entre sus pétalos  
 la rosa azul de tu espíritu.  
 Desde que tú te me fuiste  
 quedé amarga, Federico.  
 Y el viento fiero me busca  
 tocando trémulos silbos.  
 Federico, quién pudiera  
 morir y crecer contigo,  
 ser a tu lado la rosa  
 que te señala el camino.  
 Ser en tus labios el agua,  
 tu sol entre nieve y frío.  
 Las alas que te conducen,  
 la estrella de tu destino.  
 Pero el viento ya me encuentra,  
 Federico...! Federico...!

VOZ-ECO: Federicoooooo... Federicoooooo....

PRECIOSA: Siento sus manos tenaces  
 debajo de mi corpiño.  
 Salado y potente viene  
 desde mares infinitos.  
 Trae puñados de aromas  
 para encantar mis sentidos.  
 Para turbar mi razón  
 trae cantares de mirlos.  
 Y me acosa, me levanta,  
 me desnuda, Federico...!  
 Revienta lejos el mar  
 su pólvora de jacintos,  
 el viento trae azucenas  
 y espumas en el hocico.  
 El viento ya está besando  
 la rosa del vientre mío.  
 Por los caminos levanta  
 satánicos remolinos.  
 Tengo que huir de sus garras.  
 ¡Hasta siempre, Federico...!  
 ¡Adiós! El viento me lleva.

VOZ-ECO: ¡Adiós...!

PRECIOSA: ¡Adiós! Rompió mi vestido.

VOZ-ECO: ¡Adiós...

PRECIOSA: ¡Adiós! No escuches mi grito.

- Conserva para tu noche  
mi luna de pergamino...
- ACTOR: Preciosa, no te angusties. Si el viento te levanta hasta las estrellas encontrarás en lo alto a Federico. Allí tendrás la luna para bailar y collares de estrellas para tu cuello fino.
- ACTRIZ: El viento ya se ha ido y tras el último remolino que levantaron sus pies, emerge, inmóvil junto a la tumba, una cuarta mujer, llorosa, triste que, como toda ofrenda, deja sobre la losa un costurero de fino raso.
- ACTOR: No conozco tu nombre, mujer de los inmensos ojos, pero sé que eres aquella que una noche se fue con Federico hacia los campos para saborear el abrazo en que se muere dulcemente. Comprendo que tú amaste al poeta y que él también te quiso...
- CORO: "Fue la noche de Santiago,  
y casi por compromiso  
se apagaron los faroles  
y se encendieron los grillos".
- MUJER: Al río me fui contigo.  
Era noche de Santiago.  
Por calles de sueño y sombra,  
cogida fui de tu brazo.  
Mecida por tu deseo  
como un clavel en su tallo,  
sentí, desnuda y caliente,  
la caricia de tu mano.  
Ramo puro de jacintos,  
mis pechos a ti entregados.  
Granada de sol y sangre,  
sobre tu boca, mis labios.  
En mi carne florecía  
la rosa de los desmayos.  
Entre las matas de lino,  
iqué fuerza la de tus brazos!
- CORO: Miré caer en la noche  
tu cinturón constelado.  
Sobre mi cuerpo, tu cuerpo,  
¡oh, fruto maravillado!
- MUJER: Me sentí como la tierra  
hendida por el arado.  
Tu cabeza entre mis pechos  
como un lucero y un nardo.  
El cielo, el viento y el mar  
sobre mi cuerpo cantando!  
Mozuela te dije que era.

Te lo dije y no era engaño,  
que para ti se hizo virgen  
mi carne de lirios blancos.

VOZ FEMENINA: Doncella para tus besos.  
VOZ FEMENINA: Doncella para tus brazos.  
CORO HABLADO FEMENINO: Sobre tu oscura cabeza  
brillaban mil candelabros.

MUJER: Para la tierra y el cielo  
éramos dos desposados.  
Largo temblor de mi voz  
cuando te dije: "¡Te amo!".  
Aquella noche fue mío  
todo lo que está lejano!  
La música de los ríos,  
la estrella,  
el árbol,  
los pájaros.

VOZ FEMENINA: En mi vientre florecía  
la rama de los milagros.  
VOZ MASCULINA: Mis muslos te aprisionaban  
como guirnaldas de nardo.  
VOZ FEMENINA: Entre tus labios calientes  
bebí luceros mojados.  
MUJER: Y me morí de gemidos  
en muerte de sueños y astros!

CORO HABLADO: ¡En muerte de sueños y astros!

MUJER: Y hoy, Federico García,  
por el agua de los años,  
llorando vengo a mirarte,  
vengo a besarte, llorando.  
Caído estás, con la sombra,  
como una rosa en tu mano.  
Dejaré sobre tu pecho  
mi costurero de raso;  
el mismo que tú me dieras,  
el mismo que ahora traigo,  
lleno de lágrimas tibias  
y de días deshojados.  
Y adentro del costurero,  
mi corazón traspasado  
por los fusiles de sombra  
de aquellos que te mataron.

CORO HABLADO MARCIAL: Por los fusiles de sombra  
de aquellos que te mataron.

MUJER: Federico, en tu memoria

mi vientre se hace regazo.  
 Mis hombros y mis rodillas  
 lloran jacintos lunados.  
 Mi pelo que huele a noche  
 quisiera ser tu sudario.  
 Sobre tu pecho pondría  
 la blanca cruz de mis manos.  
 Manos que ya se me mueren  
 en un otoño de cantos.  
 Federico, por las venas  
 tu sangre me va llorando.  
 Tengo frío, Federico:  
 Frío de besos helados.  
 Federico, tengo muerte;  
 muerte de río sangrando.  
 Muerte la que a ti te dieron.

CORO HABLADO: Muerte la que a ti te dieron.

MUJER: Muerte que me va matando.

CORO HABLADO: ¡Muerte que te va matando!

ACTOR: Muerte que a todos ha de matarnos, mujer. Pero tú te quedarás en la memoria de los hombres, como todo lo bello y lo grande que hubo en este mundo.

ACTRIZ: Cuando se diga: Federico García Lorca, todos pensarán en ti, porque fuiste su amada de una noche, y porque fuiste también, la creadora del más bello romance.

ACTOR: Ha caído la noche. El cielo mueve sus anillos. Desde la tierra suben aromas y los grillos tejen una enredadera de plata. Una luna creciente refulge, milagrosa, en el azul profundo. Federico García echa hacia lo alto su mirada y sonrío ante la presencia de algo que permanece oculto para los humanos.

ACTRIZ: Clavileño, el corcel de los poetas ha llegado junto a su tumba. García Lorca, de un solo impulso, ya está sobre sus lomos. Y he aquí que el caballo sube por los aires hasta aquella región en que se cansan las más atrevidas alas. Nosotros ya sabemos lo que ha ocurrido.

ACTOR: Federico tenía una cita con aquel que murió a las cinco de la tarde, en una plaza de toros; aquel por quien el poeta lloró sus más profundas lágrimas: Ignacio Sánchez Mejía.

ACTRIZ: Clavileño retorna para llevarnos. Montemos en su grupa reluciente. La fantasía protege nuestro viaje de sueño. Subimos, subimos incansablemente.

- ACTOR: Y aquí encontramos a Federico y a Ignacio, viviendo en esa vida sin raíces oscuras que aparece cuando se cierran las puertas del mundo. Desde lejos oímos la voz sonora del torero.
- IGNACIO: La luna de largos cuernos por la pradera del cielo.  
Deme la noche su capa.  
Deme su espada el lucero.  
Aquí yo quiero torearla con paces de largo ruedo y clavarle las estrellas tal banderillas de fuego.
- CORO HABLADO: "A las cinco de la tarde..."
- FEDERICO: Ignacio Sánchez Mejía, poeta, señor y Torero, por ver tu corrida vine sobre caballo de viento.  
Miré tu traje de luces por encima de los huertos y tu faja desplegada, vía láctea en el cielo.  
Mujeres allá en la tierra por ti vestían de negro.
- CORO HABLADO FEMENINO: "¡Ay, que terribles cinco de la tarde!"
- CORO HABLADO MASCULINO: "Eran las cinco en sombra de la tarde"
- IGNACIO: ¡Ay, Federico García, poeta, cantor y torero, la noche para mí trae mil toros de terciopelo.  
Para que salgan, los ángeles abren las puertas del cielo.  
Y Gabriel, dándome aviso, toca trompetas ardiendo.  
Allá en la tierra quedó, traje gastado, mi cuerpo.  
Dejé las plazas de España cansado de ser su dueño.
- CORO FEMENINO: "¡Qué gran torero en la plaza!"
- CORO MASCULINO: "¡Qué gran serrano en la sierra!"
- FEDERICO: Ignacio Sánchez Mejía, pulido como un espejo, por tu cintura de junco resbalan cuernos de sueño.  
Estoques de lluvia fina relucen entre tus dedos.  
El relámpago es tu capa.

- Mugen los toros del trueno,  
y al enterrarle tu espada,  
cae sangre –nieve– al suelo.
- CORO HABLADO FEMENINO: “¡Qué blando con las espigas!”.
- CORO MASCULINO: “¡Qué duro con las espuelas!”.
- IGNACIO: Acércate, Federico.  
Ya terminó mi toreo.  
Faena cumplida en paz  
alegre y claro me quedo.  
Advierte como me llama  
el alba con mil pañuelos.
- FONDO MUSICAL: *¡Ay mi morena!*
- IGNACIO: Voy a beber manzanilla  
con los ángeles toreros.  
Bailar una jota viva  
con Santa Teresa, quiero.  
La Macarena gitana  
hará sonar sus panderos.  
Las estrellas –castañuelas–  
atronarán todo el cielo.
- CORO HABLADO FEMENINO: “¡Qué tierno con el rocío...!”.
- CORO HABLADO MASCULINO: “¡Qué deslumbrante en la feria!...”.
- CORO HABLADO COMPLETO: “¡Qué tremendo con las últimas  
banderillas de tinieblas!...”.
- FEDERICO: Ignacio, contigo voy  
puedo bailar y lo quiero!
- IGNACIO: La luna ya nos aguarda  
con sus dos brazos abiertos!
- FEDERICO: La luna de los poetas.
- CORO HABLADO FEMENINO: La luna de los poetas.
- IGNACIO: La luna de los toreros.
- CORO HABLADO MASCULINO: La luna de los toreros.
- ACTRIZ: ¡Ay, Federico García!
- CORO HABLADO COMPLETO: “Viva moneda que nunca  
se volverá a repetir”.
- ACTRIZ: ¡Ay, Federico García!
- CORO HABLADO COMPLETO: Viva medalla de sueño  
reluciendo en el cenit.
- GRAN CORO: “*Los Cuatro Muleros*”.

## COMENTARIOS DE LIBROS



“...habrá guerras como jamás las ha habido en la tierra”.

*Ecce homo*, F. Nietzsche

La compulsión del olvido, la dificultad de nombrar el pasado, los silencios y renuncias cómplices, las razones de Estado, la volatilización de la política y de los fines, la racio-naturalización de lo actual, la historicidad enfriada, la competencia de los partidos por el poder, la petrificación del consenso, la impunidad. Este es el “Chile actual” que describe Moulian. Un país que ha introducido cambios muy importantes en su propia cotidianidad y subjetividad, convulsionando las vivencias y el “estar” mismo.

El texto describe al “ciudadano *credit-card*”, normalizado por una gigantesca cadena de consumo con pago diferido, al “ciudadano *week-end*” sumergido en sus problemas locales sin visión de totalidad, a los nuevos “yo” asimilados a exterioridades o decorados, a los sujetos cosificados y transportados por las fuerzas del mercado. Por las calles cuerpos anónimos, rostros opacos, relaciones hostiles, también pequeños o patéticos esfuerzos de autodefensa ante tanta cosificación. Este es el “Chile actual”: “páramo del ciudadano, paraíso del consumidor”.

Como una manera de explicar esta realidad el autor tiende la mirada hacia atrás en la historia, buceando en las circunstancias que han conducido a este callejón. La “genealogía”, la vuelta a los orígenes y a sus huellas en el presente, es el método que se escoge para comprender la actualidad. Es en el pasado donde se produjo lo actual. Más concretamente éste se formó en la matriz de una dictadura terrorista devenida dictadura constitucional. El “Chile actual”, obsesionado por el olvido de sus orígenes, es una producción del Chile dictatorial. Más específicamente aún, es el producto de una operación de tipo “transformista” cuyo objetivo fue cambiar los titulares del poder pero no las bases de la sociedad.

De este análisis interesa destacar, en primer lugar, el rescate que se efectúa de una dimensión que hace rato echábamos de menos. La recuperación de la crítica política independiente, radical, sin respiros, ni cálculos. La reposición de una dimensión analítica no minimalista, sólo tributaria de sí misma, que no tiene empachos en mostrar su malestar, y que en su amplio y contemporáneo despliegue muestra consistencia y pasión.

No es éste un trabajo por encargo. El texto ressignifica una operación que bajo distintas condiciones y criterios no es primera vez que se da en nuestro país (es Alejandro Venegas y su *Sinceridad: Chile íntimo en 1910* lo que primero se me viene a la cabeza). En la crítica a la mera reproducción o ajuste de lo dado, el texto reinscribe a ésta en el ámbito público. El éxito de ventas del texto, pero sobre todo su “pathos”, vuelve a mundanizar la crítica, a reinstalarla como un referente más, consustancial a la vida pública. Pienso que esta vena crítica y pública la necesitamos no sólo en aras de la profundización de nuestra imperfecta democracia; ella nos interpela como

sujetos, precisamente porque no sabemos a qué atenernos ni cual es nuestro rol o lugar en la "polis".

Una segunda cuestión. La desnaturalización de lo social que realiza Moulian, así como la crítica a la supuesta banca rota de los fines, son las condiciones desde las cuales el texto instala una mirada estrictamente política. En su hora nona, la política sienta una vez más sus reales. Con esto no quiero decir que haya una novedad radical en este punto. De hecho hay una variedad de trabajos de autores chilenos que han buscado expresamente colocar una mirada que incida en el "ágora". Sin embargo, hasta ahora no contábamos con un texto que tuviese la suficiente fuerza como para desbancar de plano el imperio de lo dado o la inercia de las cosas o de lo "posible". Esto en el "Chile actual" me parece muy relevante. Hemos vuelto a descubrir con Moulian que somos antes que nada "animales políticos", que la "virtud" es inseparable de la "ciudadanía", que la "polis" es condición de posibilidad y no mero plus, que lo que en ella ocurre nos concierne, que no podemos sustraernos a la discusión sobre sus fines. No por clásico no menos necesario. Hemos redescubierto —es una obviedad y ya estábamos un poco crecidos para no darnos cuenta— que nuestra vida social no es equivalente a la organización de las hormigas.

Una tercera cuestión. Me parece pertinente fijar no sólo las aperturas o rescates sino también los límites del análisis de Moulian. Hay maneras diversas de enfrentar esta cuestión. Una alternativa posible sería ubicar su análisis en una especie de vértice, que tanto recupera aquella "dimensión desconocida" que recién mencionábamos (la política) como simultáneamente cierra o agota en dicha apertura sus propias pilas. Algo de esto se ha venido diciendo en los comentarios que ha recibido el texto: Moulian el "último mohicano", se ha dicho.

La cuestión se podría acotar más, precisando con mayor detalle los aspectos proyectables o no de su marco teórico o analítico. Señalar, por ejemplo, la fuerza crítica o destructora que asume y puede continuar ejerciendo la perspectiva "genealógica" desde la cual se estructura el análisis: el trabajo corrosivo o de disolución que esta línea nietzscheana-foucaultiana puede continuar realizando. Me parece particularmente relevante la juntura que establece Moulian entre historia (en su versión "genealógica") y crítica política. Esta juntura pudiera incomodar a una cierta historiografía, bastante olvidada, como nos recuerda Alfredo Jocelyn-Holt, de su raíz ensayista, interpretativa; bastante negligente además en la explicitación de las conexiones y límites entre el pasado y el presente o en la reflexión sobre el presente desde una mirada que incrusta el pasado en él. Esta trabazón puede incomodar también algunos análisis sociológicos o políticos, no siempre suficientemente pertrechados técnica ni vocacionalmente para hacer reconstrucciones históricas y críticas.

Por otro lado, cabe preguntarse si el texto no lleva a su límite, a su paroxismo podríamos decir, unas posibilidades analíticas que en él se realizan y se consumen a la vez. Me refiero al uso de ciertas categorías que pertenecen a la tradición crítica clásica y que juegan un papel importante en Moulian (las de cosificación o alienación, por ejemplo), y que requieren revisión. Me refiero también a una perspectiva —parcialmente tributaria de dicha tradición— que azuza ingredientes similares a aquello que combate (lo serio con lo serio, o a lo más se le opone la parodia), sin alterar mayormente el registro o la "personalidad" del discurso crítico.

Moulian nos deja entonces una pesada tarea. Por de pronto, el interrogante respecto de lo que en él nace o se repotencia; también respecto de aquello que en su texto eventualmente se cierra o muere. Sin embargo, es en el más allá de su libro donde las cosas se ponen espesas. Es claro, por una parte, que quien clava estacas se expone a que otros busquen reproducir este gesto, con las consecuencias que ya sabemos. La “mímesis” o la “amplificación” no son, empero, y como es obvio, las únicas opciones. A partir de Moulian, desde lo que su texto incuba y deja pendiente, se plantea el desafío de continuar indagando o experimentando las nuevas formas que puede adquirir el análisis político y crítico. La pregunta que me parece decisiva se relaciona con las nuevas operatorias y “totems” que pueden proteger o validar estos discursos.

Si aquellas “conmociones”, “espasmo de terremotos”, “desplazamiento de montañas y valles como nunca se había soñado”, como anticipó Nietzsche, ya están entre nosotros o han dejado de ser sólo indicios, no me parece impolítico examinar con qué nuevas mediaciones enfrentamos esas nuevas “guerras” también vaticinadas por el autor de *Ecce homo*. El desafío planteado ¿no tendrá que ver con la intención de Moulian, declarada en su Prólogo, de “reaprender a escribir produciendo / un / texto”?

Más allá de un prurito de novedad, puesto a prueba en el contexto de las nuevas “conmociones” y “guerras”, y no exiliado de éstas, el desafío de “reaprender a escribir” queda nitidamente grabado en nuestra retina. Sobre esto, es decir, sobre los nuevos registros de los discursos críticos con vocación pública, es muy poco, sin embargo, lo que yo pudiese adelantar. ¿Qué rendimientos podría dar en esta perspectiva una relectura de Joaquín Edwards Bello, por ejemplo?

Recordando un autor de mis tiempos universitarios, Lin Yutang, espiritualmente un hijo de Oriente y Occidente, éste señala en *La importancia de vivir* que sólo el espíritu del bribón, o del “viejo pillo”, en lugar del militante obediente y regimentado, nos podrán salvar de las dictaduras. Lo indócil, lo desmañado, las travesuras, serán lo último en ser conquistado por el poder. Para llegar a ello, Lin Yutang advierte que habrá que pasar primero por la tragedia de la vida para luego descubrir su comedia, habrá que primeramente llorar antes de poder reír. Un cierto nietzscheanismo ronda nuevamente por estas páginas del filósofo chino. Una vez vivenciada la tristeza vendrá el despertar y con él llegará la profundidad de la risa. Después de la dura travesía, quien sabe, estimado Tomás, qué nuevos frutos críticos se podrán esperar del sagaz desencanto, de la exacerbación de la comedia, o de viejas o nuevas pillerías.

CARLOS OSSANDÓN B.

EDISON OTERO B. *Defensa del oficio intelectual*, Santiago, Bravo y Allende Editores, 1997, 108 páginas.

El interés que despierta todo buen ensayo radica en que, más que un género, es la versión literaria de un método, y señala siempre un camino posible al conocimiento. Cuando Montaigne dedica su libro al uso personal de parientes y amigos,

previene al lector que su propósito al escribir esos ensayos es del todo doméstico y privado: "cuando me hayan perdido podrán hallar aquí algunos rasgos de mis hábitos y humor ... yo mismo soy el material de mi libro ...". El resultado, traspasando la realidad por el tamiz del ensayista, debe ser placentero de leer, si es que así se muestra más claramente su verdad.

Pero en las vicisitudes personales que necesariamente trasunta el ensayo se advierte la gran precariedad de la aventura intelectual, que no siempre es bien anticipada por los viajeros. Esa estrecha y alborotada ruta en que a duras penas se salvan de ser triturados o tragados, víctimas de la ingenuidad que nos propone la realización inmediata de las ideas o del cinismo que la pone para siempre fuera de nuestro alcance, a menudo sólo los deposita en el más amplio océano de la banalidad. Aunque también es posible que, por estar tan próximos, los testigos de una época exageren lo superficial de la sensibilidad y el corto alcance de la inteligencia de sus contemporáneos, en tanto que la mirada sobre el pasado sólo distinga las altas cumbres de la virtud o los mayores decaimientos de la naturaleza humana. Un cierto tono apocalíptico o sentencioso se apodera entonces del ensayista.

Edison Otero declara una conciencia cabal de estas tentaciones, y en esta colección de ocho escritos, en que muestra diversas líneas de defensa ante el adversario interno del intelectual, traduce una madurez lograda a un alto precio. En uno de los ensayos más reveladores de su talento personal, señala que para leer a Cioran *hay que haber renunciado a más de alguna lealtad*. Es que haber estado tan inmerso como lo estuvo Otero en el "68" chileno y seguir espiritualmente vivo, ha demandado fortaleza para soportar el desencanto sin haber soslayado sus consecuencias. Un filósofo que, llevado en otro ensayo por la visión nietzscheana del espíritu libre como un auténtico equilibrista sobre el abismo, concluye que *debe poner bajo sospecha la filosofía como es tradicionalmente entendida*, por lo menos ya ha renunciado a pensar dentro de cualquier perímetro garantizado. Por desconfiado, el filósofo debiera ser un auténtico desviante en lo que dice relación con cualquier convivencia, aún aquella versión frágil y ritualista que caracteriza el ámbito académico.

Tampoco es ya plausible, según Otero, el rol del filósofo como adelantado intelectual. El legítimo cultivo de la tradición filosófica ha ensimismado a demasiados en lo que llama *arqueología del saber*, hasta rematar en el descrédito de la disciplina, impotente ante los llamativos progresos de otras áreas del conocimiento contemporáneo.

Decididamente, el tono general de estos ensayos no es optimista, y el autor llega a confesar que un irracionalismo sorprendentemente vital, y los insistentes llamados a un reencantamiento de la experiencia, no permiten esperar mucho fruto de este alegato que, después de todo, es a favor de la razón y del pensamiento más radical. No es en la buena argumentación que se apoyará la supervivencia de la filosofía, que es para Otero el oficio intelectual por excelencia. *La filosofía es un bien* nos dice, y, en consecuencia, una sociedad es más si se lleva a cabo en ella actividad filosófica; esto es algo que sólo puede demostrarse haciéndolo, y viendo qué pasa ...

Es que cuando se trata de caracterizar la tarea pendiente, la convicción de que se ha producido una extensa fractura va a parejas con lo que percibe como la necesi-

sidad de una reformulación de la filosofía en lo que tiene de problemática y, más profundamente, una recuperación de la inteligencia misma. Hay una invitación común a todos estos ensayos —que el propio Otero subraya— a un redescubrimiento y renacimiento de algo perdido o desvitalizado, acaso por haber comido del absurdo fruto del árbol de la filosofía como ciencia exacta, ese sueño inducido por el horror a ver el objeto mismo de la filosofía usurpado por el desarrollo de las ciencias —especialmente de las ciencias sociales— y negativa a considerar siquiera la posibilidad de que la filosofía deba rehacer toda su historia. *Sueño del que hemos despertado*, como hubo de decir Husserl al final del día.

Pero al considerar las peripecias polémicas de Merleau-Ponty, advierte el autor cómo el carácter problemático de la actividad filosófica no se agota en la mera reforma del entendimiento en el laboratorio de la discusión; hay un sentido en el que la política, en cuanto reflexión sobre la sociedad, no puede resultarle ajena, y el filósofo debe saltar a la arena. Para traer a capítulo a Dewey, al propio tiempo que la filosofía es una liberadora de la mente individual, es *un órgano para arreglárnoslas con las pugnas sociales y morales de nuestro tiempo*, para abrir vías lúcidas hacia la reconstrucción de la sociedad misma.

Mayor razón, entonces, para que Otero invoque la importancia capital del filósofo, no sólo al denunciar las imposturas intelectuales de variada estirpe, sino al mantener viva la conciencia y custodiar la memoria de los crímenes de toda época y lugar. La conveniencia de no olvidar este imperativo se advierte cuando se considera lo inesperadas que para muchos resultaron las abundantes pruebas que nuestro siglo siguió brindando de que el pensador no es más inmune que el hombre corriente a la seducción del poderoso y a la acción decisiva. Y todo ello sin olvidar lo vulnerable que el intelectual ha resultado al espejismo de la propia imagen como proveedor de ideas, las que demasiadas veces terminaron siendo *funcionarias del crimen*.

Por lo mismo, el acento ético que marca estos ensayos se torna visible cuando se trata de precisar el aporte social del intelectual. Donde Jaspers consideraba que *el espíritu se traiciona a sí mismo cuando cree haber alcanzado la posesión definitiva de una verdad absoluta*, por cuanto el camino implica comunicación ilimitada, reunión y combate de las ideas de muchos, Otero saca las conclusiones más radicales. En el marco de una apología de la Ilustración no exenta de matices críticos, que reclama para el pensamiento de esa raigambre un fruto tan frágil como es la tolerancia, sostiene que ella se ha convertido en condición de sobrevivencia de cualquier comunidad humana, ahora irreversiblemente plural. La fuerza de las ideas queda en evidencia una vez más, cuando el valor del pluralismo, descubierto en la convivencia intelectual, es exportado —por así decirlo— a la coexistencia política. La tolerancia resulta ser la obligación ética por excelencia de quien crea tener atisbos de la verdad.

Por último, el privilegio que se logra como contrapartida del cumplimiento de ese deber, pareciera ser de índole estética. Así se entiende que, a lo largo de estos ensayos, asome el gozo como un elemento definitorio de la vocación intelectual. Se trata ni más ni menos que del simple deleite que se obtiene del trato con las ideas, aún con aquellas que no empiezan siquiera a convencer. Si a Edison Otero la con-

templación de una obra tan desgarradora como la de Cioran puede producirle alegría y buen humor, es en virtud de todo lo que ella tiene de genuino. La filosofía envuelve una invitación a pensar, pero en un mundo en estado de animación permanente, uno en que el aguafiestas puede caer en la fiesta mejor preparada.

FREDERIC SMITH

CAROLINA BARROS (compiladora), *Alberdi, periodista en Chile*, Buenos Aires, Argentina, Publicación auspiciada por la Embajada de Chile en la República Argentina y por el Instituto Argentino-Chileno de Cultura. Impr. Verlap S. A., 1997, 475 págs.

Esta obra viene a sumarse a otras de reciente publicación en la Argentina, patrocinadas por la Embajada de Chile en ese país, que obedecen al proceso de integración y acercamiento que impulsan ambos gobiernos. Ellas son expresivas de la voluntad de algunos sectores intelectuales de contribuir al mejor conocimiento de un legado histórico que nos es común y de su proyección al futuro, en la convicción de que la cultura cumple un rol valioso y determinante en el afianzamiento de sólidos vínculos de amistad entre los pueblos.

En este libro se reúnen los artículos que escribió el ilustre publicista, escritor y abogado, nacido en Tucumán, Juan Bautista Alberdi (1810-1884), en la prensa chilena, durante los once años que vivió aquí, entre abril de 1844 y abril de 1855. En ellos se advierte el talento de su autor y la influencia que sus escritos ejercieron en la formación constitucional de su país tras la caída de Rozas. Como dice Carolina Barros en su estudio preliminar, la experiencia adquirida por Alberdi en la discusión y formación de una cultura política republicana y de libre comercio en Chile, le sirvió de piedra basal para construir las ideas constitucionales que luego propondría para la República Argentina. En sus artículos periodísticos está el germen de la obra que, más tarde, redactará Alberdi para estructurar su patria.

La compiladora de estos artículos de Alberdi los califica de "perdidos", por que ellos no fueron incluidos en sus *Obras completas*, aunque algunos fueron reproducidos en los 16 tomos de sus *Escritos póstumos*.

El rescate de estos artículos de prensa de Alberdi, permite comprobar que su autor vivió, sintió y discutió a Chile, no como un expatriado, sino como un verdadero hijo de este país. Estudió, polemizó y escribió sobre muchas materias que interesaban a sus contemporáneos y contribuyó a poner los cimientos de un Chile pujante y progresista. Sus ideas sobre el libre comercio, libre navegación, inmigración, descentralización de los municipios, libertad de prensa, rol de los abogados, trato a los extranjeros, reformas a la Constitución, mercado común de los países sudamericanos, lo muestran como un gran visionario.

A la llegada de Alberdi a Chile había ya en Santiago tres periódicos firmemente arraigados: *El Araucano*, *El Progreso* y *El Mercurio*. *El Siglo* acababa de iniciarse y después verían la luz pública *El Comercio* y *El Diario*. Será Domingo Faustino Sarmiento quien impulse a Alberdi a trabajar en *El Progreso* con un sueldo mensual de

5 onzas. Poco después colabora en *El Siglo*, que tuvo una vida efímera entre 1844 y 1846.

En Valparaíso, Alberdi colaboró en *El Mercurio*, donde publicó recién llegado al país una importante serie de artículos. Además, la imprenta homónima ayudó a inmortalizar su obra cumbre, las *Bases*, en sus dos primeras ediciones. También escribió en *El Comercio* y en *El Diario* de ese puerto.

Los 172 artículos de prensa de Alberdi, recopilados en este libro, contribuyen a divulgar su interesante personalidad y notable labor literaria.

SERGIO MARTÍNEZ BAEZA

RAFAEL SAGREDO BAEZA, *María Villa (a) La Chiquita, N 4002. Un parásito social del Porfiriato*, México, Ediciones Cal y Arena, 1996, 227 págs.

Arrancada del paraíso de la inocencia en su natal Jalisco, una niña de humildes orígenes campesinos, asilada desde los cinco años en un orfanato donde aprende a leer y escribir, parece destinada a cumplir con la única suerte que podría tener una mujer sola del pueblo cuyo pecado fue ser agraciada, bonita esto es: comportarse como el arquetipo de la prostituta de su tiempo, el porfiriato.

María Villa debe su condición a la mala fortuna pues su inteligencia y sensibilidad en ningún momento fueron suficientes como para superar esa marca que le adjudicó la sociedad de su época y que ella misma aceptó, como algo que era parte natural de las cosas.

En ello hubo sin duda una profecía, pero también una profecía autocumplida. A María Villa la estigmatizaron, pero al parecer ella nunca pensó en desviarse de ese camino y de ese papel que le otorgó la cultura de su tiempo.

Carente de afectos, del soporte de una estructura familiar o comunitaria que la contuviera, su destino como prostituta y el descenso moral posterior, cuando adicta a la morfina asesina por celos a una colega, parece inevitable. Más aún, ni la generosidad de un hombre como el alemán que le ofrece una salida hacia la vida "decente y normal", ni su amor por Salvador Ortigosa, hijo de una familia digna, pagador del ejército y cliente habitual del burdel, logran desviarla de lo que sería su final. Ni siquiera el amor la salva. Probablemente, porque al ser una mujer carente de afectos fue incapaz de comprenderlos y traducirlos en una actitud generosa. Por el contrario, todas sus marcas sociales, afectivas y psicológicas parecen actuar de tal modo que determinan con una fuerza brutal la destrucción de toda posibilidad de algo positivo.

De ello hablan los médicos, los squiatras los abogados de la época. Su discurso sabiendo, lleno de mediciones sobre el cerebro, clasificaciones de la desviación social o cifras estadísticas sobre la marginalidad y los marginales no hacen sino confirmar que el caso de María Villa, como el de otros de su condición, era irremediable. Es como si se cumpliera un designio, cuyo desarrollo todos conocían y ante el cual nada podían hacer. Su vida confirmaba que la mala fortuna y la debilidad de carácter derivados de los rasgos naturales de su sexo y de sus orígenes populares no

podían haber llevado a María sino hasta donde llegó, esto es al homicidio y a cumplir con una condena en prisión para redimirse.

Y si bien todo el discurso que se desarrolló alrededor del caso de María Villa deja entrever que se trataba de una mujer de buen corazón que no le hacía mal a nadie, también establece y con claridad que ello no basta pues su marca de origen, por así decirlo, dispone y determina que deberá caer en el infierno, adonde se hará acompañar incluso por aquellos a quienes ama.

Y es que María Villa no puede sino "contagiar" el pecado a todos aquellos que la rodean. Pecado que en este momento es elaborado por el discurso como una enfermedad, como un virus, no sólo espiritual sino también físico, que se transmite sin remedio. Su historia es la de los infortunios de la virtud, su imagen y su vida la de una flor silvestre pisoteada.

El libro de Rafael Sagredo relata esta historia pero en este relato se entrecruzan muchas historias que logran reconstruir escenas de la vida cotidiana, patrones morales así como concepciones sobre la sexualidad y los papeles asignados a hombres y mujeres durante el porfiriato.

Para ello el autor, en un estilo ágil cercano al de la literatura popular al que parece ser afecto, recurre a toda suerte de archivos, escarba documentos y periódicos, se inspira en la literatura o en la pintura del momento, ofreciéndonos un clima y un escenario que probablemente se acerca al orden (y al des-orden) social de la sociedad mexicana porfirista de fines del siglo XIX. No hay duda que el diario de vida de la Chiquita, los informes técnicos de Roumagnac, su siquiatria, y la novela *Santa* de Federico Gamboa, se constituyen en fuentes privilegiadas para el propósito de Rafael Sagredo. Sin embargo, también y subrepticamente estas fuentes le permiten dibujar con trazos firmes la mentalidad que otorga un carácter a la época. El naturalismo, que como estilo permea la vida de una prostituta pero sobre todo el discurso sobre esa vida, es exquisito. La reconstrucción de la vida del burdel, la iniciación de María Villa, sus momentos de gloria y su triste final recuerdan sin duda a la Naná de Zolá y se constituyen en un relato de costumbres de una época y una sociedad. Pero Naná es francesa y su final probablemente también lo es. Naná muere de peste, su hermoso cuerpo hiede y se deshace en la putrefacción. El naturalismo adquiere en México otra dimensión; la crudeza y la repugnancia como castigo al vicio y la vida licenciosa se aplacan aquí. María Villa, la Chiquita, termina en la cárcel, ayudando a la maestra, cumpliendo así con un final marcado por la debilidad romántica o por la mala conciencia de los que definieron su estada en la prisión. Ella como persona y el naturalismo como estilo se desdibujan probablemente por las marcas de un catolicismo pacato.

La vida de la Chiquita y las múltiples reflexiones que provoca entre aquellos que se acercaron a ella nos acerca a una mentalidad de época, pero sin duda, también, nos permite pensar en la actualidad.

La reconstrucción de un hecho banal, sucedido en los márgenes de la sociedad porfiriana, adentra al lector en los espacios de sociabilidad ocultos, donde se juega la vida íntima de hombres y mujeres, donde se produce la doble moral, el intercambio sexual y de favores entre personas de clases sociales que no se relacionan, o no tienen oportunidades para conocerse durante la vida cotidiana. Por eso, el trabajo



de Sagredo también habla de hoy y se transforma así en un texto indispensable para pensar la vida privada y pública de los hombres y mujeres del México contemporáneo.

Hablar desde los márgenes de una sociedad normalmente constituye una puerta de entrada muy eficaz e iluminadora para conocer la mentalidad y las prácticas sociales, concebidas como normales por las buenas conciencias. El libro de Rafael Sagredo sobre La Chiquita así lo prueba.

MARÍA LUISA TARRÉS  
EL COLEGIO DE MÉXICO

LUIS ALBERTO ROMERO, *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile (1840-1895)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1997, 211 págs.\*.

¿Qué hacer con los pobres?

La pregunta que se planteó la elite santiaguina (y chilena en general) durante gran parte del siglo XIX, sigue conservando toda su actualidad. En uno de los siete estudios que componen el libro que presentamos, Luis Alberto Romero nos cuenta que:

“Los desbordes del Mapocho eran habituales en la estación de lluvias, sin que sirvieran para impedirlo los modestos diques de madera o piedra con que intentaban contenerlo quienes vivían en los ranchos de las orillas. Cuando la “avenida” era grande, también desbordaba el Zanjón de la Aguada como ocurrió en 1877 y 1888. En esos casos, el agua arrastraba el mobiliario de los ranchos e incluso la vivienda misma, y también a la gente, si la sorprendía durmiendo; en esos casos aparecían en el río los cadáveres de los ahogados, especialmente los niños. Las autoridades organizaban hospederías y asilos para los “inundados”, quienes así sufrían una segunda desventura, pues para evitar que se convirtieran en agentes propagadores de epidemias, se les impedía abandonarlos. Los periódicos esgrimían con frecuencia el tema de las inundaciones, denunciando el escaso interés de las autoridades por tomar medidas de prevención, que contrastaba con el celo puesto en remodelar el casco central. Sólo en 1888, luego de la gran avenida que destruyó el puente de Calicanto, se concluyó la canalización del Mapocho”. (págs. 130 y 131).

Las similitudes con el presente son impactantes.

No es necesario un gran esfuerzo comparativo para establecer un paralelo con el desastre acaecido el presente año a raíz de los temporales e inundaciones. El

\* Intervención de Sergio Grez Toso durante la reunión de presentación del libro, el 29 de agosto de 1997 en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile.

siglo transcurrido desde entonces ha sido testigo de reiteradas catástrofes que han tenido como denominador común la imprevisión de los sectores dirigentes, la desgracia y fragilidad de la condición popular. Hoy ya no se habla de "inundados" sino de "damnificados", los ranchos siguen existiendo o han sido reemplazados por casas SERVIU-COPEVA, las hospederías y asilos se llaman albergues, pero —a diferencia de lo ocurrido en la centuria pasada— ya no es necesario obligar a los pobres a permanecer en ellos ya que ante la inexistencia de alternativas donde cobijarse, los damnificados ven en esos improvisados albergues la única solución inmediata a su problema habitacional.

Este sólo hecho bastaría para justificar el gran interés que concita en nosotros el libro de Luis Alberto Romero.

Pero además de sus evidentes puntos de contacto con la actualidad, puntos que ponen de relieve problemas de larga data de la sociedad chilena, este libro constituye un aporte muy significativo para la disciplina de la historia en nuestro país.

Los estudios reunidos en este volumen, a pesar de tratar temas muy variados, que van desde el proceso de urbanización del Santiago decimonónico hasta la estructura ocupacional de la ciudad, pasando por las miradas de la elite hacia los pobres y algunas aproximaciones a la cuestión de la incorporación de los sectores populares a la actividad política, constituyen una unidad ya que en todos ellos Luis Alberto Romero da cuenta de una larga y multifacética transición.

Transición de Santiago (y podría agregarse de la sociedad chilena en general), por obra del crecimiento demográfico, del desarrollo económico, de la diversificación de funciones y de las formas de vida.

Pero también transición representada por el gran movimiento que llevó a la sociedad santiaguina de la integración a la segregación "y de ésta a una nueva y conflictiva reintegración de los sectores populares a lo largo de la cual el pueblo de los rotos se convirtió en la clase trabajadora". (pág. 17).

La vieja ciudad colonial escindida pero integrada, en la que ricos y pobres ocupaban su lugar, se mezclaban pero no se confundían, compartiendo espacios, gustos y hasta diversiones comunes, dio paso a una urbe en rápido crecimiento que concentró a una población nueva proveniente del campo, sin que la ciudad contara con los servicios y la infraestructura necesaria para acoger a tanta gente. El desempleo, la existencia de un gran sector de trabajadores que hoy denominaríamos "informal", una elevada rotación en los empleos, el hacinamiento en ranchos, "cuartos redondos" y conventillos, la proliferación de enfermedades y epidemias, la enorme mortalidad de los pobres, en especial de sus niños, el alcoholismo y la prostitución, se constituyeron en los grandes males de la condición del "bajo pueblo", a la par que en los principales temas de la mirada de la elite hacia el mundo popular.

Luis Alberto analiza esos fenómenos.

Su empresa es ambiciosa puesto que ha escogido un ataque en frentes múltiples: en el plano de la estructura (cuando analiza la evolución de la economía y la inserción en ella de los trabajadores); en el nivel de la política (al estudiar las convocatorias de la elite al "bajo pueblo" durante las primeras décadas republicanas y la forma como éste respondió iniciando su propio proceso de politización); y en el ámbito de las mentalidades (prácticamente a lo largo de todo el libro, especialmen-

te cuando aborda las miradas de la elite hacia el mundo popular y la forma cómo estas miradas van configurando identidades que se construyen y reconstruyen permanentemente.

Quisiera detenerme en este último punto de la “obra chilena” de Luis Alberto Romero.

*¿Cómo son los pobres?*, es precisamente el título de uno de sus trabajos.

Más que intentar una respuesta “objetiva” (contarlos, describir qué hacen, cómo viven y actúan, aunque debemos señalar que esto también lo hace en otras partes de su libro, y con notable precisión), Luis Alberto centra su esfuerzo en mostrarnos la manera cómo la elite santiaguina percibía a los pobres, ya que como buen discípulo de su padre, el gran historiador José Luis Romero, él percibe que entre ambos campos, el de las situaciones y el de su representación, se constituyen los sujetos del proceso social o de la vida histórica (pág. 188).

La pregunta merece entonces ser reformulada: ¿cómo creía la elite santiaguina que eran los pobres, cómo los percibía?

Hacia mediados del siglo XIX, cuando Santiago era aún una ciudad tradicional, escindida pero integrada, con conflictos pero en equilibrio, prevaleció la mirada paternalista. Pero cuando el equilibrio se rompió, a partir de las décadas de 1860 y 1870, producto de las migraciones campo-ciudad, y surgieron incontenibles los problemas sociales de una urbanización para la cual la capital no se encontraba preparada, la visión de la elite se descompuso en varias. Una de ellas, probablemente la que predominó durante mucho tiempo, fue la mirada horrorizada. La miseria material en que vivían los sectores populares alimentó en la elite la imagen de desmoralización del mundo popular. La unidad de la sociedad se había hecho añicos. A poco andar, la clase dirigente descubrió que en Chile había aparecido la temida “cuestión social”.

También hubo miradas calculadoras, que percibieron en los pobres una importante fuente de lucro. Algunos lo hicieron en términos tradicionales, es decir, meramente especulativos, y obtuvieron pingües beneficios del arriendo de piezas de conventillos o de terrenos para que los desheredados instalaran sus míseros ranchos. Otros, al parecer menos numerosos, se inspiraron en un concepto más moderno y consideraron a los pobres como fuerza de trabajo, base de la riqueza de la nación. La higiene, la educación y otras medidas fueron concebidas como inversiones para mejorar la condición de la fuerza laboral. A pesar de algunos avances en esta dirección, dicha percepción no prevaleció. Durante largo tiempo imperaron los prejuicios de las miradas tradicionales, condicionados –sin duda– por una estructura económica que no estimulaba la calificación de la mano de obra ya que para obtener beneficios inmediatos bastaba contar con una abundante y ojalá dócil fuerza de trabajo. Hacia fines de siglo, la visión de la elite se matizó con algunos componentes nuevos –el higienismo, la doctrina social de la Iglesia y el reformismo moderado del Partido Radical– pero no llegó a alterar en lo esencial su posición.

Tampoco cristalizó en cambios muy profundos una mirada que Romero no señala, pero que me parece que también estuvo presente después de la Guerra del Pacífico: la del patriotismo herido por la imagen de “degeneramiento de la raza” que proyectaban la espantosa mortalidad, las horribles condiciones de vida del

hábitat popular, el alcoholismo, la prostitución, las enfermedades y epidemias, la gran mortalidad, las constantes migraciones y la desintegración de la familia de los sectores populares.

¿Qué hacer entonces con los pobres?

Como la respuesta tradicional consistente en obras de caridad no estaba a la altura del tremendo desafío que planteaba la “cuestión social”, la clase dirigente buscó una solución en la moralización y regeneración del pueblo. La visión moralizadora se propuso educar, instruir, inculcar hábitos y reglas prácticas, y una ética del mejoramiento individual. Pero esta mirada –al igual que la calculadora– careció de convicción. Para la elite los “rotos” siguieron siendo inveteradamente viciosos, imprevisores, rateros, vagabundos, disipados. “Falta de convicciones y soluciones de fondo –nos señala Luis Alberto Romero–, pero urgida por la crisis, la mirada moralizadora se vuelca al control”. Signo de la misma crisis, “la moralización deseada concluye en acción policial y la mirada horrorizada conserva su primacía” (pág. 180).

La elite se preguntó qué hacer con los pobres, y en realidad no encontró respuesta. Carente de soluciones que mediaran el conflicto social, la mirada de la elite se desplegó libremente, alimentando las políticas duras y la represión. Contribuyó a que los “rotos”, en acelerada transformación en “trabajadores”, se hicieran más duros, combativos e inflexibles, configurando su clasismo característico del siglo XX (págs. 183 y 184).

La sugerente exploración de Luis Alberto Romero por el complejo camino de las mentalidades, de las imágenes y representaciones del otro, abre nuevas perspectivas para la historia social de nuestro país, ya que aporta elementos claves para entender qué tipo de imagen de los trabajadores ha tenido la clase dominante, cómo esta visión ha repercutido en los sectores populares influenciando la imagen de sí mismos, alimentando los comportamientos de exclusión y confrontación que han caracterizado la relación entre la elite dirigente y los sectores populares durante el último siglo de la vida de la nación.

Vale la pena preguntarse en qué medida estas visiones del otro y de sí mismo han permanecido o cambiado en el Chile de nuestros días: en la prosaica vida cotidiana, pero también en los momentos más álgidos, cuando los antagonismos sociales se manifiestan abiertamente, rompiendo los límites del consenso hegemónico.

En resumidas cuentas, uno de los grandes méritos de este libro, es demostrar nos que la historia, por lejana que ella parezca, puede ser un tema de palpitante actualidad.

Por todas estas razones, no puedo sino agradecer a Luis Alberto Romero por su aporte al conocimiento de nuestra historia y por las fructíferas pistas que ha abierto para los historiadores sociales chilenos.

SERGIO GREZ TOSO

ALFREDO JOCELYN-HOLT., *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*, Editorial Ariel, Buenos Aires. 1997.

Con esta segunda obra de largo aliento de Alfredo Jocelyn-Holt se hace más fuerte la idea –esbozada en nuestro libro *La Independencia de Chile: balance historiográfico*– que con este historiador se está en presencia en la producción de conocimiento histórico en Chile de una nueva escuela historiográfica. Si bien no sabemos cuál va ser su final, sí podemos en estos momentos decir que se trata de una superación de las interpretaciones de las escuelas liberal positivista y las conservadoras nacionalista e hispanista.

Las reflexiones historiográficas de Jocelyn-Holt –a diferencia de las nombradas y con excepción de algunos pocos de sus cultores– hace historia de las ideas, lo que siempre estuvo alejado de las pretensiones de los liberales positivistas. El autor no tiene deudas con el pasado político de los sectores tradicionales y siente incluso mucho desprecio por la *performance* historiográfica y política de éstos. En ese sentido, su actitud ética e historiográfica no arrastra el lastre de muchas de las acciones censurables del accionar –reciente y no tanto– de los grupos tradicionales.

Pensamos que Jocelyn-Holt es absolutamente diferente en su concepción de la historia de los sectores antes señalados. Significa en este sentido una mirada dentro de lo que puede ser un liberalismo muy permeado por Tocqueville, Stuart Mill: el liberalismo clásico. No cabe clasificar la propuesta historiográfica del autor en el pensamiento histórico tradicional en Chile. Está absolutamente alejado de las corrientes que han tenido peso en la derecha chilena, que es donde se inscribe ideológicamente.

El libro que comentaremos consta de cinco ensayos, cuatro de los cuales son inéditos. A pesar de ser cada uno una totalidad expresiva, tienen en común su carácter fuerte de proponer una visión del Chile decimonónico aunque, el último: “Nuestra frágil fortaleza histórica: repensar el orden histórico en Chile” puede ser una proposición para que nuestra sociedad reestudie su relación con la concepción del orden, incluido el Chile de hoy.

A diferencia de lo que sucede frecuentemente con un libro de recopilación de ensayos, escritos en distintos tiempos y para objetivos diferentes, el libro que comentamos tiene una cualidad particular: no son artículos irregulares, cada uno de ellos tiende a formular hipótesis lo que da al texto en su conjunto y a cada artículo un valor equiparable.

Jocelyn-Holt en el primero de los artículos reflexiona sobre tres aspectos que han pesado enormemente en la historiografía chilena como son el Estado, la Cultura y la Nación en el siglo XIX. Revisa cada una de estas esferas a la luz de lo que usualmente se ha dicho respecto de ellas y la manera como supuestamente operan: como la historiografía tradicional las ha percibido. El autor a cada uno de estos aspectos le dedica un apartado.

En relación al Estado, el autor atinadamente da una definición simple pero absolutamente certera: considera al Estado como el aparato administrativo o burocrático que –en términos legales y constitucionales– dice relación con el poder ejecutivo.

A diferencia de la interpretación acostumbrada en la historiografía tradicional, el autor dice que "El Estado como tal no era otra cosa -en el siglo XIX- que un instrumento al servicio de una elite social cuya base de poder residió básicamente en la estructura social más que en el aparato estatal propiamente, siendo esto último no más que un instrumento auxiliar de la oligarquía". Esta idea de que el Estado fue un instrumento de la oligarquía es correcta y creemos se ajusta a lo que fue el Estado en el siglo XIX y más, es el papel que siempre juega todo poder estatal: estar al servicio de un grupo social determinado. Jocelyn-Holt refuta que el Estado en el siglo pasado haya sido el protagonista principal de la evolución política, más bien fue la oligarquía como grupo social la que puso a su disposición al Estado.

Lo mismo pasa con la cultura; en la visión tradicional Chile comienza a desarrollarse culturalmente en el siglo XVIII, gracias a las medidas ilustradas implementadas por la Corona cuya intencionalidad era desplazar a la Iglesia como el principal agente cultural de la Colonia.

Dicha evolución, conforme a líneas centralistas y secularizantes, continuaría -según dice el autor- en la visión tradicional inalterada después de la Independencia. Pero sólo después de 1842, con la creación de la Universidad de Chile, fue posible un proyecto verdaderamente articulado, bien pensado, con apoyo estatal, permitiendo una transformación cultural correspondiente a un estado-nación moderno. Según el autor ello "...apunta sólo a la cultura de elite, y específicamente sólo a los círculos más ilustrados de Santiago. Deja a un lado a la cultura popular, que sigue siendo tradicional y rural y no repara en el hecho que ésta era predominante y, me atrevería a especular, bastante más visible". Este punto destacado por Jocelyn-Holt es un hecho absolutamente olvidado en las interpretaciones de la historia liberal positivista y conservadora. Hay que agregar que hay una deuda de la producción de conocimiento histórico en Chile con la expresión cultural popular durante el siglo XIX.

En relación a que el fomento de la cultura fue impulsado por el Estado administrativo y que la totalidad de la inteligencia chilena concordó en hacer del Estado el promotor del cambio cultural durante el siglo XIX, ello -a juicio del autor- simplemente no resiste el menor análisis. Basta con recordar el caso de Francisco Bilbao con la "Sociabilidad Chilena". El Estado toma medidas extremas a fin de imponer sus puntos de vista. Y los ejemplos son varios de la presión estatal en contra de cualquier disenso. En la relación cultura y Estado, el impulso de este último, a veces, fue contradictorio según Jocelyn-Holt.

Sobre la idea de nación el autor coincide con Mario Góngora en que fue el principal legado del estado decimonónico. En forma clara dice que: "el Estado recurrió a todo el instrumental simbólico entonces disponible: retórica, historiografía, educación cívica, lenguaje simbólico (banderas, himnos, escudos, emblemas, fiestas cívicas, hagiografía militar, etc)". Además agrega que el nacionalismo es un mecanismo altamente persuasivo, del cual el Estado liberal-republicano se sirve a fin de ofrecer una semblanza de participación popular en un contexto de una limitada participación política real por parte del grueso de la población.

Llama la atención del autor el tipo de imagen de Chile que emerge del discurso nacionalista y como ésta se mantiene relativamente inalterable durante períodos enteros, generando formas graves de autoritarismo.

Quizás una demostración de lo interesante del texto que reseñamos es que sólo uno de los artículos incluidos nos llevó a detenernos más de la cuenta, obligándonos a decir sobre el resto aspectos generales. Hay que concordar que los temas tratados por el primer artículo son centrales en la reflexión historiográfica de Chile, no sólo del siglo XIX sino que también del siglo XX.

El tercer y cuarto artículo se refieren a Diego Portales que, como dice el historiador, es un problema histórico en Chile. A pesar de considerar que el papel de Portales tuvo un carácter coyuntural (1829 a 1836) han ayudado a levantar el mito histórico Lastarria, Vicuña Mackenna, Sotomayor Valdés, Alberto Edwards, Francisco Antonio Encina y yo diría que Alfredo Jocelyn-Holt en estos dos artículos ayuda a echar leña al fuego, haciendo un estudio exagerado de lo que dijo, no dijo y quiso decir Diego Portales.

A nuestro juicio como dice el historiador en su texto, Portales: "Compartió su actuación con otros, actuación fuertemente enraizada en su tiempo". Párrafos más adelante: "El Ministro se introduce en la historia política chilena para resolver un problema coyuntural: el problema de la autoridad".

Pero como han demostrado trabajos como los de Jorge Núñez en la *Revista Andes*, si bien solucionó el problema de la autoridad luego de la derrota del proyecto pipiolo en 1829 lo hizo dividiendo profundamente a los grupos oligárquicos con el exilio, la expulsión de parte importante de miembros del ejército, con la prisión y con la eliminación física de algunos de sus contradictores.

La unidad de la oligarquía se realiza luego del asesinato de Portales, cuando en la Presidencia de Manuel Bulnes se solucionan los problemas dejados por el Ministro.

Los diferentes grupos oligárquicos logran unificarse nuevamente en un proyecto elitista y autoritario luego de la muerte de Portales. La acción de aquel excluyó a parte importante de los grupos dominantes en su corto período de paso por el poder. La dominación para el conjunto de la oligarquía sólo fue posible con la desaparición de Diego Portales.

Llama la atención que una figura cuyo mérito es su intuición política y que dejó escrito sólo un Epistolario, en el cual hay sólo generalidades en el plano de las ideas políticas se haya convertido en un problema histórico en Chile. El personaje es un constructo mítico de la historiografía tradicional y es bueno superarlo, si no ahora, en el siglo XXI. Creemos que a Portales los historiadores de la derecha en Chile lo han hecho a su medida y para propósitos no muy nobles.

El quinto artículo titulado "Nuestra frágil fortaleza histórica: repensar el orden histórico de Chile", es realmente muy sugerente y quizás sea el que más repercute en el campo historiográfico; tanto es así que ya ha dado paso a una discusión con dos historiadores extranjeros: Collier y Sater, con una respuesta por parte del autor que comentamos en que defiende el derecho que tenemos en Chile para practicar la historia filosófica, es decir aquella que en el siglo XIX practicó tan bien José Victorino Lastarria. Impera en la crítica de Collier y Sater un acento positivista que para la actual realidad del conocimiento de la historia podemos decir esta ya superada e incluso aparece extemporánea.

Plantearse repensar el orden y el desorden en nuestro acontecer histórico es llegar al centro de las grandes disputas y contradicciones sociales en nuestro país. Es plantearse la cuestión del poder entre los distintos grupos sociales.

El orden siempre ha sido perseguido por aquellos que rechazan los cambios; los que han defendido el sistema capitalista en Chile son los que han reprimido los intentos de sectores populares por construir una sociedad más justa e igualitaria. El orden de los sectores dominantes siempre se ha iniciado con un desorden desatado por ellos mismos, que les ha posibilitado aplastar y reprimir al pueblo. Los que han tenido el poder económico y el poder político son los que permanentemente han restaurado con terror de Estado los desórdenes del pueblo.

Alfredo Jocelyn-Holt lo que quiere demostrar es que la sociedad chilena, producto de sus contradicciones internas, ha pasado por el orden y el desorden; lo corrobora diciendo: "Desde la Conquista hasta nuestros días hemos estado marcados por un orden fundado en la frustración". Frustración del indígena, es una frustración de los labradores y peones, es la frustración del pirquinero, de la querida chusma, del upeliento, de los que protestaron entre 1983 y 1986.

Queremos terminar esta reseña señalando que tras el orden y el desorden en nuestra historia se reflejan las contradicciones de distintos proyectos sociales. Un párrafo del artículo de Jocelyn-Holt expresa lo que hemos dicho más arriba:

"A lo que voy es que desorden y orden, como queda claro en la famosa cita de Portales, se acercan mucho más de lo que pudiera pensar. La tranquilidad pública está garantizada por la barbarie misma que predomina en la sociedad. Es a eso a lo que me refiero cuando postulo que a lo más lo que aquí se impone es un orden en forma, un simulacro de orden, nada que sustancialmente pudiéramos llamar orden".

Con este libro Alfredo Jocelyn-Holt abre una nueva mirada a nuestra historia. Eso es mucho.

LUIS MOULIAN E.

WILDA CELIA WESTERN, *Alquimia de la nación. Nasserismo y poder*, México, el Colegio de México, 1997, 148 págs.

La construcción de la nación egipcia bajo el régimen de Gamal Abdel Nasser está ligada ideológicamente a los movimientos de descolonización de la segunda posguerra. Una vez alcanzada su independencia, Egipto inició la búsqueda de sus fundamentos inherentes como nación, en la que enfrentó múltiples obstáculos relacionados con la heterogeneidad étnica, lingüística y confesional de los grupos que la constituían.

La historia de Egipto ilustra significativamente la manera en que todo pueblo que se ha encontrado sometido al dominio colonial busca encontrar un fundamento nacional y distintivo. Esto remite a la difícil incorporación de los grupos que componen una nación y, dado que las políticas de integración o asimilación no son siempre exitosas, la fabricación de un pasado imaginario se vuelve la imprescindible. La aproximación conceptual de Western para aclarar el significado de nación,



nacionalismo e identidad es muy pertinente, dada la ambigüedad de tales conceptos. Es también adecuada la referencia que hace a las definiciones clásicas de nación y las teorías más importante que han explicado su existencia, entre ellas la Benedict Anderson. Para éste, la nación es “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana”. En el Egipto recién independiente, la necesidad urgente de conciliar las identidades otomana, islámica, occidental, árabe y egipcia requirió de un discurso unificador que imaginara a la nación. En este sentido, dice Western, “la solución al problema de la existencia de rupturas dentro de la comunidad imaginada es la consagración de una nación que tenga el grado necesario de una nación de autoridad social y cultural”. Tal tarea recae en los que acceden al poder del Estado, lo cual hace que la nación quede irremediamente vinculada a él.

Si bien es cierto que, como dice Western, una nación no necesariamente depende del Estado para existir y que el sentimiento de pertenencia a ella no es una construcción meramente artificial, debe enfatizarse que los proyectos del Estado y la nación se corresponden mutuamente. El Estado es el que proporciona un espacio donde la nación logra desarrollarse histórica y culturalmente. El Estado, en última instancia, define y acota el sentimiento de pertenencia nacional e inventada una memoria colectiva por medio de la internalización de modelos y valores.

Western hace una revisión histórica de la presencia colonial europea en Egipto, con el objetivo de descartar la manera en que este país se vio obligado durante todo ese tiempo a pesarse y juzgarse a sí mismo a través del discurso europeo en su versión “orientalizada”. Frente a éste y la ocupación, los destinos de la nación exigieron una respuesta cuyo eje central era lo egipcio.

De esta forma, los esfuerzos por hacer coincidir al Estado con la nación requirieron expresar el tiempo y el espacio nacionales y “devolver la historia a los egipcios”. La solución fue vincular a las identidad nacional egipcia con el espacio geográfico de la “nación árabe” y con la ideología del panarabismo. Los principios de unidad y fraternidad establecidos por la ideología del nacionalismo árabe y el panarabismo buscaron la reafirmación de un proyecto común en el terreno nacional e internacional. Un ejemplo de esto es la tendencia creciente a usar el árabe como lengua oficial, que se concretó en una política lingüística orientada por el liderazgo, con el objetivo de producir formas de identidad nacional y cohesión social.

Las elaboraciones filosóficas de pensadores egipcios asociadas con la idea de la nación –que Western identifica como “narrativas de la unidad”–, reflejaban la preocupación por darle forma y sentido a la nación. Las narrativas de la unidad dejaron de basarse en criterios tradicionales para convertirse en formulaciones más complejas cuyo principal objetivo era reconocer la necesidad de reformar al Islam frente a la indiscutible superioridad europea y occidental, y hacerlo compatible con la modernidad. Western señala que la cuestión fundamental a la que se enfrentaban los egipcios era ubicar el centro de su lealtad. La clave fue encontrar un pasado que diese lecciones para el presente y se convirtiese en fuente de identidad y solidaridad social. Es aquí donde el poder aparece como factor decisivo en la lucha por la independencia y por la unidad nacional. Hacia 1958 Egipto se definió

como nación árabe. La revolución nacionalista y antiimperialista se convirtió desde entonces en la narrativa de la unidad nacional; la revolución ofreció a la nación su contenido y sentido históricos, y el futuro de Egipto se definió a partir del vínculo inquebrantable entre revolución y nación.

Opina Western que la revolución de los años cincuenta fue el parteaguas en la historia de la consolidación de la nación y la identidad egipcias. Régimen y revolución se convirtieron en sinónimos, y la lealtad al primero inseparable de la lealtad a la segunda. La revolución marcó un tipo de pertenencia social y política: "la revolución restituyó a los egipcios el derecho a reconocerse como árabes y reelaboró al pueblo como comunidad nacional". La fuente de legitimidad del nuevo régimen no fue, pues, el islam, sino la revolución y el panarabismo. El precio que la sociedad debió pagar por ello fue grande, pues se instauró un sistema de partido único, y se aplicaron numerosas formas de exclusión, subordinación y supresión de los derechos políticos. Ciertamente, en Egipto la grandiosa habilidad e imaginación política de Nasser no eliminó las tensiones sociales, sólo las atemperó. Como nota Western, la estabilidad interna se hizo con el aparato de un Estado represor y a expensas de muchas libertades individuales.

El sentido de pertenencia a la comunidad árabe que no reconoce fronteras ni diferencias religiosas adquirió fuerza luego de la crisis del Suez. A raíz de ella, se recurrió al discurso que ensalzaba la unidad de origen de los países árabes y su experiencia común de dominación y de lucha antiimperialista. Con justa razón Western entiende al nacionalismo árabe nasserista como una política concreta, que ofreció una identidad común genuina, marcó la oposición a Occidente y brindó un credo para el cambio social y político. Cuando Western afirma que el proyecto nasserista de la nación fue "un acto biográfico del poder y del líder", sugiere, sin ahondar demasiado, que tal proyecto fue una estrategia que, mediante una gran concentración del poder político e ideológico en torno a la figura casi mítica de Gamal Abdel Nasser, arrojó luz al presente y futuro de la nación.

El estudio de las bases geopolíticas e institucionales del proceso en el que se edifica y consolida la nación y el Estado egipcios es de suma importancia, ya que permite examinar la manera en que dicho proceso hizo posible que Egipto, en su momento asumiese el papel de liderazgo en Medio Oriente e influyese en la política regional e internacional de manera muy específica. El ejercicio analítico de Western hace pensar que el sueño de la unidad árabe en Medio Oriente ha servido, ante todo, a intereses internos. La naturaleza de esos factores es la que, en última instancia, determina la importancia del uso de la ideología como directriz central de la política exterior. Al analizar el caso egipcio es inevitable recordar otros ejemplos con los cuales es posible establecer comparaciones. El régimen de Hafez al-Asad en Siria ha seguido una pauta similar. La ideología panarabista no sólo le sirvió para preservar su autoridad ni se limitó a la promoción de la unidad árabe y la lucha imperialista, sino que permitió en su momento al partido Ba'ath institucionalizar un sentimiento de lealtad hacia intereses colectivos, de índole nacional. En Egipto durante el gobierno de Nasser, como en Siria, a partir del decenio de los años setenta fundamentalmente, las tensiones religiosas, étnicas, políticas y económicas llevaron a sus respectivos regímenes a encontrar una política exterior

que permitiese aglutinar y trascender a todas las fuerzas sociales, y de esa forma, legitimarse en el poder y asegurar la estabilidad interna. Con la ideología del panarabismo, tanto Nasser en Egipto, como después Asad en Siria, proyectaron un mensaje de identidad muy específico que les proporcionó gran flexibilidad en los asuntos internos y externos, y les aseguró una influencia nada despreciable en la Región. Por lo tanto, el credo de la ideología panarabista puede verse como una manera de desviar la atención de los problemas internos hacia las “amenazas” provenientes del exterior, y así movilizar el apoyo al gobierno.

A pesar de las dificultades del estilo de Western, *Alquimia de la nación* es una reflexión interesante que ayuda a entender el proceso mediante el cual un proyecto minoritario de nación se esfuerza en adquirir un rostro mayoritario, que englobe la tradición heredada, la memoria y el olvido colectivos esenciales para la unidad de todo pueblo. Western analiza la manera en que se construye la noción hegemónica de la nación, a partir de las esferas del poder político, para lo cual hace una reflexión crítica de los discursos y la diversas teorías que han intentado explicar el problemático proceso de construcción de las naciones. A la luz de una revisión bibliográfica original y cuidadosamente seleccionada, Western examina el proyecto revolucionario y nacionalista de Gamal Abdel Nasser en Egipto, y afirma que el nasserismo proporcionó nuevas bases de identificación colectiva y logró imponer una concepción nacional con un ordenamiento social, económico y político específico. El nasserismo en Egipto ilustra las “ilusiones sublimes” contenidas en las aspiraciones de modernización y fortalecimiento de las instituciones, y la forma en que memoria e identidad se retroalimentan.

MARTA TAWIL KURI

## ESTUDIOS Y DEBATES

Retos de la gestión ambiental en los Andes y la Amazonía

*Annette Salis*

Pobreza y manejo adecuado de los recursos en la Amazonía peruana

*Antonio Brack Egg*

Comentarios de: *Alejandro Camino Díez Canseco; Marc J. Dourojeanni; Liliam Landeo;*

*Philippe Léna*

Respuesta: *Antonio Brack Egg*

Conflictos de distribución ecológica

*Joan Martínez-Alier*

Comentarios de: *Claude Auroi; Roxana Barrantes; Jorge Caillaux Zazzali; Enrique Leff*

Respuesta: *Joan Martínez-Alier*

## ARTÍCULOS, NOTAS Y DOCUMENTOS

Viveros y reforestación en comunidades campesinas. Un proceso de innovación tecnológica

*Jorge Chávez*

Los fondos ambientales nacionales como mecanismo financiero para la gestión ambiental: capitalización y conversión de deuda, éxitos y debacles

*Alejandro Camino D.C.*

La fonología del idioma Mochica en los siglos XVI-XVII

*Alfredo Torero*

Marginalidad o relevancia de un factor de cambio lingüístico: la transferencia por contacto. Aportaciones al tema desde el quechua santiagueño

*Germán de Granda*

El *Diccionario* quechua de los académicos: cuestiones lexicográficas, normativas y etimológicas

*Rodolfo Cerrón-Palomino*

Sexo, pintura de los Incas y Taqui Onqoy. Escenas de la vida cotidiana en el Cuzco del Siglo XVI

*Henrique Urbano*

## RESEÑAS

Mc EVOY, Carmen. La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919), por *Cristóbal Aljovín*; DE VIDAS, Anath Ariel. Mémoire textile et industrie du souvenir dans les Andes. Identités à l'épreuve du tourisme au Pérou, en Bolivie et en Equateur, por *Alexandra Arellano*; GÜIRALDES, Ricardo. Don Segundo Sombra, por *Patrick Barr Melej*; RÖSING, Ina. Rituales para llamar la lluvia. Segundo Ciclo de Ankari; Rituales colectivos de la Región Kallawayá en los Andes bolivianos, por *Luisa Elvira Belaunde*; VARON GABAL, Rafael. La ilusión del poder. Apogeo y decadencia de los Pizarro en la conquista del Perú, por *José de la Puente Brunke*; OSSIO ACUÑA, Juan M. Las paradojas del Perú oficial, por *Edilberto Espejo Quispe*; MAZZOTTI, José Antonio. Coros mestizos del Inca Garcilaso (resonancias andinas), por *Teodoro Hampe Martínez*; SCHMELZ, Bernd y N. Ross CRUMRINE (eds.). Estudios sobre el sincretismo en América Central y en los Andes, por *Teodoro Hampe Martínez*; COMISIÓN AMAZÓNICA DE DESARROLLO Y MEDIO AMBIENTE. Amazonia sin Mitos, por *Haydeé Ortiz de Orué Lucana*; LEMLIJ, Moisés (ed.). Mujeres por mujeres, por *Maria del Carmen Quispe Ríos*; TAPIA, Mario E. Ecodesarrollo en los Andes Altos, por *Annette Salis*; OSSIO, Juan M. Los indios del Perú, por *Henrique Urbano*.

## REVISTA DE REVISTAS

## NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

*Los manuscritos y los libros para reseñar deben ser enviados a:*

*Revista Andina*, Secretaría - Limacpampa Grande 565 Cuzco, Perú - Apartado 477/. Tel.: 51-84/234073 - 245745 Fax: 51-84/245656

E-mail: [cbcimpta@chavin.rcp.net.pe](mailto:cbcimpta@chavin.rcp.net.pe) - internet: <http://www.cbc.org.pe>

Los pedidos de suscripciones deben ser enviados a:

*Revista Andina*, Administración - CBC - Of. Auxiliar - Apartado 14-0087, Lima 14, Perú - Teléfonos 51-1/4223703-4429992 - 4419610 - Fax: 51-1/4427894 - E-mail: [postmaster@cbclim.inv.pe](mailto:postmaster@cbclim.inv.pe) - internet: <http://www.cbc.org.pe>

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS  
BIBLIOTECA NACIONAL

PUBLICACIONES DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES  
DIEGO BARROS ARANA  
1990 · 1998

- Revista *Mapocho*, N° 29, primer semestre (Santiago, 1991, 150 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 30, segundo semestre (Santiago, 1991, 302 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 31, primer semestre (Santiago, 1992, 289 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 32, segundo semestre (Santiago, 1992, 394 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 33, primer semestre (Santiago, 1993, 346 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 34, segundo semestre (Santiago, 1993, 318 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 35, primer semestre (Santiago, 1994, 407 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 36, segundo semestre (Santiago, 1994, 321 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 37, primer semestre (Santiago, 1995, 271 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 38, segundo semestre (Santiago, 1995, 339 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 39, primer semestre (Santiago, 1996, 271 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 40, segundo semestre (Santiago, 1996, 339 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 41, primer semestre (Santiago, 1997, 253 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 42, segundo semestre (Santiago, 1997, 255 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 43, primer semestre (Santiago, 1998, 290 págs.).
- Gabriela Mistral, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.).
- Gabriela Mistral, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).
- Roque Esteban Scarpa, *Las cenizas de las sombras*, estudio preliminar y selección de Juan Antonio Massone (Santiago, 1992, 179 págs.).
- Pedro de Oña, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).
- La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).
- Lidia Contreras, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio, 1993).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto, 1994).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 1995).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 1996).
- Julio Retamal Ávila y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843 - 1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).
- Publio Virgilio Maron, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).
- José Ricardo Morales, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos (siglos XVI y XVII)* (Santiago, 1994, 117 págs.).
- Oreste Plath, *Olografías. Libro para ver y crear* (Santiago, 1994, 156 págs.).
- Hans Ehrmann, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Soledad Bianchi, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).
- Patricia Rubio, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).
- Juencio Valle, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).
- Graciela Toro, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).

### *Colección Fuentes para el Estudio de la Colonia*

- Vol. I Fray Francisco Xavier Ramírez, *Coronación sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).
- Vol. II *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).
- Vol. III. *Archivo de protocolos notariales de Santiago de Chile. 1559 y 1564-1566*, compilación y transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, 800 págs) dos tomos.

### *Colección Fuentes para la Historia de la República*

- Vol. I *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).
- Vol. II *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).
- Vol. III *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).
- Vol. IV *Cartas de Ignacio Santa María y su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).
- Vol. V *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo (Santiago, 1993, 524 págs.).
- Vol. VI *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).
- Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).
- Vol. VIII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, primera reimpresión, 1997, 577 págs.).
- Vol. VIII *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León L. (Santiago, 1996, 303 págs.).
- estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, primera reimpresión, 1997, 577 págs.).
- Vol. IX *"... i el silencio comenzó a reinar". Documentos para la historia de la instrucción primaria 1840-1920*, investigador Mario Monsalve Bórquez (Santiago, 1998, 287 págs.).

### *Colección Sociedad y Cultura*

- Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850 - 1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886 - 1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. IV Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. V Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).

- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927 - 1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. VII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813 - 1930). Visión de las elites* (Santiago, 1994, 259 págs.).
- Vol. IX Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. X Jorge Rojas Flores, *Los niños cristalers: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. XI Josefina Rossetti Gallardo, *Sexualidad adolescente: Un desafío para la sociedad chilena* (Santiago, 1997, 301 págs.).
- Vol. XII Marco Antonio León León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 188-1932* (Santiago, 1997, 282 págs.).
- Vol. XIII Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago, 1998, 831 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 1997, 279 págs.).

#### *Colección Escritores de Chile*

- Vol. I *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. II *Juan Emar, escritos de arte. 1923 - 1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. III *Vicente Huidobro, textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. IV *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. V *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1993, 204 págs.).
- Vol. VI *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. VII *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. VIII *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, c + 4.134 págs.) cinco tomos.
- Vol. IX *Martín Cerda. Palabras sobre palabras*, recopilación de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers, prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1997, 143 págs.).

#### *Colección de Antropología*

- Vol. I Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. II Rubén Stehberg, *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).
- Vol. III Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).



Vol. iv Daniel Quiroz y Marco Sánchez (compiladores), *La isla de las palabras rotas* (Santiago, 1997, 257 págs.).

*Colección Imágenes del patrimonio*

Vol. I. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M., *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 64 págs.).

Se terminó de imprimir esta primera edición,  
de quinientos ejemplares,  
en el mes de julio de 1998  
en la Imprenta Biblioteca Nacional  
Av. Libertador Bernardo O'Higgins 651  
Santiago de Chile